



La cocina  
del azafrán  
YASMIN CROWTHER

Siruela

**YASMIN  
CROWTHER**

# **La cocina del azafrán**



Ediciones Siruela

## Índice

Cubierta
Portadilla
1 Londres
2 El pasado de Maryam
3 Fantasmas
4 Mazareh
5 En casa
Agradecimientos
Notas
Créditos

Yasmin Crowther

La cocina del azafrán

Traducción del inglés de  
Encarna Castejón

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela



# **La cocina del azafrán**



Para mis abuelas,  
Eleanor Powell y Khadijeh Assadi Moghadam,  
y para Ella y Ali

¡Ah, amor, seamos fieles  
el uno al otro! Porque el mundo que parece extenderse  
frente a nosotros como una tierra de ensueños,  
tan variado, tan hermoso, tan nuevo,  
no ofrece en realidad alegría alguna, ni amor, ni luz,  
ni certeza, ni paz, ni alivio en el dolor;  
y estamos aquí como en un valle cada vez más oscuro  
que azotan las confusas alarmas de refriegas y huidas,  
donde ejércitos ignorantes se enfrentan al caer la noche.

Matthew Arnold, *Dover Beach*

En el noreste de Irán, en las llanuras de Khorasán, hay un pueblo llamado Mazareh. Es un panal de muros de barro de color pardo donde las llanuras lindan con las estribaciones de las colinas, lejos de la ciudad más cercana, Mashhad, con sus cúpulas doradas y minaretes. Acoge a cuarenta familias o más, cuyas generaciones han labrado la tierra y han cuidado los rebaños de la otrora poderosa familia Mazar, que dio su nombre al pueblo.

Pero Mazareh tiene su propio significado –pequeño milagro–, y también muchas estrellas que surgen de la tierra al anochecer. Es una tierra de supersticiones, aunque la gente es devota. Si vas allí ahora, verás que a un extremo del pueblo están construyendo una nueva casa de oración de ladrillo rojo en sustitución del ruinoso santuario. Si miras con un poco de atención detrás del viejo santuario en un día de verano, puede que veas flores silvestres, amapolas hechas jirones depositadas al pie de una piedra que el líquen ha veteado de amarillo.

Mira con más atención aún y verás que no se trata de una piedra sino de dos, cuerpo y torso, una mujer de piedra que ha estado allí mucho más tiempo del que nadie lograría recordar. Puedes pasar de largo y no darte cuenta de su presencia, pero en la oscuridad de la noche el viento sopla a través de los agujeros de su cuerpo y se la oye suspirar. Vigila el paso del tiempo. Sigue allí ahora, mientras el planeta gira. Sus corrientes chapotean a través de ella. Tempestuosas o mansas, las ráfagas y los vendavales de las estaciones y los siglos la hacen cantar aunque no tenga boca, lengua o voz propias.

Ésta es su historia, la que podría contarte si estás dispuesto a escuchar.

# 1

## Londres

En una soledad de mil leguas de calado  
Se apoya el lecho en el que yacemos, querido mío;  
Aunque te amo, tendrás que saltar;  
Nuestro sueño de seguridad debe desvanecerse.

W. H. Auden

Es extraño no saber que estás vivo, o siquiera que estás a punto de morir. Así tiene que haber sido para mi hijo aún no nacido. Mi primito me había dado una patada en el vientre cuando lo cogí para impedir que saltara desde la verja del puente a las frías aguas verdes que se precipitaban hacia el mar. El grito de mi madre mientras corría hacia nosotros resonó en mis oídos y el mundo se detuvo: la agitación del Támesis en marea alta, el estruendo del tráfico al cierre de los colegios y el temblor del puente. En ese momento, mi hijo empezó a morir.

Después, el mundo reanudó su movimiento. Los coches siguieron circulando como si nada hubiera pasado, y mi primo Saeed y yo seguíamos aferrados el uno al otro tras caer en la acera. Cuando mi madre nos alcanzó por fin, puso a Saeed de pie de un tirón, lo zarandeó con fuerza y gritó en farsi de tal manera que no me habría extrañado que Saeed intentara volver a tirarse al ávido río. Pero el río ya se había cobrado una vida aquel día. Saeed se miró los pies. Mi madre sacudió las manos abiertas hacia él, hacia el cielo, y preguntó qué habían hecho ella o la madre muerta de Saeed para que éste se tomara su vida tan a la ligera. Sólo cuando hizo una pausa para recobrar el aliento se dio cuenta de la mancha de sangre que se extendía poco a poco por mi falda azul pálido.

—Oh, Sara —se arrodilló en la acera—. Saeed, busca su móvil —empujó mi mochila hacia él y el resto de mi vida se derramó sobre el puente: los ejercicios escolares por corregir, redacciones sobre Otelo y Desdémona de los alumnos de los últimos dos cursos; una manzana, un frasco de cápsulas de ácido fólico, protector labial de fresa, mi diario, un pequeño álbum de fotos y, debajo de todo eso, mi móvil. Uno de los dos llamó al 999 y sentí que Saeed me rodeaba con su anorak, vi sus brazos delgados y morenos, la piel de gallina y los cardenales de los matones del colegio. Apoyé la cabeza en la rodilla de mi madre mientras los espasmos se apoderaban de mi cuerpo y lloré por la vida perdida que

no había llegado a conocer; por Julian, mi marido, que estaba en algún sitio sin saber nada de lo ocurrido; y por mí misma.

«¿Qué estoy haciendo aquí?», había preguntado mi madre llorando un poco antes, ese mismo verano, en plena limpieza de su inmaculada cocina, meneando la cabeza mientras volvía a pasar el trapo por las encimeras, cambiaba de sitio el frutero y se negaba a sentarse.

Su hermana pequeña, mi tía Mara, había muerto, y mi madre no la había visto desde hacía más de un año. Cuando yo pensaba en Mara recordaba, sobre todo, su risa, que borboteaba como una cascada desde su boca. Todo en ella había sido generoso. Incluso cuando estaba en silla de ruedas, con el pelo muy corto e hinchada por las drogas, era guapísima. Y mi madre y ella no habían podido despedirse. Más o menos cinco décadas y dos continentes, París, Berlín, Viena, Praga, Bucarest, Estambul, Baku, Mosul, Kirkuk y Tabriz se extendían entre la vida de mi madre en Londres y la muerte de su hermana en Teherán.

No ayudó en nada que el marido de Mara se volviera a casar de inmediato. Mi madre había llorado y gritado por teléfono contra la traición, movida por su propia culpabilidad. Los dos hijos mayores de Mara ya estaban crecidos, pero el más pequeño, Saeed, sólo tenía doce años. Era alto y delgado, con la piel oscura de su padre, una cara solemne y angulosa y grandes ojos verdes sobre los que raras veces bajaban las densas pestañas. Llegó a casa de mis padres a principios de aquel otoño y se instaló en mi antigua habitación, apretujando sus cosas en los huecos que mi madre había hecho entre los vestidos viejos, libros, juguetes y fotos que yo había dejado o guardado allí desde que me había ido, quince años antes.

El fin de semana siguiente cogí el coche y fui desde mi casa en Hammersmith hasta la casa de mis padres. Era domingo por la mañana y me había despertado temprano; la ventana vibraba en el marco por culpa de un viento seco que ya había soplado antes desde el Sahara y Arabia, dejando arena en los alféizares y en los capós de los coches, doblando los viejos y acartonados árboles de Londres durante la noche. Cuando desperté, Julian estaba hecho un ovillo a mi lado, con la mano en mi vientre, que seguía creciendo; ráfagas de aire cálido entraban por la ventana.

–Ven a comer con nosotros, así conocerás a Saeed –rodé hacia él.

–La próxima vez –me acarició la espalda–. Vienen unas semanas de mucho trabajo. Haz tus honores iraníes, yo me encargaré de todo por aquí.

–Bueno, pero prométeme que vendrás pronto a saludarlos.

–Prometido –me besó en el cuello–. Voy a echar de menos las comidas de tu madre.

Mis padres tenían una casa en Richmond Hill, grande y apartada de la carretera, lejos del resto del mugriento Londres. Los pinos de la entrada siempre eran los primeros en darme la bienvenida, con el aroma a limón de sus hojas y el recuerdo de los veranos de la infancia, cuando gateaba hasta las copas de los árboles, a menudo huyendo de las

discusiones de mis padres, para sentarme en paz entre las motas de polvo con los tobillos ensangrentados. Recorrí el cuidado sendero de baldosas negras y blancas que llevaba a la puerta. Mi padre la abrió antes de que llamara.

Nos abrazamos.

–Tienes buen aspecto.

Me apartó para verme mejor.

–¿Cómo van las cosas? –pregunté, y él alzó los ojos al cielo.

–Saeed está arriba, familiarizándose con la habitación. Yo lo veo bastante bien. Tu madre está en el jardín. Quería tranquilidad. Creo que está un poco abrumada.

–Voy a buscarla –dije, y él desapareció en su estudio forrado de libros.

Mientras cruzaba el vestíbulo aspiré el olor a comida que llenaba la casa: el suave aroma a almidón del arroz basmati, el azafrán, el cordero asado. Pasé por la cocina, que tenía las ventanas empañadas, y por el estrecho pasillo azul con sus largas alacenas llenas de henna, hierbas, higos secos y limas del último viaje de mi madre a su tierra natal. El aire estaba fresco sobre el suelo de terracota; bajé los peldaños hasta la puerta trasera que daba al jardín.

Mi viejo lector de casetes sonaba detrás del seto de tejo, al otro lado de la rosaleda: el sonido metálico de los tambores tombok y el sitar. Pasé junto al invernadero, a uno de cuyos lados crecían el jazmín y la higuera, inclinándose sobre el sendero, y encontré a mi madre en el césped del fondo, tranquilamente arrodillada, concentrada en las malas hierbas que estaba arrancando con las manos. A sus más de sesenta años seguía siendo hermosa, con sus altos pómulos y el pelo oscuro que le llegaba a los hombros.

–*Salaam*, mamá –dije en voz baja, pero ella se volvió muy deprisa, sobresaltada, y al verme sonrió con los ojos llenos de lágrimas.

Se secó la cara con el dorso de la mano, dejándose un churrete de barro en la mejilla.

–Hola –se levantó con cierta rigidez–. He estado pensando en Mara; en cuánto me gustaría que estuviese aquí. Pasamos muy poco tiempo juntas.

La abracé; me pareció pequeña y frágil.

–Os recuerdo a ti y a Mara bailando aquí esta misma música hace unos cuantos veranos.

Era una danza de su infancia: bailaban con los brazos levantados, pasos breves, sinuosos y lentos, meneando las caderas en una parodia de sensualidad, una hermana de ojos almendrados frente a la otra.

Mi madre sonrió.

–No sé qué pensarían los vecinos.

Ambas miramos por encima de los setos pulcramente podados.

Más tarde subí al piso de arriba para decirle a Saeed que bajase a comer. Había diez puertas de roble más allá del amplio descansillo, iluminado al oeste por una vidriera de colores tan alta como la escalera. Llamé con suavidad antes de abrir y presentarme. Él se puso de pie y me estrechó la mano con una educada inclinación de cabeza que me

arrancó una sonrisa. Su cortesía contrastaba con los traviesos críos de doce años a los que daba clases en el colegio.

–Precioso –dije, mirando sobre su hombro mis viejas pinturas acrílicas, que estaban en la mesa. Había pintado una gacela en fuga, en ámbar y dorado, con las patas delanteras y traseras extendidas como un caballito de balancín–. ¿De dónde has sacado la idea?

Me habló de un antiguo tapiz persa que colgaba junto a su cama en Teherán.

–La gacela estaba en la esquina que había más cerca de la almohada. Cuando mi madre se puso enferma y yo no podía dormir, seguía el dibujo con el dedo –mientras hablaba alzó la mano y trazó otra vez el contorno de la gacela en el aire, entre los dos.

Mi madre se reunió con nosotros y apoyó la mano en el hombro de Saeed para estudiar a su vez la pintura.

–Mara también dibujaba de maravilla –dijo–. Cuando llegué a Inglaterra le mandaba a Irán cintas de Elvis Presley, y ella me enviaba sus dibujos del pueblo y de nuestra familia –cerró los ojos bajo la luz amarilla del sol.

–¿Los guardaste? –preguntó Saeed, levantando la cabeza para mirarla.

–Están en el desván, por algún sitio. Me ponían triste. Echaba muchísimo de menos a todos. Te los enseñaré un día... pronto. Pero vamos, es hora de comer.

–¿Por qué viniste a Inglaterra, tía Maryam? –preguntó Saeed mientras bajábamos la escalera, con una curiosidad infantil en la voz.

–Bueno –contestó ella, sin apartar la vista de los escalones–, había terminado mis estudios de enfermería en Teherán y no podía volver a Mashhad. En aquel momento me parecía una aventura. Mi padre se alegró de mandarme aquí, supongo –su mano se deslizaba por la barandilla de roble, con sus venas azules, sus nudillos blancos, los desvaídos cortes y cicatrices del jardín.

Saeed bajaba tras ella. Al pasar por delante de la casita de Hansel y Gretel de la vidriera, se volvió a mirarla.

En el comedor, mis padres hablaron del colegio al que Saeed iría al cabo de unas semanas, mientras los ojos del niño saltaban del uno a la otra.

–Verás cómo mejora tu inglés –dijo mi padre, cortando en trozos una pierna de cordero–. Cuando Maryam llegó aquí sólo sabía unos cuantos versos, cosa excepcional, pero poco práctica.

Todos los ojos se posaron en ella, que se ruborizó mientras nos servía el arroz.

–Mi madre decía que habías tenido un profesor particular de inglés –dijo Saeed.

La mano de mi madre se quedó suspendida sobre su plato; unos granos de arroz con azafrán cayeron sobre el mantel de lino color crema.

–Sí, es verdad –frunció el ceño y se quedó ausente un momento, haciendo rodar con los dedos los granos caídos hasta que se rompieron y mancharon el lino–. Fue hace mucho tiempo; en otra vida.

Mi padre se echó hacia delante en la silla, acercándose a ella.

–¿Estás bien, Maryam?

–Sí –se llevó el dorso de la mano a la frente–. Perdonad, voy a coger un trapo para limpiar esto. Es por tanto hablar de Mara, del pasado. Has traído de vuelta las cosas muertas y desaparecidas, Saeed.

Mientras ella salía de la habitación él inclinó la cabeza, y yo le apreté la mano.

El día del puente Saeed llevaba un mes yendo al colegio, y no lo habían dejado en paz ni un solo momento. Mi madre me había llamado, muy preocupada, para decirme que la policía lo había encontrado vagando en horas de clase, desorientado, por el centro comercial de King's Mall. Lo habían llevado a la comisaría de Hammersmith y estaba esperando a que alguien pudiera recogerlo. La llamada llegó a mediodía; como yo no tenía clases aquella tarde, dije que me reuniría allí con Saeed y con mi madre al cabo de una hora.

Crucé a pie Ravenscourt Park. Era un hermoso día de otoño: el camino estaba cubierto de hojas de arce de color rojizo y había un ligero olor a fuego de leña en el aire. Mientras me apresuraba entre las madres que empujaban sus cochecitos pensé en el hijo que crecía dentro de mí, y en Saeed, rodeado de desconocidos. Pasado el parque, recorrí calles de elegantes casas adosadas, aburguesadas a base de pálidos tonos pastel, verde manzana y amarillo canario, coches deportivos aparcados frente a las cancelas y suntuosas cortinas en las ventanas. Las madre selvas y dedaleras tardías seguían floreciendo en los primorosos jardines delanteros.

Intenté recordar cómo era yo a los doce años, la edad de Saeed. Por aquella época, Fátima acababa de llegar de Irán y vivía en nuestra casa. Había cuidado a mi madre mientras crecía en Mashhad, en el noreste iraní. Verla sentada en el murete del jardín con la falda arremangada por encima de las rodillas me hacía reír. Debajo llevaba pantalones bombachos azul claro, con bolsillos secretos llenos de imperdibles y botones y una pequeña tablilla de oración con un grabado de la mezquita del Haram. Estábamos en 1978, un año antes de la Revolución. Los primeros días, durante aquella primavera de hace más de veinte años, Fátima me trataba como a una niña. Quizá las dedaleras me la habían recordado. Había traído consigo en el avión una bolsita de semillas de amapola negra veteada, y mientras ella estaba sentada en el murete, bombachos al sol, yo corría de un lado a otro del jardín con el babi del colegio y los calcetines blancos, sembrando las semillas allá donde caían.

–Son de Afganistán –Fátima me miraba a los ojos mientras mi madre traducía–, cerca de donde creció tu madre. Seguirán aquí cuando ya estemos muertas –sonrió y me pellizcó la mejilla.

En verano se habían convertido en altos y desaliñados tallos de amapola opiácea, con pétalos de color rosa, rojo y púrpura que se agitaban por encima de las rosas, los alhelies y los gladiolos. Mi madre me enseñó a rayar las semillas con una cuchilla; la savia rezumaba y luego había que rasparla para convertirla en la resina que su padre fumaba al final de su vida.

–No se lo digas a tu padre –me susurró–, y allí, en medio de nuestro jardín de hierbas y hortalizas, rocé algo extraño y peligroso, un mundo donde las flores se convertían en veneno y en humo.

Fátima siempre llevaba un pañuelo en la cabeza, que con el paso de las horas resbalaba por su pelo mal teñido de un negro violeta, y a mí me dio por ponerme también uno, anudado en la nuca como el de los gitanos. Ella solía sentarme en su regazo y decirme que era la viva imagen de mi madre cuando era pequeña, y me contaba que mi madre siempre había sido la favorita de mi abuelo y que por eso éste había decidido enviarla a Inglaterra.

–¿Echas de menos a tu padre? –le pregunté a mi madre una vez.

–No. Siempre está conmigo, en mi cabeza.

No recuerdo que se hablara mucho de su madre, si es que alguien la llegó a mencionar alguna vez.

Entonces, con el verano y las amapolas, empecé a sangrar. Una mañana me desperté y noté algo húmedo y caliente en el camisón. Me senté, me toqué ahí abajo y saqué la mano pegajosa y oscura, no como la sangre de un rojo brillante de cuando me cortaba las rodillas, y además tenía un olor intenso: a mi interior, pensé. En cuanto Fátima se enteró, las cosas cambiaron por completo. Yo corría por el jardín con mis piernecitas escuálidas, en pantalón corto, saltando a través del aspersor, y ella se mordía el lado de la mano, chasqueando la lengua y apartando la mirada.

–Está acostumbrada a que las chicas vayan tapadas –explicó mi madre–. Yo tenía que vendarme el pecho y hay que verte a ti, toda empapada.

Parecía enfadada por algo, impaciente conmigo. Casi de un día para otro empecé a ser dolorosamente consciente de mí misma, de mi cuerpo, de sus protuberancias, su forma, sus flujos, sus jugos vitales: todo malo, todo viciado, todo fuera de mi control. Ésa era yo a los doce años.

Cuando llegué a Shepherds’s Bush Road las casas se volvieron más destartaladas, el ruido del tráfico más alto; los coches llevaban las ventanillas bajadas y el hip hop resonaba en la calle. Pasé por delante del supermercado thai; la viejecita del mostrador que había junto a la puerta levantó la cabeza y me reconoció. Sonrió y yo la saludé con la mano. Aquél era mi territorio: pasada la tienda de licores, la de delicatessen y la de prensa. A la izquierda se extendía Brook Green: los agostados plátanos dejaban caer sus hojas color piel sobre dos bancos enfrentados donde siempre se reunía un grupo de vagabundos y borrachos. Podías olerlos a varios metros de distancia. Solía haber con ellos una mujer solitaria, ajada pero sin edad definida, delgada, con vaqueros ajustados, piel blanca y descamada, cabello espeso y afro. Si la veía acercarse a mí para pedirme dinero, cruzaba la calle. Supongo que también era su territorio.

Por fin, a la derecha, apareció la comisaría, con su farol azul de otra época encima de la puerta. Justo después estaba el parque de bomberos, enfrente de la biblioteca y antes del club nocturno PoNaNa, donde los viernes por la noche veías chicas con calcetines y

uniforme escolar pasando el rato con chicos de rodillas peludas en uniforme que deambulaban con la lengua fuera como lobos. Dios sabe lo que Fátima habría pensado de ellos. Ni siquiera estaba segura de lo que pensaba yo. Medio admití que esperaba que mi hijo fuera niño. Para un chico, la vida parecía un poco menos complicada; había menos cosas que podían salir mal que con una hija.

Cuando subí los escalones y entré en la comisaría, que olía a linóleo, vi a mi madre y a Saeed, sentados uno junto a otro en un banco del vestíbulo. Los dos estaban callados, mirando al frente. Esboqué una amplia sonrisa y me dirigí hacia ellos.

–Hola, diablillo –le revolví el pelo a Saeed y él se echó atrás con los ojos llenos de lágrimas de rabia, cosa que yo no había visto antes–. ¿Todo bien, mamá? –pregunté.

–Aparte de la vergüenza, sí –sacudió la cabeza como si le hubiera entrado tierra en la boca–. ¿Por qué me has traído aquí, Saeed? ¿Qué habría dicho tu madre? –se frotaba las manos una contra otra, y tenía un poco de saliva en la barbilla.

–Venga, ánimo –me arrodillé junto a Saeed–. No te preocupes, sólo está un poco disgustada. No le gustan estos sitios. No es por ti –alargué la mano y acaricié el brazo de mi madre–. Salgamos de aquí. ¿Vamos al río y nos tomamos un té?

Caminamos en silencio hacia el estruendo de Broadway, inundado de gases de tubos de escape, sirenas y el temblor distante del paso elevado hacia Richmond y Heathrow. Saeed iba un poco apartado de nosotras, con el anorak al hombro, arrastrando el cordón de uno de sus zapatos. Llevaba la cabeza encogida entre los hombros, y con el pelo recién cortado parecía frío y apagado. Mi madre ponía cara de indiferencia y daba cada paso con cansada resignación. Apretaba los labios y la pintura color ciruela se había corrido a sus arrugas.

Bajamos a orillas del río y torcimos a la derecha, dejando atrás el bloque de casas de ladrillo rojo y los clubs de navegación. Todo parecía yermo, abandonado por los remeros y bebedores de fin de semana. El tráfico hacía vibrar el puente, con sus caquis y dorados resplandecientes a la caída de la tarde; la luz y las sombras jugaban en el agua. Un alto mástil con una lechuza tallada surgía del lecho del río a unos diez metros de la orilla, como un tótem en torno al cual giraban las gaviotas. Miraba río abajo, hacia Putney, Battersea, Westminster, Greenwich y más lejos, vigilando las mareas. Se lo señalé a Saeed y él sonrió con ojos tristes.

Llegamos a un pub con mesas y sillas de tijera fuera. La puerta estaba entornada, pero dentro no se veía un alma.

–Sentaos donde os apetezca –les dije, sacando de la mochila galletas de chocolate, un arma que utilizaba como último recurso en mis clases–. Voy a ver si consigo que nos hagan café.

Dentro, convencí a un neozelandés vestido de surfista que parecía perdido y helado de que nos hiciera café de filtro. Mientras esperaba, eché una ojeada por encima de mi hombro hacia los grandes ventanales y vi a mi madre con la mirada perdida río arriba, mientras Saeed leía un lado del paquete de galletas. Luego ella lo miró y empezó a mover

los labios, y yo me relajé, frotándome la tensa piel del vientre. Mi madre se inclinó hacia delante y cogió el mentón de Saeed. Sonreí, esperando que le acariciara la mejilla: pobre crío, todo se iba a arreglar. Pero ella retiró la mano y le dio una bofetada tan fuerte que le volvió la cabeza a Saeed hacia un lado. Me sentí como si me hubieran abofeteado a mí y corrí afuera, tropezando violentamente contra la puerta. Saeed se había alejado de la mesa, con la mano en la mejilla. Se estremeció cuando lo abracé. Estaba temblando.

–¿Qué haces? –le pregunté a mi madre, que apoyaba las manos temblorosas y llenas de gruesas venas azules en la mesa y tenía manchas rosadas en las mejillas–. ¿Lo maltratan en el colegio y esto es lo que recibe al volver a casa? Se supone que tienes que cuidarlo y protegerlo.

–¿Y que se vuelva débil? –replicó ella–. No lo entiendes, Sara.

–No, no lo entiendo.

–Cuando yo era niña era débil y me castigaban. Eso me hizo fuerte. Cuando humillaba a mi padre, él me humillaba a mí. Eso me hizo fuerte. Mira a Saeed. Es débil en el colegio y me pides que lo compadezca. Eso no va a hacer de él el hijo que Mara quería, el nieto que mi padre quería, el sobrino que quiero yo–. La voz se le estranguló en la garganta.

–No puedo oír esto. Saeed, ¿por qué no has ido al colegio?

Él se sentó, medio vuelto de espaldas, y habló en voz baja, despacio:

–Esta mañana fui a la parada del autobús, subí y me senté en la parte trasera. Estaba cansado, no duermo bien aquí. Hacía calor y me quedé dormido. Cuando me desperté, el autobús estaba en Hammersmith. Intenté encontrar tu casa para esperarte allí, Sara, pero me perdí. Una mujer policía me vio en el centro comercial y me ayudó.

Mi madre meneó la cabeza. La cara de Saeed estaba húmeda de lágrimas. Se inclinó hacia delante y apoyó la cabeza en los brazos. Nos trajeron el café y me quedé mirándolos a los dos. No podía creer del todo lo que había pasado.

–Venga, tomaos el café –dije–. Os llevaré a casa en el coche.

Saeed me miró con los ojos llenos de lágrimas, a punto de llorar.

–No quiero volver a casa con ella.

No miraba a mi madre.

–No querías pegarle, ¿verdad? Lo sientes muchísimo, ¿no, mamá?

Necesitaba oírla disculparse tanto como Saeed, pero ella miró por encima de mi hombro, hacia los barcos amarrados, con sus pasarelas y sus geranios mecidos por las aguas.

–No es la primera vez –susurró Saeed.

–¿Qué no es la primera vez? –pregunté, frunciendo el ceño.

–Que me pega.

Me volví hacia mi madre.

–Es demasiado débil –sopló su café. Le seguían temblando las manos.

Saeed se levantó y se apartó de la mesa. Intenté cogerlo de la manga, pero se me

escapó.

–Vuelve –dije con dulzura. Él se alejó despacio al principio, pero cuando estuvo fuera de nuestro alcance, echó a correr hacia el puente–. ¿Qué has hecho, mamá? –pregunté, y me abalancé tras Saeed, primero con paso rápido y luego intentando correr, mientras el crío volaba escaleras arriba.

Me sujeté el vientre con la mano y empecé a sudar. Mi madre se levantó de la mesa y vino detrás, mientras yo jadeaba escalón tras escalón con los ojos entrecerrados. Saeed había llegado al centro del puente y se quedó allí parado mientras me acercaba. Me miró como un animal asustado y luego miró a mi madre, que todavía estaba junto al río. La barandilla era baja, y de repente Saeed pasó una pierna por encima. Oí el grito de angustia de mi madre al verlo, un grito mortal, y me inundó una oleada de adrenalina. Me precipité hacia mi primito, que se balanceaba sobre el vacío a pocos metros, y lo agarré mientras titubeaba. Tiré de él con todas mis fuerzas; cuando caímos de espaldas en la acera, uno de sus pies se hundió en mi vientre. Sentí un calambre tan fuerte como si me arrancaran la vida y me aferré a Saeed sobre la húmeda acera.

Un rato después oí las sirenas que se esforzaban en abrirse paso a través del atasco de Broadway. Mantuve los ojos cerrados y desaparecí dentro de mí misma, alejándome de los violentos escalofríos que me hacían rechinar los dientes y me doblaban en dos.

Cuando me desperté, una pálida luz azul titiló sobre mis párpados y seguí tendida, quieta, con los ojos cerrados. Podía haber estado muerta. Escuché el lejano sonido del tráfico, bocinas insistentes y chirridos de frenos mezclándose con los ecos de las entrañas del hospital: carritos, puertas de vaivén, nacimientos y muertes. Debo de estar bastante arriba, pensé, lejos de la jungla. Más cerca oí susurros y el suave crujido de los zapatos de alguien que trataba de no hacer ruido al andar. Había un olor a azucenas. No quería abrir los ojos, pero seguía respirando: sentía cómo subía y bajaba mi caja torácica. Detrás del fuerte olor a polen y a desinfectante había otro olor, acre: el de mi propia piel, el rastro seco del pánico. Me pasé la lengua por los labios acartonados y lamí las lágrimas saladas que se habían encharcado en las comisuras; luego sentí una mano en la frente y un beso en la boca.

–Tengo una mujer preciosa.

Sus palabras serpentearon por mí, abrí los ojos y levanté los brazos para abrazarlo. Todo empezó a dolerme, en un tumulto repentino: las rodillas y la cadera, de la caída; las uñas que me había roto agarrando el uniforme de Saeed; la nuca, que me había golpeado contra la acera; el vientre desgarrado y vacío. Julian me apoyó de nuevo en la almohada y me puso un dedo en los labios. Tenía la tez gris, los ojos azules hundidos y enrojecidos.

–No quiero ver a mi madre –susurré con un nudo en la garganta.

–No tienes que verla –me acarició la cara.

–¿Me llevas a casa?

–Por la mañana, si el médico está de acuerdo.

–¿Sabes qué era? –mis manos, que apretaban las tuyas, estaban frías y sudorosas.

–Niño –a Julian se le quebró la voz y apoyó la cabeza junto a la mía.

Ambos miramos por la ventana el atardecer naranja.

Esa noche soñé con mi madre. Yo estaba de pie delante de las cristaleras de la parte trasera de la casa de mis padres. Daban a un pequeño patio de arenisca con tres escalones que bajaban a la rosaleda de mi madre, un pulcro laberinto de arriates en el césped musgoso. Las rosas estaban empezando a marchitarse: los grandes pétalos de color rosa, rojo, melocotón y amarillo tenían los bordes agostados y enroscados. La brisa los arrancaba; caían girando y revoloteando en el aire y se posaban en el césped, por el que mi madre avanzaba despacio hacia mí. Se detenía a cada paso para recoger los pétalos caídos, pero volaban en cuanto se inclinaba sobre ellos.

–Mamá –grité–, ven, date prisa.

Pero ella estaba distraída con el vuelo de los pétalos, que subían y bajaban formando espirales en el aire. Luego, como en un cuento infantil, del seto de tejo del fondo del jardín surgió un tigre de color ámbar con rayas negras como el carbón. Sus pesadas patas se hundían en el césped inglés húmedo de rocío; se dirigía directamente hacia mi madre, que subía con mucho esfuerzo y demasiado despacio los escalones.

–¡No te vuelvas! –chillé, mientras el tigre se agazapaba y tensaba la grupa–. ¡Ven! –le grité a mi madre abriendo los brazos, y el tigre saltó a ellos.

Me desperté con la almohada mojada debajo del cuello y el pelo pegado a la cara. Empapada de pies a cabeza, intenté secarme el sudor frío con el dorso de la mano y miré la luz gris del temprano amanecer. Quería irme a casa. Cuando oí la vida despertar a mi alrededor, cerré otra vez los ojos. Apenas podía soportar el comienzo de un nuevo día, indiferente, inexorable. Me sentía vieja. No toqué el desayuno, tostadas secas y zumo de naranja. El olor me llenaba la boca de bilis. Mi padre llegó mientras seguía allí tumbada, intentando enviar mi mente a alguna otra parte, a un universo paralelo con finales felices.

–Hola, cariño –se inclinó para darme un beso, con cara de no haber dormido–. He traído café de verdad y un croissant de los que te gustan.

–No tengo hambre, papá, de verdad. Pero gracias.

–Tonterías. Venga, por tu viejo padre –partió una punta y la sostuvo delante de mi boca.

Dejé que la masa se disolviera en saliva y cerré los ojos antes de tragar.

–Ahora otra.

Volví a abrir la boca.

Estuvimos sentados así media hora; me dio de comer miga a miga, como a un pájaro enfermo. Al final nos sonreímos. Metió la mano en el bolsillo del abrigo y sacó un perrito de trapo marrón pálido, con el pelaje gastado y una oreja remendada con hilo verde.

–Ted –me reí y a la vez hice una mueca de dolor.

–Está un poco desmejorado, pero te ha ayudado a salir de más de un apuro.

Apreté el juguete contra mi cara y olí los polvos y el cajón, lleno de maquillajes y perfumes abandonados, de mi antigua habitación.

–Gracias, papá.

–Tu madre está destrozada, ¿sabes?

–Me lo imagino –contesté–. ¿Te ha contado lo que pasó? ¿Que le pegó a Saeed?

–Sí, me ha dicho lo suficiente –el recuerdo hizo que su expresión se desmoronara–. Ha decidido volver a Irán una temporada. Se siente terriblemente culpable. No creo que sea capaz de venir a verte.

–No creo que yo sea capaz de verla ahora mismo. No sabría por dónde empezar –le oí suspirar–. ¿Estarás bien si ella se va?

–Sí, así todo el mundo tendrá tiempo de aclararse las ideas. Pero es horrible veros a todos tan trastornados. No dejo de pensar que tendría que haber hecho algo.

–No fue culpa tuya.

–No lo sé. Quizás tendría que haberlo visto venir. Ella ya no es tan joven como antes, y Saeed se despertaba todas las noches llorando. Tenía que acabar afectándola. Creo que se sentía nostálgica y agotada a la vez.

–¿Cómo está Saeed ahora?

Él meneó la cabeza.

–Es justo lo que le faltaba.

–No sé por qué ha pasado esto.

Sentí que los ojos se me llenaban de lágrimas otra vez. Me cogió la mano.

–Es una mujer complicada, Maryam. A veces es un misterio para sí misma, así que imagínate para mí.

Me había dicho lo mismo otras veces, cuando ella parecía resquebrajarse y un chorro de gritos en farsi inundaba el descansillo hasta que cerraba de un portazo su habitación color turquesa. Salía de allí horas después, llena de remordimiento.

Cerré los ojos mientras él se sentaba en el borde de la cama. Empezó a llover, y escuché el suave golpeteo contra la ventana. Llegó el médico y corrió las cortinas en torno a la cama; mi padre fue a esperar a Julian en recepción.

–Ya puede irse a casa –dijo, palpando y explorando–. Que su médico la examine dentro de una semana.

–¿Y mi hijo? –pregunté.

–No hay mucho que ver –se miró las manos–. Era demasiado pronto. Podría bendecirlo. Eso ayuda a veces.

Lo miré: sienes encanecidas, dedos largos y delgados.

–Gracias.

Me recliné otra vez en la almohada. Julian llegó poco después.

–Siento llegar tarde –dijo–. He tenido que pasarle trabajo a otra persona.

Me había traído ropa limpia, y corrió de nuevo la cortina. Me senté en la cama y me

quité el camión de papel azul; él me ayudó a levantarme con cuidado y a ponerme el chándal. Era raro estar de pie otra vez, como si hubiera pasado un siglo en lugar de un día desde que me había caído.

Me apoyé en él mientras caminábamos despacio hacia el coche. Estaba deseando llegar a casa. Le di a mi padre un abrazo de despedida bajo el cielo cargado y gris.

Uno o dos días después estaba sentada en la cocina, siguiendo con los dedos los nudos y volutas del mantel. Julian estaba en el piso de arriba. A la luz pálida, todo parecía gastado. El aire estaba sucio e inmóvil, y deseé que lloviera. Creswell, nuestro labrador negro, olisqueaba la puerta trasera con afán de salir al jardín. Me levanté con esfuerzo y fui pisando las frías baldosas para descorrer el pestillo. De una percha, sobre nuestras botas y zapatos de andar, colgaba una manta verde; me la puse sobre los hombros y metí los pies en unas chanclas. Fuera esperaba el jardín largo y estrecho, con un alto seto de hayas a un lado y, al otro, una alta valla de madera oscura sobre la que en verano crecía la madreSelva, y que ahora estaba cubierta de hiedra. Junto a la puerta había arbustos de lavanda y romero; me incliné para frotarlos con la mano, aspirando su intensa y dulce fragancia.

Recorrí el camino de arenisca y musgo hasta mi banco, al fondo del jardín, junto a un aceríneo que en primavera dejaba caer semillas de sicómoro pero que ahora estaba desnudo. El banco era parte de un tronco de arce con un asiento tallado. Lo vi bastante seco y me senté en el borde; luego apoyé la espalda y me tapé los pies con la manta. Las casas adosadas de los vecinos se extendían a cada lado. Me embargaba el cansancio.

El timbre del teléfono resonó dentro de la casa, y luego se detuvo. Julian me llamó. Me quedé quieta y cerré los ojos. Oí el chirrido de la puerta de atrás, luego su voz.

–¿Qué haces aquí? ¿No tienes frío? –preguntó. Tenía el pelo revuelto, las gafas en la punta de la nariz, me miraba de cerca y de lejos a la vez–. Venga, entra, voy a hacer té. Tu padre está al teléfono.

Estiré las piernas y me froté las pantorrillas.

–Voy enseguida.

Cuando entré en la sala y me senté en el borde del sofá, la tetera ya estaba silbando.

–Hola, papá, ¿cómo estás? –dije.

–Eso es lo que yo debería preguntarte a ti.

–Oh, no lo sé. Encantada de estar en casa.

–Ya.

Me lo imaginé en su estudio, de pie, rodeado de todos sus papeles y revistas jurídicas.

–Voy a llevar a tu madre al aeropuerto mañana por la mañana. Hoy ha ido a la ciudad y ha sacado el billete en Iran Air.

–¿Cómo está?

–Muy callada. La mayor parte del tiempo quiere estar sola. Yo la dejo en paz. Ya sabe dónde encontrarme. Te quiere mucho, Sara.

–Sí –pensé en su habitación en una esquina de la casa, con sus paredes color turquesa y su perfume, lirio de los valles–. ¿Cuánto tiempo va a estar fuera?

–Tiene un billete abierto, así pues, entre quince días y un mes, supongo. Ya sabes cómo es. No hay manera de que concrete.

–Sí, lo sé.

Mientras crecía, en mi vida habían dejado huella sus esporádicos viajes a Irán. Iba sola al colegio mientras el polvo se acumulaba en los rincones, las plantas de interior se marchitaban y las sábanas se quedaban sin cambiar. Mi padre se las arreglaba lo mejor y más alegremente que podía hasta que ella volvía cargada de regalos, pulseras de oro y pistachos.

–Supongo que ya debería estar acostumbrado –se rió, cansado–. Estará bien que Saeed y yo nos conozcamos mejor. Que demos unos cuantos paseos, ya sabes. Y no me vendrían mal un par de manos jóvenes en el jardín.

–Iré a veros en unos días –dije. Hubo un silencio al otro lado de la línea–. Dile adiós a mamá de mi parte.

–Sí, cariño. Cuídate.

Colgué y miré la foto en blanco y negro de la boda de mis padres que había en el aparador. Era a mediados de los años sesenta en la puerta del registro civil de Chelsea; todo estaba brillante y oscuro por la lluvia. En segundo plano estaba mi madre con un vestido de novia blanco corto, de un tejido fino parecido a la gasa que flotaba alrededor de sus muslos. Miraba a un lado, fuera de cámara; llevaba el pelo cortado en una melenita de paje y el velo ondeaba sobre su cabeza, desplegado como una vela por una ráfaga de viento. En primer plano, mi padre corría hacia la cámara, con ojos grandes y descarados de colegial tras las gafas de carey. Llevaba un traje oscuro tipo Beatles y sostenía un paraguas negro como si tuviera a su mujer al lado y la estuviera guareciendo de la lluvia. No tenía ni idea de que se había quedado atrás, en su propio mundo. Toqué el cristal que protegía la foto y volví a la cocina, siguiendo el olor a tostada.

Julian y yo nos sentamos frente a frente a la mesa. No quería mirarlo a los ojos. Puso una mano junto a la que yo apoyaba en la madera. Me calenté la otra mano con la taza de té. Sobre su hombro, la pared tenía un apagado color de champiñón. Al principio me gustaba la modesta suavidad de ese color en una cocina que parte de mi mente todavía recordaba inundada, como siempre, de una tenue luz verde, llena de reflejos del jardín a través de la ventana. En aquel momento parecía más bien un invernadero mohoso.

–A esa pared le vendría bien una mano de pintura –dije.

Julian se volvió para mirarla, y yo miré los tendones que sobresalían a un lado de su cuello. Luego él me miró otra vez con la sonrisa de quien se lo consiente todo a un niño.

–Vale. ¿Por qué no?

Lo vi mirarme con un amor nuevo, ansioso, prudente, como si yo pudiera partirme y astillarme por culpa de una palabra inoportuna. Había visto a mi padre mirar a mi madre de la misma manera.

–¿Te acuerdas de que tenías que ir a Nueva York la semana que viene? –pregunté.

–Sí –dijo–. Estoy intentando reorganizarlo.

–No quiero decir eso –le apreté la mano–. Creo que deberías ir. Es maravilloso tenerte aquí, pero quizás sería bueno que pasara un tiempo sola –frunció el ceño tratando de escudriñar lo que yo pensaba y sonreí dulcemente–. Estaré bien.

–¿Estás segura?

–Sí. Tengo muchas cosas en las que pensar, después de todo lo que ha pasado.

–¿En tu madre? –preguntó–. A ti no te pegó nunca, ¿no, Sara?

–No –miré a través de la ventana–. No que yo recuerde. A veces se enfadaba sin razón. Una vez, cuando tenía unos ocho años, estaba jugando delante de su tocador, sola, y me puse en la cabeza uno de sus velos, atándolo bajo la barbilla. Me había embarrado toda la cara con uno de sus lápices de labios rojo brillante –Julian sonrió–. ¡Se enfadó tanto cuando me vio! Dijo que el velo era de su madre y que yo debería saber lo que hacía. Me restregó la cara hasta dejarme la piel irritada, pero lo peor fue que cogió las tijeras de la cocina y me cortó la coleta, así que me quedé sin melena. Dijo que, si parecía un niño, no jugaría con maquillaje. Tendrías que haberme oído llorar.

Julian meneó la cabeza.

–Sólo pasó una vez, y después se sintió muy mal. Ahora me hace gracia.

–Pero te hizo daño.

Me cogió la mano y nos quedamos sentados mientras caía la tarde, esperando a que la vida empezara de nuevo.

Mi padre llamó al día siguiente para decir que mi madre se había ido. Él iba a pasar la tarde con Saeed, recogiendo fruta caída de los árboles del jardín. Después iban a hacer un pastel de manzana.

–Suena bien –dije–. Iré a probarlo cuando se vaya Ju.

–Me dijo que creías que no te sentaría mal un poco de tranquilidad. ¿Estarás bien?

–Perfectamente. ¿Y tú? –le oí suspirar–. ¿Qué te pasa?

–Oh, no lo sé, Sara –contestó–. Entré en la habitación de tu madre al volver del aeropuerto y me senté en medio de sus cosas. Se había dejado allí la agenda, mitad en inglés mitad en farsi. Lo único mío que hay en la habitación es ese pisapapeles que le regalé, el de la rosa roja. Me quedé allí sentado, odiándome por haberle regalado una cosa pesada y fea con una flor muerta dentro.

Fruncí el ceño.

–Todo se arreglará, papá.

–Sí, lo sé. Lo siento, hija.

Más tarde, me senté en la cama y miré a Julian hacer la maleta. Era tranquilo y metódico; abría y cerraba los cajones y armarios con los que habíamos convivido y tropezado durante nuestros cinco años de matrimonio.

–Cuando vuelva, deberíamos ir a alguna parte juntos –dijo.

–Sí, al mar. Eso me gustaría.

Yo tenía las piernas extendidas y él me frotó suavemente uno de los empeines, una costumbre cariñosa, antes de inclinarse y darme un beso en la frente.

A la mañana siguiente se había ido.

Me senté al pie de las escaleras, en la casa vacía. Creswell me miraba.

–¿Qué tal una taza de té? –le dije, y fui a llenar la tetera, mirando por la ventana que había sobre el fregadero. Oía el estruendo sordo de Londres por encima de los muros y jardines, el traqueteo del metro al salir a la superficie camino a Chiswick, el rugido de los aviones bajando sobre el Támesis hacia Heathrow, el ruido distante de taladradoras en las obras de la carretera, el golpe de las puertas de los coches al cerrarse. Escuché los suspiros y crujidos de los ladrillos y las tablas del suelo. Fuera, un mirlo silbó con urgencia, y el agua de la tetera rompió a hervir.

En la repisa de la ventana había una tarjeta de la oficina: «Recupérate pronto». Había llegado con un ramo de flores que puse en el estudio de Julian porque no quería verlas, y que ya estaban languideciendo en el jarrón. Junto a la tarjeta, al lado de una maceta de albahaca y un tiesto de cerámica con bolígrafos, había un tarrito de cristal con una tapadera negra. Estaba lleno de polvo y me ensució los dedos al cogerlo. Tenía una etiqueta blanca en la que mi madre había escrito con tinta negra *Zaferan*. Estaba medio lleno de estambres de color naranja, rojo y ocre, enteros o desmenuzados: azafrán de primavera. Giré la tapa y me llevé el tarro a la nariz, y fue como si aspirase la esencia de mi infancia. El aroma tenía algo especial: olía a tierra, era intenso, dulce y delicado. Pensé en mi madre, que ya estaría en Mashhad. Una ciudad que yo conocía sobre todo por fotografías y anécdotas que ella me había contado, y también por algunas visitas en verano, cuando era muy pequeña. Puse un poco de azafrán en la taza y le eché agua caliente, mirando cómo se teñía lentamente de color ámbar.

Recordaba haber ido de niña a Dover con mi madre, las dos solas. Habíamos bajado a la playa dejando a nuestra espalda los acantilados, blancos y amarillos contra el cielo azul de primavera. Ella se sentó en una manta y sacó un librito rojo. Me lo había enseñado alguna vez.

–Este libro me trajo aquí desde muy lejos, Sara –me abrazó con la cara mojada, no sólo por el aire salado–. Vamos a pensar en la casa de Mamá –me besó en la mejilla– y a deseárselo cosas buenas.

–¿Qué cosas buenas? –pregunté.

–«Ah, amor, seamos fieles el uno al otro.»

Fruncí el ceño y tararé «fieles el uno al otro» con una vocecita aguda y débil que se perdió sobre las crestas blancas del mar oscuro.

–¿Dónde estás? –dije en voz alta en el silencio de la cocina. Cerré los ojos.

## 2

### El pasado de Maryam

Mientras mi polvo se templaba en el molde  
Se levantó el polvo de una gran agitación;  
No puedo ser mejor de lo que soy;  
Soy como me vertieron del crisol.

Omar Khayyam

Maryam fue al hospital con Sara y Saeed en la parte trasera de la ambulancia. Sostuvo la mano cada vez más flácida de Sara, acostada en la camilla, pálida, sorda al gemido de la sirena en la hora punta. Maryam apoyó la cabeza junto a la de su hija; las lágrimas le corrían hasta la boca. Acarició la cara de Sara, tan quieta, y pensó en una sala de hospital, cuando tenía la mitad de los años de Sara, con policías militares en la puerta. «Vete mentalmente a Teherán», le había dicho el amable doctor Ahlavi todos esos años atrás. ¿Dónde estaba ahora la mente de Sara? Maryam cerró los ojos con fuerza. ¿Qué había pasado? Se quedó de pie en el asfalto de la entrada mientras se llevaban a su hija a urgencias; Saeed miraba la puerta a través del fino velo de lluvia de la tarde.

–Se pondrá bien. Está en buenas manos –dijo un camillero–. ¿Quiere sentarse, señora?

Maryam negó con la cabeza, perdida, frunciendo el ceño para intentar volver a abrirse camino hasta la realidad del día.

–¿Le pido un taxi?

Ella asintió, aturdida. Le hizo una seña a Saeed y ambos esperaron en la acera, donde los dientes de león y el musgo crecían en las grietas y resquebrajaduras del pavimento.

Ya en el asiento trasero del taxi, las manos de Maryam empezaron a temblar. Saeed todavía tenía el móvil de Sara.

–¿Llamamos al tío Edward? –preguntó en un susurro.

Maryam asintió e intentó cogerlo de la mano, pero él se sobresaltó y se acurrucó en el rincón del asiento.

–Que Dios me ayude –dijo ella, sintiendo un entumecimiento debajo de la piel–. Perdóname, Saeed –miró su cara abatida, con la nariz de su padre y los ojos de Mara–. No merezco cuidarte. No merezco una familia –apoyó la frente en la fría ventanilla; su aliento, rápido y entrecortado, empañaba el cristal. Luego se recobró y alargó la mano suavemente para coger el móvil. Esta vez Saeed se lo dio y ella marcó el número.

Edward estaba en casa, y ella le contó lo que había pasado con voz rota y ahogada en llanto.

–Voy a llamar al hospital –dijo él–. ¿Por qué no te has quedado con Sara?

–No lo sé.

Maryam inclinó la cabeza hacia las rodillas. Todos esos años atrás, nadie de la familia se había quedado con ella.

Edward los estaba esperando cuando el taxi se detuvo al final del camino. Abrazó a Saeed con delicadeza; vio que la chaqueta del colegio tenía un desgarrón en el hombro y él un arañazo en la mejilla. Maryam pasó deprisa junto a los dos, con los brazos extendidos como una ciega. Subió la escalera dando traspiés y entró en su habitación turquesa; se arrodilló en el suelo al lado del tocador y abrió el cajón que había debajo del espejo, el que tenía dentro un revoltijo de velos de seda fina y algodón. Se los llevó a la cara y recordó la risa de sus hermanas y el ruido del bazar.

–No debería haberme ido nunca.

Oyó los pasos de Edward en la puerta y levantó la vista, con un sordo dolor en las sienas.

Él se dejó caer en la butaca.

–He llamado al hospital y a Julian. Se va a poner bien, Maryam, pero ha perdido al niño.

Las lágrimas le brillaron en los ojos y fijó la mirada a media distancia, con las manos en el regazo.

–¿Por qué?

Se volvió a mirarla y Maryam cerró los ojos, luchando por quedarse quieta, por sofocar el temblor que recorría en silencio sus venas y tendones.

–No lo sé.

Intentó encontrarle sentido a lo ocurrido.

–Estaba muy cansada. La charla y los llantos de Saeed me han traído muchos recuerdos, recuerdos abrumadores –echó la cabeza atrás y miró al techo–. A veces me despierto de noche y por un momento no sé dónde estoy, si aquí o allí –su mirada repasó la habitación antes de posarse en la cara de Edward, en sus ojos azul pálido–. Me despierto de algún sueño y creo que estoy en Mashhad o en Mazareh, pero no. Estoy aquí.

Edward se inclinó hacia delante y le puso un dedo en los labios.

–Ya basta, Maryam.

Ella lo miró y se esforzó por recordar algo bueno: Sara enseñándole a montar en bicicleta cuando tenía trece años, corriendo detrás de ella, su risa en la brisa de primavera, las flores de mayo caídas en la hierba. «No sabes hacer nada», se reía Sara. «No sabes montar en bicicleta, ni jugar al tenis, ni hacer crêpes.» Maryam le pellizcaba la mejilla en broma. «Pero, hija mía, puedo montar en camello, ganarte al backgammon y comer sandía con las manos.»

En cierto modo, habían aprendido inglés juntas. Los ojos de Maryam se posaron en una foto de Sara cuando era una niña pequeña, un cálido agosto en el que los tres habían ido a la costa en coche, con toallas y una cesta de merienda en el maletero. Habían parado en un área de descanso junto a un prado. Sentada al borde de la hierba, Sara señalaba cosas y Edward decía sus nombres. Maryam también los repetía, también aprendía palabras nuevas: golondrina, cebada, libélula, mariquita. Recordaba haberse tendido de costado para hacer una foto de Sara persiguiendo una mariposa con las manos extendidas. Edward la cazó para ella y se la enseñó en las manos unidas en forma de copa. Abría y cerraba las alas allí posada, azul aciano, como un palpitante pedazo caído del cielo.

–Ojalá hubiera sido mejor madre –susurró Maryam.

–Está viva –Edward le cogió la mano–. Has hecho todo lo que podías.

Maryam no sabía si eso era cierto. Se sentía atada con viejos nudos que sólo podían apretarse más y más.

Más tarde, aquella misma noche, Edward llevó a Julian al hospital.

–Es mejor que te quedes en casa de momento –le dijo a Maryam. Luego fue a ver si Saeed estaba bien. Lo encontró en su dormitorio, callado, pintando otra vez.

Cuando Edward se fue y la casa se quedó en silencio, Maryam cruzó el pasillo a oscuras y abrió la puerta del desván. Subió despacio los escalones de madera blanca y encendió la luz, arrodillándose para llegar detrás de un montón de alfombras enrolladas. Sacó un ajado maletín gris y se sentó en los tablones polvorientos del suelo para abrir los cierres. En la parte de arriba había una serie de cajitas de joyería, y las abrió una por una. Debajo del algodón encontró los anillos que su padre le había regalado –turquesa, perla, rubí, oro–, uno por cada año que no lo había visto, todos enviados por su cumpleaños, hasta que murió. Lo único que ella quería era que la perdonara, pero él no había vuelto a dirigirle la palabra desde el día en que la echó de casa. «Ya no eres mi hija.» Apoyó la cabeza en las manos y recordó haber subido al desván con Sara cuando era pequeña, con los anillos demasiado grandes y pesados en sus dedos. «Soy una princesa persa», había dicho Sara con una sonrisa a la que le faltaban dientes. Maryam hizo girar los anillos en sus manos. No quería recordar el precio que había pagado, ni pensar en lo que querrían decir las joyas, si no eran una disculpa o un ofrecimiento de paz. Seguro que su padre no se habría burlado de ella con sus regalos: un pago para que no volviese, para que se mantuviera lejos de su vista. Nunca lo sabría.

Recordó a Sara llamando desde las ventanas emplomadas del desván a Edward, que estaba cortando la hierba que crecía alrededor de los manzanos del jardín. «Pito pito colorito», gritó con su vocecita aflautada y llena de excitación, y él le mandó un beso por el aire y contestó: «Colorito, ¿quién ha plantado todas esas malditas amapolas por todas partes?».

Maryam se secó las mejillas con la mano; tenía los ojos hinchados por el llanto.

Debajo de las joyas estaban las cartas de Mara: papel de seda para correo aéreo, sobres gruesos de color marrón con los bordes amarillentos y sellos medio despegados del orgulloso Shah y su trono de pavo real. Los abrió con cuidado, sacando flores secas y puñados de hierba con más de cuarenta años de antigüedad, enviados cuando su hermana era todavía una niña. Los garabatos parlanchines de Mara en farsi cubrían las páginas, y era como si Maryam pudiera oír su voz otra vez. Desdobló los esbozos a carbón y lápiz de su hermana y vio de nuevo las caras y lugares con los que había soñado durante toda su vida.

Se llevó el papel a la cara intentando respirar su olor, mientras una brisa otoñal soplaba en torno a las esquinas de la casa. El viento gemía y ella recordaba las llanuras de Mazareh, el pueblo de su familia, donde había pasado los veranos de su infancia. Al pie de las colinas cercanas, en la tierra roja, se erguía una gran piedra tallada en forma de mujer. Siempre había estado allí. Cuando Maryam era niña, apoyaba la mejilla en la piedra fresca y metía los dedos en los agujeros horadados en la cara y el torso, por los que soplaba el viento que venía de las yermas colinas.

—Ha pasado demasiado tiempo —susurró Maryam, y de debajo de las cartas y dibujos sacó un libro delgado, encuadernado en piel roja y desgastada. Pasó las páginas, y los años transcurridos se desvanecieron. Oyó la voz de Ali leyendo, vio sus labios moverse sobre las palabras y líneas inglesas, «El mar está en calma esta noche», igual que se habían movido sobre Maryam días antes de que su vida se derrumbara. Por eso, sobre todo, había venido a Inglaterra. Y ahora se daba cuenta de que seguía derrumbándose.

Cuando cerró el libro y apartó los dibujos de Mara para Saeed, respiraba con dificultad y le dolía el pecho. Colocó despacio las cajitas de joyas en el maletín y lo escondió detrás de la pila de alfombras. Apagó la luz y bajó al piso de abajo. Se dejó caer en el sofá de la sala y esperó a Edward. Pensó que él nunca la había castigado; ni una sola vez. Siempre la hacía sentirse segura. En cierto modo, por eso se había casado con él. Miró la foto de Sara que había en la repisa de la chimenea. «Ahora te he perdido a ti también.» Hundió la cabeza en el respaldo, retorciéndose las manos. Y al final, agotada, se quedó dormida.

Horas después, Edward regresó del hospital a la casa silenciosa y gris. A la luz tenue de la sala cogió el libro que seguía entre las manos de Maryam y que recordaba de cuando la conoció. Le apartó el pelo de la cara, buscó un cobertor y la arropó con él antes de sentarse solo y a oscuras. Y entonces lloró.

Al final, había fracasado. Todos esos años intentando mantenerla a flote entre pesadillas y lágrimas, los lugares donde ella perdía pie, el pasado que nunca podía compartir del todo con él. Al principio, recién casados, los malos momentos no duraban mucho: unas pocas horas y ella resurgía, dulce y sonriente, y él la sentía aún más cerca. Pero todo empeoró con la Revolución y la muerte de sus padres. Sus recaídas eran menos frecuentes, pero más profundas y negras. Salía de ellas aturdida, con la mirada perpleja y perdida en el jardín, posándose en él como si apenas lo conociera; daba un

respingo si intentaba tocarla. Al final se le pasaba. Y él siempre esperaba que fuera la última vez.

–Lo siento –decía ella, apoyando la cabeza en el hombro de Edward–. Me caigo en el vacío.

–Mientras sigas aquí... –la besó en la frente.

Al día siguiente decía que tenía que ir unos días a Irán, y él asentía, gris como el amanecer.

–Lo que sea mejor para ti y para Sara –sentía que no podía hacer nada más.

Y así se fueron distanciando.

Una semana después, Maryam llegó a Teherán y se quedó unas cuantas noches con una antigua amiga enfermera, Parvin, en un bloque de apartamentos al pie de los montes Alborz. La despertaba cada mañana el sonido de las aguas del río bajo su ventana, un remolino helado de hojas amarillas. Le contó a Parvin más o menos lo que había pasado, esperando que el tiempo las pusiera al día, mientras se sentaban con la cafetera en la mesa, mirando el despertar de la ciudad parda bajo las montañas coronadas de nieve.

Recordaron cuando estudiaban enfermería en Teherán, con sus pulcros uniformes blancos de día y sus elegantes trajes occidentales de noche.

–Lo pasamos bien, ¿a que sí? –Parvin sonrió–. Aunque yo creo que fue una conmoción para ti, viniendo de Mashhad. ¡Nunca le habías enseñado los tobillos a nadie!

–Crecí en una ciudad religiosa, y mi familia era muy estricta. No fue fácil escapar.

–No estarás huyendo de Edward ahora, ¿verdad? –se burló Parvin, y Maryam meneó la cabeza, mirando a lo lejos el resplandor verdoso de una mezquita iluminada, fantasmagórica a la luz pálida de las primeras horas de la mañana.

–Huí hacia él –contestó–. Intentaba escapar de algo distinto: otra vida, o la idea de otra vida. Pero ha estado dentro de mí todo el tiempo, y ahora me ha traído de vuelta.

Unos días después Maryam voló desde Teherán a Mashhad, a lo largo de la columna vertebral de montañas que recorría el norte del país, cruzando la antigua provincia de Khorasán. Allí se alojó con Shirin, su sobrina, la hija de su hermana mayor Mairy. La última vez que Maryam había visitado Mashhad, tres años antes, había sido para enterrar a Mairy en las catacumbas bajo la mezquita de Haram, donde descansaban su madre y su padre. Ahora también Mara yacía allí; sus dos hermanas, toda la familia de su infancia, muertos y desaparecidos. Shirin fue amable con su extraña tía extranjera, que era torpe y tenía costumbres iraníes anticuadas, y cuyo velo siempre le resbalaba pelo abajo.

–No cuchicheéis –les dijo a sus hijos cuando los encontró espiando detrás de la puerta al mito ambulante de los cuentos de su madre y de su abuela.

Maryam se marchó tan pronto como pudo, inclinándose en agradecimiento, huyendo del silencio que se hacía cada vez que entraba en una habitación, de los elegantes amigos de Shirin que levantaban la cabeza y la miraban con breves y educadas sonrisas.

«Sonrisas como cuchillos», oyó la voz de Fátima susurrar en su cabeza.

–Bienvenida, Fátima –susurró Maryam a su vez–. Fuiste como una madre para mí.

Desde Mashhad, Maryam emprendió la etapa final de su viaje a Mazareh. Era la primera vez que regresaba al pueblo desde que era niña. Sentada en el taxi, recordó el mismo viaje cuarenta años antes, cuando se tardaba más de una hora a caballo en llegar al pie de las primeras colinas. En aquel entonces, Mashhad era un pueblo de provincias. Ahora se había convertido en una ciudad que crecía descontroladamente, donde las grúas y obras de construcción reptaban por las laderas grises y se perdían en las sombras que proyectaban las cumbres. Era noviembre, el mes en que se había ido.

La autopista se extendía hacia delante entre las colinas, hacia las llanuras abiertas y las montañas de Khorasán y las fronteras de Turkmenistán y Afganistán. Maryam miró fijamente la brillante luz del horizonte y se le saltaron las lágrimas; comprobó tanteando con las yemas de los dedos que el velo de algodón blanco seguía cubriéndole el pelo. De niña aquel viaje la había llenado de alegría: la huida de las estrictas reglas de Mashhad, de las habladurías durante veranos enteros en las montañas, entre los aldeanos que habían labrado la tierra de la familia de Maryam durante generaciones. Vio cómo se acercaban las colinas, con su tierra de color ámbar, azafrán y ocre, y sintió cómo se iba perdiendo en la distancia el hogar que había dejado en Inglaterra, con sus pulcros setos y sus exuberantes céspedes de un verde abrumador.

Pasaron junto a grupos de gente en las gasolineras que aparecían de forma aleatoria, dejaron atrás a niños sucios que llevaban cubos de agua y esponjas para limpiar el polvo rojo de los parabrisas. Se cruzaron con camiones cargados de remolacha que levantaban nubes de arenilla. El horizonte estaba vacío, salvo por alguna fábrica de ladrillos echando humo negro al cielo blanco. Cuando Maryam pensaba en Sara, cosa que hacía casi todo el tiempo, llenaba su cabeza el rugido del puente aquel día, el olor de la sangre de su hija en las manos.

–Perdóname –murmuró, una continua salmodia mental, mientras cogía la mochila que Edward le había dado para el viaje. Dentro, tocó el lomo del librito del desván, como tantas veces había hecho desde que salió de Londres, recordando que en sus tiempos la encuadernación era roja como las cerezas, cuando ella era joven, cuando la vida aún tenía redención posible.

Cuando el taxi dejó la autopista, Maryam vio el denso contorno de la luna persa, amarilla en el cielo azul, sobre las montañas. La carretera era estrecha y blanca; estaba vacía. Bajó la ventanilla y respiró el silencio y el aire frío que bajaba de las nieves perpetuas. El taxi traqueteó sobre los baches mientras los colores se atenuaban y aparecían puntitos de luz apiñados en el anochecer. Por fin, el coche llegó a una señal arañada a un lado de la carretera: «Mazareh». Allí estaban de nuevo sus muros de paja y barro, su olor a ovejas y a agua de rosas.

El pasado acarició la piel de Maryam y fue como si viera a un yo más joven, de unos dieciséis años, terco e inquieto, avanzando en la penumbra a través de las décadas para

saludarla: «Bienvenida, soy Maryam Mazar, y las estaciones están cambiando». Hacía mucho que había dejado atrás aquella voz. Fue en 1953, cuando se marchó por última vez de Mazareh. Oyó la llamada de su mundo perdido y abrió los brazos a lo muerto y desaparecido y a un sitio llamado hogar.

Soy Maryam Mazar y las estaciones están cambiando. La nieve cubre las estribaciones de las colinas que rodean Mazareh y el viento es cortante. Casi estoy deseando volver a Mashhad. Pronto traerán a las ovejas desde los pastos de verano, y el pueblo olerá a mierda. Hoy he trabajado en los campos con Hassan, el nuevo capataz, arrancando remolacha azucarera. He llenado muchos cestos y tengo las manos en carne viva. Hassan dice que no me van a querer de vuelta en Mashhad, que me he convertido en una campesina, que he perdido mis buenos modales. Puede que tenga razón.

Luego nos sentamos en torno a la estufa de queroseno mientras los niños jugaban y reían, persiguiéndose con el ojo de oveja muerta que flotaba, con la pupila hacia arriba, en la sopa de Hassan. Me hizo pensar en la vieja casa de Mashhad, en los criados espiando, en la inspección constante; todo es así. Allí me siento como un insecto atrapado en ámbar, una vieja ala de abeja medio hundida en miel. Y sin embargo, parte de mí desea volver. Estoy preparada para volver a mis libros, para que Ali me lleve al colegio y me acompañe de regreso a casa, para que me cuente todo lo que está aprendiendo como ayudante de mi padre. Para que me haga preguntas sobre el Corán, para que aprendamos poemas ingeniosos y nos los recitemos el uno al otro. Aquí pronto será invierno, y no van a querer otra boca que alimentar.

Mañana llega Fátima para organizar mi regreso a Mashhad. La he echado de menos durante el verano. Ha cuidado de mí toda mi vida: he crecido bajo la mesa de su cocina, leyendo mis libros, oyéndola regañar a las criadas o charlar con ellas.

La camioneta de Fátima se acercó envuelta en una nube de polvo al final de la tarde. Traqueteó por los desniveles del camino, serpenteando entre los desaliñados paneles de paja y barro de las casas hasta la amplia plaza de tierra parda y endurecida en el centro del pueblo. La plaza estaba llena de niños que acababan de salir del colegio y correteaban excitados por la llegada de un nuevo visitante. Se daban empujones y tirones; las risas y el diesel impregnaban el aire mientras Fátima bajaba y la camioneta crujía. Sentaba bien sentir otra vez sus sólidos brazos a mi alrededor.

—Están esperando tus pasteles —susurré mientras ella miraba a los niños darse empujones. Empezaron a gritar cuando sacó las cajas del asiento trasero. Abrimos una en el suelo: estaba llena de pastelitos dulces con pistachos, almendras y miel. Se hizo un silencio mientras todos mordisqueaban y sonreían de oreja a oreja: las manecitas morenas se hundían en la caja y los niños comían en cuclillas, con los labios tan pegajosos como los míos.

Sonreí a Fátima. Me cogió la barbilla y meneó la cabeza. Dijo que parecía un chico

con esas mejillas encendidas y la piel morena.

–A tu padre no le va a hacer ninguna gracia –se burló, y levantó un dedo en una parodia de advertencia. Hice como que lo mordía, cosa que, creo, la escandalizó un poco.

Mientras caminábamos hacia la casa de Hassan, donde me alojaba, Fátima me dijo:

–¿Cuándo vas a crecer, Maryam?

–Cuando crecer signifique ser libre.

Siempre me preguntaba lo mismo, y yo siempre le daba la misma respuesta.

En muchos sentidos, me ha ayudado a esconder mi crecimiento: vendándome el pecho para que no se note, lavando los trapos cuando sangro, guardando el secreto para que todo el mundo piense que sigo siendo una niña. Me ha ayudado a protegerme a mí misma como si fuera su propia hija; y en cierto sentido, lo soy.

Hice un té, y mientras estábamos sentadas tomándolo me contó las últimas noticias de Mashhad. Dijo que la nueva esposa de mi padre no tardaría en dar a luz, y que debíamos rezar para que fuera niño. No me gusta Leila, la nueva esposa, que vive en la casa principal, la que era nuestra casa; y no quiero otra hermana. Ya tengo dos, sin contar a la que nació muerta.

Una vez que Fátima descansó un poco caminamos despacio hasta las suaves laderas que había al final del pueblo. Empezaba a anochecer y el frío llegaba sigilosamente, con las sombras. Nos sentamos en el suelo pedregoso y me apoyé en su cuerpo, sintiendo el calor de nuestros abrigos afganos hechos de lana de oveja del año anterior.

–Háblame de mis hermanas –dije. Somos tres cuentas de un mismo collar, por nuestra sangre y por la primera letra de nuestros nombres: las hermanas Mazar, Mairy, Maryam y Mara.

Fátima me habló primero de Mairy, que con tres años más que yo, diecinueve, ya tiene tres ruidosos chiquillos de nuestro primo Reza. Cuando Mairy nació la sentaron en el regazo de Reza, porque era su futura esposa. Sé que no es algo fuera de lo corriente, pero siempre he sentido que debe de ser terrible que decidan tu vida instantes después de tu primer aliento. Mara es mi hermana pequeña y la favorita de todo el mundo. Es toda pecas y rizos y da besitos incluso cuando está dormida. Fátima dice que es un diablillo. Me muero de ganas de volver a verla.

Pregunté por mi madre y Fátima suspiró; sé que eso significa que no me lo va a decir todo. Pero no hace falta. Hace mucho tiempo que mi padre no va a nuestra parte de la casa para ver a mi madre, su primera esposa. Fátima sólo me contó que había oído a la tía Soraya, la hermana de mi padre, decirle a mi madre que había empezado a parecerse a la campesina rusa que era cuando nació, y que no era extraño que fuese una carga. Pensé en mi madre e intenté recordarla contenta. No pude.

Mientras escuchaba a Fátima y miraba las estrellas llenar el cielo enorme y cada vez más oscuro, supe que no quería llevar ninguna de sus vidas. Lo sentí en el vientre, aunque todavía no sé cómo puedo llevar una vida diferente. Lloré por ellas y por mí

misma en el hombro de Fátima mientras ella me acariciaba el pelo y las cadenas de los perros pastores tintineaban allí cerca. Es un ruido familiar que no volveré a oír en muchos meses.

A la mañana siguiente Ali llegó de Mashhad para llevarnos a casa, y así acabó el verano. En cuanto me desperté, Fátima empezó a prepararme para la vuelta. Me echó cubos de agua fría por la cabeza y me restregó la piel; el agua sabía a sal y a tierra. Luego me senté junto a la estufa de queroseno para secarme y ella metió el peine entre los nudos de mi pelo. El sol lo había puesto castaño rojizo, cosa que a Fátima no le gustó.

–Pareces una campesina –me frotó la piel con aceite hasta que la habitación apestó a jazmín y sentí náuseas–. Calma esos ojos de tormenta –me amonestó levantando un dedo–. ¿Qué es lo peor que podría pasar? –sacó un chador azul pálido de su bolsa y me lo puso en torno a la cabeza, cubriéndome el pelo.

Cuando salí, los chiquillos tiraron de él riendo, pero no pude perseguirlos como habría hecho antes. También Hassan me trató de otra forma cuando me vio vestida para volver a casa: le daba vueltas al sombrero entre las manos y no me miraba a los ojos. Pocos días antes habíamos arrancado remolacha juntos, riendo, mientras las llanuras se extendían interminables hacia una bruma en el horizonte de la que surgían las montañas. Lo había oído cantar junto a la puerta en las noches oscuras y vacías, con la cara apoyada en sus manos huesudas de granjero y una voz áspera y lírica a la vez.

Me alegré muchísimo cuando llegó Ali. Me trajo un libro de poesía inglesa, y las páginas olían bien.

–Te lo manda tu padre –inclinó la cabeza, mirándome con una sonrisa a través del flequillo. Yo sabía que no era verdad. Lo había cogido a escondidas para mí, y por un momento nos miramos a los ojos.

A primeras horas de la tarde hicimos –Hassan, su madre, sus hermanas, Fátima, Ali y yo– nuestra última comida juntos, sentados en unas alfombras extendidas en el patio de la casa de Hassan. Comimos menta y queso con pan de pita recién sacado del horno del pueblo. Mientras todos hablaban, me apoyé en la pared y miré el cielo azul pálido. Soplaban una fresca brisa de otoño que traía algo triste desde las montañas: una promesa de hojas podridas y raíces secas ahora que el verano tocaba a su fin. Miré a Ali pasar los dedos por la tierra parda y desmenuzada. En primavera volvería a crecer en ella el azafrán, con sus pétalos del púrpura más oscuro y sus estambres color sangre.

Después, Ali preguntó en voz baja si le daría tiempo a ver a su madre, y yo asentí con la cabeza. Su familia siempre había vivido en nuestro pueblo, aunque su padre murió hace mucho tiempo y su madre está delicada de salud. Yo también quería despedirme de ella, de su pelo de plata y su piel apergaminada, así que le pregunté a Fátima si podía acompañar a Ali. Ella sonrió y asintió, de un modo que en Mashhad no iba a estar permitido. Sabía que tal vez Ali no volviese a ver a su madre.

Su casa está en el centro del pueblo, al otro lado de una verja de madera y de un patio

pequeño y desnudo donde tienen gallinas. El sol bajo de la tarde llenaba la habitación principal y nos sentamos con las piernas cruzadas, mientras una franja de luz atravesaba las paredes de barro. Su madre descansaba apoyada en cojines junto al samovar, acurrucada en mantas de retazos rojos y verdes. Ali es su hijo pequeño; lo miré preparar el té y vi temblar la mano de ella al sujetar la taza, mientras sus hermanas se movían junto a nosotros con los niños a cuestas y me saludaban con la cabeza. Su madre es kurda, y Ali tiene los mismos ojos verdes y la piel dorada que en otros tiempos tuvo ella. A veces veo a las chicas del pueblo mirarlo entre los dedos de las manos. Dicen que es esbelto y fuerte por haber crecido en la granja antes de que lo mandaran a trabajar con mi padre en Mashhad. «Qué modales tan finos tienes ahora», se burlaban sus hermanas.

Sonríó en secreto cuando camino junto a él aquí en Mazareh, donde es como si fuéramos iguales. Cosa que cambiará cuando volvamos a Mashhad y él sea de nuevo el criado de mi padre.

–Me gustaría oírte contarle a Maryam Mazar la historia de las luciérnagas –le animó su madre suavemente, con la sonrisa de una muchacha todavía visible en las comisuras de la boca.

–Es una historia tonta –dijo Ali–, pero si a ti te gusta... –se volvió hacia mí sonriendo y con una sombra de tristeza en los ojos–. Cuando era niño y mi padre aún vivía, trabajaba con él y con mis hermanos en los campos. Al atardecer regábamos nuestro terreno de cultivo, dejando que el agua inundara las acequias que durante el día estaban secas y polvorientas. Mientras mi padre bombeaba el agua, yo corría de un lado a otro del campo para asegurarme de que no había nada que le cerrara el paso: perros dormidos o la astuta desviación de algún ladrón. Una noche, al terminar, me tumbé boca arriba bajo un cielo lleno de estrellas. Cuando me incorporé y miré el terreno, fue como si viera más estrellas surgiendo de la tierra que habíamos regado. Toqué la tierra con la cabeza y susurré una oración porque pensé que era un milagro. Corrí a casa y llamé a mi padre, que estaba lavándose la suciedad de la jornada de las manos, y a mi madre, para que vinieran a ver las estrellas que surgían de la tierra. Cuando llegamos a la linde del terreno otra gente del pueblo se unió a nosotros, y mi padre me revolvió el pelo.

»–Han venido por ti, Ali –dijo–. Luciérnagas del agua.

»–¿Y las estrellas son luciérnagas del cielo? –pregunté, y él me pellizcó la mejilla y dijo que a lo mejor. Encendimos velas y las dejamos allí para dar gracias a Alá por las luciérnagas, vinieran de donde vinieran.

Volvió a mirar a su madre y ella le acarició la mejilla con la mano.

–Cuando tú eras niño y tu padre era fuerte –suspiró, y nos quedamos sentados en silencio.

Más tarde, mientras nos preparábamos para irnos, su madre me cogió las manos y besó ambas palmas.

–Cuidaos el uno al otro, y que el mundo os conceda favores y luz –le tembló la voz y yo me incliné para besarle la mano también.

–Rezaré para verla cuando llegue el próximo verano.

Ella sonrió y apretó la cabeza de su hijo contra la suya durante mucho rato, con lágrimas en los ojos; luego lo dejó ir y nos deseó buen viaje a los dos. Ali salió mirando al suelo.

Cuando regresamos, Fátima ya había metido las provisiones en la camioneta. Ali se sentó al volante, ella a su lado, y yo me senté en la parte trasera, junto a la ventanilla polvorienta. La gente de Mazareh disparó las escopetas al aire mientras arrancábamos, y miré el pueblo hasta que desapareció en la distancia. Sabía lo difícil que iba a ser, de regreso en Mashhad, creer que alguna vez había existido.

El viaje desde Mazareh dura unas cinco horas. Las carreteras son difíciles y a veces un rebaño de ovejas puede bloquear el camino, sobre todo en los valles, al anochecer, cuando los pastores buscan refugio para pasar la noche. Vi cómo se alargaban las sombras de las cimas redondeadas de las colinas y eché una última mirada a la gran llanura que se extendía a nuestra espalda hasta las montañas de Masjed y otros países lejanos. Poco a poco se encendieron las luces de los pueblos y se agruparon en la noche como acericos brillantes, cada vez más pequeños. Intenté recordar los nombres de las montañas: Gossemarbart, Tomor, Shilehgoshad, y los baches me acunaron hasta que me dormí, mientras soplaban el aire caliente del motor.

Era tarde cuando llegamos a las altas verjas de hierro de la casa familiar, en la linde de Mashhad. Golam estaba sentado fuera, como todas las noches, y nos abrió el portón. Ha trabajado para mi padre desde que tengo memoria, no tiene dientes y su cara está llena de líneas fronterizas, como los valles. Nos saludamos con la cabeza a través de la ventanilla mientras él volvía a cerrar el portón detrás de nosotros.

Dentro, las habitaciones de mi madre y mis hermanas ya estaban a oscuras, pero había una luz tenue en el estudio de mi padre. La noche era silenciosa, y el aire húmedo y fragante tras las llanuras agostadas de Mazareh. El empedrado y la tierra estaban mojados: Golam limpiaba, barría y regaba a la caída de la noche.

Fátima me llamó para que me tomara una bebida caliente con ella en la cocina antes de irme a la cama. Seguía medio dormida del viaje mientras cruzaba los terrenos, pero aun así vi el resplandor rojo y ardiente de un cigarrillo sobre el banco que había junto a la fuente del patio, que ya estaba seca en espera del invierno. Mi padre fumaba en las sombras. Me acerqué a él e incliné la cabeza, tendiendo las manos para que las cogiera. Él me dio un beso en cada mejilla y sonreí, reconfortada por su bienvenida.

–Maryam. Así que Ali te ha traído por fin a casa, sana y salva –hablaba en voz baja y lo miré a los ojos, esperando que no le importara mi piel morena–. Pronto me contarás tus aventuras del verano. Te mandaré llamar –tiró el cigarrillo a la tierra mojada y volvió a la casa; sus pisadas resonaron en el empedrado.

Ali lo siguió, volviéndose para sonreírme por encima del hombro; el blanco de sus ojos resplandecía en la oscuridad.

–Buenas noches, Baba –me despedí, y fui hacia Fátima y la cálida cocina.

Como siempre, parecía que nunca me hubiera ido.

El colegio todavía no ha empezado, pero Ali ha venido esta mañana a ayudarme con la lectura. Nos sentamos con Fátima en la cocina. Nadie nos entiende cuando no hablamos farsi. Saqué el libro de poesía inglesa que me dio en Mazareh. Es rojo cereza con letras grabadas en relieve en la cubierta, lo bastante pequeño como para metermelo en el pliegue de la manga.

Ali leyó los primeros versos de un poema titulado «Dover Beach». Me dijo que era un sitio en Inglaterra, junto al mar, con acantilados blancos como una fortaleza. Mi padre siempre ha dicho que Ali tiene un don para los idiomas. A veces lo miro en secreto mientras escucha el chisporroteo de las emisoras de radio extranjeras con un diccionario en la mano. Me gusta oírlo pronunciar las extrañas vocales inglesas cuando lee en voz alta. Esta mañana le hice repetir los versos del poema más veces de las que necesitaba antes de intentarlo yo, vocalizando despacio. Me gusta que me corrija la pronunciación; nos miramos los labios el uno al otro. Terminamos los cinco primeros versos.

*The sea is calm to-night. The tide is full, the moon lies fair  
Upon the straits; – on the French coast the light  
Gleams and is gone; the cliffs of England stand, Glimmering  
and vast, out in the tranquil bay.\**

Anoche salí de puntillas y dormí en la azotea. Los pasillos largos y oscuros, las puertas cerradas me dan malos sueños. En la azotea, con mantas suficientes, puedo imaginar que todavía estoy en Mazareh. Recé a la luna que colgaba enorme y blanca sobre mi cabeza. Debí de ser una mala idea, porque hoy he tenido un día difícil.

Después de lavarme por la mañana, fui a la cocina a ver hornear a Fátima: encajaba el pan de pita a palmadas contra los muros del horno. Sonó el timbre de la puerta. En lugar de dejar que abriera la criada, como debería haber hecho, me cubrí el cabello con el velo, corrí escaleras arriba y crucé el vestíbulo de mármol. No había nadie, y nadie me vio. Abrí la puerta, con los ojos bajos. Era un joven con un traje color crema y zapatos marrones relucientes. Miró por encima de mi cabeza y preguntó por mi padre. Sé que miró por encima de mi cabeza porque he aprendido a ver por el rabillo del ojo incluso cuando estoy mirando al suelo. Me siguió al estudio de mi padre y llamé con suavidad hasta que le oí contestar. Dentro, el aire estaba lleno de humo espeso que subía hasta el techo formando volutas. El hombre entró, y yo me quedé fuera para cerrar la puerta e irme a toda prisa.

Por la tarde, estaba mirando a Mara cazar lagartijas cuando mi padre me mandó

llamar. Me observé en el reflejo de la ventana para arreglarme antes de entrar en las habitaciones de la casa principal. Él estaba leyendo en unos cojines bajos junto al samovar; dejó el periódico y me hizo una seña para que me sentara a su lado. Podía ver a Ali sentado ante un escritorio en una habitación lateral, y me pregunté si podría oírnos mientras me sentaba con esmero y mi padre me pedía que le hablara de la granja y de mis estudios. Le hice reír y pellizcarme la mejilla con mis historias del verano, y también le hablé de asuntos serios, como que los granjeros necesitaban una nueva bomba de agua y que esperaba seguir siendo la primera de la clase cuando empezara el curso. Veo que esto lo llena de orgullo, aunque tal vez habría deseado que yo fuera un chico. A veces yo también lo deseo.

Me preguntó si había hablado con el joven visitante de la mañana y afirmé enérgicamente que no. Me dijo que era hijo de un comerciante y terrateniente vecino y añadió, despacio, que me quiere por esposa. Mientras él hablaba, yo miraba los elaborados relieves del samovar. Aprendí lo que era el fuego abrasador de niña, cuando toqué las flores onduladas y los pavos reales de plata.

—¿Qué opinas, Maryam?

Me llevé una mano a la cara, respiré hondo y lo miré. Era difícil mirarlo a los ojos, así que aparté la cara y le hablé a la mesa. Dije que el hombre había mirado por encima de mí y que debía de ser bastante grosero si ni siquiera me miraba cuando quería casarse conmigo. Esto irritó a mi padre. Dijo que apartar la mirada era un signo de respeto, y que yo lo sabía. Meneé la cabeza, con el ceño fruncido como un cepo, mientras la habitación giraba a nuestro alrededor. Tenía la piel sudorosa y eché una ojeada a través de la alta ventana antes de volver a posar los ojos en mi padre. Me sentía atrapada.

Él me puso la mano en el brazo.

—Shh... —susurró, cosa que me tranquilizó por un momento—. Eres joven, nerviosa y excitable. Piénsalo un tiempo.

Cuando me levanté para irme, me cogió la mano.

—Maryam, tal vez sea hora de dejar atrás tus costumbres infantiles.

Hizo que me sintiera avergonzada y furiosa. Quería echar a correr, pero no podía.

Me senté en silencio con Fátima hasta la hora de acostarme.

Tengo un nuevo hermano, con la cara grande y roja y el pelo negro. Nació dando vagidos al amanecer. Se llama Shariar. Mi padre está encantado de haber tenido un hijo, y yo también, si eso quiere decir que se va a olvidar de mí y del hombre con los zapatos marrones relucientes, al menos durante cierto tiempo. Mi madre se sienta en el muro del jardín fumando sus cigarrillos norteamericanos y jurando en ruso cuando cree que nadie la oye. Está cansada.

Ahora Ali viene todos los días y me acompaña al colegio. Esta mañana nos detuvimos en la casa de al lado, la de la tía Soraya, que nos dio turrón para el camino. Es la hermana de mi padre y va por el tercer marido. Los otros murieron, pero ella es rica y

enseguida le salen pretendientes adinerados. Le gusta llevar chadores largos y negros hechos de los tejidos más ligeros y suaves.

–Esto es seda de París –dice–, un sitio al que dudo que vayas jamás.

Ali le gusta y le pellizca la mejilla hasta que la piel se pone roja y blanca entre su índice y su pulgar.

–Eres un chico con suerte –dice– por trabajar con mi hermano. Deberías estar cuidando ovejas, no lo vayas a olvidar. Te estoy vigilando, Ali –lo amonesta con el dedo–. Y ya puedes andar dos pasos por detrás de mi sobrina cuando la llevas al colegio. Os veo hablar parapetados en los libros. No se me escapa nada.

Esto siempre me pone furiosa, pero no quiero que se dé cuenta de que me importa.

Hoy le di las gracias por el turrón y Ali me siguió a la calle polvorienta.

–Dos pasos por detrás, haz el favor –murmuré con suavidad sobre mi hombro. Caminé mirando al suelo el resto del camino que se aleja de la casa de mi familia, pasando por delante de la casa de mi abuela, y miré los pies del mozo de cuadra de mi padre cuando pasó en dirección opuesta. Al final llegamos al atajo a través del huerto; Ali sigue manteniendo la distancia, pero allí podemos hablarnos en voz baja mientras nos agachamos sobre el suelo desigual y pedregoso para evitar las ramas.

–¿Cuál es la capital de Francia? –preguntó.

–París, a donde no iré jamás.

–¿Qué es la Columna de Nelson?

–Siempre preguntas cosas imposibles, Ali. ¡No lo sé!

Entonces me habló de Trafalgar Square, en Londres, y de la estatua de un marino en lo alto de una columna que se alza hacia el cielo. Dije que ojalá pudiera leer los libros de mi padre con tanta libertad como él. Sé que entra a escondidas en la biblioteca cuando mi padre se echa su siestecita después de comer. Ali me ha contado que mi padre no lee muchos de los libros que hay en las estanterías, porque él mismo ha tenido que cortarles las páginas con un cuchillo. Hablamos de todos los libros que le han regalado a mi padre.

–La gente quiere impresionarlo –dije– para poder contar con su apoyo.

–O para conseguir la mano de la lista de su hija –replicó Ali, y yo me enfadé.

–Dos pasos por detrás –dije con brusquedad; por culpa de sus palabras me sentí un poco enferma durante todo el día.

Fátima y yo hemos ido a rezar a la tumba de su hijo. Hoy habría sido su cumpleaños. Hace años, mi padre organizó el entierro en las catacumbas del Harán, la mezquita a cuyo alrededor creció Mashhad. Es uno de los lugares más sagrados después de la Meca, y Fátima se siente orgullosa de que su hijo esté allí enterrado; pero también se siente inquieta. Es una cocinera, y no está del todo cómoda con eso de que los huesos de su hijo descansen junto a los de las grandes familias de Khorasán. Le presté un chador precioso que mi madre ya no usa, de algodón negro con cuentas bordadas, brillantes como ojos de lagartija. Recorrimos a buen paso las calles del bazar hasta el lugar donde

el Harán se yergue como un puño de oro y turquesa: la cúpula atraviesa la nube de suciedad y toca el cielo. Había mucha gente, pero encontramos un rincón junto a la tumba y Fátima se arrodilló en el polvo, murmurando sus oraciones. Yo me quedé de pie a su lado. Cuando se levantó apreté mi mejilla contra la suya, que estaba mojada y olía a higos y sudor.

Su hijo murió por mi culpa. A mi madre le prohibieron darme el pecho y entonces me llevaron a los brazos de Fátima. Me amamantó hasta que se quedó seca, y su propio hijo murió. Cuando me enteré, años después, mi padre dijo que el niño era enfermizo desde que nació. Pero yo sé que no es verdad. Lo maté antes de aprender a andar. Es lo primero que hice en la vida. Fátima debería odiarme, pero me quiere.

Durante los últimos días, el colegio ha cerrado temprano. Los profesores nos dijeron que ha habido protestas, lejos, en las calles de Teherán, y que debemos volver a casa por si los disturbios llegan hasta aquí, pero mientras deambulaba por el bazar, las calles estaban tranquilas. Casi todos los puestos habían cerrado ya hasta la noche, y las mercancías estaban cubiertas con hules polvorientos y lonas gruesas o encerradas con candado en cofres de madera apilados unos contra otros. Los comerciantes estaban tomando café solo en pequeños grupos, o dormían sobre esteras a la sombra.

Uno de los puestos es de Ehzat, la prima de Fátima, que acababa de empezar a guardar sus sacos de hierbas y especias: cúrcuma, estragón, nuez moscada y canela. Me senté en su escabel y la escuché tararear y parlotear, a ratos consigo misma y a ratos conmigo. De repente hacía una tarde calurosa, un día de verano perdido a finales de otoño, y sentí que se me cerraban los ojos mientras la oía decir que aquella era la época de más trabajo del año porque las familias se daban un festín antes de Ramadán, y que todavía estaba esperando los pedidos de Fátima. Entre frase y frase chasqueaba la lengua contra el paladar y meneaba la cabeza, echándome miradas significativas. Intenté seguir sus cotilleos, pero se me iban los ojos hacia las sombras y los perros que dormían, y recordaba fragmentos de poesía inglesa. Me tragué un enorme bostezo; Ehzat chasqueó la lengua con más fuerza todavía y agitó una bolsa de papel llena de higos secos delante de mi nariz.

–Venga, soñadora, llévate esto a casa. Dale una parte a tu madre y otra a Fátima.

Me desperecé con una sacudida y le di las gracias. Le estreché las manos al despedirme: las tenía cálidas, pero encallecidas.

Le llevé la bolsa de higos secos a Fátima, que los puso en un frutero azul pálido y me dijo que se los llevara a mi madre, prometiendo que ella llevaría té recién hecho. Me riñó por soltar un ruidoso suspiro, y dijo que debería ser más consciente de mis deberes y hacerle compañía a mi madre, sobre todo ya que la veía tan poco. Hice una mueca y ella fingió espantarme con el trapo de cocina, lo cual nos hizo reír tanto a las dos que tuvimos que sentarnos para recuperar el aliento.

Llamé a la puerta de mi madre y entré cuando oí su suave y quejumbroso *salaam*.

Estaba sentada en el suelo con las piernas cruzadas en una esquina del cuarto, cosiendo. Tenía los labios apretados y la mirada fija en el dobladillo que estaba haciendo para uno de los hijos de Mairy. Me senté y esperé a que acabara. La habitación olía a moho. Era su olor, como el de un armario de ropa que no se ha abierto en mucho tiempo. Escuché a los pájaros que cantaban y se perseguían con estruendo fuera, entre los árboles, y respiré más despacio. Me alegré al ver a Fátima entrar con la bandeja, llena de platos y tazas que tintinearón cuando la dejó en el suelo. Mi madre sacudió la cabeza y alzó los ojos sin ver, como si no me reconociera. Intenté sonreír a sus ojos ausentes.

–Mamá, te los manda Ehzat. Se ha acordado de que son tus favoritos.

Empujé el frutero hacia ella y la miré coger un higo seco: duro y de color marrón claro por fuera, arrugado y rojo donde había reventado, dejando ver la pulpa. Se lo metió en la boca y se le abultó la mejilla. Bebió un sorbo de té.

Los higos estaban dulces y correosos. Fátima y yo también cogimos uno. No podíamos hablar; mirábamos nuestras tazas, chupando y masticando ruidosamente.

Mi madre preguntó por mis clases sin mirarme, y le conté que el curso había empezado bien. Dijo que pronto tendría que dejar el colegio, y luego me sorprendió al preguntarme si había pensado en la boda que mi padre había propuesto. Sentí que me quedaba sin aire. No esperaba que él se lo hubiera contado. La miré a la cara: tenía arrugas tensas y secas en torno a los ojos y una erupción en el cuello que el velo no le cubría del todo, y que se rascaba distraída cuando se sentaba en el muro del jardín como un pájaro al que podría llevarse el viento, aspirando el humo de sus cigarrillos sin darse cuenta de nada de lo que ocurría a su alrededor.

–No quiero casarme y ser como tú o como Mairy –contesté.

Se llevó la mano a la cara y se frotó las cejas, y luego la piel irritada del cuello. Mastiqué otro higo. Fátima se había sentado en un rincón, lejos de nosotras.

–No quieres ser como ella –dijo mi madre, señalando a Fátima con la cabeza– y trabajar para tener un techo sobre tu cabeza.

Miré sus labios apretados. Recordaba cómo me cantaba cuando era pequeña, con una voz dulce, apenas más audible que un susurro. Me acunaba hasta que me dormía.

–Me gustaría tener una profesión –dije a las hojas de té de mi taza–. Enfermera, por ejemplo.

–Ah –ella volvió a coger su costura.

Yo me bebí el té y miré a Fátima frunciendo el ceño para que se diera cuenta de que quería irme. Nos levantamos y me incliné para besar a mi madre, pero ella apartó la cara.

–Antes o después entrarás en razón –dijo, a sí misma o a mí, mientras Fátima y yo colocábamos las tazas en la bandeja y salíamos de la habitación.

–¿Por qué es así? –le pregunté a Fátima cuando estuvimos fuera, pero ella me hizo callar y dijo que simplemente se encontraba un poco sola y cansada antes de tiempo. Sentí dentro de mí un nudo de espinas: pena por ella, porque no era feliz; y por mí, porque estábamos tan lejos la una de la otra.

Esta mañana, Fátima me mandó a ver a mi nuevo hermano.

La segunda esposa de mi padre, Leila, estaba sentada en la cama. Tiene más o menos la edad de Mairy, una boca roja y ancha, pelo oscuro que se riza sobre sus hombros cuando lleva la cabeza descubierta, como hoy. La luz azul de los primeros días de invierno iluminaba la habitación y ella me sonrió con sus grandes ojos castaños. Intenté devolverle la sonrisa. Se mecía suavemente hacia delante y hacia atrás, con el niño envuelto en una manta y acurrucado contra su hombro. Aspiré el aroma cremoso de la leche cuando lo levantó y lo apartó de su cuerpo. Estaba profundamente dormido; tenía las pestañas muy largas y unos labios tan rojos como los de su madre. Ella lo acostó con cuidado a su lado y me tendió una mano, pálida en contraste con mi piel morena. Me contó deprisa y en voz baja lo poco que había dormido, lo cansada que estaba y lo mucho que echaba de menos a sus hermanas. Tenía la voz temblorosa, aunque a veces se reía; sus dedos revoloteaban en torno a su cara. Me senté en el borde de la cama y le hablé del colegio. Me preguntó por Ali: «Tu guapo profesor de inglés», dijo, con una leve sonrisa en la voz. La miré a los ojos y dije que Ali iba bien, como mis clases. Estaba segura de que me ardían las mejillas, pero ella miró por la ventana.

Era cerca de la hora de comer cuando oímos a mi padre en la antesala. Me puse de pie cuando entró. Casi sin vernos ni a Leila ni a mí, dejó el sombrero a los pies de la cama y se inclinó sobre el bebé dormido, colocando una mano a cada lado del pequeño y cálido cuerpo.

–Shariar, hijo mío –dijo para sí mientras Leila y yo esperábamos en silencio, cogidas de la mano. Él meneó la cabeza antes de acercarse a Leila y le puso la palma de la mano en la mejilla. El camisón de algodón de Leila estaba mojado de leche y ella trató de taparse, cruzando un brazo sobre su pecho como si fuera un ala–. ¿Cuándo va a venir la niñera para que pueda recuperar a mi mujer? –le palmeó la mejilla. Antes de que Leila pudiera contestar, él se volvió hacia mí y yo levanté la cabeza–. Tienes un hermano, Maryam. ¿Qué te parece?

Lo miré a los ojos.

–Me alegro muchísimo de que estés contento –repliqué.

Pensé en mi madre, al otro lado de los terrenos, y en que él habría ido a verla tras el nacimiento de sus hijas: la primera, Mairy; la segunda, muerta; la tercera, yo; la cuarta, Mara.

–Te dejo que descanses –le dije a Leila, soltándole la mano.

Al salir me sentí aliviada. Me senté en los escalones y sentí el frío del invierno en el suelo.

–¿No tienes adónde ir? –oí preguntar a Ali.

–Sólo estaba pensando –contesté, ladeando la cabeza para mirarlo.

Oímos un sonido que venía del interior de la casa. Era la voz de mi padre, y Ali sonrió dulcemente antes de cruzar de nuevo el jardín. Lo miré marcharse a la radiante luz del

día y pestañeé. Su silueta se había quedado grabada, en blanco y negro, en la cara interna de mis párpados.

Luego fui a reunirme con Fátima y me senté en silencio en la cocina, ayudándola a desgranar judías.

Ehzat llegó al final de la tarde y se sentó en un taburete bajo frente a la esquina de la mesa, mordiéndose suavemente el canto de la mano y mirando a Fátima moverse por su reino de cacerolas. Rayos de sol poniente entraban por la puerta entreabierta y arrojaban largas sombras sobre el hogar y el suelo de baldosas, sembradas aquí y allá de pieles de cebolla y tallos de cilantro. Una olla negra llena de arroz hervía a fuego lento e impregnaba el aire de un calor suave y almidonado, mientras dos pollos se doraban en el espetón. Me apoyé en la mesa, con la barbilla en el antebrazo, y fingí que leía.

Ehzat y Fátima cuchicheaban y a veces estallaban en risas ahogadas. Fátima se doblaba en dos, con las manos en las caderas; Ehzat se tapaba la cara y se sacudía en silencio antes de chasquear la lengua y sujetarse detrás de las orejas el velo, que se le había resbalado hasta los ojos.

Me hacían sonreír. Intenté imaginarlas de chiquillas, compartiendo secretos y haciendo diabluras. Había oído las historias de su infancia durante toda mi vida, pero muchas de ellas parecían cambiar cada vez que las contaban, de manera que resultaba imposible distinguir la realidad del mito. A lo largo de los años, la historia del cacique del pueblo con cuatro esposas se fue hinchando y, al final, el hombre tenía casi una docena. La vaca pinta que dio a luz dos terneros llegó a parir cuatro, y la mujer a la que echaron de casa en mitad de la noche por sus pecados sufría destinos cada vez peores. Me habían contado la historia de esta mujer, Zohreh, en cuanto fui capaz de sentarme en las rodillas de Mairy y escuchar, es decir, antes de aprender a hablar. Mientras crecíamos, nos cogíamos de la mano de Ehzat y le pedíamos que nos contara la historia de la muchacha salvaje. Ehzat meneaba la cabeza con resignación y nos miraba a los ojos. «Tened cuidado de que su destino no vaya a ser el vuestro», empezaba siempre, y Mairy y yo nos aferrábamos la una a la otra, aterrorizadas y excitadas por lo que iba a seguir.

Érase una vez, en el pueblo donde crecieron Ehzat y Fátima, una mujer cuya familia entera había muerto en un terremoto al otro extremo del país. La tierra se había abierto una noche, tragándoselos a todos, moliendo sus huesos junto con los ladrillos, el polvo, el barro y la argamasa donde habían crecido y vivido generaciones desde que había memoria. A la mujer, que se había quedado sola, la atormentaba de tal manera el dolor que cuando dio a luz a la niña que llevaba en su seno, ésta nació sorda y muda, como si la madre no hubiese querido que oyese hablar o dijera nada del horror que había acontecido a su familia.

—Lejos estaban de imaginar... —decía entonces Ehzat, mirando los ojos abiertos de par en par de las hermanas, y hacía una pausa antes de continuar.

La chica, Zohreh, creció y se convirtió en una muchacha muy hermosa, con ojos

verdes y pelo negro cuyos tirabuzones escapaban del velo. Los desconocidos que llegaban al pueblo no podían dejar de mirarla, y ella miraba al suelo hasta que la dejaban en paz. Pasaron los años y cada vez era más bella, pero seguía sin poder hablar. Aunque por su cara parecía ir a cantar con un ruiseñor, el sonido que salía de su boca era tan opaco e informe como el gemido del viento. La pena hizo envejecer a su madre y al final la mató, y Zohreh se quedó sola. Intentó pedir ayuda a los habitantes de los pueblos vecinos, pero ellos no conseguían entender los sonidos inarticulados que salían de sus labios. Nadie la cuidaba y se fue volviendo salvaje, y los niños empezaron a huir de ella cada vez que se acercaba. Un día de primavera, cuando los brotes de los árboles eran de un verde intenso, algunas mujeres del pueblo se dieron cuenta de que el vientre de Zohreh había empezado a hincharse. Como no estaba casada y era tan hermosa, además de muda, todas se llenaron de envidia, rabia y miedo de que sus maridos tuvieran algo que ver. Empujaron y acorralaron a Zohreh hasta que ésta consiguió escapar y corrió con lágrimas en los ojos y escupitajos en la cara en busca del capataz. Se arrojó a sus pies. Las mujeres del pueblo la habían seguido y lo miraron con ojos acusadores y la palabra «puta» en los labios. Él miró a Zohreh y luego a las mujeres: compasión, deseo, furia y miedo titilaron en sus ojos. Se inclinó, se enrolló el pelo suelto de Zohreh, que olía a lluvia, alrededor del puño y la levantó como si fuera un perro. Ella se tapó la cara mientras él la arrastraba a la plaza del centro del pueblo. Fue él quien tiró la primera piedra, que susurró como el viento antes de estrellarse contra la piel suave y los huesos de Zohreh. Al principio, cuando yo era muy pequeña, Ehzat había dejado que Zohreh huyese a las colinas, donde tuvo a una preciosa hija rubia y de ojos azules. En otra ocasión, Zohreh invocó un terremoto que se tragó al pueblo en venganza por lo que le habían hecho. Pero conforme me iba haciendo mayor, Zohreh tenía menos suerte y sus castigos se volvían más severos. Al final de la historia, a Mairy y a mí nos corrían las lágrimas por la cara.

–Así que no seáis sordas y mudas a la voluntad de vuestros padres –terminaba Ehzat, sacudiendo un dedo huesudo en la oscura cocina.

–Pero si no podía hablar... –protestaba yo, sollozando en voz alta.

–¿Y qué podía haber dicho? –contestaba Fátima, intentando calmarme.

Sentada esa noche en la cocina con Ehzat, mirando a Fátima, muchos años después de la primera vez que oí la historia, seguía sin saber la respuesta a aquella pregunta.

Se acerca el cumpleaños de Mairy, y hoy me ha pedido que la acompañe al bazar a comprar tela para un chador nuevo. Me daba la impresión de que hacía mucho tiempo que no estábamos las dos solas, juntas. Ella dejó a los niños con nuestra madre, y después de desayunar salimos de la casa y las fincas.

Todavía era temprano, el cielo estaba azul, limpio y radiante, el rocío brillaba como esquilas de cristal en la hierba, el aire frío de la noche persistía y nos arrebolaba las mejillas. Teníamos toda la mañana por delante, así que en lugar de torcer a la izquierda,

hacia Mashhad, torcimos a la derecha hacia el límite de la ciudad y las primeras, suaves estribaciones de las colinas, entrecerrando los ojos a la luz blanca del bajo sol naciente.

Encontramos a un viejo sentado junto la carretera con una carretilla de madera cargada de fruta, chupándose las encías y esperando a que empezara la jornada. Había clementinas dulces y granadas de un rojo chillón en equilibrio sobre grandes sandías, con rayas verde oscuro y verde lima. Una estaba cortada por la mitad: la pulpa rosa y las pepitas negras se veían apetecibles y jugosas. El hombre cortó una rodaja fina para cada una: estaba dulce y nos dejó los labios y los dedos pegajosos. Compramos una bolsa pequeña de fruta y seguimos camino sonriendo, chocando entre nosotras y tratando de limpiarnos las manos en la ropa de la otra.

Cuando dejamos atrás los últimos edificios, empezamos a subir despacio la ladera de una colina baja desde la que se divisa la ciudad. El suelo estaba lleno de cardos y de pizarra suelta de color gris negruzco, así que avanzamos con cuidado, cogiéndonos de la mano si tropezábamos. Cuando resbalábamos, nuestras risas rebotaban en los peñascos y llenaban el aire frío, uniéndose a los estridentes chillidos de los pájaros que descendían en picado a nuestro alrededor.

A mitad de camino llegamos a una roca grande y erosionada, tibia con el primer calor del día. Trepamos a ella, con la piel ligeramente sudorosa. Nos sentamos y contemplamos el valle que acuna Mashhad y, más allá, las montañas coronadas de nieve. Empezamos a respirar más despacio y bostecé en el aire fresco, mientras Mairy abría una granada. Fuimos arrancando las semillas translúcidas de color rubí, dejando que el jugo nos estallara contra el cielo de la boca.

Le pregunté a Mairy qué tela quería comprar y ella contestó que le gustaría que hubiera bastante para que las dos tuviéramos chadores nuevos, pero que yo debería elegir la tela más sencilla, porque era mucho más guapa que ella. Le di un codazo y le prohibí que dijera tonterías. Ella se rió y repitió:

–Pero mírate, Maryam. Eres preciosa –luego sacó un largo mechón de pelo de mi velo y se lo enrolló en un dedo–. Eres la más guapa de todas nosotras. Se lo he oído decir a padre.

La miré; ella se inclinó y me dio un beso en la mejilla.

–Preferiría ser fea y útil antes que guapa y de adorno –dije, meneando la cabeza.

Ella frunció el ceño y se echó a reír a la vez. Chupé las semillas de granada y hundí la uña en la cáscara de una clementina; el jugo salpicó el aire.

–Bueno, si fuera fea –continué– la gente no pensaría que lo único que quiero es casarme; a lo mejor les resultaría más fácil pensar que puedo ser feliz de otra manera.

–¿Haciendo qué? –preguntó ella.

–Siendo profesora o enfermera –sugerí.

Ella volvió a fruncir el ceño, más bien desconcertada.

–Pero eso es para solteronas, Maryam, o si tu familia no te puede mantener. Nosotros tenemos todo lo que necesitamos.

–¿Pero tenemos lo que necesitamos nosotras, o sabemos lo que queremos? ¿O sólo hacemos lo que nos dicen? –pregunté–. Mira esas montañas. ¿Por qué no podemos ir allí un día y caminar por el valle hasta Afganistán? Me gustaría dormir en los campos de amapolas.

–Maryam, sueñas despierta y eso es bonito –me pellizcó la mejilla–, pero sabes muy bien que no podemos salir del país sin el permiso de nuestro padre o de mi marido.

Vi que el peso de lo que decía le inclinaba la cabeza.

–Pero tú también sueñas, ¿no? –pregunté.

Ella sonrió de nuevo.

–No, yo soy feliz aquí, Maryam. Conozco el orden de las cosas. Me siento segura. Pero está bien que tú desees algo diferente. Lo único que espero es que no te pierdas en tus montañas y tus valles. A padre le rompería el corazón, ya lo sabes.

–Pues me pregunto si podría ser siquiera una pizca diferente sin romperle el corazón.

Ella no contestó, y nos reclinamos contra la roca. El sol empezó a calentarnos la cara y durante un rato cerramos los ojos y nos adormilamos. Cuando los abrimos otra vez teníamos la boca seca; nos estiramos y dimos cuenta de la fruta antes de bajar de la roca y emprender el camino de regreso a la ciudad, donde el bazar ya estaría concurrido. Mientras descendíamos la colina, señalé una franja de hierba seca y parda que cubría como una alfombra parte de la ladera.

–Mira, Mairy –le tiré de la mano–. ¿Rodamos?

Ella se rió.

–No, no es fácil. Nos llenaríamos de polvo y de cardenales.

–Anda, vamos –yo estaba decidida–. Nadie nos va a ver.

–Mírate los ojos –contestó, y el júbilo del momento impregnó su voz–. Se te ha subido el sol a la cabeza.

–Venga, por favor –supliqué; y sin esperar a que me contestara me tiré al suelo y rodé ladera abajo.

La colina y el cielo giraban sin parar, pardo y azul, hierba y sol, y el olor a tierra me llenó los pulmones. El suelo estaba duro y se me clavaban las piedras, pero seguí riéndome a carcajadas y emitiendo ayes hasta que dejé de rodar y me quedé tumbada de espaldas, jadeando de cara al cielo, cubierta de hierba seca, con las uñas llenas de tierra. En ese momento, Mairy chocó conmigo; nos reímos hasta las lágrimas y tuvimos que sujetarnos la una a la otra para soportar el dolor de los cardenales y de la alegría. Nos limpiamos mutuamente la cara de polvo.

Volvimos despacio a la ciudad. Rodar por la colina había liberado algo dentro de nosotras, y Mairy empezó a imitar a todos los de la casa, cosa que no había hecho desde que compartíamos habitación, antes de que se casara. En el bazar fue examinando los puestos y sus mercancías como Leila, pestañeando para conseguir una rebaja; o como Fátima, chasqueando la lengua y quejándose de la mala calidad. Me tapé la boca con la

mano para no echarme a reír en voz alta cuando vi que la doncella de la tía Soraya, Ahmeneh, nos estaba mirando.

–Shhh, Mairy –susurré señalando levemente con la cabeza–. Le hablará de nosotras a Soraya y nos traerá problemas.

Ambas la miramos hasta que se dio la vuelta y se marchó. Me sentí como si hubiese tragado algo amargo y no pudiera escupirlo. Mairy me frotó la mano; nos cogimos del brazo y nos dirigimos al siguiente puesto.

–¿Por qué no compramos algo bonito para Fátima y Mara también? –dije, intentando olvidar la mirada de Ahmeneh.

–Sí, y para madre y padre –contestó Mairy.

«Y Ali», quería decir yo; pero no lo dije.

Mairy sonrió delante de los rollos de tela, apilados unos sobre otros. Pasó los dedos por las sedas y algodones suaves. Desenrollamos algunos y los comparamos con nuestra piel.

–Deberías comprar el rosa, Maryam, es tu color –dijo Mairy.

–Y tú el azul zafiro –contesté–. Resalta tus ojos grises.

Sentimos un placer infantil mientras nos envolvían las telas y nos daban los paquetes: algodón amarillo ranúnculo para Mara, seda verde mar para nuestra madre y una tela de brillantes colores lima y rosa para Fátima.

–Va a decir que la queremos vestir como a una actriz –reí.

Buscamos en los sacos de arpillera un regalo para mi padre y compramos un paquetito de té negro enroscado en forma de nudos y mezclado con pétalos secos de jazmín de color blanco y amarillo, perfumados como una noche de verano.

Emprendimos el camino de regreso a casa; me sentía como si hubiera volado muy alto, por encima de todo. Las dos nos sentíamos así; nos abrazamos en el patio y decidimos darle a padre su regalo juntas, a la caída de la noche. Y volvimos a nuestras habitaciones separadas.

Nos reunimos de nuevo al anochecer, en la cocina, y envolvimos a Fátima en su tela rosa y verde lima; ella se sonrojó de placer. Trajo miel de panal de la despensa, cosa que solía reservar para las grandes ocasiones. Nos chupamos los dedos mirando el fuego mientras el aroma del horno iba llenando la habitación.

Antes de que fuera noche cerrada, Mairy y yo nos cogimos del brazo y cruzamos el jardín hacia las habitaciones de nuestro padre. El aire era frío y cortante. Como aún era temprano, pensábamos que estaría solo, de manera que Mairy llamó suavemente a la puerta y entró sin esperar respuesta. Dentro estaba lleno de humo; rodeamos la columna y encontramos a padre y a otros dos hombres que yo no conocía inclinados sobre la mesa baja de café. Ali también estaba allí, sentado un poco aparte.

Antes de que pudiéramos batirnos en retirada nuestro padre alzó los ojos, impaciente por la interrupción.

–¿Qué estáis haciendo aquí? –preguntó.

Mairy se adelantó con el té de jazmín; yo me quedé atrás. Ali y yo nos mirábamos sin mirarnos.

–Hemos ido hoy al bazar y te hemos traído un regalo –dijo, y se lo dio con una sonrisa.

Él miró el paquete, respiró hondo y se lo tendió a Ali.

–Encárgate de esto –su tono era abrupto, despidiéndonos, y Ali se miró las manos, con los nudillos blancos, mientras mi padre se dirigía a mí–. Veo que tienes un velo nuevo, Maryam –dijo–. Parece una mariposa rosa.

Me habló como se habla a una niña, pero había desconocidos delante, y no soy una niña. Aparté la mirada.

–Es un regalo que le he hecho a mi hermana –contestó Mairy–. Pero sentimos haberte interrumpido. Es mejor que nos vayamos. Buenas noches, padre, señores, Ali.

Me llevó fuera, donde inspiré hondo y expulsé de mis pulmones el denso humo. Mi pelo y el nuevo chador apestaban a tabaco.

–¿Estás bien? –preguntó Mairy.

–Sólo necesito un poco de aire, después de estar ahí dentro.

Eché atrás la cabeza y, con el rostro vuelto hacia las estrellas, abrí el chador como una capa y corrí hasta el fondo del patio. El pelo suelto me caía sobre la cara y los hombros.

–¡Para! –susurró Mairy–. Tápate, hay extraños en la casa.

–Sólo una vez más.

Corrí a través de la noche fría y límpida; sentí un hormigueo en el cuero cabelludo cuando la brisa me levantó el pelo. La tensión desapareció. Cuando corrí hacia Mairy con los brazos abiertos, saltando sobre las grietas del pavimento, vi salir a Ali. Choqué contra mi hermana y me cubrí la cabeza. Ella no vio a Ali, y por un momento él me miró a los ojos sobre el hombro de Mairy, en la oscuridad.

Uno o dos días después, me mandaron llamar al despacho de mi padre. Llegué demasiado pronto, y Ali abrió la puerta. Ambos sonreímos; él volvió a ponerse serio enseguida. Se dirigió a su mesa en la habitación lateral, con cara de pocos amigos, que se veía en el ceño y los ojos. Dije, tras él, que esperaba que no hubiera olvidado mis lecciones de inglés, cosa que lo hizo volverse y sonreír de nuevo. Nos miramos los pies el uno al otro. Él tosió y dijo que cada día parecía un juego de ajedrez, tal y como iban las cosas en el país, pero que estaba aprendiendo mucho de mi padre. Era la primera vez que hablábamos de política. Nadie me hablaba de esas cosas, y aunque quería preguntarle sobre ellas, estaba nerviosa por si regresaba mi padre. Contesté que me alegraba mucho y los dos nos quedamos callados, sin saber muy bien qué decir. Me preguntó si quería esperar a mi padre y me hizo pasar a la habitación principal; luego hizo una inclinación con la cabeza y me dejó sola.

Cerré los ojos un momento y respiré la solidez, el orden sosegado. El ambiente era silencioso y todo estaba en su sitio. Había un cálido aroma a madera recién encerada y

rocé con la mano la mesa auxiliar, deteniéndola delante de cada una de las fotografías colocadas en ella. Una foto de mi padre con el Shah ocupaba el lugar de honor. Llevaba la gorra militar calada hasta las cejas oscuras y se veían sus ojos un poco hundidos, la mirada penetrante incluso a la sombra del plato de la gorra. En otra foto se lo veía vestido de blanco a su regreso de la Meca, rodeado de sus familiares y amigos. Había sido una fiesta maravillosa. Las mujeres y los niños comieron después que los hombres, y aunque yo era pequeña, recordaba a mi padre trayéndonos, a mí y mis hermanas, bandejas de humeante basmati, dorado por el azafrán. Luego nos levantó en brazos a cada una delante de todo el mundo. Yo estaba tan excitada que me eché a llorar, y Fátima tuvo que sacarme fuera para que me calmara. Mi madre nos siguió para asegurarse de que yo estaba bien, y todavía recordaba su dulce sonrisa y el olor a lirio del valle; eso era antes de que mi padre se casara con Leila. En mi foto favorita se veía a padre en Mazareh con ropa informal y las mangas remangadas por el calor. Reía entre los habitantes del pueblo. Alargué la mano para tocarle la cara y mi dedo dejó una mancha borrosa en el cristal.

Quería ser digna de él, pero no sólo gracias a una boda. Incliné la cabeza y cerré los ojos, presintiendo su llegada momentos antes de que abriera la puerta y rompiera el silencio. Me volví hacia él, un poco culpable por haber estado sola con su imagen y mis pensamientos. Sabía que él quería oírme aceptar la propuesta de matrimonio con una sonrisa y cierta gratitud por el acuerdo que había hecho, para no tener que preocuparse más por su problemática hija mediana. Él tiró el abrigo sobre el escritorio y se dejó caer pesadamente en el sillón. Esperé en silencio hasta que levantó la vista con un suspiro.

—¿Qué me cuentas, Maryam? —apretó las palmas de las manos contra la mesa, mirándome y esperando mi contestación.

Yo le sostuve la mirada.

—Me alegro de que estés bien, padre —me aclaré la garganta—. Espero que sepas que mi deseo es hacer lo que sea mejor para ti y para la familia, pero creo que también debería hacer lo que sea mejor para mí.

Él cerró las manos sobre la mesa, convirtiéndolas en puños.

—Lo he pensado mucho y lo que más me gustaría es estudiar en Teherán para ser enfermera. Después volveré y me casaré, te lo prometo.

Él se apoyó en el escritorio y se puso de pie.

—Pero eres la hija de un general. ¿Es que crees que puedes estar limpiando mierda en una sala de hospital?

Yo apreté una mano contra la otra.

—Y ayudar a gente enferma —contesté mientras él avanzaba hacia mí.

—Maryam, no lo entiendes. El futuro no es seguro. Tienes que casarte.

Saqué la voz del fondo de mí misma:

—No, ésa no es la única manera.

Por un momento pensé que iba a sonreír, que iba a echar la cabeza atrás y a echarse a

reír como en la foto, reconociendo mi desafío como un don de su propia sangre. Pero no lo hizo.

Me cogió por los hombros con fuerza.

–¿Vas a negar mi voluntad?

–No me voy a casar con ese hombre.

–¿Por qué no, Maryam?

–Porque no lo conozco y porque todavía tengo que vivir mi vida.

Él no podía refutar mis palabras y ambos lo supimos por un instante, pero no duró.

–No voy a escuchar más tonterías, Maryam –sentí el escupitajo en la cara antes de que levantara la mano y me diera una bofetada tan fuerte que me volvió la cabeza hacia un lado–. Sal de aquí –su anillo me había hecho un corte en el labio.

Me quedé mirándolo mientras levantaba la manga hasta mi boca. Una mancha de sangre se extendió por el algodón blanco. Seguí mirándolo mientras retrocedía de espaldas hacia la puerta, y sólo me volví para abrirla. Ali seguía en la habitación lateral, pero lo había oído todo y me miró a los ojos. Me empezaron a temblar las manos y las piernas, pero sacudí la cabeza cuando él hizo ademán de levantarse y acercarse a mí. Apretó las palmas unidas, sin dejar de mirarme a los ojos; fortalecida por su calma, conseguí salir de la habitación y cerrar la puerta antes de deslizarme hasta el suelo y apoyarme en la pared.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que me levanté y fui a buscar a Fátima. La encontré tendiendo ropa en el patio; me senté en el muro y miré cómo goteaba el agua sobre las piedras del suelo. Ella me dio aceite de clavo para mitigar el dolor del labio.

Al cabo de un rato llegó Ali, que me traía polvos efervescentes perfumados con agua de rosas. Se me había hinchado el labio, pero podía lamerme el dedo y meterlo en la bolsa de papel para saborear la dulzura de los polvos, con lágrimas en los ojos. Ali me enseñó otro verso de nuestro poema: *Come to the window, sweet is the night air\**. Me hacía bien estar sentados juntos. La llamada del muecín resonó en el anochecer.

En los días que siguieron al ataque de ira de mi padre, una calma precaria descendió sobre la casa y la ciudad. Los periódicos, no importaba cuál leyeras, hablaban de agitación o triunfo inminentes en Teherán. Fátima meneó la cabeza y dijo que el bazar y el Haram respiraban un nuevo descontento. Al despacho de mi padre llegaba un torrente de visitantes en mitad de la noche. Yo miraba sus reflejos en las ventanas y escuchaba los ecos a través del patio.

La mayor parte del tiempo Ali estaba fuera haciendo recados o, si estaba por los alrededores, mi padre siempre parecía mantenerlo lo bastante cerca como para ordenarle cualquier cosa. Intenté preguntarle cosas con la mirada, pero él sacudía la cabeza y no quería hablar conmigo.

–¿No has tenido ya suficientes problemas? –me susurró entre dientes. Yo sabía que

intentaba protegerme, pero aun así me hacía sentir como una niña, y con el paso de los días un silencio extraño y vigilante se instaló entre nosotros. Me dejó un dolor profundo.

Fátima decía que eran cosas de hombres, un nido de víboras, y que debería alegrarme de que me dejaran fuera. Pero yo no me alegraba. Me sentía atrapada, excluida e ignorante, llena de preguntas que nadie quería oír. Pensaba a menudo en Zohreh, la chica sordomuda de la historia de Ehzat, y me preguntaba si alguna vez me permitirían usar la voz con la que había nacido.

Entre los hombres que acudieron al despacho de mi padre había una sola mujer, mi tía Soraya. Su voz arañaba los pasillos de mármol y rasgaba el tenue aire nocturno. Envuelta en sus sedas negras, con mucho kohl en los ojos, vigilaba los remolinos de la política y los salpicaba de sus propios intereses, o eso imaginaba yo. Tendida en la cama, esperando el amanecer, decidí tratar de hablar con ella.

Al día siguiente, después del colegio, fui directamente a su casa con una cajita de pastelitos de Fátima. Construido en el muro del jardín había un asiento bajo de mármol sobre el que colgaba la madreselva; me quedé allí un rato, fuera del alcance de la vista. Parecía hacer mucho tiempo desde la última vez que había saboreado una paz semejante. Miré dentro de la caja de pastelitos y elegí uno para mí, dejando que la miel se disolviera bajo mi lengua. Me habría gustado apoyar la cabeza en las manos y dormir un poco durante el movimiento de la tarde, pero oí sonar el reloj en el vestíbulo de la casa. Me limpié la boca e hice un gesto de dolor. Había olvidado el corte de la bofetada de mi padre, que todavía me molestaba. Cuando eché a andar por el sendero de grava, dos perros guardianes negros gruñeron y enseñaron los dientes un momento; luego me reconocieron y se volvieron a echar en el suelo. Me incliné para acariciarlos, apoyando la cara en sus flancos blandos y suaves. Años antes, cuando llegaron de Mazareh, habían chupado leche de mis dedos, con los ojos todavía cerrados. Los dejé tumbados al sol y me acerqué a la puerta. El sonido de la campanilla se perdió en las entrañas de la casa.

Abrió la doncella, Ameneh. En una décima de segundo, sus ojos escrutadores me recorrieron de pies a cabeza. Me hizo pasar a la sala de visitas, con sus alfombras largas y sus sillas formales, tapizadas con extrañas telas en las que se veían mujeres con peluca y el escote descubierto. Yo sabía que tía Soraya había recibido a Ali en aquella habitación y le había dicho que la piel desnuda es una moda francesa llamada *decolleté*. Me gustaba el sonido de esa palabra en mis labios, pero no entendía cómo alguien podía rezar en el Haram y luego sentarse en aquellas sillas. Me acomodé en el borde de una de ellas, con la esperanza de que no estuviera tan mal.

Al fin llegó tía Soraya, con un ruido áspero de pulseras de oro y el roce de zapatos de ante sobre el suelo de mármol. Cuando entró, me puse de pie. Sus ojos resplandecieron mientras me ofrecía primero una mejilla y luego la otra; yo besé ambas diligentemente. Le di la caja de pasteles con una leve sonrisa y una inclinación de cabeza. Ella levantó la tapa y sus labios se estremecieron. Dijo que era muy amable por parte de Fátima

esforzarse tanto con sus recetas del pueblo, y que un día debería ir allí y aprender de Ahmeneh a hornear pasteles de verdad; *patisserie*, los llamó. Yo me miré las manos, unidas en el regazo.

Intercambiamos comentarios corteses sobre mi familia. Ella quería saber qué pensábamos del nuevo hijo de mi padre. Le dije que rezábamos para que fuese apuesto, valiente, amable y listo. Ella resopló al oírme, pero yo mantuve la mirada clavada en el bordado de una mujer empolvada con un vestido azul turquesa sentada en un columpio.

Al cabo de un ratito, dirigí la conversación hacia el motivo de mi visita. Empecé diciendo que durante el último mes el colegio había cerrado temprano en varias ocasiones por temor a posibles disturbios en la ciudad. Luego mencioné que de repente nuestra casa se había llenado de extraños que iban y venían a ver a mi padre a altas horas de la noche. Dije que no lo entendía, y vi que tía Soraya me miraba pensativa, con la cabeza inclinada hacia un lado.

—Así que por eso me has traído pasteles —dijo con una sonrisa, mirándome por el rabillo del ojo. Quizás era de ella de quien yo había aprendido a hacerlo—. Te interesan la política y los entresijos del mundo de los hombres. Pero ahí no vas a encontrar la felicidad. Irán es como tú, Maryam, una hermosa virgen en el mundo, rodeada de pretendientes, y con cada elección se puede ganar o perder mucho.

—Pero ¿por qué hay que elegir? —pregunté con voz desesperada. Ella seguía mirándome, y por un momento imaginé que se veía tal y como ella había sido una vez.

Su boca pareció ablandarse, y apoyó una mano cargada de anillos de oro y turquesa en la mía.

—Nosotras, Irán, tú y yo, no somos fuertes. No podemos estar solas en este mundo. Tenemos que elegir un aliado o un marido si queremos sobrevivir, por no hablar de prosperar —miré fijamente sus dedos largos y pálidos—. Londres, Moscú, Washington, uno tras otro, han cortejado a Irán. Cada uno de ellos teme que nos aliemos con otro. Los norteamericanos no quieren que los comunistas nos lleven a la cama —sonrió al ver que me sonrojaba—. Vamos, Maryam, no eres tan inocente. Olvidas que también yo tuve una vez tu edad, tu curiosidad y tu belleza —rió con una breve inhalación—. Bueno, ahora hemos expulsado a los británicos de nuestros yacimientos de petróleo y su venganza es aislarnos del resto del mundo, boicotear todo comercio para que nadie compre nuestro oro negro. Los pozos de Abadán están oxidados y crujen como viejos, y las arcas están casi vacías —se inclinó hacia delante—. Mossadeq se ha convertido en un anciano enfermo y el mundo se burla de él; lo llaman «el viejo de la manta». Necesitamos un líder fuerte, capaz de forjar alianzas fuertes que aseguren nuestro lugar en este mundo —levantó las cejas como finos arcos negros, y yo le devolví la mirada.

—¿Pero qué tienen que ver con todo esto Mashhad y mi padre?

Ella volvió a dejar caer las manos en su regazo.

—Te voy a contar un poquito, Maryam, y después tienes que dejar de hacer preguntas, volver a casa como una buena chica y hacer la voluntad de tu padre. ¿Me lo prometes?

Miré al suelo, cosa que ella debió de tomar por asentimiento.

–Corren rumores de que el Shah tiene aliados que planean derrocar a Mossadeq. Por todo el país hay muchos más rumores que los disturbios que puedan producirse. Vayas a donde vayas, encuentras focos de malestar a punto de estallar; la gente está intranquila y descontenta. La nacionalización de los yacimientos de petróleo no ha cambiado sus vidas ni los ha liberado, como esperaban. El papel del ejército, y dónde deposite sus lealtades, va a determinar a quién se responsabilice, quién gane y quién pierda –hizo una pausa–. Mashhad es un importante bastión religioso, ya lo sabes. Así que tu padre está muy ocupado estos días. Hay mucho que negociar, y él es un hombre poderoso.

Esperaba que siguiera, pero ella se levantó y se dirigió a la ventana. Cuando volvió a mirarme, su cara era la distante máscara de siempre. Se acercó a mí, se inclinó y me dio un golpecito con el dedo en los labios, con suficiente fuerza como para hacerme daño.

–Maryam, no des problemas en estos tiempos difíciles. Haz una buena boda y aprende a ser astuta. Eres lo bastante prudente.

No supe qué contestar.

Cuando ella se dio la vuelta para marcharse, tropezó con la caja de pasteles de Fátima; blandas y pegajosas laminillas cayeron al suelo. Me arrodillé para recogerlas.

–Déjalo –dijo tía Soraya desde la puerta–. Levántate, niña. Sólo valen para los animales.

Dejé los pastelitos en el suelo. Sentí que era una traición, pero me fui y corrí a casa.

El corte del labio tardó en curarse; cuando se cayó la costra aún quedaba un cardenal violeta. No había vuelto a saber nada de mi padre, y Ali seguía guardando las distancias.

–Es por tu propio bien –decía Fátima, sacudiendo el dedo delante de mí.

Una tarde, mientras charlaba con Mara en el patio que había delante de la casa principal, nuestro médico salió de las habitaciones de mi padre. Era el único extraño que podía acercarse a nosotras sin problemas y hablarnos sin necesidad de que estuviera presente un acompañante. Plantó una rodilla en el suelo y le preguntó con dulzura a Mara a qué estaba jugando. Ella dijo que las piedras eran bidones de petróleo, y que estábamos intentando decidir si vendérselos a los rusos o a los yanquis. Él arqueó una ceja y me miró, y entonces vio el cardenal de mi labio. Me preguntó si me dolía, y yo negué con la cabeza.

–Ven a la consulta mañana por la mañana –dijo– y me aseguraré de que todavía tienes el cerebro en su sitio.

Sonreí, tapándome la boca con la mano. Tenía la impresión de que hacía mucho tiempo que nadie, dejando aparte a Fátima, me había tratado con tanta amabilidad.

Al día siguiente Ali me acompañó a la clínica, en el centro de Mashhad. Había grupos de hombres holgazaneando por el bazar; de los cafés, abarrotados, surgían ruidosas discusiones. Atravesamos deprisa la zona, y susurré por encima del hombro que sabía,

por tía Soraya, algo de lo que se estaba cocinando. Ali no contestó; cuando llegamos a la clínica eludió mi mirada y esperó fuera, en los escalones de la entrada.

En la consulta del doctor Ahlavi, el ventilador del techo giraba despacio y sin interrupción, proyectando sombras en las paredes. Me miró la boca y me preguntó qué había pasado. Le conté que había tropezado por la noche y me había dado un golpe contra el marco de la puerta. Él asintió y me preguntó si era probable que mi boca me metiera en problemas peores que un labio partido. Murmuré que no lo entendía. Él frunció el ceño del tal manera que sus cejas formaron una sola, y entonces, en un revoltijo de palabras y lágrimas, se lo conté todo. Dije que no quería tener problemas, pero que estaba harta de que me hablaran como a una niña o me trataran como a un mueble para casarme, cuando lo único que yo quería era ir a Teherán y estudiar enfermería. Él me dio un pañuelo de papel y yo intenté controlar mi respiración. Su mirada era amable pero firme, y me quedé callada. Entonces dijo en voz baja:

–Demuestra que puedes ser adulta, Maryam, y la gente te tratará como tal. ¿Se puede confiar en ti?

La pregunta me hizo fruncir el ceño. Entonces me sorprendió preguntándome si me gustaría ayudarlo en la consulta, si mi padre estaría de acuerdo. Sacudí la cabeza, incrédula.

–Claro que sí –contesté, sin entender del todo lo que había oído.

Él se puso de pie y me estrechó la mano, cosa que pocos hombres habían hecho nunca, y dijo que haría todo lo que pudiera, pero que no me prometía nada. Se quedó esperando a que me fuera, pero yo me había quedado allí clavada, con la mano en la boca. Sentía que aquel hombre bajito de ojos amables y juntos podía desaparecer de un momento a otro delante de mis ojos.

–Puedes irte ya, Maryam –me apuntó, y yo me despabilé, pidiendo disculpas y dándole las gracias repetidas veces mientras salía de la habitación. Su bigote se estremeció.

Le conté a Ali lo ocurrido mientras regresábamos, y aunque dijo poca cosa yo sabía que estaba contento, por no decir encantado, de que no le molestara con otras preguntas.

Ya en casa corrí a decírselo a Fátima, y ella pareció alegrarse y entristecerse a la vez.

Dos días después, mi padre mandó recado diciendo que tenía que ir a la consulta dos tardes a la semana, al salir del colegio. Por fin tenía una nueva meta. Llevaba un uniforme blanco y me sentía pulcra y orgullosa. Anotaba los nombres de la gente, me ocupaba de sus historiales y hacía inventario de los suministros. El doctor Ahlavi me dejaba ayudarlo a atender a algunos de los niños más pequeños cuando necesitaban que les vendara o les suturase un corte o una mordedura. Vigilaba atentamente sus manos, los delicados movimientos de sus dedos, como los de un músico, sobre la piel de los pacientes. Yo les secaba los ojos si lloraban, y aprendí a limpiar y vendar una herida o a preparar una inyección. A veces, cuando estaba concentrada en lo que tenía entre manos,

él volvía la cabeza y me recordaba que no debía contener la respiración, porque un desmayo de su ayudante no le iba a ayudar en nada. Se portaba muy bien conmigo.

El final de la tarde, cuando cerraba la clínica, se convirtió en la parte favorita de mi jornada; el doctor Ahlavi me decía lo que había hecho bien y a qué debía prestarle más atención. Llegaba su mujer con sus dos hijas pequeñas, que jugaban a auscultarse el corazón con el estetoscopio la una a la otra. Yo sacaba unos pastelitos de Fátima; nos sentábamos todos juntos en el suelo y los comíamos con un té negro fuerte mientras el doctor Ahlavi repasaba lo que yo tenía que hacer al día siguiente.

Algunas tardes Ali llegaba temprano para acompañarme a casa, y le pregunté al doctor Ahlavi si podía reunirse con nosotros en lugar de esperar en los escalones. Tras una pausa, él asintió, hizo pasar a Ali y todos nos sentamos, cada cual hablando de su jornada sin preocuparse por nada más en el mundo. Era como uno de aquellos anocheceres de finales de verano en Mazareh que yo nunca quería que acabaran, cuando deseaba que el sol no se escabullera, que su calor no se desvaneciera sigilosamente en las sombras.

Mi padre me había concedido aquellos momentos, aquella libertad; y le estaba agradecida, pero sabía que habría un precio que pagar. Él esperaba que me cansara de mi uniforme de enfermera y que no tardase en ver las cosas desde su punto de vista. Debería haberme conocido mejor. Yo esperaba que él pusiera fin a aquellos días con otro enfrentamiento, pero las cosas sucedieron de otro modo.

Unos días después, el doctor Ahlavi me dijo que no tenía que ir al día siguiente, y prometió mandarme recado cuando me necesitara otra vez. Sentí que unas frágiles paredes se derrumbaban a mi alrededor y pregunté si había hecho algo mal. Él hizo que me sentara en su despacho y me dijo que había una gran agitación en la capital por culpa de la tensión entre el primer ministro Mossadeq y el Shah. Dijo que ni siquiera las calles de Mashhad serían seguras hasta que no se resolviera el conflicto. Le pregunté cuándo pensaba que se resolvería. Meneó la cabeza, dijo que sólo Alá lo sabía y me hizo prometerle que haría caso de sus palabras y me quedaría en casa.

Ya estaba oscuro cuando cerré la puerta del consultorio y Ali se puso de pie en los escalones. Le dije que sabía que se nos venían encima malos tiempos. Él me miró a los ojos y caminamos a la par hacia el bazar. Las calles se estrechaban al acercarse al mercado de cobre, llenas de toldos que arrojaban largas sombras negras. Junto a uno de los cafés más populares se había armado una reyerta. Oímos gritos y el ruido del cristal al romperse, y unos perros callejeros pasaron corriendo antes de que un grupo de hombres se apiñara en la esquina que teníamos delante. Ali me cogió el brazo por encima del codo y ambos sentimos el calor de la piel del otro mientras corríamos por una callejuela lateral que olía a orina y a mierda. Serpenteaba alejándose del ruido. Al final, cuando volvimos a sentirnos seguros, empezamos a andar más despacio, en silencio, y

Ali me guió hasta el camino familiar que llevaba a casa antes de ocupar otra vez su lugar dos pasos por detrás de mí.

Eché una ojeada sobre mi hombro.

–Mañana debes tener cuidado, Ali. Tienes que quedarte en casa y enseñarme más versos de nuestro poema. ¿Lo prometes?

Él dijo que iría a verme por la mañana.

No pude dormir; tenía la piel enfebrecida. Todo estaba cambiando.

Me desperté, como todos los días, con la llamada del muecín; esa mañana quise rezar con mi madre, pero no conseguí dar con ella. Sus doncellas estaban metiendo ropa en una maleta, y una de ellas me dijo:

–Tu padre nos ha ordenado que cerremos la casa unos cuantos días. Tenemos que prepararnos para salir de la ciudad. Esperan que haya disturbios callejeros, y no estamos seguras.

Fui a buscar a Fátima; el clamor del día anterior me resonaba dolorosamente en la cabeza. Me había mordido el labio durante aquella noche de poco descanso y sueños aciagos, y la herida se me había abierto otra vez. Me senté sin decir una palabra en un rincón, mirando a las doncellas corretear sobre las losas, ajetreadas horneando pan y empaquetando carne fría. Me sentía celosa de su libertad, de sus risas excitadas; Fátima iba detrás de ellas sin dejar de reñirles. Apoyé la cabeza en las manos y sentí unas intensas náuseas en el vientre que empeoraron con la llegada de Ali. La agitación y los disturbios le darían a mi padre todos los motivos del mundo para insistir en que debía casarme.

Ali dijo que no podía quedarse mucho rato, porque esperaban que llevase provisiones a los barracones.

–No –susurré, porque no quería que se fuera. Me saqué el libro de la manga y sentí que la fiebre subía de nuevo. Intenté mirarlo mientras hablaba, seguir las palabras que formaban sus labios cada vez más borrosos: *Begin, and cease, and then again begin\**. La habitación y sus rostros empezaron a tambalearse en mi cabeza. Sentía calor tras los ojos, apenas pude alzar las manos cuando las tendí para agarrarme a la mesa mientras mi cabeza caía hacia atrás.

–Fátima –oí llamar a Ali, de lejos. Resbalé de la silla y sus brazos me cogieron; un mar oscuro me anegó los ojos.

–Oh, Maryam –la voz de Fátima resonó en mi cabeza–. Ali, tienes que llevarla a las habitaciones de su hermana. No hay nadie más, y no queda tiempo. Tienen que cuidar de ella hoy, y sacarla de Mashhad –me puso la mano en la frente–. No puedo llevarte conmigo, Maryam. No estaría bien que te quedaras con mi familia. No deberías ser tan nerviosa. Ali, espero que esto sólo sea un desmayo de jovencita. Corre, una de las doncellas te acompañará y hablará con su hermana. Luego vuelve de inmediato a por las provisiones. Su padre estará impaciente en la ciudad –me apartó suavemente el pelo de la

cara; yo quería tender la mano hacia ella, decirle que me dejara quedarme, pero no podía.

Ali me llevó en brazos como un peso muerto. Sentí otra vez el calor de su piel. Supongo que, en mitad del caos, él y la doncella debieron de tenderme en la cama, aunque no sé si hablaron con mi hermana para decirle lo que había pasado. Medio despierta, sólo oí a la doncella tontear y reírse con Ali. Eso me irritó; me deslicé bajo la sábana, queriendo esconderme y desaparecer de la faz de la tierra. Caí en un sueño agitado.

Cuando desperté era media tarde y la casa estaba en silencio. Me quedé tendida, inmóvil, durante unos minutos; miré los rayos de luz que entraban por las persianas de tablillas. Había una jarra de agua en la mesilla de noche y llené un vaso antes de poner los pies en el suelo. Seguía teniendo fiebre, y me estremecí al tocar las frescas baldosas de terracota. El agua sabía a sal en mis labios resecos. Traté de oír sonidos familiares: la risa de Mara, las peleas de los hijos de Mairy, los criados cruzando el patio, pero todo estaba en silencio.

Me vestí y salí de puntillas. El cielo era de un blanco apagado, pero aun así me hería los ojos. Encontré la cocina abandonada, con el suelo a medio barrer. Cuando llamé a Fátima, mi voz se perdió por los pasillos. Había pan de pita en la mesa: lo enrollé con un poco de queso y menta y me quedé de pie en silencio; luego, una curiosidad ansiosa me llevó a cruzar la casa, primero hasta la puerta delantera y luego, atravesando el patio, hasta el límite que marcaba el muro. Me detuve ante la puerta cerrada que daba a la calle. Tenía los cerrojos echados por fuera. Mientras la sacudía pasó un camión hacia el centro de la ciudad, rugiendo y levantando una nube de polvo. Tendría que haber cargado ganado o cosechas, pero estaba lleno de gente. Pocos segundos después pasaron otros dos camiones.

Estaba encerrada dentro de la casa. Me di cuenta de que todo el mundo debía de haberse ido, de manera que regresé a mi habitación y me puse ropa vieja y sandalias. Luego me dirigí a la parte del muro que daba a un pasaje entre nuestra casa y la de tía Soraya. Estaba cubierto de hiedra y parras espesas, así que no fue difícil trepar y llegar hasta arriba. Me sentí mareada cuando me dejé caer el otro lado. Gruesas telas de araña se me quedaron prendidas en la ropa y oí a las lagartijas corretear por las grietas del muro. Me limpié las manos frotándolas una contra otra y vi que la casa de tía Soraya también estaba en silencio, con los postigos cerrados por dentro.

Caminé por la carretera con la cabeza agachada como una campesina. Pasaron más camiones y me cubrieron de polvo. Mientras me aproximaba al centro de la ciudad oí gritos. No una sola voz, sino muchas. Me metí apresuradamente en la estrecha calle por la que Ali y yo habíamos escapado la noche anterior. El viento seco arrastraba consigo cantos indistintos y furiosos, el trino salvaje de la pena o la rabia de las mujeres. Con el velo me limpié la arenisca y el humo de los ojos.

El goteo de gente que pasaba se convirtió en un torrente cuando estuve cerca del

bazar. Las madres aferraban a sus hijos, llorando o mirando con ojos desorbitados a la muchedumbre que tenían detrás. Los saqueadores se llevaban cuanto podían –alfombras, radios, telas–, saltando por encima del verde y el rosa de las sandías reventadas en el suelo. Yo respiraba con agitación, y sentía que la multitud, con sus ropas ensangrentadas y sus patadas, giraba a mi alrededor. Quise recuperar el equilibrio, pero extendí los brazos en balde. Al final apreté la espalda contra un muro e intenté respirar más despacio, tosiendo por el polvo y el miedo. Notaba el olor acre del pánico en mi propio sudor.

Unos pasos más allá, un niño pequeño daba alaridos tirado en el suelo; me abrí paso y lo cogí en brazos. De alguna manera, su peso y su pecho agitado me tranquilizaron. Podía ver el final de la callejuela, y era más fácil ir hacia delante que regresar. Salimos a la explanada del bazar: había toldos pisoteados, mesas volcadas y pedazos cortantes de vasijas rotas por todas partes. El niño y yo nos acurrucamos juntos en un hueco; sus puñitos apretados me tiraban del pelo, sentía sus lágrimas y su cálido aliento en el cuello. El gemido del muecín rasgó el final de la tarde por encima del clamor de las calles.

Y entonces, como por arte de magia, Ali apareció a mi lado.

–¿Qué estás haciendo? –gritó, cogiéndome de ambos brazos y tirando para levantarme, con el niño todavía colgado del cuello. El bazar empezó a dar vueltas. Ali me cogió de la mano y lo seguí a ciegas, sin soltar al niño. Corrimos por un retorcido laberinto de callejones y pasajes, los gritos fueron perdiéndose en la distancia, y al final, tras un corto tramo de empinados escalones, entramos en una habitación pequeña y silenciosa. Ali dijo que me quedase allí y salió de inmediato.

El niño se me había dormido de agotamiento en los brazos, y lo acosté en un pequeño catre. Su cara estaba al fin tranquila. Había una palangana con agua, y le limpié la piel con suavidad antes de lavarme yo y acurrucarme a su lado. Vi que la habitación no tenía más puertas y estaba vacía, excepto por una delgada alfombra en el suelo, el catre, una estufa de queroseno y un colchón enrollado en el rincón. Me quedé dormida un rato.

Cuando desperté, la habitación estaba iluminada con velas y el chiquillo jugaba con unos bloques de madera en el suelo. Ali estaba en cuclillas al otro lado del cuarto. Me envolví en el chal y me incorporé, guiñando los ojos y tratando de enfocar a la luz vacilante. Sólo se oía el ruido de la lluvia fuera.

–Tengo que volver a casa –dije en el acto.

Ali meneó la cabeza.

–Todavía no.

Explicó que las calles seguían siendo peligrosas, y que de todos modos en mi casa no quedaba nadie. Mi padre había mandado a todos los criados a sus pueblos. Mis hermanas y mi madre se habían ido al norte, a la casa de la familia de mi cuñado, y mi padre había llevado a su nueva esposa y a su hijo a los barracones del ejército.

–Me han dejado sola –dije.

–Maryam, siempre estás luchando por arreglártelas sola –replicó–. Serías la última

persona por la que se preocuparían. Tus hermanas pensarán que estás con Fátima, y Fátima que estás con ellas.

–¿Y dónde estoy? –pregunté.

–En mi casa –contestó, y en respuesta a mis ojos temerosos juró que nadie me había visto y que estaría de vuelta antes de que mi padre difundiera las noticias y mi familia regresara al día siguiente.

–¿Qué noticias?

Dijo que mi padre había recibido telegramas aquella tarde: Mossadeq había huido y el Shah estaba en camino desde Roma.

–Tu padre está contento –añadió.

–Pero hoy ha habido muchos heridos –contesté.

–Es el precio de luchar por aquello en lo que crees.

–¿Y en qué cree mi padre?

Ali frunció el ceño.

–En la tradición, supongo.

–¿A pesar de toda la sangre y la miseria? Ali, todo esto me hace sentirme tan sucia... Como si estuviéramos atrapados en el pasado y no pudiésemos pensar nosotros solos – recordé todas las reuniones que Ali debía de haber visto en las habitaciones llenas de humo de mi padre, y lamenté que la ceniza y la suciedad también se abrieran paso bajo su piel.

–Pero Maryam, ¿qué podemos hacer tú y yo?

–No lo sé –contesté, y ambos pensamos en el caos de aquel día.

Entonces Ali se puso de pie y preguntó si me importaría que se lavara. Negué con la cabeza y aparté la mirada, porque no quería que viera cómo me sonrojaba. Lo oí sacarse el blusón por la cabeza; en la jarra pulida que había a mi lado vi reflejarse sus hombros y su espalda mientras se inclinaba sobre el agua que yo había usado. Cuando terminó me preguntó si tenía hambre, y asentí.

–¿Qué va a ser de él? –señalé al niño.

Ali dijo que le había enviado un recado a su padre, que vivía cerca. Lo recogería antes de amanecer.

–No puedo quedarme toda la noche –dije en voz baja, mientras las calles giraban fuera.

–Si hubieras sido sensata, no estarías aquí –me dijo que la ciudad estaba llena de hombres llegados en camión desde el campo, buscando enfrentamientos–. Si sales esta noche pondrás en peligro tu vida, o algo más.

–Lo siento.

Ya había corrido un gran riesgo al darme refugio. Pensé en la gente que disfrutaría con los rumores que deshonrasen el nombre de mi padre. No le faltaban enemigos.

Ali desdobló en el suelo una tela de algodón con pan, carne fría y queso. Cogió una jarra de la repisa de la ventana, y llenó un vaso de líquido rojo.

–*Salamatee* –brindó, suspendiendo las hostilidades.

–¿Qué es? –pregunté, arrodillándome frente a él.

–Un poco de vino peleón –sonrió y me ofreció el vaso.

Dudé antes de llevármelo a los labios, oliendo la levadura y las uvas; saboreé el agreste poso en la lengua. Quería escupirlo, pero me lo tragué y sentí un calor suave en la garganta.

–*Salamatee*.

Yo también alcé el vaso, y luego se lo devolví.

El niño se había quedado dormido en el rincón, y Ali lo arropó con una manta. Comimos en silencio, mientras su respiración tranquila iba y venía a la luz tenue. Yo tenía los ojos cansados, pero al mismo tiempo estaba pendiente de cualquier ruido fuera y de Ali allí, conmigo. Con una sonrisa, me preguntó si quería practicar el siguiente verso del poema. Le dije que no llevaba el libro, pero él contestó que se lo sabía de memoria y que podía repetirlo después de él. Sentí alivio al romper el silencio con nuestro ritual, pero me invadieron un anhelo y un miedo igualmente fuertes mientras nos mirábamos a los ojos y nuestras bocas, sin contar con nosotros, formaban nuevas palabras:

*The Sea of Faith*

*Was once, too, at the full and round the earth shore*

*Lay like the folds of a bright girdle furl'd\**.

Hablábamos en voz baja y respirábamos los sonidos del otro mientras pronunciábamos aquellas palabras llenas de meandros. Ali sonrió cuando le pregunté qué significaba *girdle*, meneó la cabeza y dijo que explicármelo sería indecoroso. Contesté que no había nada decoroso en aquella situación y que más valía que la aprovechásemos lo mejor posible. Él dijo que era una prenda femenina que se ponía como un cinturón sobre la piel. Susurró los versos otra vez y pensé en la llamada a la oración desde el minarete del Haram, semejante a una cinta sedosa y roja como la sangre que se iba enroscando y ataba a la ciudad.

Entre nosotros estaban los platos vacíos. Ali volvió a llenar el vaso y me lo tendió. Oí murmullos ladinos en el fondo de mi cabeza; imaginé lo que diría la gente si me vieran sola con aquel hombre, un criado de mi padre cuya familia trabajaba sus tierras. Me sentía asustada y desafiante a la vez; cogí de nuevo el vaso.

–¿Qué sería de ti si mi padre entrara ahora, Ali? –pregunté.

Me miró a través del flequillo.

–Está lejos –replicó.

«Te apalearían en la oscuridad.» El pensamiento surgió, silencioso, en mi mente.

–¿Qué quieres hacer con tu vida, Ali?

Él no contestó.

–Debes de querer algo más que servir a mi padre. ¿No quieres viajar? ¿A París, a Trafalgar Square, a Dover Beach?

Sus ojos parecían muy oscuros; las velas parpadearon. Nuestras sombras se arrastraron por las paredes mientras él hablaba con su voz firme y suave.

–Eres muy ingenua, Maryam. No sabes nada ni de mi vida ni de sus alternativas.

Me sentí como si me hubieran abofeteado otra vez, pero le sostuve la mirada. Me contó que su padre y su madre habían pasado toda su vida en el pueblo de mi familia, que sus hermanos seguían labrando la tierra y que Alá le había sonreído cuando lo trajeron a Mashhad a trabajar para mi padre. Era sólo un niño y echaba de menos a su familia y el aire de Mazareh, pero se tragó las lágrimas para que estuvieran orgullosos de él. Había aprendido a hacer el té color miel con pétalos de jazmín que tanto le gustaba a mi padre, a cambiar carbón en el *hookah*, a barrer el suelo y a salpicar la alfombra con agua de rosas, a asegurarse de que la habitación siempre estuviera lo bastante cálida o lo bastante fresca. Había aprendido a mojar plumas en tinta y a practicar escribiendo su nombre en volutas de pergamino color siena. Había aprendido a escribir cartas para mi padre, a sellarlas con cera y a llevar sus libros de cuentas. Durante las reuniones de mi padre se sentaba a un lado, y cuando terminaban y los invitados se habían ido, mi padre le preguntaba a Ali su opinión y la escuchaba. Había rabia y lágrimas en sus ojos mientras me contaba todo esto.

–Tu padre me ha dado un mundo con el que nunca soñé. Me ha dado libros, lenguaje, confianza. Incluso permite que le enseñe poesía a su hija, que me siente a tu lado día tras día. Y ahora aquí estás tú, una niña mimada y perdida, y yo te protejo, y el precio, Maryam, ¿cuál podría ser el precio por protegerte? Todo –tenía tensa la piel del rostro y en sus sienes se veían venas de color azul grisáceo mientras sus palabras se hundían entre los dos.

Me arrodillé y tendí la mano para tocarle la cara. Él la apartó.

–Ali –dije suavemente, y alargué otra vez la mano sobre los platos sucios. Apoyé la palma en su mejilla y esta vez me apretó la mano con la suya, con la misma fuerza que si nos marcásemos con un hierro candente. Luego me cogió la cara, la acercó a la suya y yo sentí una oleada de paz cuando nuestras bocas se tocaron. Caí hacia delante y él sostuvo mi peso, mientras los platos entrechocaban. El niño se agitó en el rincón; sus manos aferraron el aire y luego se volvió a quedar dormido.

–¿Cómo me has encontrado hoy, Ali? –pregunté.

Dijo que estaba mirando a la multitud desde las azoteas, llevando mensajes de mi padre de un lado a otro.

–Tu cara no puede pasarme inadvertida.

Cerré los ojos y guardé silencio un momento.

–Mi padre te habrá echado en falta.

–No, no pasará nada, Maryam.

Dijo que no había estado lejos de mi padre mucho tiempo, y que el resultado de aquel día ya estaba decidido. La atención de mi padre estaba en otra parte.

Meneé la cabeza. Mi padre tiene ojos en todas partes.

Sus labios me rozaron las mejillas, el pelo, la boca.

–No hemos terminado nuestro poema –susurró.

Le puse la mano en la cara mientras hablaba y sentí que una pena oscura se le derramaba por dentro. Repetí las palabras tras él, aunque apenas podía respirar:

*But now I only hear*

*Its melancholy, long, withdrawing roar...\**

Me echó atrás la cabeza y sentí su boca en mi garganta, sus manos abriéndome la ropa. Intenté cerrar los ojos al remolino negro de mi mente, al recuerdo de las oraciones con mi madre y de los abrazos de Fátima. Me habían abandonado, pensé. Todos ellos.

*Retreating to the breath*

*Of the night wind.\*\**

Yo tenía los hombros desnudos y él me quitó las vendas del pecho, con los labios sobre mi piel. Me estremecí mientras estábamos allí abrazados, y me aparté cuando su mano descendió por mi vientre. Sacudí la cabeza.

–No, Ali.

Él me mantuvo abrazada y nos quedamos dormidos mientras fuera caía una lluvia torrencial. Si aquel momento hubiera podido durar... pero poco a poco la habitación se fue enfriando, se llenó de silencio y sueños sombríos, y me desperté sintiéndome desgraciada. No se nos iba a consentir nada de aquello.

–Tengo que irme ahora, Ali, mientras todavía está oscuro –supliqué, arreglándome la ropa.

Él me pidió que no saliera, que resultaría sospechosa en mitad de la noche y que seguía habiendo peligro. Nos iríamos al alba. Así que nos sentamos a esperar el uno junto al otro, mientras las velas vacilaban y se consumían.

Al fin llegó el amanecer. Alguien llamó a la puerta con fuerza y se me cortó la respiración como si me hubieran dado un golpe. Me encogí de miedo en un rincón. Pero sólo era el padre del niño, y Ali lo dejó en sus brazos con suavidad a través de la puerta entreabierta. Intercambiaron pocas palabras. Me habría gustado darle al crío un beso de despedida. Parecía que lo había recogido del barro hacía media vida. Cuando los pasos del hombre dejaron de oírse, Ali susurró:

–Venga, tenemos que irnos ya.

La lluvia había llenado de barro los caminos y callejuelas, y mientras andábamos me llené los tobillos de salpicaduras color de estiércol. Llevaba la barbilla hundida firmemente en el pecho, de manera que no veía nada ni a nadie. Cruzamos el huerto, y el olor del rocío en las hojas me dio ganas de llorar. No levanté la vista cuando pasamos por

delante de la casa de tía Soraya, y no vi a Ahmeneh vigilándonos desde la ventana del piso de arriba mientras Ali abría los cerrojos del portón de mi casa.

En el patio le toqué la mano pero no pude mirarlo a los ojos, y me alejé dando traspiés sin decir una palabra. Oí el golpe del portón y el ruido de los cerrojos al deslizarse. Volví a estar encerrada dentro.

Me arrodillé en la ducha y apoyé la cabeza en las rodillas mientras el agua caía sobre mí. Después me arrastré hasta la cama y esperé a que llegara el sueño.

No logro recordar del todo las horas y los días que siguieron. Aquella mañana, el sueño se cerró sobre mí como las olas del mar; me hundí en él y la luz de la superficie se desvaneció rápidamente.

Desperté presa de la fiebre. Las paredes de la habitación se hinchaban y palpitaban mientras yo me estremecía bañada en sudor, con la lengua pegada al cielo de la boca y los labios agrietados y doloridos. La casa estaba en silencio, aunque poco podía distinguir con el latido sordo de la sangre en mis oídos. Intenté llamar a Fátima, pero la voz se me quedó atrapada en el vientre y no logró arrastrarse hasta el aire. Dejé caer los pies al suelo y salí tambaleándome. La luz del sol me escoció en los ojos mientras me dirigía con paso vacilante a la cocina. Era como si mi mente se alejara rodando de mi cuerpo, que andaba perdido en una delgada fila de hormigas, brillantes criaturas negras que trepaban sobre fruta podrida. Al acercarme, oí ruidos. Algunos criados debían de haber vuelto. No podía dejar de temblar. Cuando llegué al umbral se me enredaron y doblaron las piernas, y el mundo se sumió en la oscuridad.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que oí voces: «Chitón». «Silencio.» Me pasaron un trapo por el cuerpo, por sus grietas y rendijas. Luego sentí el metal frío de un estetoscopio debajo del pecho y un termómetro debajo de la lengua.

—Maryam, ¿qué has hecho?

Oí a Fátima chasquear la lengua contra el paladar. Un tarareo. Sentí un cepillo en el pelo.

Pasaron los días y recuperé los límites de mi cuerpo. Sentía subir y bajar mi pecho, el roce suave de los dedos de Mara en la mejilla. Me apoyaba en Fátima mientras ella me metía pedacitos de comida en la boca: pan recién hecho, queso, un trozo de manzana. Los sabores me estallaban en la lengua. No sé cuánto tiempo transcurrió hasta que volví a abrir los ojos y vi la luz del final de la tarde filtrarse por la ventana. Me quedé tendida y contemplé la espiral de polvo. Un gallo cantó en la distancia, y el muecín pareció contestarle.

La puerta se abrió con un rasquido y vi a Fátima. Tenía la piel de la cara floja y gris, y se le llenaron los ojos de lágrimas cuando me vio mirarla desde la almohada. Yo quería hablar, pero ella me puso un dedo en los labios. Se sentó a mi lado y me acarició el pelo hasta que me quedé dormida otra vez.

El doctor Ahlavi volvió al día siguiente y me ayudó a incorporarme. Me miró los ojos

con una luz brillante, me tomó la temperatura y el pulso. Yo apenas lograba reconocer mi propio cuerpo: los huesos de las muñecas y las manos sobresalían como si fueran a rasgar la piel. Fátima se quedó en la habitación mientras él me examinaba. Lo miré con ojos vacíos; él me pellizcó la mejilla con suavidad.

–Estoy esperando a que vuelvas al consultorio –dijo. Sonreí débilmente y creí oír a Fátima decir que había llovido mucho desde entonces.

Nadie más vino a verme. A veces Mara jugaba sin hacer ruido en un rincón, pero por lo demás me dejaron sola conmigo misma y el silencio. Un día o dos después, Fátima empezó a contarme los chismorreos de la cocina, aunque su amplia sonrisa se había convertido en un esbozo y sus familiares carcajadas, que le sacudían el pecho y hacían temblar su cuello, habían desaparecido. Evitaba hablar de los recientes disturbios; casi parecía que nunca hubiesen ocurrido.

–¿Y Ali? –pregunté una tarde; estaba recuperando las fuerzas.

–Ali se ha ido –fue todo lo que dijo.

En mi memoria, en las entrañas de mis nervios, mis huesos y mi sangre, sentí un desmoronamiento que tal vez no acabase nunca.

–¿Adónde?

Me contestó que no me preocupara y que ya hablaríamos cuando estuviera mejor. Abrí la boca para protestar, pero Fátima meneó la cabeza e insistió:

–No digas nada.

Me recosté de nuevo en la almohada mientras revivía mentalmente la confusión de aquella noche. Parte de mí se aferraba a la esperanza de que hubiera ido a visitar a su familia o a cumplir un encargo, pero en el fondo reconocía la irrevocabilidad de las palabras de Fátima.

Mi padre no vino a verme.

Unos días después fui capaz de salir al exterior. Tras mi habitación de enferma, el aire de finales de otoño era fresco y cortante. El patio estaba en silencio y me senté con Fátima en el murete del estanque que recorría la parte delantera de la casa.

–¿Qué ha pasado? –pregunté. Ella sacudió la cabeza pero luego se armó de valor y empezó a explicarme lo ocurrido.

El día en que perdí el conocimiento, Fátima acababa de regresar de casa de su hermano. Estaba revisando la despensa, dijo, cuya fresca plenitud tanto le gustaba: en las estanterías se almacenaban huevos y mantequilla, queso y carnes frías. Oyó jaleo en la cocina y volvió a toda prisa, suponiendo que el ruido provenía de las tonterías o la excitación de las criadas después de aquellos días de tensión. En cambio me vio a mí en el suelo; en la mejilla ya se me estaba formando un cardenal. Sólo llevaba el camisón; tenía las piernas y los brazos desnudos y abiertos en cruz, tal como había caído. Fátima se abrió paso entre el corrillo de criadas y se arrodilló a mi lado. Dijo que tenía la piel blanca como la tiza, pegajosa y perlada de sudor. Me puso un mantel doblado debajo de

la cabeza, comprobó que no sangraba por los oídos, la nariz o la boca, y me tapó con una manta.

Ordenó a una criada que corriera a la ciudad en busca del doctor Ahlavi. Había vuelto cierta calma a las calles pero, aun así, tardó más de una hora en llegar. Me examinó para ver si tenía algún hueso roto y dijo que podían llevarme a la cama. Luego le preguntó a Fátima qué había pasado. Sólo entonces se dio cuenta ella de que yo debía de haber pasado sola la noche anterior, porque mi madre, mis hermanas y mi padre todavía no habían regresado. Pero ocultó su preocupación y le dijo al doctor Ahlavi que yo llevaba varios días con fiebre, y que en cuanto volvió la espalda aquella mañana me derrumbé en el suelo. Él no se quedó muy convencido, pero Fátima inventó excusas y habló de la distracción de los últimos días, diciendo que nadie tenía la cabeza en su sitio. Él pareció satisfecho y dejó instrucciones para que me cuidaran.

Mi familia regresó aquella tarde, y Fátima dijo que la casa se llenó de ajetreo: ventanas abiertas de par en par, habitaciones barridas y perfumadas. Yo seguí durmiendo a pesar de los ruidos de las llegadas y la limpieza. Fátima me dijo que cada uno de los criados tenía su propia historia que contar sobre los disturbios. Ella se había pasado todo el tiempo horneando pan y pasteles para la familia de su hermano, lejos de la tormenta. Otros hablaban de grupos de hombres desplegándose por los pueblos y ofreciendo una semana de paga a cualquier campesino dispuesto a ir a Mashhad y luchar por el Shah. Dijo que algunos hombres no habían regresado y que los periódicos hablaban de cientos de muertos en las batallas campales de Teherán.

Desde el alzamiento, mi padre se había pasado casi todo el tiempo en las barracas. Desaparecía de la casa a primera hora y no volvía hasta la madrugada. Fátima me dijo que ella se levantaba cuando todavía era noche cerrada para prepararle un desayuno de huevos pasados por agua y pan, que dejaba en una bandeja junto a la puerta de su habitación. Ali también había estado ausente durante los primeros días de mi enfermedad, y Fátima había supuesto que mi padre lo tenía ocupado en la ciudad.

—Así que nos convertimos en una casa de mujeres —suspiró.

Las dos esposas de mi padre mantuvieron las distancias, cada cual en un extremo de las fincas. El Ramadán y el tranquilo silencio del ayuno se apoderaron de los días; los rompían solamente las llamadas del muecín, mientras todo el mundo esperaba el anochecer para comer. Al parecer, nadie se preguntaba dónde había estado yo durante el alzamiento. Les preocupaba mucho más mi fiebre, dijo Fátima, y quizás todo habría ido bien de no ser por tía Soraya.

Una noche, poco después de que yo cayese enferma, tía Soraya entró en la casa como un torbellino, con su chador negro flotando y ondeando tras ella. Se dirigió directamente a las habitaciones de mi padre. Él todavía no había llegado, pero ella estaba decidida a esperar y ordenó que le llevaran té y turrón. La doncella le dijo a Fátima que Soraya iba de un lado a otro de la habitación como un león enjaulado, frotándose las manos

huesudas con los labios apretados en una mueca, no sabía si furiosa o burlona. Le bufó con tantas ganas a la doncella que se fuera, que la saliva le salpicó la barbilla.

Mi padre regresó poco después y cerró de un portazo. La doncella se acercó de puntillas a la puerta y oyó su voz grave a través de la pesada puerta de madera; la voz de Soraya se alzó en respuesta, estridente como el ruido que hacen los cuchillos cuando los afilan. La puerta no tardó en volver a abrirse y, antes de que Soraya se marchase, la doncella la oyó murmurar: «Querido hermano, tienes que proteger nuestro nombre. No toleres vergüenza alguna».

Cerré los ojos. Fátima preguntó si quería contarle algo, pero negué con la cabeza. Pensé en el rostro de Ali, en sus ojos oscuros reflejando la luz en los míos, en su boca enseñándome a formar palabras, a saborearnos el uno al otro. Fátima continuó.

Dijo que cuando la doncella le habló de la indignación de Soraya, se preocupó todavía más. Así que al día siguiente, después de atenderme, se dirigió a la puerta de la cocina de mi tía Soraya con un tarro de arcilla para miel vacío y una cesta de tela del bazar. Ahmeneh estaba mezclando harina y agua para hornear pan. Fátima la saludó desde el umbral y Ahmeneh le contestó con su falsa sonrisa. Fátima entró y se quedó de pie junto a la mesa, llena de cáscaras de huevo. Dejó el tarro y dijo, suspirando, que se le había acabado la miel de tanto usarla en bebidas calientes para aliviarme la fiebre, y que estaría muy agradecida si Ahmeneh pudiese prestarle algunas cucharadas para arreglárselas hasta que fuera al mercado al día siguiente.

Ahmeneh fue a por miel color ámbar, vetada de alas y torsos deshechos de abeja, y vertió un poco en el tarro. Después Fátima sugirió que tomaran un té y Ahmeneh sacó dos vasos pequeños, llenándolos en el samovar de la estufa. Fátima dijo que se bebió el té chupando ruidosamente un terrón de azúcar, y que sólo cuando vació el vaso miró a Ahmeneh a los ojos y le preguntó a bocajarro si tenía algún chismorreó doméstico que contarle. Dijo que no iba a aguantar rumores maliciosos, a lo cual Ahmeneh encogió sus hombros estrechos y sorbió aire como un pez. La imitación de Fátima me arrancó una sonrisa.

Fátima sabía que a Ahmeneh podía venirle bien un poco de persuasión, así que se inclinó y puso en la mesa la seda color crema del bazar. Estaba bordada con hilo brillante y lentejuelas nacaradas. Ahmeneh barrió las cáscaras con el canto de la mano para hacer sitio. Tocó el tejido con las yemas de los dedos y Fátima susurró que humillaría a todas las mujeres del Haram, incluso a tía Soraya, si iba a rezar con un chador tan fino, tan sofisticado, tan francés. Ahmeneh hizo un gesto para cogerlo, pero Fátima lo clavó a la mesa con el codo. Ambas mujeres se sonrieron; luego, Ahmeneh suspiró, fue al samovar a por más té y empezó a contar su historia.

La mañana después de las protestas estaba frente a una de las ventanas del piso de arriba, contemplando cómo se deshilachaban las madejas de humo que surgían de los destrozos en la ciudad, cuando vio a Ali y a alguien que parecía una campesina en el camino. Acababa de sacar al patio a los perros, que habían estado encerrados en la casa

esa noche. Los perros reconocieron a Ali y no le hicieron caso, pero gruñeron al paso de su embozada acompañante hasta que la mujer les tendió la mano, volviendo un instante el rostro hacia la casa de Soraya. Ahmeneh le dijo a Fátima que vio claramente mi cara en el mismo momento en que los perros reconocieron el olor. Observó a Ali mientras éste abría la puerta a las fincas, nos vio desaparecer a ambos en el interior y, un minuto después, vio salir de nuevo a Ali, solo. Por supuesto, concluyó Ahmeneh, se lo contó a su señora tan pronto como hubo regresado a casa, puesto que lo único que le preocupaba era mi seguridad y el buen nombre de la familia.

Fátima dijo que arrojó la tela al regazo de Ahmeneh y se marchó sin decir una palabra. Después me preguntó si no tenía nada que decir.

Cogí las manos de Fátima.

–Te voy a contar lo que pasó aquella noche, y luego tienes que ayudarme a hablar con Ali.

Su cara se perló de sudor.

–No, Maryam. Es demasiado. Ali ya ha sufrido bastante.

–Tengo que verlo. Tú lo sabes –la miré, las lágrimas me corrían por las mejillas–. ¿Qué le ha pasado, Fátima?

–¿Qué estabas haciendo? –susurró ella–. El fuego te quema, el mar te ahoga y la enfermedad te debilita como a todo el mundo.

–Lo sé –contesté–. Pero deberías confiar en que no me queme, deberías saber que no voy a acercarme tanto a la mano a la llama. Por favor, no hagas caso de rumores y chismorreos.

Ella me puso la palma de la mano en la mejilla.

–Te creo, Maryam, pero los rumores arrojan largas sombras.

–Si me crees, ayúdame. Dime lo que ha pasado, dime cómo puedo ver a Ali y aplacar la furia de mi padre –me cogí la cabeza entre las manos.

–Muy bien, voy a hablarte de Ali –dijo ella.

Después de ver a Ahmeneh, volvió a casa, cogió pan y queso y salió a buscarlo. Cuando llamó a la puerta de la casa de Ali, no contestó nadie. Estaba a punto de irse cuando oyó un ruido dentro, un ruido débil, como de un animal. Intentó abrir la puerta empujando. El pestillo no estaba bien encajado y no le fue difícil. Ali estaba tendido en el suelo, con la cara vuelta hacia la pared. No se movió cuando Fátima se arrodilló a su lado; tenía las manos sobre la cara. Ella se las apartó con suavidad y él se estremeció. La sangre le apelmazaba el pelo.

–Casi no podía distinguir sus ojos –susurró–, hinchados y ciegos. Tenía la mano como una garra, retorcida, negra por la sangre seca –me empezó a pesar la cabeza; me hundía con sus palabras–. Lo dejé allí y me fui directa a la botica a comprar alcohol y sal para los cortes, y árnica para los cardenales. Fui a por agua y se la dejé caer gota a gota entre los labios, reventados como una fruta madura. Su ropa apestaba a sudor, orina y sangre. Lo desnudé, encontré unas sábanas limpias y rasgué una para empaparla de alcohol.

Tenía un corte tan profundo en el muslo que podría haber metido la mano dentro. Volví a su casa día tras día; dediqué todo mi tiempo a cuidarlos a los dos.

Yo me quedé callada. En el cielo azul había aparecido una delgada luna creciente. Tenía las costillas en tensión; parecía que había dejado de respirar.

–Los hombres de mi padre –fue todo lo que dije.

Esa noche, tendida en la cama, pensé en Ali. Intenté recordar todas las veces que habíamos estado juntos. Lo conocía desde que tenía memoria. Mi cuerpo todavía estaba débil por la enfermedad, pero mi mente se fue aclarando y agudizando mientras pensaba en el día siguiente. El tiempo pasaba despacio, pero estaba acostumbrada a la soledad y la agradecía. Dormí poco y me levanté con el gris del amanecer; me vestí lentamente y esperé a que Fátima me llevase el desayuno. Los cuervos negros graznaban con ronco estrépito desde las copas de los árboles, y me alegré cuando Fátima abrió la puerta y se deslizó en la habitación.

–Todavía no eres tú misma –me puso la mano en la frente.

–Estoy bien –dije en voz baja–. Fátima, ¿ha visto Ali al doctor Ahlavi? Necesita cuidados adecuados, tú lo sabes. Y yo también tengo que ver al doctor –ella meneó la cabeza–. Por favor, Fátima, arréglalo para que los dos veamos hoy al doctor Ahlavi.

Ella colocó té negro y pan a mi lado.

–Te llevaré a ver al doctor en unas pocas horas, pero no me pidas más. ¿Qué haría yo si tu padre o Soraya me ponen en entredicho? No tengo otra vida a la que recurrir, Maryam.

Salió de la habitación con la cabeza gacha.

El sol estaba alto cuando regresó con un chal de lana para que me lo pusiera sobre los hombros. Salimos por una puerta lateral y caminamos despacio. Yo todavía estaba aturdida y sentía como si mi cuerpo fuese a salir flotando de no ser por el robusto brazo con el que Fátima me rodeaba la cintura. Las hojas caídas en el huerto crujían bajo nuestros pies, y las ramas desnudas parecían huesos tendidos hacia el cielo. Una sola manzana colgaba de una ramita alta, amarilla, rosada y fuera de alcance. Pensé que Ali habría sacudido el árbol y la habría hecho caer para mí.

El consultorio estaba tranquilo cuando llegamos; la cola era pequeña. Fátima me ayudó a subir los escalones y esperamos a que nos llamase la nueva ayudante del doctor Ahlavi. Me senté frente a su puerta, deseando que se abriera. Pasaba el tiempo, Fátima me rehuía la mirada. Llegó mi turno y las dos hicimos ademán de levantarnos, pero yo le puse la mano en el hombro y dije que prefería entrar sola. La dejé allí antes de que pudiera protestar.

La puerta del doctor Ahlavi se cerró detrás de mí y me senté en una de las sillas mientras él terminaba de tomar notas. El ventilador arrojaba sus familiares sombras sobre las paredes. Esperé hasta que él acabó. Cuando alzó la mirada, me alegré de volver a ver sus ojos amables. Él sonrió, dijo que estaba contento de verme y me preguntó cómo me

sentía. Dije que mucho mejor, pero que tenía que preguntarle algo. Él sugirió que hablásemos mientras me hacía un examen. Así que tomé aliento y empecé.

–Tengo un problema grave con mi familia –dije–, sobre todo con mi padre –encendió una linterna brillante y me miró el oído; luego me inclinó la cabeza en un ángulo distinto e hizo una prueba auditiva–. Me resulta difícil explicarlo –él dirigió la linterna a mi otro oído–. Ha habido un malentendido –me miró un ojo, y luego el otro. Sentí que mis pupilas se contraían hasta convertirse en cabezas de alfiler y no pude continuar.

Él se echó hacia atrás, apoyándose en el escritorio.

–¿Sí, Maryam? –me animó, cogiendo el estetoscopio.

–Bueno, creo que mi padre piensa que pasé la noche con un hombre –el ventilador punteaba el silencio–. Y no es verdad, doctor, no como él piensa.

Entonces le resumí lo ocurrido el día del alzamiento, le conté que Ali me había dado refugio cuando las calles se volvieron peligrosas. No dije nada sobre las caricias porque sabía que aquello había estado mal, aunque era muy distinto del pecado que mi padre sospechaba. Mientras hablaba intenté guardar la calma, pero sentía un sudor helado en la nuca y me di cuenta de que el doctor me miraba las manos, apretadas con firmeza en mi regazo.

–Doctor, usted ha sido bueno conmigo. Mi padre le respeta. Por favor, hable con él y cuénteles mi historia. Tengo miedo de lo que pueda hacer. No he visto a Ali desde aquella noche y Fátima me ha dicho que lo apalearon brutalmente. Sé que lo hicieron los hombres de mi padre.

Intenté controlar la respiración, que se había vuelto jadeante y poco profunda. El doctor me tomó el pulso mientras me ponía la otra mano en la frente. El contacto me otorgó una especie de sosiego y las lágrimas me corrieron por las mejillas.

–Maryam –dijo con su voz suave–, conozco a tu familia de toda la vida. Os respeto a todos, y creo que me has dicho la verdad. Puedo hablar con tu padre, pero después ¿qué? Sabes que sólo se tranquilizará si te casas. Si hablo con él, ¿te conformarás con casarte y dejar atrás este asunto?

Se puso el estetoscopio en los oídos, hizo que me inclinara y me dio unos golpecitos en la espalda, escuchando mi respiración. Me incorporé y él metió el estetoscopio debajo de mi blusa.

–¿Qué son esas vendas? –preguntó.

Yo tenía la cabeza gacha, oculta detrás del pelo. Él me levantó la barbilla para obligarme a mirarlo.

–Siempre las llevo –dije–, para parecer más niña.

Él siguió observándome, y yo le sostuve la mirada.

–No quiero casarme, como mi hermana –expliqué–. Todavía quiero ir a Teherán y estudiar enfermería. No sé si ahora será posible; a lo mejor debería perder la esperanza.

Él se acercó a la ventana y miró fuera un rato. Al fin se volvió de nuevo hacia mí.

–Bueno, estás mejor –dijo–. Hablaré con tu padre. Pero tienes que ser sensata,

Maryam. Tienes que ser realista.

Asentí, me arreglé la ropa y me puse de pie, dándole las gracias. Cuando ya tenía la mano en el tirador de la puerta, me volví hacia él.

–Doctor, tengo que pedirle una cosa más. Creo que Ali va a venir hoy a verle. Tenía la esperanza de encontrarlo aquí. Por favor, cuídelo bien y transmítale mis mejores deseos.

Pero él no levantó la cabeza ni me miró cuando salí de la habitación.

Fátima y yo bajamos los escalones de la entrada, y entonces vi a Ali a lo lejos. Llevaba un bastón, andaba despacio y arrastrando los pies, pero en cuanto levantó la cabeza, nuestros ojos se encontraron. Fátima me ciñó la cintura con fuerza.

–No debes hablar con él –dijo–. Aquí en la calle no. Pasa de largo.

Parecía como si el mundo rugiese a nuestro alrededor y nosotros siguiéramos avanzando, con el trueno en la sangre y en los huesos. Él todavía tenía los ojos hinchados y la cara llena de cardenales. Deseaba correr hacia él, apretar su cabeza contra mi pecho, besar sus ojos y acariciarlo hasta que se durmiera. Nos detuvimos el uno frente al otro y él miró al suelo. Metí la mano en el cesto de Fátima, saqué el libro de poemas rojo y se lo puse suavemente en la mano, que se cerró, magullada y vendada, sobre el lomo.

–Lo siento muchísimo, Ali –susurré mientras Fátima tiraba de mí. Miré por encima del hombro cuando dimos la vuelta a la esquina y él seguía allí parado, mirando al suelo. Sentí como si el viento me fuese a desgarrar y fuera a echar a volar por el cielo, como si fuese a soltar todo el aire que tenía dentro y dejar de existir. Pero puse un pie delante del otro y regresé a casa a través del polvo.

A la mañana siguiente no fui a desayunar a la cocina ni esperé a Fátima; me reuní con Mairy y sus hijos, Mara y mi madre. Estaban sentadas en torno a un mantel de algodón blanco en el centro de la habitación; Mairy me hizo sitio a su lado. Me tendió un vaso de té en un platito blanco con rosas clavelinas pintadas en cenefa. Había sido uno de sus regalos de boda. Alargué la mano para coger un poco de pan y queso. Creí que me temblaba, pero cuando la miré vi que tenía el pulso firme.

Mairy me acarició la mejilla con la palma de la mano y me dijo que se alegraba mucho de verme mejor. Shirin, su hija menor, tenía casi dos años y estaba sentada a su lado. Hundí los dedos en la miel y se los tendí para que la chupara. Ella me sonrió y me rozó los labios con los dedos. Sentí que los ojos se me llenaban de lágrimas. Shirin movió la boca, tratando de formar sus primeras palabras. Cuando terminó conmigo, se arrastró hasta el regazo de su madre y le tiró de la ropa. Por el rabillo del ojo vi a Mairy apartarse el chador y la blusa de algodón; Shirin se quedó callada, con el grueso pezón de color marrón, en cierto modo tan distinto de Mairy, en la boca. Me gustaba sentir la tibieza del vaso de té en las manos, pero en mis huesos persistía una fiebre gélida.

–¿Qué hay en tus hojas de té? –preguntó Mairy, con unas finas arrugas en torno a los ojos.

Sonreímos al recordar las horas que habíamos pasado en la cocina con Fátima, leyéndonos la suerte. Cuando terminé el té, puse el vaso boca abajo para que escurriese en el platito.

Mairy lo cogió y tarareó suavemente mientras escudriñaba el vaso, buscando formas e historias en los posos.

–Veo un caballo saltando sobre una empinada colina, y cuando salta, muchas esperanzas, deseos y sueños tocan el cielo. Vencerás, Maryam, y tendrás lo que deseas.

–Necesito tu buena suerte, Mairy. Más de lo que te imaginas.

–Lo sé –susurró ella.

–Déjame ver.

Mi madre alargó la mano para coger el vaso. Miré su cara, arrugada y cetrina.

–Mairy te está contando cuentos, Maryam. No hay ningún caballo. Te veo a ti delante de alguien que lleva un palo grueso, y no hay nada que te proteja salvo una mota de polvo, que es en lo que se han convertido tus esperanzas.

Le cogí la mano a mi hermana; oía a Shirin jadeando y mamando otra vez. Intenté hacer caso omiso de las palabras de mi madre y miré por la ventana; el cielo estaba gris y había vainas colgando del árbol más cercano. Las vainas eran translúcidas y pálidas; cada una encerraba una semilla negra, como la pupila de un ojo o un renacuajo.

–Mairy –dije–, ¿vamos al Haram esta noche? Me gustaría rezar. He estado enferma tanto tiempo...

–Claro que sí –contestó ella.

De manera que le di las gracias por el desayuno y salí de la habitación sin mirar a mi madre.

Fátima me estaba esperando fuera.

–Tu padre te ha mandado llamar –dijo. Tenía la cara llena de ansiedad y de sudor grasiento–. El doctor Ahlavi está con él. Tienes que ir ahora mismo.

Asentí y me arreglé la ropa, asegurándome de que llevaba el pelo tapado y el chador bien puesto. Fátima respiraba con agitación cuando cruzamos el patio juntas.

–No te preocupes –dije, esbozando una sonrisa forzada–. Mairy me ha leído las hojas de té y todo va a salir bien.

Fátima parecía triste y furiosa, pero de pronto se echó a reír; tanto, que las lágrimas le corrieron por la cara. Se sentó en el muro y yo le cogí las manos.

–Puedo ir sola. Quédate aquí. Esta noche, Mairy y yo iremos al Haram a rezar. Tienes que venir tú también –ella asintió–. Todo saldrá bien –le solté las manos y me dirigí a paso vivo a la puerta de mi padre.

Llamé y entré. Mi padre me daba la espalda, y no se dio la vuelta. El doctor Ahlavi estaba a su lado, y se acercó a mí con una amable sonrisa. El mármol blanco se extendía a nuestro alrededor por todas partes. Me sentí muda y pequeña como una mariposa en la crisálida de mi cuerpo; con las alas cerradas, era apenas una esquirra de contornos negros.

El doctor Ahlavi me hizo una seña para que me sentara. La habitación estaba sumida en el más completo silencio. Cogí un almohadón pequeño y me lo puse en las rodillas. Era blanco y tenía animales y flores bordados con hilo azul oscuro. Lo había hecho Fátima. Recordé sus manos bordando durante una merienda bajo los árboles años atrás, en primavera, en las afueras de Mazareh. Me abracé a él.

El doctor Ahlavi empezó a hablar y su voz llenó la habitación.

–Tu padre y yo hemos comentado los rumores –dijo–. Sabe que tienes una explicación, Maryam, pero debes comprender que el nombre y el honor de tu familia han salido perjudicados. ¿Lo entiendes?

Respiré hondo; la mariposa que había dentro de mí abrió y cerró las alas.

–Tu padre está muy decepcionado, Maryam –continuó el doctor Ahlavi–. No puede seguir considerándote hija suya. Ésta ya no puede ser tu casa.

Miré la espalda de mi padre y, más allá, el raudal de luz blanca que entraba por la ventana. No tardaría en nevar.

El doctor Ahlavi dijo que le había explicado a mi padre que tenía condiciones para llegar a ser una buena enfermera, y que podía colocarme en prácticas en el nuevo hospital de Teherán.

–Está de acuerdo, pero con una condición: que te examinen para comprobar si sigues siendo virgen.

Así que a esto habíamos llegado. Me estremecí y le dije en voz baja a la espalda de mi padre:

–Y si sigo siendo virgen, ¿podré quedarme aquí?

El doctor Ahlavi contestó por él:

–No, el daño está hecho. Si eres virgen también tendrás que irte; pero podrás hacer lo que deseas, aprender enfermería.

–Pero si soy virgen, soy inocente. Usted le dirá que soy inocente.

Se me arrebolaron las mejillas y la mariposa agitó las alas, anhelando espacio. Pero no podía moverme y mis dedos se aferraron al cojín. Sus diminutas puntadas azules se me engancharon en las uñas.

–Maryam, la prueba no la haré yo. Tu padre te llevará a los barracones, y el médico militar te verá esta misma mañana.

–¿Por qué ha de ser un desconocido? Usted no mentiría –me dirigí otra vez a la espalda de mi padre–. No querrás que me toque un extraño, un soldado, ¿verdad? Está prohibido –me adelanté y lo miré a la cara, tan de cerca que podía ver cada pelo de la barba incipiente en cada poro negro–. No lo dices en serio –susurré. Él se negó a mirarme–. No te importa si soy virgen o no. Lo haces para humillarme.

–Como tú me has humillado a mí –su voz era tranquila y firme, y estaba llena de rabia–. Soy general del ejército del Shah. Mi mundo será como yo decrete. Tú harás lo que se te ordene.

Me volví hacia el doctor y le toqué la manga de la chaqueta.

–Ayúdeme. Esto no está bien.

Él no se atrevió a devolverme la mirada y se acercó a la ventana.

–El hospital de Teherán es el mejor del país –habló con voz forzada; ahora también me daba la espalda–. En el patio han plantado hierbas altas africanas de color verde oscuro, y la brisa susurra entre ellas. Un arroyo que baja de los montes Alborz corre bajo la entrada del hospital, y el agua está fría como el hielo. Las enfermeras visten de blanco, como ángeles; como tú, Maryam, te lo prometo –se dio la vuelta, me miró y yo me eché a llorar, asustada y sola–. Venga, vamos –dijo–. Tu padre tiene un coche esperando en la puerta.

–Puede ir sola –dijo bruscamente mi padre, casi con sorna.

–No. Yo la llevaré –el doctor le sostuvo la mirada.

–Sea –contestó mi padre–. No es hija mía.

Cuando salimos, oculté la cara en el abrigo del doctor Ahlavi como una niña pequeña que cierra los ojos y se cree invisible para el mundo.

–No deje que me vea Fátima –supliqué. No podía soportar la idea de encontrármela, o de que me viera así.

El jeep estaba esperando en la calle y apestaba a cigarrillos. Me senté en el asiento trasero con el doctor. Las carreteras estaban llenas de baches y nos zarandeamos el uno contra el otro durante todo el camino.

–¿Era ésta la única manera? –pregunté entre lágrimas.

–Tu padre es un hombre orgulloso, Maryam. En su vida no cabe la compasión. Sus enemigos lo destrozarían –me cogió la barbilla–. Hoy desea que no hubieras nacido para cubrirlo de vergüenza, para traicionar su confianza y su nombre. Tiene que recuperar su dignidad y demostrar que no tolera flaquezas; ni siquiera las de alguien de su propia sangre. Tú lo sabes –alzó la voz por encima del ruido del motor; el aire estaba lleno de humos de diesel–. Así ha sido siempre, generación tras generación. Pero una parte de él te sigue apreciando, y no se desentenderá de ti por completo –de algún modo, ambos compartimos una sonrisa–. Te dejará vivir la vida, tu vida, aunque sea lejos de aquí. ¿Lo comprendes?

Asentí una sola vez, mientras llegábamos a los barracones. Había hombres por todas partes; sus botas crujían al pisar el suelo, sus risas hacían tanto ruido como los ladridos de los perros. Bajamos del jeep; yo tenía las manos heladas y pegajosas y me alegré cuando entramos en uno de los edificios. Luego torcimos por un pasillo lleno de ecos hasta una habitación blanca y silenciosa. No había ventanas; sólo se oía el zumbido de la luz fluorescente. En el centro había una camilla para exámenes, cubierta con una sábana de papel. La habitación olía a linóleo, a desinfectante y, un poco, a lo que acabaran de limpiar. Se oyeron pasos fuera y luego entraron tres hombres con uniforme caqui. Uno de ellos, alto y delgado, se puso una bata blanca y se lavó las manos. El agua del lavabo sonó como uñas rascando una pizarra, como cuchillas arañando metal.

–Venga, Maryam, acabemos con esto –el doctor Ahlavi me ayudó a levantarme–. Ve

detrás de aquel biombo y quítate la ropa interior. Después tumbate en la camilla.

–No puedo –dije–. No puedo moverme –sentía el sabor de la sangre en el interior de la mejilla.

–¿Puede pedir a los soldados que salgan? –preguntó el doctor Ahlavi al hombre de blanco, que negó con la cabeza–. Maryam –dijo entonces el doctor, volviéndome de espaldas a ellos y arrodillándose delante de mí–, piensa en las hierbas africanas y el uniforme blanco que te esperan –su cara estaba tan cerca de la mía que podía olerle el aliento–. Ahora apóyate en mis hombros y te ayudaré a quitarte la ropa. Estoy aquí. Vete mentalmente a Teherán.

Cerré los ojos y de alguna manera supe que algo dentro de mí estaba a punto de morir. Uno de los soldados apartó al doctor Ahlavi de un empujón, y yo me fui mentalmente a otro lugar.

Cuando abrí los ojos un poco después, me encontré en casa. Fátima me estaba acariciando el pelo.

–Así que te vas a Teherán –sonrió, aunque tenía los ojos enrojecidos.

Miré los mechones de pelo gris oscuro que se le habían escapado del pañuelo, sus ojos color ámbar y sus mejillas de manzana donde se dibujaba una red de venillas rojas. Asentí, pero no supe qué decir. Ella suspiró y yo imaginé el aire precipitándose entre nuestros dos cuerpos.

–Ven –me dio unas palmaditas en la mano–. Tenemos que arreglarnos para ir al Haram. Nos encontraremos con Mairy en la puerta –fue a prepararse y me dejó sola.

Yo me incorporé, y sentí como si mis huesos hubieran padecido un terremoto que hubiese terminado sólo un momento antes: el polvo seguía posándose en las grietas y rendijas desgarradas. Bajé los pies al suelo y fui a lavarme la cara en la palangana de agua que Fátima había dejado al lado de la puerta. Me lavé las axilas, los pechos y, al final, entre las piernas. Estaba dolorida y sangraba; tuve una arcada mientras me inclinaba sobre la palangana. Luego miré mi reflejo en el pequeño espejo de la pared, las cejas rectas y negras, la boca firme, los ojos color avellana que me devolvían la mirada. Mi horror no se veía. Sonreí para comprobar si todavía podía hacerlo, aunque temblaba por dentro. Me cubrí la cabeza con un chador oscuro.

Crucé el patio para reunirme con Mairy; parecía que mis pies iban apartando tierra a cada paso. Ella se apretaba con fuerza las manos; tenía los ojos rojos y la cara manchada de lágrimas. Le puse la palma de la mano en la mejilla y le besé los labios.

–Lees bien las hojas de té, hermana mía –ella me apartó e inclinó la cabeza–. Basta –dije–, se acabaron las lágrimas. Venga, vamos a rezar juntas mientras podamos –entonces sonreí, porque sabía que podía hacerlo.

Fátima se unió a nosotras; salí a la calle delante de ella y de Mairy. El cielo era de un azul polvoriento y la luna llena flotaba sobre la ciudad, con Venus brillando debajo y Marte en primer plano. El eco del muecín llenaba el aire. Pasamos por delante de la casa

de tía Soraya, que me pareció pequeña; los perros dormían junto a la fuente seca. Imaginé a Ahmeneh en algún sitio dentro de la casa, palpando la seda francesa que nunca se atrevería a llevar.

Las ramas del huerto estaban inmóviles y se recortaban contra el cielo; la solitaria manzana dorada seguía colgando, jugosa y fuera de alcance.

–Esperad –dije a Mairy y a Fátima, levantándome el chador por encima de las rodillas. Me empuñé hasta la rama más baja y sacudí el árbol con todo mi dolorido cuerpo. La manzana cayó al suelo. La cogí. Era de color céreo, una mezcla de amarillo y marrón, y olía a verano.

–También deberías trenzar hierba –dijo Fátima– y pedir un deseo.

–¿Qué deseo? –pregunté–. No quiero un marido.

–¿Por qué no un buen viaje, libre del mal de ojo?

–Me gusta ese deseo.

Me arrodillé junto a un matojo de hierba parda e hirsuta y anudé los tallos, sin arrancarlos. Me sentía vacía por dentro e intenté pensar en las altas hierbas africanas de color verde lagarto que me esperaban en Teherán.

Después me marché.

En el taxi, décadas después, Maryam se miró el dorso de las manos, las venas gruesas, las manchas y pecas difuminadas de la vejez, y cerró los ojos. Se fue de Mashhad uno o dos días después de trenzar hierba y rezar con Fátima y Mairy. Había visto a Ali por última vez en casa de Ehzat. Se habían sentado juntos en silencio; los dedos de ambos seguían las vetas de la madera de la mesa.

–Nos queda un verso –dijo Maryam mirando su cara, los cortes y magulladuras que empezaban a curarse.

–Puede esperar hasta la próxima vez. Guarda tú el libro hasta entonces –Ali lo alargó por encima de la mesa y se lo puso en la mano.

Ahora, después de toda una vida, Maryam se llevó el libro a la cara y olió sus recuerdos: Fátima, muerta y desaparecida hacía mucho tiempo; Ali, cuando era joven; la cocina donde había crecido entre el azafrán y el cilantro.

El taxi se metió por el sucio sendero y las luces del pueblo brillaron en la oscuridad de la llanura.

–¿Adónde irás, Ali? –había preguntado Maryam todos esos años atrás.

–A Mazareh, claro, a esperar a que vuelvas y nos encontremos de nuevo.

### 3

## Fantasmas

Ojalá este largo camino tuviera fin,  
Y en las huellas de cien mil años, del corazón del polvo  
Surgiera el brote de verdor de la esperanza.

Omar Khayyam

Las nubes flotaban bajas, amoratadas y densas sobre Londres. Parecían sofocar la ciudad, dejando atrapado en las calles el aire cálido y contaminado que atravesaba las ventanas abiertas, dejando un rastro de mugre y polvo negro en las repisas y las cortinas. Era noviembre y las estaciones se habían vuelto confusas.

Había pasado una semana más o menos desde que Julian se había ido, y yo tenía cita con mi médico en Brook Green. Me desperté temprano y me di una ducha; el calor me aporreó la nuca y la espalda, entre los omóplatos. Me enjaboné los pies anchos y huesos robustos que había heredado de mi padre, las manos largas y delgadas, la piel suave y el pelo negro de mi madre. Cerré los ojos en la cálida humedad y me pregunté a quién se habría parecido mi hijo. Todavía tenía una ecografía entre las páginas de mi diario. Me había quedado mirando la pantalla, la parpadeante imagen en blanco y negro: una espalda curvada como una coma, miembros blandos que parecían nadar, un pequeño ojo negro que miraba como el de una criatura de las profundidades, de mis profundidades; un punto final.

Después me senté en el borde de la bañera y peiné los largos mechones de pelo negro que se entrecruzaban sobre mi piel. Algunos rayos de sol se filtraban, bajos e intensos, entre las nubes color púrpura, iluminando el polvo y la suciedad que lo embadurnaban todo. Incliné la cabeza y sentí, una vez más, que no sabía por dónde empezar; daba vueltas en la cabeza a las palabras de mi madre: «Si era débil me castigaban. Eso me hizo fuerte». Cogí del suelo, donde la había dejado caer, la misma ropa que me había puesto el día anterior.

En el piso de abajo, Creswell empujaba con el hocico la puerta de la cocina.

—Ya voy, ya voy —dije en el vestíbulo vacío; lo crucé, me arrodillé en las frías losas y lo acaricié para darle los buenos días. Puse la tetera al fuego y abrí la puerta del jardín. Me senté en los peldaños y me pregunté qué tal le iría a Julian en Nueva York; lo imaginé dormido en la habitación del hotel, con vistas a Central Park. Pasé las manos por los

arbustos de lavanda y romero que había junto a la puerta y olí su aroma. «Es como hundir la cara en tierra y agujas de pino», dijo mi madre una vez, mientras me enseñaba a fumar un *hookah* en el jardín. «No, en tierra y rosas», contesté yo, equilibrando las brasas encima del tabaco desmenuzado.

Nubes de tormenta, oscuras y húmedas, avanzaron sobre Hammersmith.

–Ven, lluvia –susurré.

Creswell esperaba al pie de los peldaños mientras yo me preparaba despacio; cada vez que iba a salir, no encontraba algo. Por fin abrí la puerta principal y salimos, bajando escalón por escalón, a la luz del mediodía. Los plátanos todavía tenían hojas de un pardo anaranjado. Pasamos por delante de la hilera de tiendas con sus caras familiares; la chica japonesa sonrió al otro lado del escaparate de la floristería, sosteniendo su escoba de color amarillo brillante con una mano y haciéndome un gesto de saludo breve y tímido con la otra. Pasamos por debajo de los arcos del tren mientras el metro traqueteaba sobre nuestras cabezas hacia Shepherd's Bush, Notting Hill y la City; Creswell tiraba de mí mientras cruzábamos Brook Green. Por una vez, la señora de la bolsa estaba sola, sentada en el banco; tenía una colilla en una mano y se retorció el pelo con la otra. Por un instante, nuestras miradas se encontraron.

–¿Tienes algo suelto, cielo? –preguntó, pero yo sacudí la cabeza y pasé de largo.

A los pocos minutos llegué a la consulta, que estaba en una casa victoriana destartada y un poco apartada de la calle. Até la correa de Creswell a la verja y entré. Para llegar a la consulta de la doctora Woods había que subir una escalera llena de curvas sobre la que colgaban macetas con cintas, en la parte trasera del edificio. Ella era una mujer bajita y enjuta de pelo corto y gris, con unos resplandecientes ojos azules que se dulcificaron cuando me senté. No había pasado mucho tiempo desde que me anunció que estaba embarazada.

–Bueno –dijo con su suave acento escocés–, esto no nos va a llevar mucho rato. Desvístete detrás del biombo.

Siguió hablando mientras yo me quitaba la ropa, diciendo que había hablado con el médico del hospital. Me tendí en la camilla, haciendo crujir la sábana de papel. Ella me exploró delicadamente con sus manos frescas. Vacía. Miré el techo desconocido, con sus ángulos ornamentados, y traté de no pensar en nada, sintiéndome malcriada e inútil. Uno o dos minutos después ella me tendió la ropa y me dio unas suaves palmaditas en la mano.

–Todo irá bien, Sara.

–¿Podremos intentarlo otra vez? –pregunté–. ¿Tener un hijo? –se me quebró la voz.

–En su momento. Ahora vístete y sal cuando hayas terminado.

Me dejó sola y bajé los pies de la camilla. No había desayunado y unas estrellitas plateadas titilaron delante de mis ojos.

–Tienes que darte tiempo para recuperarte –dijo cuando me senté al otro lado de su mesa–. ¿Cómo lo llevas?

–Vivo al día –miré por la ventana–. No tengo que volver a trabajar hasta que esté mejor. El colegio ha contratado a un profesor suplente para el resto del trimestre.

–Bien, bien –asintió ella, formando una pirámide con los dedos–. Si necesitas consejo, ya sabes que estoy aquí. Vuelve dentro de una semana, más o menos. Vas muy bien.

Le di las gracias, respiré hondo para recobrar la compostura, aunque no lo conseguí del todo, y salí. El camino de vuelta se me hizo muy cuesta arriba; resbalaba en los bordes de una sima desolada y yerma dentro de mí que me partía el corazón. Al fin llegué a casa. Me desplomé en el suelo junto a los peldaños y lloré. Echaba de menos a Julian. Dejé pasar el tiempo, con Creswell echado a mis pies y el ruido áspero del tráfico en la calle.

Finalmente me sequé los ojos y fui a la cocina. Me senté y apoyé la mejilla contra el fresco veteadado de la mesa, mirando la pared, tratando de encontrar el camino a través de los violentos pinchazos de dolor y autocompasión. Me mordisqueé la piel alrededor de la uña del pulgar y, lentamente, empecé a tomarme las cosas con más calma. Repasé con los ojos la pared color champiñón, el reloj, el amuleto contra el mal de ojo que colgaba sobre la puerta, los arañazos y las manchas de ésta. La pared medía unos diez pies de alto por doce de ancho. «La pintaré»; la idea me vino de pronto a la cabeza y me animó, no sé por qué.

Me froté los ojos y me dirigí al teléfono. Mi padre lo cogió casi en el acto.

–Me vendría bien un poco de compañía –intenté sonar menos débil de lo que me sentía, relajándome al oír su voz y la promesa de pastel de manzana–. Bien, te veo a la hora del té.

El taxista había apagado el motor y Maryam estaba sentada, sin moverse, mirando la luz amarilla de los faros cruzar los baches del terreno hasta los muros exteriores de barro de Mazareh. El silencio era inmenso. Había olvidado que existía un silencio semejante, roto tan sólo por el sonido de los animales al restregarse los flancos y el tintineo de las cadenas con las que estaban atados, que rozaban la noche como una piedra haciendo cabrillas en el agua. Se llevó una mano a la mejilla; su reflejo en el cristal de la ventanilla sólo era visible a medias. Por un momento se preguntó qué estaría haciendo Edward, si se acordaría de regarle las plantas; luego empujó la puerta, sacó con esfuerzo el cuerpo, rígido del viaje, y miró a su alrededor. Una eternidad de nada, eso parecía; una paz abisal y susurrante, como el fondo del océano. El cielo se abovedaba sobre su cabeza, su negrura se extendía hasta el infinito. Se dio la vuelta a la luz temblorosa de la portezuela del coche. Se preguntó si estaba allí de verdad, y qué estaba haciendo. ¿No debería haberse quedado con Sara? Volvió a meterse en el taxi. El taxista rezongó para sus adentros, pensando en las horas que tardaría en volver a Mashhad.

–¿Qué pasa? –susurró Maryam.

–*Khonoom*, señora –suspiró él, mirando al frente–. Ha hecho un largo camino. Dice que éste es el hogar de su corazón. ¿Qué ha decidido?

Maryam miró de nuevo las luces amarillas de los faros. En verano habrían atraído mosquitos y polillas, que revolotearían chocando entre sí. Una noche para comer sandía, para pringarse los dedos con el jugo rojo y dulce. Tras todos esos años, sintió lo vieja que se había hecho.

–Déjeme ayudarla con las maletas, señora.

El conductor rodeó el coche para abrir el maletero y Maryam volvió a ponerse de pie, buscando constelaciones que Edward le había enseñado a encontrar: quizás la Osa Mayor. Pero no reconoció ninguna. Aunque veo Marte y Venus, pensó mientras el taxista tosía y dejaba su escaso equipaje en el suelo polvoriento. Se quedaron mirándose hasta que ella dio un respingo y se acordó de pagarle.

–¿Tengo que recogerla? –preguntó él, subiendo al coche.

–No, por ahora no –miró de nuevo el cielo–. No sé cuánto tiempo me quedará.

Él la contempló allí de pie, con la cabeza echada hacia atrás, de cara a la noche.

–Hasta la vista, *Khooda’hafez Khonoom* –dijo a través de la ventanilla y lo miró irse; las luces daban sacudidas en la oscuridad.

Se restregó la cara y se dejó caer sobre una de las maletas, cerrando los ojos para escuchar la brisa y los remolinos de polvo en la llanura.

–¿Estás ahí, Fátima? –susurró–. Éste es buen sitio para los fantasmas.

A modo de respuesta, una ráfaga de viento hizo ondear su ropa y su velo de algodón; Maryam alzó la cara, como esperando oler el aroma a higos de Fátima.

–A veces me he quedado parada en las aceras de Londres creyendo que acababas de pasar –dijo a la noche–, y luego me he dado cuenta de que estaba al lado de una higuera que sobresalía del muro de un jardín –rozó la tierra con los dedos y el tranquilo silencio de la llanura le dio la bienvenida–. Perdóname –dijo a cualquier dios que estuviera escuchando–. No podía pasarme toda la vida lejos.

Cogió un puñado de tierra y dejó que se escurriera entre sus dedos, mientras el silencio se posaba de nuevo sobre la amplia curva del muro exterior de Mazareh y una luz tenue rebosaba de él como una promesa. Se limpió los restos de tierra de las manos e iba a ponerse de pie cuando dos chiquillos surgieron de las sombras.

–*Salaam* –dijo, limpiándose la cara con la manga.

Ellos se acercaron con prudencia.

–*Khonoom*, ¿se encuentra bien?

–Mejor desde que habéis llegado, jovencitos –contestó ella con una sonrisa–. Por favor, ayudadme. Voy a casa del capataz, Hassan Taymorey. ¿Me lleváis? Soy Maryam Mazar.

Conducir hasta Richmond, unas horas después, llevó su tiempo: el tráfico se arrastraba por las amplias avenidas de Chiswick y Kew; motas de polvo y semillas de sicomoro revoloteaban en el aire y salpicaban el parabrisas. Fue un alivio subir Richmond Hill por

fin, dejar abajo el río oscuro refluyendo desde los prados anegados. Al llegar a la casa, papá me abrió la puerta a un vestíbulo impregnado de aroma a canela y clavo.

–Entra. Haznos compañía –me abrazó–. Saeed está arriba, en su habitación, si quieres ir a por él. Voy a poner la tetera.

Colgué el abrigo en el pasamanos de la escalera y subí al primer descansillo. La puerta de roble de la habitación turquesa de mi madre estaba cerrada. Me acerqué, la abrí y miré dentro. Estaba fresca, gracias a la penumbra. Sentí el dolor sordo de su ausencia y entré, encendiendo la lámpara del escritorio. Me senté allí, con sus fotos enmarcadas en la pared: yo, de pequeña; su familia en Irán, caras que nunca había visto; y una pequeña foto de pasaporte en blanco y negro de cuando ella era joven, con un chador, piel de porcelana y cejas negras como ala de cuervo. Debía de tener unos veinte años; más o menos su edad cuando llegó a Inglaterra.

Mi padre siempre llevaba dos copias de la misma foto en la cartera, una junto a la otra, como si mi madre se hiciera compañía a sí misma. Al principio yo pensaba que le habían hecho la foto en Irán, pero ella me contó, un poco incómoda, otra historia: que se la hicieron en King's Road a finales de los años cincuenta. Necesitaba una foto para su nuevo pasaporte iraní y había salido corriendo entre el tráfico otoñal, olvidando el chador. El fotógrafo le había prestado una de sus sábanas negras, ajustándola en torno a su largo cabello como un manto lustroso. Relucía en la foto. Ella estaba guapísima, pero había algo triste en sus ojos. «Es mi foto trucada», solía decir. «Parece que estoy donde no estoy.» Apagué la luz y me quedé sentada un momento en la penumbra, sintiendo la herida de una hoja afilada detrás del esternón: mi propia pérdida. Me pregunté si era eso lo que veía en sus ojos, la nostalgia de algo roto o desaparecido. Me levanté, crucé el descansillo y llamé suavemente a la puerta de Saeed. No lo había visto desde el día del puente. Él se asomó por la puerta entreabierta.

–Hola –dijo con cierta timidez–. He estado pintando.

Los dos nos acercamos a su escritorio, debajo de la ventana, y miré la pintura todavía fresca: las cúpulas del Haram, de color azafrán y oro en la noche.

–Es bueno –dije, y él sonrió–. Fui allí una vez, cuando tenía unos seis años. Antes de la Revolución íbamos a Mashhad todos los veranos. Fátima me cuidaba. ¿Te acuerdas de ella?

Él negó con la cabeza.

–Murió antes de que yo naciera. Pero he oído hablar de ella.

–Cuando fui al Haram, Fátima me puso un chador amarillo pálido. Era ligero, como muselina o chifón, con topos de todos los colores. Y también llevaba unas babuchas rojo granada. ¿Te imaginas?

Miramos por la ventana; anochecía. Me había sentido como una mariposa, revoloteando a través del polvo en pos del remolino de sedas negras de mi madre. Era uno de mis primeros recuerdos. Ella había llorado en voz alta en la mezquita; sus

lágrimas me dejaron desconcertada. No lo entendía, y quería irme a casa. Seguía sin entenderlo.

–Sara –susurró Saeed–. Lamento haberte hecho daño en el puente. Me siento muy mal. ¿Estás mejor? –le temblaba la voz.

Me pilló por sorpresa y me senté en la silla del escritorio.

–Saeed, no debes pensar que fue culpa tuya –le cogí ambas manos–. He estado mejor, pero no pasa nada. Lamento lo que te pasó a ti; lamento que también te hicieran daño.

–Mi mamá parecía bien al principio, aunque no estaba bien.

–Lo sé, pero a mí no me pasa lo mismo, te lo prometo –él pestañeó para no llorar–. Bueno, dime, ¿cómo va el colegio?

Miró otra vez por la ventana.

–Tío Edward dice que no tengo que volver, voy a ir a otro el próximo trimestre, así que tengo unas largas vacaciones –una sonrisa le iluminó la cara–. He estado viendo vídeos de Laurel y Hardy –se rascó la coronilla como Stan Laurel, arqueando las cejas y poniendo cara de incompreensión.

Me eché a reír.

–Venga, vamos a comer un poco de pastel de manzana, si tienes hambre.

Él asintió y guardó sus pinturas; apagamos la luz y cruzamos el oscuro descansillo.

–Voy a pintar las paredes de mi cocina –dije mientras bajábamos la escalera–. Creo que de color azafrán, como en tu cuadro. ¿Te gustaría ayudarme? Podrías hacer dibujos con troquel.

Dijo que sí mientras entrábamos en la cocina. Mi padre nos puso el té en la mesa.

–¿Alguna noticia de mamá? –pregunté al sentarnos.

–No directamente –sacudió la cabeza–. Sé que ha ido a Mazareh, ese pueblo suyo. Allí sólo hay un teléfono, pero hablé anoche con Shirin, tú la conoces, su sobrina, en Mashhad –asintió–. Ya sabes que Maryam no ha vuelto a Mazareh desde que era una niña –los dos miramos nuestras tazas, intentando imaginarlo: el tiempo, el lugar, la distancia–. Pero ¿cómo estás tú, Sara?

Me encogí de hombros.

–Bien.

–¿Sobrevives sin Julian?

–Por los pelos –lo miré cortar el pastel de manzana y levantar con cuidado un pedazo para Saeed y otro para mí. Tenía un sabor dulce e intenso–. Está riquísimo.

Él le guiñó un ojo a Saeed, que sonrió de oreja a oreja detrás del flequillo.

–Está bien contar con otro par de manos en el jardín. Por lo general a tu madre le encanta esta época del año ahí fuera; se dedica a avivar esas hogueras tuyas –sonreímos al recordarla con ceniza en la cara y el velo fuertemente anudado para que no se lo llevara el viento–. El otro día estuve pensando, precisamente, que algunos de nuestros mejores momentos los hemos pasado en el jardín. ¿Te acuerdas de cuando cogimos a aquel conejo entre las grosellas espinosas? –se echó a reír, un poco alto–. Lo mojé con la

manguera para hacerlo salir y Maryam saltó sobre él con una manta. ¡Qué imagen! Y aquellos veranos de los años setenta, cuando venían a vernos sus hermanas: barbacoas y bailes en el patio; como si tuviéramos un Irán en miniatura en el jardín trasero –suspiró y le dio un sorbo al té.

–Volverá pronto, papá.

–Sí. ¿Querrás verla entonces?

Miré por la ventana: las hortensias meneaban sus cabezas secas como comensales esperando entrar.

–Todavía no lo sé.

Él se quitó las gafas y se frotó los ojos.

–No dejo de pensar en cómo empeoraron las cosas para Maryam después de la Revolución, cuando su familia ya no pudo ir y venir con tanta libertad. Nosotros también dejamos de viajar a Irán; no parecía seguro después de todas aquellas crisis con rehenes. Fue como si Maryam se quedara sin la proporción adecuada de oxígeno.

Recordé sus lágrimas delante del informativo de las nueve: cadáveres retorcidos colgando de altísimas grúas en Mashhad. Su hermano, Shariar, había sido uno de ellos: lo sacaron a rastras de su casa. Mi madre se quedaba temblando en silencio cuando apagábamos la televisión, y mi padre le llevaba una copa de coñac. Yo los observaba, sentados uno junto a otro en el sofá, él con la cabeza inclinada hacia delante y ella echada hacia atrás, mirando la lámpara.

–Ése no es mi Irán –decía ella, recordando las imágenes de hombres azotándose la espalda con cadenas, con la camisa ensangrentada.

–Lo sabemos –la calmaba mi padre.

–¿Qué sabes tú? –decía ella, furiosa, buscando sus ojos–. Es mi familia la que está allí. Gracias a Dios que mi padre ha muerto. Lo habrían hecho pedazos a él también, no sólo a su hijo.

–Por favor, mamá, no estés triste. Por favor, no te enfades –yo me apoyaba en el brazo del sofá y ella me cogía en sus brazos y hundía la cara en mi pelo.

–Pobre Shariar –susurraba. Cada vez veía menos los informativos; en cambio, subía a su habitación y miraba las fotos del pasado.

Ahora alargué la mano para apretar la de mi padre.

–Bueno –dije–, cuéntame lo del nuevo colegio de Saeed. ¿Cuáles son los planes?

Los escuché hablar; Saeed hacía preguntas. Quería saber cómo pasar una pelota de rugby, y mi padre prometió enseñarle en el parque. Terminamos de comer despacio y la realidad nos alcanzó.

–Tengo que irme –dije, sintiéndome cansada y empujando la silla hacia atrás–. Volveré dentro de uno o dos días. Saeed me va a ayudar a pintar las paredes de la cocina.

Mi padre también se levantó y le revolvió el pelo a Saeed.

–Suená bien.

Me acompañó al coche. En el sendero blanco y negro, nos dimos la vuelta para mirar

la ventana de la habitación de mamá. Casi esperaba que se encendiera la luz, iluminando las paredes turquesa, y que ella se asomara a decirme adiós con la mano. Así sería si ella hubiera muerto y desaparecido, pensé: sólo nosotros dos y su recuerdo. Nos abrazamos mientras una ráfaga de viento soplabla entre las higueras, llevándose su aroma a limón hacia las nubes de tormenta color púrpura que flotaban sobre nuestras cabezas. Al subir al coche me cayó una gota de lluvia.

–Parece que va a estallar –dije cuando mi padre se apartó para regresar a la casa.

Maryam siguió a los dos chiquillos por las rodadas que llevaban a Mazareh. Mientras se acercaban, el aire frío le trajo sonidos tenues: la cadencia de una voz invisible a través de una puerta entreabierta; la risa de un niño. Los dos chiquillos le llevaban las maletas, inclinándose hacia un lado para aguantar el peso, y Maryam tendió la mano para tocar la pared de barro junto a la que pasaban, sintiendo que el polvo se le metía bajo las uñas. Sabía que se le escapaban las lágrimas.

Delante de ellos, una puerta azul cobalto se abrió en la pared oscura, una franja de luz en la noche que llenó la silueta de Hassan, más corpulenta con el paso de los años. Maryam le vio la cara antes de que él la viera a ella; llevaba una chaqueta de abrigo sobre varias capas de suéters, unos pantalones gruesos que formaban bolsas en las rodillas. Recordó al hombre joven que se había burlado de ella en los campos todos esos años atrás; los mismos campos donde Ali había visto luciérnagas de niño, estrellas surgiendo de la tierra.

–*Salaam*, Maryam Mazar –dijo Hassan, mientras los chiquillos entraban tambaleándose.

Ella le tendió la mano y pensó cuánto le habría gustado oír esas palabras en boca de su padre, su madre y Fátima una última vez. Él se hizo a un lado y ella entró en el pequeño patio de su casa, deteniéndose en el arañado trozo de terreno y volviéndose hacia él. Los dos niños los miraron.

–*Dustam* –dijo Maryam–, amigo mío, ha pasado demasiado tiempo.

Él asintió.

–Es un honor, y veo que has conocido a mis nietos.

Maryam sonrió a los chiquillos.

–No sé qué habría hecho sin ellos.

–Bueno –Hassan dio unas palmadas suaves–, terminad lo que habéis empezado y llevad dentro las maletas de Maryam Mazar –ellos soltaron unas risitas mientras bregaban con el peso–. Ven –dijo Hassan–, mi familia te está esperando.

Lo siguió a un vestíbulo estrecho, que albergaba una hilera de zapatos y un lavabo pequeño. Una pesada cortina lo separaba de la habitación adyacente. Maryam olió el familiar perfume de rosas mezclado con los aromas de la cocina mientras se quitaba los zapatos.

–¿Puedo lavarme la cara antes de pasar? –preguntó, y Hassan asintió, dejándola sola

junto al espejo rajado que había encima del lavabo. Se apoyó en el lavabo un instante y miró su reflejo: tras sus ojos cansados y su edad, ni rastro de la joven que había sido.

–Vanidad –murmuró, recordando todas aquellas horas delante del tocador, arreglándose para ir a cenar o al teatro, con Sara sentada a su lado mirándola maquillarse y Edward esperando al pie de la escalera. Tomó aliento y las inmensas distancias de su vida le desgarraron los límites, como siempre. Empujó a un lado la cortina y se encontró en una habitación amplia y cuadrada, iluminada por una luz brillante que reverberaba en las paredes irregulares, y varias caras alzadas hacia ella. Cerró un momento los ojos y sintió una mano en la suya.

–Ésta es mi primera esposa, Noruz –dijo Hassan–. ¿Te acuerdas de ella?

Maryam miró a la anciana que tenía delante, encorvada y gris bajo el chador negro, con los ojos llorosos pero de mirada férrea en la cara curtida por los elementos.

–Sí, Noruz, fuimos jóvenes juntas –se inclinó para besarla.

–Todavía soy joven por dentro –sonrió Noruz–. Nos alegramos mucho de que los años te hayan dado la paz que necesitabas para regresar. Por favor, mis hijos quieren darte la bienvenida.

Ambas se volvieron hacia los tres robustos hijos y las dos hijas, todos adultos, que estaban de pie uno junto a otro.

–Y ésta es mi segunda esposa, Nahir.

Hassan hizo una seña a una mujer más joven para que se acercara. Tendría por lo menos treinta años menos que él; cruzó el umbral de la cocina tapándose la boca con un chador color esmeralda.

Maryam la miró, luego miró a Hassan y cogió las manos de ambos pensando en su madre, sola con sus cigarrillos rusos, mientras su padre llevaba a una nueva esposa a su cama.

–Gracias por darme la bienvenida a vuestra casa –dijo. La foto del Ayatollah los vigilaba.

–Maryam Mazar debe de estar cansada –dijo Noruz a su marido–. Vamos a comer para que pueda dormir pronto. Ven, Maryam, siéntate a mi lado.

Se sentaron con la espalda apoyada en la pared mientras las hijas de Noruz y Nahir traían comida de la cocina y la depositaban en el mantel blanco que tenían delante: basmati humeante con estofado de cordero.

–Compartiremos mi habitación esta noche –Noruz dio unas palmaditas en la mano de Maryam.

–Gracias –asintió Maryam antes de volverse de nuevo hacia Hassan, que estaba sentado con orgullo entre sus hijos. Le preguntó cómo iban las cosas en el pueblo.

–Hay mucho que ver –contestó él–. Mañana te lo enseñaremos todo.

–Estoy deseando volver a ver Mazareh a la luz del día.

Maryam recordó las delgadas sombras de mediodía cuando se ponía en cuclillas y

miraba a los hombres jugar al backgammon, el tamborileo de los dados de hueso durante los meses de verano.

–Ahora todos tenemos agua corriente y electricidad –Hassan se metió los pulgares en el cinturón–. Verás el granero, y Farnoosh te llevará a su clínica –Maryam miró a la hija mayor, inclinada sobre su plato–. Es una buena chica. Todos los del pueblo son su hijos. Nos cuidas cuando estamos viejos y enfermos, ¿verdad? –Farnoosh alzó la mirada; algo se ahogaba en sus ojos, los ojos de la hija que nunca se casaría.

–Me gustaría mucho verla –Maryam sonrió afectuosamente–. Yo trabajé en una clínica hace mucho tiempo, en Mashhad. Es uno de mis recuerdos más felices.

–¿Por qué lo dejaste? –preguntó Farnoosh, pero su padre la interrumpió.

–¿La clínica del doctor Ahlavi? –preguntó, y Maryam asintió con la cabeza y miró los nudillos de Farnoosh, que tenía las manos crispadas en la falda; quería hablar con ella pero no sabía cómo empezar–. Es un buen hombre, el doctor Ahlavi –continuó Hassan–. Cuando tú te fuiste vino aquí con Ali Kolahin y se quedó una temporada. Construyó la clínica y ayudó a Ali a abrir la escuela. Ahora tenemos noventa niños y cuatro profesores. Ali se ocupa de ellos. Él también es un buen hombre.

El tiempo inundó la habitación como Maryam sabía que lo haría; bajaba, torrencial, de las montañas, le tiraba del pelo y de la ropa. Ali había pasado en Mazareh toda su vida, pensó, todos esos años desde aquella noche en su cuarto lleno de sombras sigilosas y luz de vela. «Iré a Mazareh, a esperar a que vuelvas y nos encontremos de nuevo.» Oyó la voz de Ali resonando en su mente, moviéndose bajo su piel como la huella de unos dedos. Apoyó la cabeza en la mano y tomó otro bocado de comida.

–Tu padre fue bueno con nosotros antes de morir –dijo Hassan–. Podría haberle vendido las tierras a otro, coger el dinero, hacer lo que le hubiera venido en gana, pero no. Nos hizo propietarios absolutos de los productos de Mazareh. Nos quedamos con todos los beneficios de la caña de azúcar, la carne, todo lo que cosechamos ahora.

Maryam escuchaba tratando de pensar en su padre, de recordar una sola mirada que no la juzgara. Mientras comía, se vio sentada en sus hombros cuando era pequeña, a orillas del mar Caspio. Habían estado paseando por la arena blanca, volviéndose de vez en cuando para ver cómo las olas borraban sus huellas. Por la tarde, de regreso a casa, se detuvieron junto a un melocotonero y ella se subió a los hombros de su padre para coger un melocotón, suave y cálido. Se sentaron en la hierba y lo compartieron, mirando el mar y el sol que se hundía en las aguas. Ya no estaba segura de que fuera un recuerdo o un sueño, y no quedaba nadie a quien preguntar.

Más tarde, mientras la familia quitaba los platos sin dejar que Maryam ayudara, Hassan se volvió hacia el televisor que estaba en un rincón, donde una imagen granulada y parpadeante mostraba a una presentadora de informativos con su chador negro. Hassan meneó la cabeza.

–¿Qué piensan de nosotros los ingleses, Maryam Mazar?

Ella también miró el televisor. Fallujah, Tikrit, Bagdad.

–No lo sé –contestó–. No estoy segura de que tengan tiempo para pensar, para saber lo que opinan de Irán. La mayoría desearía que os fuera bien. No aprobaban la guerra con Irak.

–¿Y qué piensa tu familia inglesa?

Maryam miró la llama púrpura que oscilaba en la estufa de queroseno.

–Hacen lo que pueden –dijo–. Intentamos tender un puente entre ambos mundos lo mejor que supimos –se tapó los ojos un momento, sumiéndolos en una oscuridad salpicada de puntos luminosos. Ya no estaba segura de haber hecho todo lo que podía; se preguntó si una parte de sí misma no habría querido que el puente se tambaleara, si no lo habría echado abajo a patadas.

–Ahora debes descansar, Maryam –dijo Noruz, saliendo de la cocina. Hassan asintió. El resto de la familia también se puso de pie; se desearon buenas noches unos a otros y se fueron, apartando la pesada cortina y cruzando el patio hasta el panel de habitaciones que había al otro lado.

Hassan se inclinó para apagar la estufa de queroseno y el frío se coló rápidamente en la habitación.

–Se acerca el invierno –suspiró–. No tardaremos en tener que quitar nieve a paladas del tejado.

Maryam se frotó las pantorrillas; había perdido la costumbre de sentarse en el suelo. Casi no reconoció como suyos los gruesos tobillos.

–Recuerdo que en los veranos de mi infancia dormía en el tejado. Le rezaba a la luna grande y amarilla, y recuerdo que tú cantabas canciones sobre las montañas –Hassan asintió–. ¿Cantarás otra vez para nosotros?

–*Inshallah*.

La miró como si acabara de darse cuenta de que aquella mujer pálida, la hija del terrateniente en su juventud, estaba realmente allí.

–Buenas noches, Hassan Taymorey –Maryam hizo una inclinación con la cabeza–. Tu familia es muy amable.

–Ésta es tu casa. Espero que podamos sacrificar una oveja para bendecir tu visita. Y tenemos que ir a la escuela. Ali Kolahin te está esperando.

–Sí –Maryam tomó aliento y salió a la noche.

Mientras conducía de regreso a casa estalló la tormenta; al principio despacio, lanzando solitarios dardos de lluvia contra el parabrisas. Eran casi las ocho de la tarde cuando empecé a bajar Richmond Hill con la mente entumecida, intentando concentrarme en la carretera. El valle y la noche se despeñaban a la izquierda, teñidos hasta el horizonte del resplandor anaranjado de la ciudad y salpicados por las distantes espirales de los aviones que esperaban para aterrizar en Heathrow; sus luces pequeñas pero urgentes parpadeaban bajo las oscuras nubes de tormenta. Los limpiaparabrisas arañaban el cristal extendiendo el polvo y la mugre, y no veía nada. Había poco tráfico,

así que me detuve en el arcén y me restregué los ojos. Se levantó el viento, doblando los árboles; las ramas trataban de aferrar el aire.

A medio camino de la cima de la colina había un paseo de grava. Caminé hasta la barandilla y me apoyé en ella, cerrando los ojos. Olía a mantillo, a corteza de árbol, a la podredumbre del río. Empezó a llover con más insistencia y alcé la cara al agua que caía de las ramas, mientras oía a mis pies el murmullo de los arroyuelos y los relámpagos cabrilleaban en el cielo.

–Shhh –susurré, abrazándome a mí misma mientras la tierra se transformaba en barro. «Por lo menos aquí no hay terremotos», solía decir mi madre cuando nos quejábamos del tiempo. «No se abren socavones ni grietas ni te traga la tierra.» Los truenos resonaban a lo lejos; pensé en Creswell, solo en la casa, y volví corriendo al coche por el resbaladizo sendero.

Cuando al fin llegué a Hammersmith la lluvia se estaba estancando en las calles; hojas y basura bloqueaban los desagües. Las luces de los escaparates se reflejaban en el asfalto y los coches avanzaban a paso de tortuga; las caras de los ocupantes se veían a través del barrido frenético de los limpiaparabrisas. Cuando aparqué, el viento abrió la puerta del coche y luego la cerró de un portazo. Estaba empapada y dejé caer mis cosas al pie de los escalones antes de entrar corriendo en la cocina. Creswell gemía debajo de la mesa y me arrastré a su lado para abrazarlo; le froté el hocico mientras temblaban los cristales de las ventanas.

–Perdona que te dejara solo –tiré del cojín de una de las sillas y apoyé en él la cabeza; Creswell me lamía nerviosamente el mentón. Le palmeé los flancos aunque se me cerraban los ojos, y nos quedamos escuchando la lluvia. Medio dormida en el duro suelo, empecé a tararear una vieja canción de los Beatles, *I Wanna Hold Your Hand*, una de las favoritas de mi padre. Años atrás, se ponía a cantarla en voz baja y hacía girar a mi madre por la cocina hasta que los pies de ella dejaban de tocar el suelo. «Para», reía ella, un poco nerviosa, empujándolo y tapándose la boca con la mano. «¿Qué diría mi padre?» Tenía un acento precioso, lleno de vocales largas y suaves, que los desconocidos confundían a veces con el acento francés.

Allí tumbada, pensé en su habitación turquesa y en sus fotos; en su padre, el abuelo que nunca llegué a conocer; en lo que había dicho junto al río: «Cuando humillaba a mi padre, él me humillaba a mí. Eso me hizo fuerte». No sabía qué le había ocurrido para decir palabras como ésas, no entendía la razón que había dado para abofetear a Saeed y todo lo que vino después. Parecía muy cansada; debía de haber luchado mucho más de lo que yo pensaba con la muerte de Mara y la llegada de Saeed. Seguí con los dedos las vetas de madera blanca de la parte inferior de la mesa; el tablero de roble todavía sangraba pequeñas perlas de resina.

Cuando lo peor de la tormenta hubo pasado me levanté del suelo.

–Venga, Creswell, esta noche puedes dormir en la cama –cogí el teléfono y subí la escalera. Había un gran espejo en el primer descansillo donde me detuve a mirarme la

cara, y por primera vez vi a la anciana que llegaría a ser observándome bajo los ojos cansados y la piel seca del reflejo. Parecía reconocermé, como si me hubiera estado esperando. Estaba demasiado cansada para lavarme, así que simplemente me envolví el pelo mojado de lluvia en una toalla y me deslicé bajo el edredón. Llamé al móvil de Julian a la luz de la lámpara de la mesilla e imaginé la llamada pasando por redes y satélites entre Londres y Nueva York.

–Hola –contestó. Había visto nuestro número.

Me hice un ovillo para escucharle.

–Hola. ¿Puedes hablar?

–Sí, he terminado pronto. Acabo de salir a estirar las piernas.

Oí ruidos de fondo.

–¿Dónde estás?

–Adivínalo –dijo. Era un juego al que habíamos jugado otras veces. Lo imaginé sosteniendo el móvil en el aire, y oí voces de niños y el sonsonete de un villancico–. ¿Dónde te parece que estoy?

–Suenan como la cueva de Santa Claus –acaricié el hocico de Creswell, que se acurrucaba contra mí.

–La pista de hielo de Central Park.

–Vago –me burlé, dejando que mi cuerpo se hundiera en el colchón.

–No te preocupes, me quedaré en tierra firme –hubo una pausa; nos separaba medio mundo–. ¿Cómo va todo por casa?

–Oh, tirando. Esta noche ha habido una tormenta gigantesca. He tenido que meterme debajo de la mesa de la cocina con Creswell –él se echó a reír, y deseé que estuviera a mi lado–. Fui al médico esta mañana –escuché el silencio y la música enlatada de parque de atracciones–. Ha ido bien. Dijo que podremos volver a intentarlo cuando pase un tiempo.

–Sara –dijo, lleno de preocupación y esperanza.

–Lo sé –contesté–. Todo en su debido momento.

–Todo en su debido momento.

–Esta noche he rezado una especie de oración en Richmond, durante la tormenta.

–Mira que eres pagana –contestó con cariño.

–Sí, supongo que sí. Me pareció adecuado.

Nos escuchamos el uno al otro, manteniéndonos, en silencio, a flote.

–Anda, vete a dormir.

Susurramos buenas noches y colgué. Había olvidado contarle lo de la cocina color azafrán.

Unos días después, esa misma semana, volví a Richmond para recoger a Saeed y comprar pintura. Cuando llegué, estaba sentado en el escalón y se levantó cortésmente para estrecharme la mano. La puerta estaba abierta y entré a decirle a mi padre que nos

íbamos. Antes de que me oyera, lo vi en su estudio con la cabeza entre las manos. Alzó la mirada y creo que por un momento tuvo la esperanza de ver a su mujer; hubo expectación en sus ojos y, luego, una dulce resolución y una sonrisa.

–¿Estás bien, papá? –pregunté.

–Sí, perfectamente –pero tenía la cara abotargada y el pelo revuelto.

–¿Has hablado con mamá?

–No, sigue en su pueblo, pero no te preocupes. Seguro que todo va bien. ¿Os marcháis?

–Sí. Hace un día estupendo.

Miramos el borrascoso jardín a través de la ventana.

–La tormenta partió algunas ramas –dijo–. A lo mejor salgo a limpiar un poco esta tarde. Así me dará el aire –se miró el dorso de las manos.

–De acuerdo, te veo luego. Creo que además voy a llevar a Saeed a ver al doctor Ahlavi.

–Buena idea.

Una hora después, Saeed y yo estábamos en el aparcamiento, cargando botes de pintura en el maletero.

–Quiero que conozcas a alguien –dije, abriendo la puerta del asiento del pasajero–. Es iraní, ya muy mayor. Conoció a nuestras madres cuando eran jóvenes –los ojos de Saeed se posaron en los míos, con un asentimiento y un esbozo de hoyuelos en las mejillas.

Era un trayecto corto; el doctor Ahlavi vivía justo pasados Teddington y Hampton Court. Saeed apoyó la frente en la ventanilla y miró la fina llovizna de última hora de la tarde, mientras de los colegios salía una multitud de alumnos. Las paradas de autobús estaban abarrotadas de uniformes: faldas cortas y pañuelos en la cabeza, turbantes, rastas y chaquetas empujándose unos a otros.

–En Irán, los chicos se sientan en las primeras filas y las chicas en las del fondo. Cuando llegamos a casa vemos la MTV en el satélite. Britney Spears.

–¿Qué os parece? –pregunté.

–Es como ir al zoo –la idea le hizo sonreír.

Dejamos la calle principal y cruzamos la entrada a Bushy Park, un estrecho hueco en el elevado muro. El parque se desplegó ante nosotros como un jardín secreto, verde profundo a la luz de la caída de la tarde. Conduje despacio por la avenida central; habíamos bajado las ventanillas para ver a los ciervos bajo los árboles. Luego llegamos a Hampton Court Palace, con sus largos céspedes y sus chimeneas de ladrillo en espiral. Mi madre había vivido cerca de allí cuando llegó a Londres e intenté imaginarla con poco más de veinte años, a mitad de camino entre la edad de Saeed y la mía, paseando por los patios empedrados y las orillas del río.

–¿Qué es este edificio? –preguntó Saeed.

–Es donde vivían nuestros reyes y reinas hace centenares de años.

Lo contemplamos al pasar.

–¿Has estado alguna vez en Persépolis?

–No, pero me gustaría ir... algún día.

–Hay una escultura que le encantaba a mi madre. El león del invierno lucha con la gacela de la primavera. Decía que luchaban para detener el tiempo –miró el resplandor de las farolas.

Al cabo de un momento llegamos a una zona residencial de casas más baratas, donde las malas hierbas crecían en las aceras. Viejas viviendas de protección oficial convivían con casas estrechas de dos pisos, caravanas y coches oxidados embutidos en jardines diminutos. Aparqué y nos dirigimos a una de las casas, con el jardín invadido por las ortigas y atestado de basura. Apreté el timbre; en la ventana mugrienta que había junto a la puerta se agitó una cortina de encaje color crema, y nos estudió un ojo lloroso coronado por un sombrero de lana negra.

En Mazareh, la oveja se resistía a la luz gris rosada del amanecer; Maryam, que todavía tenía las arrugas de la almohada marcadas en la cara, se estremeció y se arrojó en la manta que le rodeaba los hombros. La puerta azul cobalto estaba abierta a la curva de las rodadas, y los niños que pasaban camino del colegio se pararon a mirar. Hassan tiró con firmeza de la cabeza de la oveja y la degolló de un tajo; el cuerpo se desplomó. Maryam sintió el sabor de la sangre en la lengua. La oveja se quedó en el suelo con la cabeza torcida; la herida era como otra boca de la que manaba sangre formando un charco en la tierra parda, endurecida por la escarcha. El hijo mayor de Hassan, Reza, echó un cubo de agua para limpiarla, y los arroyuelos de color rosa llegaron hasta los pies de los niños que miraban sin decir nada, abrigados con gruesas bufandas y guantes, echando miradas de asombro a Maryam. Ella les sonrió y Noruz pasó por encima de la res muerta y dio unas palmadas para ahuyentarlos.

Mientras Hassan y Reza colgaban la oveja para que se desangrara, Maryam entró en la casa con Noruz para calentarse. La habitación estaba en silencio y se sentaron juntas en la alfombra con la espalda apoyada en la pared, escuchando el siseo de la estufa. Noruz sirvió dos vasos de té color ámbar y ambas miraron la crecida de la luz a través de la ventana mientras chupaban terrones de azúcar.

–¿Cómo has dormido? –preguntó Noruz. Habían tendido dos colchones juntos.

Maryam pensó en la almohada dura como el cartón y el estrecho colchón en el suelo, la tenue lámpara roja encima de la ventana, la eternidad negra al otro lado, la paz de aquel lugar.

–Como un recién nacido –contestó.

Noruz asintió y parpadeó una sola vez, despacio.

Cuando salieron otra vez, la oveja estaba tumbada boca arriba en el suelo, con la cabeza en un tocón junto a la puerta. Maryam miró la pulcra hilera de dientes y los ojos entrecerrados, que apenas dejaban ver el blanco. Reza había cortado el vellón a lo largo del vientre y las patas traseras; la piel de un blanco cremoso asomaba bajo la lana burda

y sucia. Siguió cortando y raspando con el cuchillo. Poco a poco la fue desollando, y el olor a carne cruda impregnó el aire.

–Esta noche cenaremos bien.

Hassan, en cuclillas, miró a Maryam; tenía las manos embadurnadas de grasa, lana y sangre.

–Sí –Maryam respiró el frío de las montañas y el olor a paja sucia de los animales. Miró los ojos llorosos y sabios de Naruz, y le cogió la mano—. Ojalá Fátima apareciera por esa esquina ahora mismo, y Mairy, y Mara. Entonces no volvería a irme. Subiría a las colinas con ellas y nada me alejaría de aquí –rió, con los ojos llenos de lágrimas por el frío y el recuerdo de haber rodado colina abajo con Mairy, de la tierra y el cielo girando sin parar, mordiéndole la carne, haciéndole saber que estaba viva.

–¿Y tu familia en Inglaterra? –preguntó Noruz.

–Los traería –sonrió, sabiendo que era imposible.

–¿Vendrían?

Maryam pensó en Edward, en sus pacientes ojos azules y en su afabilidad, en la educación con que llamaba a la puerta de su habitación turquesa, en las tazas de té mientras ella atizaba las hogueras, en cómo se miraban el uno al otro a través de una enorme distancia. Se puso en cuclillas junto a Hassan, sosteniendo el vellón mientras él lo separaba de la piel.

–Puede que Sara viniera.

Más tarde miró a Noruz moverse despacio por la cocina, preparando *kofita* para la cena. Recordó a Fátima sentada en el escalón de la puerta en Mashhad, haciendo gruesas albóndigas de carne junto a las sombras alargadas del final del día, con los dedos pegajosos de yema de huevo y carne picada, metiendo en el centro de cada albóndiga una ciruela pasa, dulce y oscura. «Calderero, sastre, soldado, marino, rico, pobre, mendigo, ladrón.»\* Oyó el eco de la vocecita aflautada de Sara cuando era niña, colocando guijarros en torno al plato de la cena.

–Así que pronto verás a Ali Kolahin –dijo Noruz, alzando la mirada—. ¿Cuánto tiempo ha pasado?

Maryam se levantó para echarse más té del samovar que había en la hornilla. Miró por la ventana y sintió el sol brillante en la piel.

–Toda una vida; más de cuarenta años –volvió a sentarse a la mesa—. Tiempo suficiente como para tener una hija adulta y un nuevo idioma.

–Menos belleza y más conocimiento –caviló Noruz, sin apartar la atención de lo que estaba haciendo.

–Eso espero –Maryam miró las hojas de té que flotaban y giraban en su vaso—. Me he sentido durante tanto tiempo entre dos aguas... Tenía que volver. Había demasiadas conversaciones inacabadas, demasiada gente a la que quería ver antes de morir.

Noruz asintió.

–Así nos hacemos viejos: luchando para entender nuestros días.

–Esa lucha me ha destrozado en los últimos meses. Mi sobrino Saeed vino a Londres tras la muerte de Mara. Sé que no quería hacer el menor daño, pero de algún modo, sólo con su presencia, su parloteo y sus ojos verdes, descorrió un velo que yo había intentado olvidar o no ver. Supongo que era el hijo que podría haber tenido en otra vida y, como vieja estúpida que soy, me sentí burlada.

–Te has sentido sola. Quizás te recordó eso.

Maryam pensó en Edward, en cómo le leía los periódicos dominicales mientras ella miraba por la ventana, observando las nubes y el cambio de color de las hojas.

Noruz se echó atrás el velo con el canto de la mano.

–¿Sabes? Cuando Ali Kolahin regresó de Mashhad, era terrible verlo. Daba vueltas por el patio de su madre muerta, arrastrando los pies. No sé lo que habría sido de él sin el doctor Ahlavi. Era como si le hubieran arrancado toda la luz a golpes.

Maryam recordó todas las veces que había llorado por Ali, más de las que nadie llegaría a saber jamás. Al final, la soledad que él debería haber ocupado se ahogó en el ruido de los que la rodeaban durante días, meses, años.

–A veces puede ser casi insoportable recordar el pasado –admitió.

–Pero ahora os vais a ver otra vez –contestó Noruz–. El pasado es pasado.

–Sí, ahora somos viejos y nuestra historia es un chismorre para mi sobrina en Mashhad.

–¿Y qué vas a hacer después? ¿Dar media vuelta y regresar a Inglaterra?

–No sé cuánto tiempo me quedaré.

–¿Y qué pasa con tu marido? –Noruz arqueó las cejas.

–Es el padre de mi hija.

–¿Es un buen hombre, capaz de esperarte?

–Sí, *es* bueno.

Pero Maryam no estaba segura de que la esperase, ni siquiera de si eso era lo que ella quería. Se llevó a los labios el anillo de boda. Lo sintió frío contra la pequeña cicatriz que le dejó el golpe de su padre hace todos esos años.

Noruz meneó la cabeza y le dio la espalda.

A la mañana siguiente, Farnoosh cruzó el pueblo con Maryam; el camino estaba lleno de baches y era tan desigual como el lecho de un río. No tardaron en llegar a la plaza central, llena de lodo y orlada por las paredes exteriores de las casas familiares, con una callejuela en cada esquina que daba a las llanuras. La clínica estaba a un lado: un edificio de ladrillo con un escalón de cemento gris. Farnoosh sacó las llaves de debajo del chador y ambas entraron; el suelo estaba cubierto de linóleo azul y había carteles sobre la rabia y el sida en las paredes.

–Sólo tenemos medicamentos para la tos y los dolores de estómago –Farnoosh señaló un estante alto–. El médico viene una vez al mes; si alguien se pone enfermo cuando no está, tiene que hacer un viaje para verlo.

Maryam recordó al doctor Ahlavi y su amable presencia. Había hecho por ella cuanto estaba en su mano. Miró a su alrededor antes de que Farnoosh la llamara para salir y cerrase la puerta. El pueblo estaba vacío: los granjeros se habían ido a los campos y los niños estaban en clase. Maryam veía el camino a la escuela y a Ali. Tiraba de ella. Más tarde, pensó. Después de toda una vida separados, podía esperar un poquito más. Fue con Farnoosh hasta el límite del pueblo, a sólo unos pocos minutos de camino; allí, Farnoosh señaló una pila de ladrillos de arcilla roja para un nuevo edificio al lado de la casa de oración. «Será para las mujeres y chicas que están sangrando y son impuras para rezar con los demás.» Maryam miró hacia las colinas. Fátima la había ayudado a ocultar sus reglas durante años. «No dejes que me traten como a una sucia marginada», le había rogado Maryam. Pero al final así la habían tratado.

Más allá de los muros del pueblo batían al viento delgadas toldillas de plástico, rotas y arrugadas entre las rocas, fijadas al suelo con escombros de los campos. Las dos mujeres pasaron en silencio junto a perros pastores que parecían lobos y pestañeaban para ahuyentar las moscas, echados y atados con cadenas. Maryam miró al suelo, a sus pies que se arrastraban, y se inclinó para coger una piedra roja de bordes puntiagudos y afilados. Una cabeza de zorro, se dijo, examinándola. En Londres pedía un deseo cuando veía un zorro, una silueta vista y no vista entre plumas y cubos de basura volcados en los pulcros céspedes.

—¿Por qué has venido, Maryam Mazar? —preguntó Farnoosh mirándola de reojo, aferrándose el chador bajo la barbilla mientras las colinas surgían ante ellas.

—Intentaste preguntármelo anoche —Maryam se metió la piedra en el bolsillo—. Supongo que se ha vuelto más difícil estar tan lejos del lugar donde crecí. Cuanto más vieja me hago, menos profundas me parecen mis raíces en Inglaterra. No tengo a nadie con quien compartir historias, con quien recordar. En Londres estoy rodeada de gente que sólo conoce este país por las noticias, una caricatura de Irán. Hace que me sienta sola.

—Quizás yo me muera sin ver Isfahan, por no hablar de la Meca o de Londres —dijo Farnoosh—. Podría morirme aquí, sin historias.

—Pero aquí tienes a tu familia —contestó Maryam.

—¿Crees que eso basta? ¿Cuando tú has dejado a la tuya? Por favor, no me trates con condescendencia.

Le dio la espalda; Maryam se detuvo y se sentó en el suelo pedregoso, abrazándose las rodillas. Pensó en Edward, en su metódica atención a los detalles, y en esta joven, un pájaro deseoso de escapar que nunca había aprendido a levantar el vuelo.

—No es mi intención ser condescendiente contigo, Farnoosh. Sé que he llevado una vida cómoda, con libertad para viajar. Pero cada vez que me acuesto, tengo la esperanza de soñar con este sitio.

—¿Y sueñas?

—A veces. Pero hay muchas clases de libertad, y cada una tiene un precio. Libertad

para amar, para viajar, para pertenecer a un lugar. Por cada libertad que elegimos, hay otra a la que debemos renunciar.

–Tu familia era rica. Podía permitirse tu libertad.

–No estoy tan segura. La libertad puede ser tanto un don del odio como del amor.

Maryam sintió que se sonrojaba y recordó las últimas palabras de su padre: «Puede ir sola... No es hija mía».

–Te he disgustado –Farnoosh se miró las manos–. Lo siento.

Maryam negó con la cabeza.

–Tienes derecho a preguntar. Al fin y al cabo, me habéis acogido en vuestra casa. Quizás un día vayamos juntas a Isfahan, o incluso más lejos.

Una sonrisa casi infantil cruzó la cara seria de Farnoosh, que tendió la mano para ayudar a Maryam a levantarse. Empezaron el camino de vuelta al pueblo.

–Mi madre dice que tienes una hija –dijo Farnoosh.

–Sí, Sara –Maryam sintió que el mero nombre la reconfortaba–. Más o menos de tu edad.

–¿Cómo es?

–Es profesora. Una chica inglesa, con mis ojos y algo que tira de ella –recordó la risa de Sara, cómo se tapaba la boca con la mano.

–¿Habla farsi?

–Se defiende. Es difícil tener un hijo tan lejos de todo lo que conoces, decidir lo que está bien y lo que está mal. A veces me aterrizzaba toda la libertad que ella tenía delante, y lo mal preparada que estaba yo para ayudarla a elegir.

–Pero tienes un marido al que amar –Farnoosh se acercó a Maryam y la cogió del brazo mientras andaban–. Tu hija tendrá una buena vida y no lamentará haber venido al mundo.

Maryam se detuvo al oír sus palabras, recordando el día del puente y el hijo no nacido de Sara. Se llevó las manos a la cabeza haciendo que el velo resbalara hacia atrás y se volvió de cara a la colina, con polvo rojo en los ojos.

Farnoosh le cogió las manos.

–Maryam, la costumbre me obliga a no tener hijos, a que mis hijos sean mis ancianos padres –le corrían las lágrimas por la cara–. Tal vez tú puedas ayudarme a encontrar otro camino. Has visto mundo. Espero que aquí encuentres algo de paz.

Maryam sacudió la cabeza y abrió los brazos para estrechar a Farnoosh contra su pecho, echando de menos a su propia hija. Siguieron andando mientras unas oscuras nubes que anunciaban nieve se arremolinaban sobre sus cabezas.

Se abrió la puerta y el doctor Ahlavi los saludó con una sonrisa radiante, extendiendo una mano a guisa de bienvenida.

–*Salaam, salaam.*

En la otra mano llevaba un bastón con mango de plata y turquesa. Presenté a Saeed y

se estrecharon formalmente las manos, estudiándose con los ojos. El bigote del doctor Ahlavi, espeso y gris plomizo sobre su amable sonrisa, se estremeció mientras nos hacía pasar a la habitación. Era pequeña, con varias capas de alfombras persas, tres o cuatro, tendidas en el suelo. Saeed se arrodilló y pasó la mano por la tosca trama de lana, y el doctor Ahlavi soltó una risita.

–En Mashhad las podía extender todas sobre mármol, y una doncella las sacudía. Aquí no hay sitio, pero protegen de las corrientes de aire. Sentaos, sentaos, por favor –había cojines duros tapizados de tela gruesa apoyados contra las paredes y nos sentamos junto a la ventana; la luz anaranjada de las farolas se filtraba a través del anochecer y las delgadas cortinas, que él cerró–. Un poco de intimidad –dijo con una sonrisa–. Por favor, poneos cómodos. Voy a traer té.

Salió de la habitación arrastrando las zapatillas; llevaba un suéter grueso y los morenos tobillos, cubiertos de pelo hirsuto y oscuro, asomaban desnudos bajo los pantalones de chándal negros.

Una chimenea de gas siseaba en un rincón y miramos el descolorido papel de la pared, donde colgaban fotografías en blanco y negro y un retrato del viejo Shah, Mohammed Reza Pahlavi. En la cocina se oyó un abrir y cerrar de cajones.

–Voy a echarle una mano –le dije a Saeed; él se volvió a mirarme y luego sus ojos se posaron en una estantería detrás de la puerta, llena de lomos desgastados escritos en farsi–. No le importará que leas –sugerí, y lo dejé escudriñando los títulos.

La puerta de al lado daba a una cocina de color azul pálido. En la hornilla había un gran samovar de cerámica con rosas rojas pintadas. El doctor Ahlavi estaba apoyado en su bastón mirando el estrecho jardín trasero, de apenas unos metros de ancho y totalmente vallado. A la luz del anochecer distinguí un pequeño comedero para los pájaros y, al fondo, un banco de madera, ambos cubiertos de maleza. Pensé que debería venir con Julian un fin de semana y ayudarle a arrancar las malas hierbas.

–Mi mujer diría que como palacio deja mucho que desear –sonrió débilmente–, pero estos días no salgo mucho. Un buen libro y mis recuerdos son mundo suficiente –el agua empezó a borbotear en el samovar; él abrió una pequeña alacena y sacó una bandeja de plata redonda y vasos con asas de filigrana a juego–. A tu madre le gusta el té iraní de verdad, como el que tomábamos en los viejos tiempos. Dime, ¿cómo está Maryam?

–Hace un par de semanas se fue a Mashhad y a Mazareh.

Él miró por la ventana el cielo índigo.

–Ha pasado mucho tiempo –dijo, casi para sí mismo–. Me preguntaba si volvería alguna vez a Mazareh.

–¿Por qué?

–Deberías preguntarle a Maryam. Mazareh es su pasado.

–Sí, claro –nos sonreímos–. ¿Puedo ayudar en algo?

Él señaló una balda alta de la que bajé una caja de *gaz*, turrón dulce con pistachos y cristales de azúcar de color ámbar oscuro.

–Por favor, llévale la bandeja a Saeed. Yo llevaré el té.

En la otra habitación, Saeed ya tenía al lado una pequeña pila de libros. El doctor Ahlavi entró detrás de mí y dejó la tetera en una estrecha mesa auxiliar. Luego abrió una cómoda, sacó un mantel de lino blanco y se lo dio a Saeed, que lo extendió en el suelo y colocó la bandeja en el centro. El doctor Ahlavi sacó una botellita de otro cajón. Desenroscó el tapón y salpicó la alfombra con unas gotas de perfume.

–Justo como le gusta a Maryam –el olor a agua de rosas impregnó el aire mientras él se sentaba junto a nosotros, pidiéndole a Saeed que sirviera el té–. Lamento la muerte de tu madre y la pérdida de tu familia –dijo, inclinando la cabeza–. Mara era una mujer encantadora.

–Mi familia le da las gracias –contestó Saeed. Hablaba con voz tranquila y me sentí agradecida por la discreta simpatía del doctor Ahlavi, por el consuelo que ofrecía su presencia.

–¿Cuánto tiempo llevas aquí, Saeed? –preguntó.

–Llegué en septiembre.

–¿Y qué te parece?

–Hace frío, pero Sara y su padre se portan muy bien conmigo.

–¿Y qué noticias traes de Irán?

Saeed lo miró.

–Ninguna. Todo está como siempre.

El doctor Ahlavi entrecerró los ojos y tomó un sorbo de té antes de repetir: «Todo está como siempre». Alzó los ojos hacia la lámpara y vi su tez irregular y arrugada.

–Saeed, joven amigo, sabes poco de Irán y de su lugar en el mundo antes de la Revolución. Todavía no habías nacido. Maryam te hablará del Irán de entonces. Éramos bienvenidos en todo el mundo por nuestro petróleo, sí, pero también por nuestra cultura y nuestra civilización. En 1978 el mundo entero, todos los presidentes y la realeza, fueron a Persépolis. ¿Lo sabías?

Saeed asintió.

–Y sin embargo, un año después todo había desaparecido. El Shah se fue a Egipto con una bolsa llena de tierra y Jomeini nos cubrió de oscuridad –tomó aliento, con los músculos tensos bajo la piel–. Ahora, un cuarto de siglo después, si tienes un pasaporte iraní la gente de aquí, las autoridades, creen que eres un terrorista, alguien que puede llevar una bomba atada al vientre. Estamos en «el eje del mal», dicen, el azote del planeta –nos miró–. Me tratan como a un refugiado, como si ser iraní fuera motivo de compasión o de desprecio. Yo le digo a la gente que estoy orgulloso de mi país.

Le puse la mano en el brazo.

–Las cosas cambiarán.

–No mientras yo viva –contestó con el cansancio de un anciano frente al mundo.

Los ojos de Saeed iban del uno al otro.

–Doctor, ¿tiene hijos?

Él se secó los ojos y alargó la mano para coger el turrón.

–Dos hijas, unos diez años más jóvenes que la madre de Sara. Ahora viven aquí. Siguieron los pasos de Maryam. Ella fue la primera en venir a Inglaterra desde Mashhad. En aquel entonces era algo impensable, y en cierto modo abrió camino a otras jóvenes. La verdad es que siempre hemos creído que nuestras hijas volverían a casa. Creo que incluso el padre de Maryam tenía la esperanza de ver llegar ese día –señaló el borde de una fotografía metida entre los libros. Saeed la sacó y la puso delante del doctor Ahlavi, sobre el mantel de lino blanco–. La hicieron en mi antiguo consultorio de Mashhad, hace muchos años.

Miramos aquella fotografía llena de grano, en blanco y negro, y aunque estaba descolorida por el paso del tiempo, todavía se apreciaba una luz diferente, clara y brillante, reflejándose en el mármol. Había dos niñas pequeñas cogidas de la mano, mirando a la cámara con la cabeza cubierta por el velo.

–¿Ésa es su madre? –preguntó Saeed señalando a una muchacha que estaba de pie detrás de las niñas.

–No, es la madre de Sara –me sonrió y yo cogí la foto. La cara inmóvil y seria de mi madre me devolvió la mirada–. Maryam me ayudó en la clínica una temporada.

–Parece muy segura de sí misma. ¿Y éste quién es? –señalé a un joven arrodillado a un lado, moreno y delgado, que miraba a mi madre por encima del hombro.

–Creo que descubrirás que es Ali –el doctor Ahlavi habló despacio, con cuidado–. Trabajaba para tu abuelo. Acompañaba a tu madre y a sus hermanas a la ciudad.

–¿Aún vive? –pregunté.

–Sí, era de Mazareh. Ahora da clases allí a los niños del pueblo. Su inglés era muy bueno. Aprendió él solo y enseñó a Maryam.

–Eran amigos –dijo Saeed–. Me lo dijo mi madre.

–¿Sí? –miré sus caras, donde resplandecía la juventud–. Me pregunto si ella lo reconocerá.

–Quién sabe –el doctor Ahlavi cogió la foto y la guardó de nuevo bajo la cubierta del libro del que la había sacado.

–¿Dónde están ahora tus hijas? –preguntó Saeed.

–Se casaron con ingleses, como Maryam. Una vive en York y la otra en Norwich. Son buenas chicas. Vienen a verme cuando pueden. Pero a mi mujer le rompieron el corazón; ojalá lo supieran. Quería estar con ellas, ver a sus nietos, pero los críos ni siquiera podían hablar su idioma. Se puso enferma –tendió las manos, con las palmas hacia arriba, a la pequeña y descolorida habitación–. En Mashhad, Saeed, todos vivíamos en la misma calle: hermanos, hermanas, tíos, tías, maridos y mujeres; toda la familia. Aquí somos extraños los unos para los otros, y hasta para nosotros mismos.

Sus palabras nos dejaron callados; no teníamos nada que ofrecer salvo el silencio.

–¿Tiene alguna foto de mi madre cuando era joven? –preguntó Saeed.

El doctor se miró las manos en el regazo; tenía las piernas estiradas.

–Sí... Mairy, Maryam y Mara –suspiró–. Tres hermanas, pero tan distintas... Podrían haber nacido en siglos diferentes.

–¿Qué quiere decir? –pregunté.

Rozó con la mano las ondas de colores de la alfombra.

–Bueno, supongo que Mairy era el viejo Irán. Tradicional y obediente, atenta y silenciosa. Puede que tuviera la vida más fácil de las tres, porque aceptaba la tradición. Era el bálsamo de tu abuelo. Luego venía Maryam. Había nacido antes de tiempo, como suele decirse; estaba atrapada en su época. Tenía el espíritu de su padre; digno de un guerrero, pero no de una chica nacida en un mundo de cocinas e hijos –apoyó una mano en la mía–. Maryam no quería tener nada que ver con eso. Deseaba un destino propio, y nadie podía detenerla. Tú la conoces, Sara. Se escurrió entre los dedos de su padre, que no pudo cortarle las alas.

Tenía los ojos húmedos y yo no sabía qué decir. Pensaba en la madre que conocía, en su jardín de rosas y sus hogueras, su habitación turquesa y el olor de la comida, un eco de sus palabras en el puente: «Me humilló».

–¿Su padre se peleó con ella?

–Eso tienes que preguntárselo a Maryam –él apartó la mirada–. Es su historia.

Lo observé, confusa, mientras mis propias mareas tristes chapoteaban dentro de mí.

–Mara era la joya de la familia –el doctor alzó la voz y miró de nuevo a Saeed–. Si Mairy era obediente y Maryam desafiante, Mara salió descarada y guasona. Tomó el camino de en medio.

La habitación se quedó en silencio y escuché las voces de la gente que caminaba por la acera a unos metros de nosotros, al otro lado de la pared.

El doctor se sacó un pañuelo blanco de la manga y se secó la cara.

–Por favor, perdonad las divagaciones de un anciano.

Miró el fondo de su vaso vacío.

–Démelo –cogí su vaso–. Voy a llevar la bandeja al fregadero.

Lo dejé con Saeed y encendí la luz de la cocina. Abrí el grifo del agua caliente y restregué los platos y los vasos hasta que se me enrojecieron los dedos. ¿Hasta qué punto el pasado de mi madre era un secreto que me había ocultado, guardándolo bajo siete llaves? Miré por la ventana el retazo de jardín y oí las voces del doctor y de Saeed en la habitación de al lado.

Cuando volví, el doctor Ahlavi tenía ante sí un cofre pequeño. Las incrustaciones de metal brillaban a la luz de la lámpara.

–Deberíamos irnos pronto –dije mientras Saeed luchaba con el cierre.

Él no me hizo caso y lo abrió. Dentro había un paño de terciopelo rojo, doblado. Olía un poco a naftalina, como las alfombras persas enrolladas en nuestro desván. El doctor lo sacó y me lo tendió; pesaba bastante y lo puse en la alfombra. Era como un sobre grande, con tres bordes cosidos y el cuarto atado con cintas de cuero.

–Desátalas –me animó el doctor.

Saeed miraba con los ojos muy abiertos.

–Hazlo tú –dije, empujando el paño hacia él.

Saeed se lo puso en el regazo, desató lentamente los nudos y hundió la mano en el terciopelo, sacando un libro de piel oscura trabajada con adornos florales y medias lunas.

–Voy a enseñaros el sitio donde crecieron vuestras madres. Dame, Saeed, déjame que busque también la foto de tu madre.

El doctor Ahlavi colocó el libro delante de él y pasó las páginas. Las monturas estaban muy viejas y las fotografías, las notas y los recortes de periódicos, amarillentos y delgados como papel de seda, resbalaron unos sobre otros y se soltaron. Él se echó a reír cuando empezaron a caerse del libro.

–Han estado guardados demasiado tiempo. Ésta es la mezquita del Haram; y aquí está Mara, y ésta es del día de su boda.

Las dos fotos estaban sujetas una junto a otra. Una colegiala miraba por encima de la cabeza del fotógrafo, con unos hoyuelos idénticos a los de Saeed. Él alargó la mano y acarició el borde rizado de la imagen. La foto de la boda era de unos pocos años después. Mara estaba sentada delante de un gran espejo con su marido; el mantel blanco que tenían delante estaba lleno de pequeños platos de especias, dulces y pasteles.

–La tradición es que la novia y el novio se vean por primera vez en un espejo –explicó el doctor Ahlavi–. Los pasteles son para endulzar el matrimonio. Éste es el beso de los novios: en Irán, cada uno chupa miel de los dedos del otro.

–¿Dónde está la madre de Sara?

–No estaba allí –contestó el doctor Ahlavi–. Maryam ya se había ido de Irán. Su padre había muerto. Se había casado con Edward. No era fácil para ella acudir a la boda.

Recordé fragmentos de conversaciones, fotos arrugadas y sobres de correo aéreo que solían llegar a nuestra mesa de cocina meses después de que los nacimientos, las muertes y las bodas hubieran tenido lugar. El olor a perfume de rosas en la habitación era dulce e intenso; yo quería respirar aire fresco.

–Tenemos que irnos, Saeed –repetí–. Podemos volver otro día.

Él me miró; había decepción en sus ojos.

El doctor Ahlavi le dio unas palmaditas en la mano y empujó el álbum hacia él.

–Por favor, quédatelo –ofreció–. Es para ti. Me sentiré ofendido si no te lo llevas. No voy a estar aquí siempre.

Saeed estrechó el regalo contra su pecho y yo me incliné para besar al doctor en la mejilla.

–Vendremos pronto, cuando mamá haya vuelto –dije.

El doctor meneó la cabeza.

–Puede que tarde bastante tiempo.

La luz del vestíbulo parpadeó mientras nos poníamos los abrigos; salimos pasando por encima de los folletos que anunciaban pizza y curry a domicilio. El cielo anaranjado y

negro de Londres estaba despejado, y los dos nos estremecimos de frío. Oímos correrse los pestillos que encerraban otra vez al doctor Ahlavi.

–Vamos a la escuela a ver a Ali Kolahin –dijo Hassan a Maryam.

–Sí, ya es hora –se puso de pie–. Dame sólo un momento.

Salió de la habitación, cruzó el patio principal y, a través de un arco, llegó a otro patio más pequeño que desbordaba luz. Apartó la cortina roja que colgaba de un vano en la pared y entró al cuarto donde dormía con Noruz. Se arrodilló junto a sus maletas. Vio su débil reflejo en el cristal de la ventana y por un instante se sintió así de tenue, como si la luz pudiera atravesarla. Abrió la cremallera de una bolsa de viaje y hurgó en el interior hasta que encontró el libro con las desgastadas tapas de color rojo fresa. Lo había tenido a su lado tanto tiempo, durante tantos años, en tantos lugares... Recordó los acantilados blancos y amarillos de Dover con Sara cuando era pequeña; y, antes, St. James Park y las citas dominicales con Edward, que le había enseñado el último verso del poema. Nunca había deseado que Edward se enamorase de ella, pero lo hizo. Todas las veces que se había sorprendido a sí misma buscando un rastro de Ali en los ojos de Edward... Maryam no había querido hacerle daño.

Cuando salió del cuarto, Hassan la esperaba junto a la puerta azul cobalto. La verdad es que mientras andaban no se enteró de lo que él le iba contando sobre la nueva máquina que habían comprado para moler el grano, que estaba empeñado en enseñarle después. Maryam sentía que estaba atravesando el tiempo, como si éste fuera una cortina entre una habitación y la siguiente. Voces del pasado susurraban a su alrededor, ecos de Fátima, Ahmeneh, Soraya, su padre: «El fuego te quema... la enfermedad te debilita». Mientras dejaban atrás la clínica y el bullicio de los niños surgía del patio de recreo, supo que aquellas voces ya no podían retenerla. Pasó a través de un hueco en el muro y allí estaba, un espacio abierto al horizonte. Al verla, niñas con velos blancos y niños con gorros de lana corrieron hacia ella, riendo, gritando, extendiendo las manos.

–*Salaam Khonoom* –saludaron.

–Parece que te estaban esperando –rió Hassan por lo bajo mientras los niños se arremolinaban en torno a Maryam y ella se sentaba en los escalones debajo de la bandera de la escuela, que no tenía adornos. Abrió los brazos como si quisiera acoger a todos los chiquillos. Las niñas le tocaron la cara y el pelo, y los niños más descarados hicieron ademán de besarle la mano. Ella los miró a través de las lágrimas que le empañaban la vista y oyó que ellos se reían por eso. Entonces inclinó la cabeza y se echó a reír a su vez, hasta que se hizo un silencio y sintió que una mano más firme cogía la suya y otra se deslizaba bajo su codo, ayudándola a levantarse. Alzó la cara hacia Ali y vio las arrugas de los años. Maryam respiraba el mismo aire que un segundo antes, pero ahora sentía la vida en sus venas. Le tendió el libro, que se abrió por la página de siempre: *the world, which seems to lie before us like a land of dreams\**, y Ali la miró; sus ojos se

encontraron de inmediato. Sobraban las palabras. Allí, bajo esa superficie de reflejos, estaba su mundo perdido. Él alargaría la mano y lo tocaría si podía.

–Has hecho un largo viaje, Maryam Mazar. Y has conocido a mi familia –hizo un gesto abarcando a los niños que jugaban.

–Sí –Maryam también extendió las manos, como si estuviera empezando a llover.

Ali miró el libro y recordó el día en que se lo dio por primera vez: el último verano que habían estado en Mazareh, cuando su madre todavía vivía y él había contado la historia de las luciérnagas. Contemplaron el horizonte, uno al lado del otro. Él se volvió a mirarla y ella lo miró a su vez. La sonrisa de Maryam era la misma que Ali recordaba. Ella se secó las lágrimas.

–¿Cenarás con nosotros esta noche, Ali Kolahin? –interrumpió Hassan.

–Sí, encantado, gracias, Hassan Taymorey.

–Bien. Se lo diré a Noruz.

Ali miró otra vez a Maryam. ¿Por dónde empezar? Pensó en la jovencita que había cruzado el patio de Mashhad corriendo en la oscuridad, con el chador volando tras ella como alas en la noche y el pelo negro cubriéndole la cara. Una vida anterior.

–Bueno, hasta la noche.

Hassan le dio una palmada en la espalda.

–Sí, hasta la noche.

Ali se despidió de ambos con una inclinación de la cabeza y volvió a entrar en la escuela.

–Tu *hejab* –dijo Hassan a Maryam, mientras Ali desaparecía.

Ella sonrió ante el detalle, alzó las manos y se cubrió el pelo con el velo que había resbalado hacia atrás.

–Si no te importa, deja que me quede aquí un rato, Hassan. Volveré sola.

Él asintió y se marchó. Maryam se sentó otra vez escuchando la risa de los niños y mirando las llanuras, hasta que una joven vestida de negro salió a la puerta y tocó una campana de bronce. Los niños formaron filas ordenadas; todos observaban a Maryam. Ella sonrió y se puso de pie para irse; entonces vio a Ali mirando a través de una ventana cercana. Estaba velando por ella, tan alto y erguido como en su juventud, con su pelo espeso aunque ya blanco que resaltaba aún más el negro de sus ojos. Ella le devolvió la mirada como siempre, sin parpadear; ambos se quedaron inmóviles. Los niños empezaron a entrar. En ese momento, la mariposa enjaulada en su interior, la que Maryam creía muerta desde hacía mucho tiempo, abrió las alas y habría echado a volar de su boca hacia el cielo si hubiera podido.

De regreso en su habitación, Maryam se arrodilló otra vez junto a su bolsa. Sacó un pequeño álbum con fotos de Sara y Edward, fotos con rodillas arañadas y confeti. La noche cayó deprisa mientras ella miraba por la ventana, con una manta sobre los hombros. Noruz trajo té y le puso la mano en la frente.

–Sólo estoy cansada –dijo Maryam con una débil sonrisa–. El tiempo me está dando

alcance.

Noruz vio el álbum y se sentó a su lado, pasando las fotos en silencio mientras la luz abandonaba el día y las sombras desaparecían en el resplandor de la luna. Salió al cabo de un par de minutos y volvió con más té, unas hojas de papel y un bolígrafo.

–Escribe a tu hija –puso el papel en el regazo de Maryam–. Dile que venga a ver tu hogar.

Maryam miró las hojas arrancadas de un cuaderno de notas, de color marrón pálido y delgadas como papel calco. Apoyó la espalda contra la pared.

–Escribe –insistió Noruz–. Yo tengo que ir a cocinar.

La dejó sola.

Maryam cogió el bolígrafo. ¿Por dónde empezar? «Querida Sara. Queridísima hija mía. No merezco pedirte nada.» La página seguía vacía. Miró su reflejo en la ventana y alargó la mano para tocar el cristal. Estaba helado.

–Todo el mundo se ha ido –susurró. Fátima, Mairy, Mara.

En un rincón de su mente vio a su padre dándole la espalda y a su madre acunándose lentamente en el suelo. Después miró el cielo nocturno y lo único que vio en el reflejo del cristal fue a sí misma, cansada y sola.

–Maryam.

Su voz la sobresaltó; descubrió el reflejo de Ali junto al suyo en el cristal cuando la cortina se cerró tras él.

–No estoy segura de que estés realmente aquí, Ali –murmuró–. Te he imaginado durante tanto tiempo...

–Estoy aquí.

Oyó la sonrisa en su voz.

–Me he pasado toda la vida hablando mentalmente contigo.

–Lo sé. Tú también has estado conmigo.

Maryam se volvió a mirarlo, y él vio a la joven que había conocido asomarse a los ojos enrojecidos. Ella tendió la mano y él la cogió, ayudándola a levantarse; dio un paso hacia él y al fin pudo abrazarla. Ella cerró los ojos y se sumió un momento en aquella paz, aquel descanso.

–Quédate, quédate, quédate –susurró, luchando contra el recuerdo de Edward–. Yo no volveré a irme.

–Shhh –dijo Ali en voz muy baja, con la cabeza de ella en su hombro y los muros de Mazareh en torno a ambos–. Lo único que tienes que hacer ahora, Maryam, es venir a cenar –sintió la calidez de la piel de ella y deseó poder llevarla a un lugar tranquilo, donde pudieran sentarse sin decir nada, después de toda una vida de nada–. Noruz me ha mandado a buscarte, y Hassan va a cantar. Todo lo demás puede esperar –en sus mentes, las sombras de otra habitación se deslizaron a su alrededor, una luz de vela de mucho tiempo atrás, cuando la lluvia cayó durante toda la noche.

–De acuerdo –dijo Maryam, y se separaron–. Ve tú, yo voy enseguida.

Ali le soltó la mano, empujó la cortina y salió al exterior.

Cuando él se fue, Maryam se arregló el pelo. Buscó en la bolsa el chador de color rosa que había comprado en el bazar con Mairy hacía tanto tiempo, lo sacudió para desplegarlo y se lo llevó a la cara; olía a lavanda inglesa. Se lo puso sobre la cabeza y los hombros y se arrodilló para mirarse en el pedazo de espejo que Noruz tenía apoyado en la repisa de la ventana. Sabía que parecía cansada y se puso un poco de crema en la cara; el aroma le recordó su baño de mármol en Londres. Respiró hondo, intentando mantener unidos los bordes desgarrados de su mundo, pisando con cautela entre un lugar y el siguiente.

Cuando cruzó el patio y entró en la habitación principal, inundada de luz, Noruz le hizo una seña para que se sentara otra vez a su lado y Ali asintió desde la esquina opuesta. Ella le devolvió la sonrisa, sintiendo cómo ambos empezaban a suturar despacio el tiempo. El silencio se apoderó de la habitación. Hassan se había dejado caer sobre una rodilla un poco aparte, junto a la puerta, y su voz llenó el espacio. Mientras escuchaba, Maryam miró su anillo de boda. Era una canción sobre estaciones y pastos, cultivos y cosechas, una canción con la que había crecido: Ehzat y Fátima la tarareaban junto a la lumbre, pisando pieles de cebolla. Miró otra vez a Ali. Seguía allí. Luego los hombres aplaudieron y Hassan se levantó, sonrojado.

–Doy la bienvenida a nuestros invitados.

Inclinó la cabeza para que empezara la cena.

Maryam estaba sentada en silencio. Sonreía a Farnoosh y escuchaba a los hombres, saboreando el regocijo de Ali al hablar de las travesuras de los niños en la escuela. La televisión parpadeaba, muda, en un rincón; se sirvieron platos de arroz con azafrán y cordero.

–Otra vez delicioso –le susurró a Noruz–. Vas a conseguir que engorde.

–No es tan malo estar un poco llenita –contestó Noruz–. Pero estos hombres... –alzó los ojos al techo con expresión cómica–. Vamos a divertirnos un poco –se ajustó el chador y dio dos palmadas; Hassan la miró arqueando las cejas–. Perdonad, pero podemos oír los chismes del pueblo cualquier noche. Esto es una celebración. ¿Quién va a contar una historia o a recitar un poema? –sus hijos, a pesar de ser todos mayores, miraron fijamente sus platos–. ¿Por qué no el maestro de escuela? –sugirió Noruz–. ¿Nos brindas un poema?

Hassan tosió, a punto de protestar, pero Ali le puso una mano en la manga.

–Será un placer, Noruz *Khonoom*, puesto que tú lo pides. Has preparado todo un banquete. Es lo menos que puedo hacer para agradecértelo y dar la bienvenida a personas muy queridas –se aclaró la garganta y se puso de pie con su ropa suelta de color tierra; Maryam vio otra vez el temple de su joven amante. Ahora podía llamarlo así–. Espero que os guste nuestro amigo Omar Khayyam.

Miró una por una todas las caras que lo rodeaban y empezó:

¿Qué ganamos con todo nuestro ir y venir?  
¿Cuál es la trama de la urdimbre de nuestra vida?  
Las vidas de muchos hombres buenos  
Arden y se convierten en polvo, pero ¿dónde está el humo?

Verso tras verso, abría los brazos abarcando la habitación.

Aunque hayas yacido con una amante toda tu vida,  
Aunque hayas saboreado la dulzura del mundo toda tu vida,  
El final será el mismo y tendrás que marcharte;  
Toda tu vida has soñado un sueño.

Terminó con una inclinación y Noruz aplaudió.

–Muchas gracias. Te has ganado la cena, amigo mío –dijo Hassan, palmeando la espalda de Ali mientras éste se sentaba otra vez.

Más tarde, mientras la familia de Hassan se llevaba los platos sucios y la televisión retransmitía las noticias en el rincón a bajo volumen, Ali apartó la mirada de la pantalla para posarla en Maryam.

–Dime, ¿crees que Norteamérica va a dejar que sigamos llevando esta vida tranquila?

Ella también dejó de contemplar las imágenes de guerra y lo miró a la cara; pensó que el pueblo había sido el mundo entero de Ali: días, meses, años dentro de sus muros, bajo este cielo.

–Eso espero –dijo.

–A veces parece que Norteamérica no se quedará contenta hasta que nos arranque dientes y uñas y seamos débiles como un mendigo –Ali meneó la cabeza.

–Quizá porque es un pueblo aterrorizado –contestó Maryam.

–Aterrorizado y poderoso a la vez, como un matón callejero.

–Lo sé. Sólo quieren que sus hogares estén a salvo.

–Bueno, está claro que nosotros queremos lo mismo, pero ellos intentan conseguirlo de un modo muy extraño.

Maryam asintió y Hassan los interrumpió en ese momento, frotándose las manos. Se ofreció a traer el *hookah*.

–¿Fumarás conmigo, Ali? –preguntó antes de salir de la habitación.

Estaban solos.

–¿Sabes? Siempre tuve la esperanza de que volvieras cuando muriese tu padre –dijo Ali.

Ambos pensaron en los ojos oscuros que ninguno de los dos había visto envejecer y morir.

–No pude. Incluso ahora mis sobrinas de Mashhad me miran con recelo.

–¿Demasiado miedo o demasiado orgullo? –preguntó él, y vio sus ojos abatidos.

–Tal vez. Era joven, estaba lejos. Sentí que no había elección. Tenía una hija pequeña, una vida diferente; no perfecta, pero vida al fin y al cabo. Tras aquellos días

oscuros me llevó mucho tiempo encontrar un hogar y sentirme segura de nuevo. Por favor, no me juzgues por eso. Y la Revolución fue horrorosa. Tras la muerte de Shariar, era difícil pensar en volver.

Ali miró las manos de Maryam, que ella tenía en el regazo.

–Oí que lo habían ejecutado. Dijeron que era por todo lo que hizo tu padre durante el reinado del Shah; y que la madre de Shariar murió poco después.

Maryam pensó en Leila. Apenas había conocido a su hermano, pero no merecía una muerte así. Su padre no sabía que sus acciones serían crímenes por los que su hijo tendría que pagar.

–Sólo doy gracias porque dejaron en paz a mis hermanas –dijo.

–Hemos vivido tiempos brutales –contestó Ali, y vio que Maryam miraba la cicatriz que su padre le había dejado en la cara–. Conozco a gente que fue arrestada en las calles de Mashhad por los *pastars*, la policía religiosa. A veces no parecían mucho mejores que los *savak*, las fuerzas secretas del Shah.

–Pero las calles ya no son peligrosas, ¿verdad? –preguntó Maryam. Ali se encogió de hombros y ella continuó–: Mi amiga Parvin, de Teherán, me contó que andaba tan tranquila por la ciudad con sus tacones y un pañuelo en la cabeza, y un buen día, tras la Revolución, le dijeron en el trabajo que se fuera a casa y que no volviera salvo si se ponía el *hejab* sobre el pelo, un manto hasta el suelo y zapatos que no hicieran ruido. No volvió. Su familia tenía dinero suficiente, y mandaron a sus hijas a estudiar a Norteamérica. Ahora puede volver a llevar tacones por la calle, pero sus hijos nunca regresarán a su hogar.

–Las ciudades están lejos –dijo Ali–. Creo que en los pueblos como Mazareh la vida ha seguido más o menos igual que siempre.

–¿Nunca has querido casarte y fundar tu propia familia? –preguntó Maryam.

–Sí, claro, pero como has dicho, tú estabas lejos. La escuela ha sido mi familia y ha llenado mi vida, aunque he pensado en ti a menudo. Y ahora estás aquí: la misma mujer que cruzaba el huerto conmigo cuando era una muchachita.

Maryam le tendió la mano.

–Esa muchachita del huerto se moría por volver. ¿Has vivido contento aquí, Ali?

–¿Contento? Espero haber marcado una diferencia en las vidas de algunos de esos niños. Eso bastaría... Y me alegro muchísimo de que estés aquí otra vez, al menos por un tiempo.

Levantó la mano para tocarle la cara y ella apoyó la mejilla en su palma.

–Siento haberte hecho esperar tanto –susurró mientras Hassan entraba con el *hookah*.

Ali volvió la cabeza y los dos se apartaron.

Noruz también salió de la cocina y apoyó una mano en el hombro de Maryam. La velada había terminado.

–Deberíamos dejar a estos hombres con sus conversaciones –dijo, mientras el dulce aroma a madera del tabaco impregnaba el aire.

Maryam se sacudió las migas de la ropa y se levantó.

–Ha sido una cena perfecta.

Dio las gracias a Noruz y a Hassan, que fumaba su narguile.

–Que duermas bien –dijo Ali, mientras ella se ponía un chal sobre los hombros–. Iremos pronto a las montañas. Hassan nos deja la camioneta, y espero que Noruz nos conceda el placer de su compañía.

–Siempre que vayamos antes de que lleguen las nieves –contestó Noruz, volviéndose para salir.

Maryam siguió a Noruz por el patio en sombras y el viento le tiró del velo.

–Que Dios me ayude –se dijo en un susurro mientras se acostaba en el delgado colchón y cerraba los ojos.

La casa de mis padres estaba a oscuras salvo por una luz en el estudio de mi madre, que tenía las cortinas descorridas. Saeed salió del coche sin dejar de apretar contra su pecho el paquete del doctor Ahlavi. El aire era tan frío que entumecía, como si la mañana fuera a traer la primera helada del año, y me froté las manos después de apretar el timbre, esperando oír los pasos de mi padre en la escalera. Saeed volvió a llamar. La puerta seguía sin abrirse.

–A lo mejor se ha dormido –dije–. Ven, sé dónde está escondido el otro juego de llaves.

Levantamos el pestillo de la verja que había a un lado de la casa. El callejón estaba oscuro como boca de lobo; el aire olía a metal y a invierno recién llegado. Saeed me cogió de la mano y nos quedamos allí quietos, esperando a que nuestros ojos reconocieran las formas. Luego avanzamos con cuidado por un lado de la casa, cubierto de hiedra y telarañas que me rozaron la cara y la ropa. Cuando salimos de las sombras del callejón el jardín apareció con más claridad, resplandeciendo a la luz de una delgada luna creciente. No se oía más que el zumbido distante del tráfico, apenas un murmullo entre los árboles.

–No se ven las estrellas –dijo Saeed en voz baja.

–Están ahí –le aseguré–. Pero es difícil verlas a través de la contaminación.

Bordeamos el patio. El invernadero estaba en el extremo más alejado, cubierto de musgo y detrás de un alto seto de tejo. Entré. Estaba vacío, sólo había una bandeja de herramientas de jardín y una maceta boca abajo en un rincón. La levanté y cogí el sobre marrón que contenía las llaves. Cuando volvíamos a la casa vi luz en el desván, un pequeño cuadrado blanco, y la cara de mi padre mirando a través de los cristales emplomados, que la cortaban en pedacitos. Incluso desde aquella distancia parecía diferente, rígido y sin vida.

–Papá –susurré, con la mano en el hombro de Saeed.

Mi padre empujó la ventana, que se abrió con un crujido en el silencio. Lo vi asomarse, agarrándose con las manos al repecho y sacando medio cuerpo fuera. Alargó

el cuello y escudriñó las copas de los árboles. Me quedé mirándolo, incapaz de moverme o de decir una palabra. Entonces, con una voz que no reconocí, gritó:

–¡Maryam!

El grito reverberó en las tejas, recorrió los ladrillos y el empedrado, se deslizó por los callejones entre las casas silenciosas, se coló bajo los miradores y rozó la superficie de los estanques inmóviles, con sus grandes carpas ocultas en el fondo. Le contestó el ladrido ronco y urgente de un perro desde el otro lado de una puerta cerrada, y la sangre se agolpó en la cara. Mi padre desapareció de la ventana.

–Papá –jadeé otra vez, y mis piernas cobraron vida. Corrimos hacia la puerta principal; Saeed iba dando traspiés en la oscuridad. Busqué a tientas la cerradura y abrí.

–Espera en la cocina –dije, intentando que mi voz sonara tranquila, y subí volando la escalera.

La lámpara del estudio de mi madre proyectaba una luz oblonga en el oscuro descansillo, y eché una ojeada al interior de la habitación. El cajón de en medio de la cómoda estaba abierto y los velos, rosa oscuro y rojo granate, caían en cascada hasta el suelo. Todo lo demás parecía ordenado, pero los cajones del escritorio también estaban abiertos. Miré las fotografías y la cara de mi madre, con cuarenta años menos, me devolvió la mirada.

La puerta que llevaba al desván estaba cerrada, pero oí crujir las tablas del suelo sobre mi cabeza. Abrí la puerta sin hacer ruido y empecé a subir los escalones de madera blanca, ya muy desgastados cuando nos mudamos a la casa, treinta años antes.

–Papá –llamé en voz baja cuando llegué al último peldaño. Sentí una corriente de aire helado que venía de la ventana. Se oía el zumbido del tubo de neón.

–Hola, cariño –dijo antes de que pudiera verlo, con voz queda y agotada. Levantó la cabeza para mirarme. Estaba sentado en un viejo sofá de cuero embutido entre las cajas de embalaje grandes y pequeñas, los muebles desechados, los jarrones desportillados y las viejas pantallas de lámpara acumulados allí durante toda una vida. Tenía un vaso en la mano; en el suelo había una botella de vino tinto medio vacía. Su cara estaba perlada de sudor; tenía los bordes de los párpados enrojecidos e hinchados, y surgía de él una corriente de desesperación que surcaba todo el desván. Me tendió la mano desde el mar de cachivaches, estirando los dedos, y fui hacia él dejando escapar un sollozo.

–Oh, Sara –dijo–. No creo que tu madre vaya a volver esta vez.

Sus palabras rompieron contra las paredes, me anegaron e inundaron todo lo que teníamos alrededor, recuerdos, tableros de juego, adornos de Navidad, libros de segunda y cuadros caídos en desgracia apilados unos contra otros.

–No, papá –susurré, y los dos nos inclinamos hasta que nuestras frentes se tocaron; motas de polvo y esporas revoloteaban desde las vigas de madera del techo–. ¿Qué ha pasado?

Él se echó hacia atrás y se llevó el vaso de vino a los labios.

Abrí la boca para decir algo más pero él sacudió la cabeza, así que esperé mientras

bajaba la temperatura y nuestro aliento formaba en el aire nubecillas de un blanco grisáceo. Saqué unas viejas mantas de excursión de una bolsa de plástico que había detrás del sofá y se las puse sobre los hombros; luego me levanté para cerrar la ventana. Fuera se extendían las tejas cubiertas de musgo y, a lo lejos, el espacio oscuro de Richmond Park. Me volví, cogí otra manta para mí y me senté a su lado. Tenía un papel en las manos que no había visto antes.

–¿Has hablado con ella? –pregunté en voz baja.

Apretó los labios.

–No he podido. Llamé a Iran Air, y no se ha puesto en contacto con ellos para reservar el billete. Luego llamé a Shirin a Mashhad, y no han sabido nada desde que se fue. No tienen ni idea de cuándo va a volver.

–Tampoco es tan terrible –dije–. Se habrá retrasado.

–Esta vez es distinto, Sara. No sé por qué. Me habría llamado.

Fruncí el ceño tratando de entender y paseé la mirada por la habitación. Descubrí los lomos de un montón de libros que reconocí sin el menor esfuerzo: *Heidi*, *Alicia en el País de las Maravillas*, *Lo que hizo Katy*.

Él manoseaba el papel.

–¿Qué es eso? –pregunté; como no contestó, lo cogí. Era tan delgado como el papel de arroz, de color marrón y con un borde irregular; lo habían arrancado de un cuaderno de notas–. ¿Es de mamá? –pregunté, sabiendo que lo era. Una vez me había dibujado el árbol de la familia en el mismo papel, en las últimas páginas de un viejo diario: rayas cuidadosamente trazadas entre hermanos y hermanas, maridos y mujeres. Los nombres estaban escritos en farsi y en inglés, pero para mí no tenían ni rostro ni voz: Hashemieh, Soraya, Khadijeh, Ehzat. Me encantaba el sonido, parecía una brisa marina soplando entre dunas de arena–. ¿Es de la habitación de mamá? –pregunté de nuevo; pero él apartó la cara y miró a una mariposa nocturna que chocaba contra el tubo fluorescente. Desplegué el papel con cuidado. Era un poema. Había un sobre pequeño sujeto al borde de la página con un viejo clip. Lo quité para poder ver los versos, escritos en tinta azul celeste con la letra pulcra y redonda de mi madre. Los leí en voz alta: ¡Ah, amor, seamos fieles/ el uno al otro! Porque el mundo que parece extenderse/ frente a nosotros como una tierra de ensueños,/ tan variado, tan hermoso, tan nuevo...».

Mi padre me interrumpió:

–«No ofrece en realidad alegría alguna, ni amor, ni luz,/ Ni certeza, ni paz, ni alivio en el dolor...» –su voz se fue apagando–. Se lo enseñé yo cuando nos conocimos, ¿sabes? Solía pensar que era uno de los motivos por los que se casó conmigo –tenía la cara cenicienta y apoyó la cabeza en la mano–. Nos encontrábamos en St. James Park para ver a los pelícanos. Ella llevaba un abrigo maravilloso de color escarlata y yo la veía venir entre la gente, con el pelo suelto que le llegaba hasta la cintura –hizo una pausa. Había contado muchas veces esa historia–. Un día sacó un libro del bolso. Era rojo, como su abrigo. Ya había aprendido los primeros versos y sólo quería que le enseñara el

último. Pero no me dejaba que la viera practicar. Tenía que volverme de espaldas. Así que la escuchaba y miraba los tejados de Royal Horse Guards y pensaba que era el hombre con más suerte del mundo –hablaba con voz monótona.

–No tenías la menor posibilidad –susurré.

Era lo que decía en ese preciso momento cada vez que contaba la historia, con la que yo había crecido.

–No tenía la menor posibilidad –repetió en voz baja–. Pero no aprendió ese poema conmigo, Sara. Ahora lo sé –miró al suelo, las vetas, los arañazos–. En otra época pensaba que tu madre y yo éramos como dos ciegos intentando encontrarse en una habitación llena de gente. Ahora me pregunto si ella tan siquiera estaba allí, o si era yo solo el que iba tropezando en la oscuridad.

–No digas eso.

–Oh, Sara, siempre ha sido así. Ella nunca ha estado del todo aquí, aunque me he pasado la vida entera tratando de fingir lo contrario. Sólo quería atesorar los momentos que hemos compartido –miró a través de la ventana oscura–. He estado recordando el día en que la llevé a Whitby para que conociera a mi madre, después de comprometernos. Pensé que la ayudaría a sentirse un poco más integrada. Acordamos vernos en un restaurante del puerto y tomar pescado con patatas fritas. Desde la muerte de mi padre, mi madre vivía en unas habitaciones alquiladas, y supongo que no se sentía con ánimos para que fuéramos a visitarla.

Pensé en las fotos color sepia de mi abuela, de la época de la guerra, con blusas de manga corta y abombada, faldas prudentes, pelo castaño ensortijado, boca ancha. Murió antes de que yo naciera.

–Fuimos desde Pickering hasta el agitado mar del Norte. Mi madre iba muy arreglada. Casi no dijo una palabra durante la comida. Nunca había salido de Inglaterra. Creo que no sabía qué decir. Todo lo que recuerdo es el ruido de los cubiertos y el olor del pescado rebozado –meneó la cabeza–. Maryam apenas tocaba la comida, sólo la empujaba por el plato, y de pronto me sentí terriblemente avergonzado de haberla llevado allí, con aquellas mesas de formica baratas y los cubiertos de plástico. Y también me sentí avergonzado por mi madre, con su lápiz de labios color rosa. Maryam fue muy educada, pero tuvo que sentirse tan... bueno... fuera de lugar. Se disculpó, diciendo que el viaje la había mareado, y salió a tomar el aire.

Imaginé la puerta cerrándose tras mi madre y a mi padre solo con la suya, con todo y con nada que decir.

–Desde la ventana la vi bajar al mar por el sendero empedrado. Después de eso, mi madre no se quiso quedar. Se estiró la ropa, me pidió que la despidiera de Maryam y se fue a casa. Recuerdo el ruido de sus tacones contra el suelo. Me entristeció, porque debía de haberse comprado los zapatos para la ocasión. En fin, pagué y bajé al muelle a buscar a Maryam, y allí la encontré, con su abrigo rojo. Había dejado muy atrás a los pescadores y estaba de pie al final del espigón, agarrada a la barandilla como si temiera

salir volando. Corrí hacia ella contra el viento, y la oí susurrar en farsi. Cuando le cogí la mano y se dio la vuelta tenía la cara mojada de lágrimas y espuma, y creo que por un momento no supo quién era yo –se detuvo; su respiración hacía un ruido áspero al pasar por la garganta–. Le pregunté qué estaba diciendo y me contestó que le recitaba su poema al viento. «Su» poema, lo llamó, no el nuestro, el «suyo». Esbozó esa sonrisa tras la que se esconde. Dijo que estaba mandando «su» poema a Mashhad. La rodeé con el brazo y la acompañé de vuelta al coche, y en ese momento pensé que a lo mejor había deseado que se la llevase el viento; que de alguna manera yo la había retenido sin querer.

Guardó silencio, y recé para que Saeed no estuviera asustado en el piso de abajo.

–Volverá a casa, papá, lo sé –dije–. Mamá te quiere.

Él sacudió la cabeza.

–Sí, claro que me quiere, pero creo que en cierto modo nos hemos dejado atrás el uno al otro –se volvió hacia mí, con las mejillas flojas y sin afeitar–. No creo que vaya a acabar aquí sus días. Me ha dado todo lo que podía darme, y le estoy agradecido por eso.

Su voz era un susurro. Me moví para mirarlo a los ojos; parecía envejecer delante de mí, la carne se le encogía bajo la piel.

–Por Dios, papá, ¿es eso todo lo que sabes decir después de toda una maldita vida? ¿Que estás agradecido?

Él se inclinó y cogió el sobrecito que había estado sujeto a la hoja del poema. Había resbalado del sofá al suelo. Me lo tendió.

–¿«Toda una maldita vida»? –arqueó las cejas y soltó una carcajada–. No hace falta que me lo digas. Es «mi» maldita vida.

Apoyó la cabeza en las manos y yo le di la vuelta al sobre. Era como los que las organizaciones de caridad meten por debajo de la puerta pidiendo dinero, verde y descolorido como si lo hubieran dejado al sol. No estaba cerrado, y al principio pensé que no había nada dentro. Fruncí el ceño, pero luego deslicé el dedo por el interior y encontré un pedacito de papel duro, más pequeño que una foto de pasaporte, con uno de los lados cortado de forma irregular y los bordes amarillentos. Lo habían recortado de una foto más grande: se veía el perfil de un joven mirando por encima de su hombro. Lo reconocí de inmediato por la foto que el doctor Ahlavi nos había enseñado a Saeed y a mí.

–Ali –dije.

Mi padre alzó la mirada mientras yo sostenía la foto en la palma de la mano, y lo vi estremecerse por dentro. La cogió y la levantó a la luz.

–¿El criado de su padre? –preguntó con voz forzada y débil.

–Sí, creo que trabajó para su familia. El doctor Ahlavi tiene la foto entera. ¿De qué va todo esto?

–Creo que él le enseñó el poema. Ella nunca me dejó mirarla cuando pronunciaba los versos. Ahora creo que es porque los decía para otra persona.

–Eso no lo sabes, papá.

–Gritaba a menudo en sueños, pero me daba la espalda si le preguntaba. «El pasado que he dejado atrás», decía. «Seamos fieles el uno al otro» –escupió las palabras, con la cara crispada.

–No digas eso. Todo irá bien –él alargó la mano hacia la botella de vino–. No, ya es muy tarde –dije, poniéndole la mano en el brazo–. Descansa un rato. Lo verás todo más claro por la mañana.

–Tal vez –contestó–. Bueno. Ayuda a tu viejo padre a llegar a la cama.

Tenía los párpados medio cerrados cuando me puse de pie para levantarlo del sofá. Mientras bajábamos la escalera, dejaba caer los pies pesadamente en cada peldaño. Cruzamos el oscuro descansillo y entramos en su dormitorio; se desplomó en la cama, hundiendo la mejilla en la almohada.

–Me llevaré a Saeed a mi casa esta noche –le dije. Su respiración se volvió más regular.

Cerré la puerta y me apoyé en ella. Qué ganas tenía de descansar. De dormir mucho tiempo, sin sueños, con Julian acurrucado a mi lado. Volví al desván y apagué la luz.

Noruz despertó, como de costumbre, antes de amanecer, y vio romper el día desde el escalón del patio. No habría nieve, resolvió. Apartó la cortina, volvió a entrar y empujó con suavidad a Maryam para despertarla. Maryam paseó una mirada vacilante por la habitación antes de descubrir a Noruz y esbozar una sonrisa. Había dormido bien, profundamente y sin sueños. Las sábanas no estaban húmedas y retorcidas como solía encontrárselas en Londres. Se vistió debajo de las mantas, poniéndose varias capas de la ropa más abrigada que tenía; no había tiempo para que la estufa se llevara el helor nocturno.

Ali esperó fuera con el motor en marcha mientras Noruz iba a por una cesta con comida. Cuando todos estuvieron apretujados en el asiento delantero, Maryam, que seguía pestañeando de sueño, le sonrió a Ali por encima de la cabeza de Noruz. Se arrebujó en una manta y apoyó la frente contra el frío cristal de la ventanilla; la calefacción soplaba aire cálido a sus pies. Salieron despacio de Mazareh, que empezaba a despertar, y la llanura parda se extendió ante ellos, con las hondonadas y curvas llenas de bruma. El cielo se iluminó despacio mientras la camioneta subía y bajaba por los baches helados, que crujían bajo las ruedas. Vieron salir el sol por detrás de las montañas. Tocó los picos blancos, destelló en el parabrisas y encendió sus ojos, proyectando largas sombras allá donde volaban a toda velocidad pequeños pájaros, relámpagos de plumas blancas de la cola y alas pardas entre los cardos y el polvo.

Noruz se durmió otra vez, encorvada sobre la cesta que tenía en el regazo. Su respiración se hizo más ruidosa y Ali miró la silueta de Maryam recortándose contra el alba, las arrugas de su cara. Levantó una mano del volante y le hizo una caricia detrás de la oreja, a través del velo. Ella se volvió y lo miró con una ternura llena de paz y calidez,

como si acabara de despertarse, y ambos contemplaron las montañas erguirse ante ellos mientras Noruz roncaba. Se despertó tosiendo cuando Ali cambió de marcha y la camioneta empezó a subir las primeras colinas. Llevaban algo más de una hora de camino, y la luz del día bañaba la llanura.

Noruz se frotó los ojos en el aire cálido.

–Vamos a parar a desayunar algo, Ali –dijo, dando unas palmaditas en la mano de Maryam.

Se detuvieron en un saliente que miraba hacia Mazareh, bajaron y trataron de divisar el pueblo, perdido en la neblina matinal. El aire soplaba desde los picos nevados y Maryam respiró hondo: era tan dulce y helado como lo recordaba. Se volvió hacia donde Ali había extendido una alfombra en el suelo; Noruz sirvió té negro y azucarado de un termo. Todos se calentaron las manos por turnos con la taza de plástico, mientras los demás cortaban pan y queso de la cesta. Maryam miró hacia atrás intentando apreciar la distancia que habían recorrido desde las estribaciones de las montañas de Masjed, tras las cuales estaban Turkmenistán y Afganistán.

–Ojalá Sara estuviese aquí –miró a Noruz, después a Ali–. Mi hija –aclaró, y él asintió–. Es profesora. Os gustaríais.

Se sintió optimista y luego apartó la mirada, pensando en Edward con vergüenza.

–Pues dile que venga –Noruz arqueó las cejas y alargó la mano para coger más pan.

–Pero por ahora disfruta del día, Maryam, y olvida las batallas de tu mente –terció Ali–. Eres tú la que está aquí –miró los jirones de nubes en la cima de las montañas–. Mi padre me enseñó los nombres de esas montañas. ¿Los recuerdas, Noruz?

–Claro. Y el doctor Ahlavi contó una historia sobre ellos cuando te trajo hace tantos años –Noruz pensó en el Ali de aquellos días, con sus cortes y cardenales. Había ayudado a cuidarlo poco después de casarse, y menos mal, pensó, o ella también se habría enamorado de él.

Ali asintió mirando al cielo.

–*La historia de Gossemarbart.*

–No la conozco –dijo Maryam.

–No estabas aquí –dijo Ali dulcemente.

Ella apoyó la cara en las manos.

–Recuerdo el nombre, Gossemarbart, pero no sé qué montaña es.

–Estamos en ella –Ali se puso en cuclillas y pasó los dedos por la tierra.

–Entonces *salaam*, Gossemarbart –Maryam hundió sus propios dedos en la tierra helada, que se le metió bajo las uñas–. ¿Cómo se llaman las demás?

–Ven, te las voy a enseñar.

La llevó más allá de un afloramiento rocoso, desde donde podían ver los picos que se extendían a ambos lados en la pálida mañana. Los pies de Maryam resbalaban en la pizarra, y cuando miró por encima del hombro ya no vio a Noruz. Ali la atrajo a su lado. Ella se quedó de pie junto a él y siguió su mano, que señalaba una cima solitaria,

prominente e irregular, tras otra, gris oscuro y azul lavanda; el viento hacía volar la nieve acumulada en las cornisas y la mezclaba con las nubes.

–Mazar. Allahgar. Doshargh.

Ali pronunciaba cada nombre y Maryam lo repetía.

–Koosorg. Khomari. Sarhang.

Maryam se volvió a mirarlo mientras hablaba. Tenía el cuello del chaquetón levantado para protegerse de la brisa, y una barba gris de tres días en la piel morena.

–Salbarla. Nesar. Solehmoneh. ¿Estás escuchando, Maryam Mazar?

Ella sonrió al oír su tono de maestro.

–Araqehmah. Sardasht. Barrahkar.

Maryam susurró los nombres a su lado; era como aprender a respirar otra vez.

–Zeerat. Tomor. Gossemart.

Se cogieron de la mano.

–Tanto tiempo –dijo ella, emocionada.

Se quedaron allí de pie, en medio del frío.

Cuando regresaron, Noruz estaba sentada en la cabina de la camioneta; ellos se apretujaron a ambos lados. Noruz frotó la mejilla de Maryam con el dorso de la mano mientras Ali ponía el motor en marcha. Arrancó gruñendo y siguieron camino, subiendo despacio por la ladera de la montaña bajo los tenues rayos del sol. A mediodía ya estaban muy por encima de la llanura.

–Tenemos unas cuantas horas antes de que se haga de noche –Noruz miró al cielo–. En esta época del año el sol se pone temprano. Haced una hoguera vosotros dos. Yo me quedo aquí dentro, al calor.

Cuando Maryam bajó de la camioneta, una ráfaga de viento frío entró en sus pulmones; se le cortó la respiración y los ojos se le llenaron de lágrimas. Pero sentaba bien, purificaba. Se ciñó el abrigo. Ali le puso una manta sobre los hombros; sus dedos le rozaron suavemente el cuello. Se habían detenido en una estrecha meseta; cuando le dieron la espalda al viento no les costó mucho andar. Maryam echó la cabeza hacia atrás para contemplar la pared vertical de roca de un pardo grisáceo, surcada de grietas profundas y oscuras, con nieve y hielo en las cornisas. No encontraron mucha leña, sólo ramitas de arbustos y hojas secas que crujían a causa del frío. Caminaron entre los peñascos mientras la montaña susurraba.

–He traído algunos troncos en la camioneta –dijo Ali–. Tenemos suficiente.

–Has pensado en todo –ella sonrió y Ali se encogió de hombros; ahora le tocaba a él no estar seguro de lo que era real–. Estamos aquí –dijo Maryam dulcemente, y él se miró las manos. La luz invernal se reflejaba en sus mejillas–. Ven, vamos a vagabundear un poco –le tendió la mano.

Ali observó sus dedos extendidos; ella siguió su mirada hasta el anillo de boda y todo lo que representaba, sus otros inviernos, una vida diferente. La mano de Ali acunó la de Maryam.

–Hagamos que este día sea nuestro –dijo. Frunció el ceño con simpatía y sacó el anillo de Maryam deslizándolo sobre el nudillo y la uña, sucia de tierra. Se lo puso en la palma de la mano–. No fue una boda musulmana –Maryam negó con la cabeza, tanto para sí misma como ante sus palabras–. Ven.

Ella se miró la palma de la mano, sin moverse, recordando la lluvia negra sobre una acera de Londres y su blanco velo de novia ondeando al viento. Cerró el puño con el anillo. Sólo un día. Parecía haber existido en su mente desde siempre: la posibilidad, la pérdida y la promesa extendiéndose hacia delante y hacia atrás a lo largo de los años.

–No, Ali –dijo al fin–. Así no. Más que cualquier otra persona, tú tienes que aceptarme tal como soy.

Se puso otra vez el anillo en el dedo sintiendo una opresión en el pecho, rabia y tristeza.

Ali echó la cabeza hacia atrás para mirar al cielo y carraspeó.

–Eres la misma de siempre.

Vio la angustia en los ojos de ella.

–No nos rebajes a ninguno de los dos –Maryam se volvió hacia las llanuras–. Tenemos más que este único día, siempre lo hemos tenido. Mentalmente, hablamos más en un solo momento que otros durante toda una vida.

Él cerró los ojos.

–¿Sí? ¿Más que con tu marido?

–¿A ti qué te parece? –contestó ella–. Es un buen hombre, pero ni siquiera compartimos el mismo idioma, los mismos recuerdos. Cuando le hablo de mi amor por Mazareh, significa bien poco para él. Cuando le hablo de mi infancia, le hablo de un país que no consigue imaginar. Pero me dio respeto y el hogar que creí no volver a tener nunca. Es el padre de mi hija.

Ali exhaló el aire; pasaron unos segundos.

–Lo siento, Maryam. Por este momento, por aquella única noche, por el daño que hizo y por todas las noches que vinieron después.

Ella sacudió la cabeza. Había sido el principio y el final de todo. Ambos habían pagado el precio. No quería pensar en ello.

–No hace falta, Ali. No hace falta.

Se quedaron allí de pie, separados, mirando al suelo, hasta que Maryam dio un paso y volvió a cogerle la mano. Ali inclinó la cabeza y esta vez cerró la suya suavemente alrededor de los dedos de Maryam y del frío anillo. Caminaron despacio a lo largo del borde de la meseta, sin decir nada, mirando las cortinas de arena girar e hincharse por las llanuras mientras las nubes se rasgaban en jirones sobre sus cabezas. Llegaron a un gran bloque de piedra color azafrán que sobresalía de la montaña, suspendido sobre el valle; Ali trepó a él y ayudó a subir a Maryam. Se sentaron el uno junto al otro, en mitad del cielo. El espacio se precipitaba hacia abajo en todas direcciones. Respiraron ese aire. La

llanura estaba lejos, en el fondo, repleta de vacío. Esto siempre ha estado aquí, pensó Maryam, todo este tiempo, y seguirá aquí siempre.

Miró el dorso de la mano de Ali, el vello negro y las venas gruesas.

–Nos hemos hecho viejos –dijo. El pelo se le había escapado del velo y flotaba libre.

–Soy más viejo cuando no estás aquí, *joon-am*.

Ella sonrió y apoyó la cabeza contra la roca.

–*Joon-am* –repitió–. Creía que nunca oiría esas palabras.

–Shhh, mira –susurró Ali; justo al lado del saliente, planeando en una corriente de aire, un halcón se elevaba desde el valle con las alas extendidas.

–¡Ajá! –Maryam abrió ambos brazos al cielo y Ali se echó a reír al viento.

Más tarde, mientras Maryam se calentaba las manos junto a la hoguera, Noruz sacó cordero frío y arroz de la noche anterior. Ali metió la carne en un trozo de pan y lo calentó, pinchado en un palo, sobre la leña humeante. El cielo ya se estaba tiñendo de un azul más oscuro y las sombras se alargaban de nuevo por la llanura. Habían movido la camioneta para que los resguardara un poco, a ellos y al fuego, y Noruz se metió dentro a comer.

–Había olvidado que los días podían ser así –susurró Maryam, y Ali asintió haciendo girar el palo sobre las brasas, que reflejaban chispas en su ojos.

Comieron con hambre, en silencio, mirando a lo lejos. Cuando terminaron, Ali dispersó las cenizas grises a la luz del atardecer, dejando un círculo negro y calcinado en el suelo. Maryam, un poco apartada, contempló el declive del sol sobre las montañas del extremo más alejado de la llanura; Mazareh y la huella de una pálida luna se interponían entre el ocaso y ella. Ali se acercó y ella apoyó la frente en la gruesa trama de ropa que le cubría el hombro.

–Sabes que he dejado atrás una vida, un hogar –dijo–. No puedo deshacer lo que he vivido.

–No te voy a pedir que lo hagas, Maryam.

El viento se arremolinó en torno a ellos, así que se reunieron con Noruz en la camioneta y empezaron a bajar por el camino lleno de meandros de la montaña. Las luces de los faros fueron dando sacudidas por las curvas hasta que, al cabo de mucho rato, se encontraron otra vez en el valle.

Llegamos muy tarde a casa, y Saeed se quedó dormido en el sofá. Lo arropé con un edredón y me arrastré escaleras arriba hasta mi cama.

Por la mañana, cuando abrí las persianas y el aire frío se coló por los bordes de la ventana, lo oí en el piso de abajo. Me estremecí con el vívido recuerdo de la noche anterior mientras me vestía, mirando el revoltijo de nuestras cosas y la repisa de la chimenea llena de fotografías. Julian volvía a casa ese fin de semana, por fin. Bajé sin hacer ruido, descalza sobre el suelo de madera, y vi a Saeed entrar por la puerta principal con las latas de pintura que habíamos traído en el coche.

–¿Has dormido bien? –pregunté, y el asintió, con los ojos otra vez brillantes a la luz del día. Había dejado salir a Creswell, que olisqueaba las hojas a la sombra de la valla del jardín, y sacó su cuenco para que comiera. Los miré a través de la ventana; los árboles resplandecían mientras el sol matinal fundía la escarcha. «Ayuda a tu viejo padre a llegar a la cama.» Pensé en mi padre y fui a la sala a llamarlo. Me senté al lado de la foto en blanco y negro de su boda.

–¿Cómo estás? –pregunté.

Tenía la voz cansada.

–Ya no lo sé, Sara –hizo una pausa–. Lamento lo de anoche –intenté protestar, pero no me dejó–. He decidido irme solo unos días, si puedes quedarte con Saeed.

Me sorprendió.

–Claro, sí. ¿Vas a Whitby?

–A quitar las telarañas.

Lo dijo con más ligereza.

–Bueno, parece una buena idea. ¿Estarás bien?

–Sí. Tú eres la que tiene que cuidarse... Te llamaré.

Volví a la cocina y me apoyé en la mesa. «Es mi maldita vida.» Miré la pared, con sus manchas y lamparones familiares, y decidí quitar el reloj antes de hacer nada más. Pesaba mucho cuando lo sujeté contra la cadera, llenándome los dedos de polvo. Lo puse detrás del sofá; dejó en la pared una sombra más clara en forma de ojo de cerradura. Cuando Saeed volvió del jardín empecé a preparar el desayuno, y él fue a buscar el regalo del doctor Ahlavi. Se sentó a la mesa, acarició con los dedos la encuadernación de piel y fue pasando las gruesas páginas.

–Mira, Sara, dentro de la tapa hay un cuento –sacó un cuadernillo de pergamino color crema, escrito en farsi–. *La historia de Gossemarbart*.

Cogí una silla y pensé en el doctor Ahlavi, preguntándome si sabía que el cuento estaba allí. Pasamos las páginas y una arena roja y fina cayó de los dobleces a la mesa. Saeed la tocó con las yemas de los dedos.

–Es del mismo color que la tierra en Torbat, la casa de mi familia en las afueras de Mashhad.

–¿Puedes leer la primera línea? –pregunté, recordando los cuentos que nos leía mi padre durante las noches de verano o a la luz de la lámpara en invierno.

Saeed siguió la escritura de derecha a izquierda.

–Érase una vez, hace mucho tiempo, una niña nacida en las laderas color azafrán de Gossemarbart, así que la montaña le dio su nombre... –sonrió y se llevó el cuadernillo a la cara–. Huele como mi casa.

–Luego leeremos más –prometí–. ¿Pintamos antes?

Él asintió y guardó el cuadernillo con cuidado.

Cuando terminamos de desayunar, busqué la plantilla que Saeed iba a necesitar para el troquelado; la encontré en el armario que había debajo de la escalera, con un cuchillo

afilado y una sábana para proteger los muebles del polvo. Saeed puso un cojín en el suelo y se sentó con la espalda contra el radiador, concentrándose, mientras una gacela surgía de sus manos. Desplegué la sábana debajo de la pared de la cocina. Estaba salpicada de pintura azul pálido de nuestro dormitorio y pintura amarilla del vestíbulo, de la época en que nos casamos y nos trasladamos a la casa. Recordé cómo le daba masajes en el cuello a Julian, que lo tenía dolorido de tanto estirarlo hacia atrás, y cómo él se daba la vuelta, me tiraba al suelo y hacíamos el amor en el entarimado. Puse cinta adhesiva rodeando el marco de la puerta y sobre el zócalo; la hiedra, mecida por la brisa, golpeaba el cristal de la ventana. En la pared sólo quedaba el amuleto de Fátima, colgado de una cadena de plata. Era una piedra plana y circular con un punto negro en el centro, como una pupila, rodeado de azul oscuro y turquesa: un ojo que protegía del mal. Lo descolgué. Era liso y pesado. Lo dejé en la mesa y le di un empujoncito con el dedo. Giró y me hizo un guiño.

–Saeed, ayúdame con esto –dije; abrí la primera lata de pintura y la eché en la bandeja como si fuera nata. Él se acercó y se quedó de pie a mi lado mientras el rodillo la absorbía–. ¿Cómo describirías el color azafrán? –pregunté; él ladeó la cabeza y miró por la ventana, escuchando el traqueteo de los coches que resollaban en la calle.

–Encendido como el crepúsculo –sugirió.

–¿O como la sangre cuando te cortas y mana de la herida?

Él hizo una mueca y yo pensé en la ecografía de mi hijo, la piel translúcida, la vida roja y palpitante; una vida desaparecida. Hice un esfuerzo por pensar en otra cosa.

–Henna en los dedos de mi madre –dije.

–La tierra de Torbat o el polvo de Gossemarbart –contestó.

Levantamos juntos el rodillo y trazamos la primera franja ardiente en la pared sucia y apagada. Creswell ladró debajo de la mesa. Metí la mano en la pintura y dejé una huella en la pared. Saeed hizo lo mismo. Su mano era más pequeña; ambas habían marcado en la pared los montículos carnosos, las líneas de la vida.

–¿Qué más? –pregunté mientras volvíamos a empapar el rodillo de pintura.

–Lava –casi gritó Saeed– que sale ardiendo de la tierra.

–Las brasas del *hookah*; a ver si lo mejoras.

–Amapolas y granadas.

Sentí que los ojos se me llenaban de lágrimas y me eché a reír. Levantamos el rodillo y trazamos otra llama en la pared.

–Siif –exhalé, y Saeed me imitó, riendo por lo bajo con los brazos tensos. Ya era hora, pensé, apoyándome en la mesa mientras el día se extendía ante nosotros–. Vamos a poner un poco de música.

Limpiamos con unos trapos antes de ponernos otra vez manos a la obra. Sonaba un jazz suave que me recordaba a Julian.

Mientras pintaba recordé un domingo, a principios de verano. Había subido al piso de arriba y había olvidado para qué. Me quedé mirando por la ventana. Soplabla una dulce

brisa impregnada de madreSelva, jazmín y dedalera cabeceando en el jardín. Me tendí sobre el edredón blanco y me quedé dormida. Me despertó Julian acariciándome el pelo detrás de las orejas, y me incorporé para besarlo, medio dormida, mientras sentía sus labios en el cuello y sus manos abriéndome la blusa. Hicimos el amor despacio, muy despacio. Y lo sentí ocurrir, en ese mismo momento: algo fondeó dentro de mí. Me acurruqué y se lo dije en un susurro mientras él me besaba los párpados. Qué lejos parecía ahora aquella alegría vertiginosa.

Recordé otro verano, muy anterior. Tenía veinticuatro años y acababa de terminar mis estudios. Un grupo de compañeros y yo habíamos alquilado una casita en la costa norte de Norfolk, la vivienda de un viejo pescador, llena de pasillos serpenteantes y con un laberinto de habitaciones tan combadas que ninguna puerta cerraba bien. Estaba encajada al final de un callejón empedrado, cerca de las dunas y del mar. La alquilamos por un mes; de inmediato la vida se volvió más sosegada en aquel aire lleno de sal y de gaviotas.

Julian llegó de Londres un fin de semana. Nos habíamos conocido en Oxford; o más bien no nos habíamos conocido, como me recordó después. Yo acababa de terminar mi primer año y Julian había ido a invitar a su hermano, amigo mío, a tomar algo en Turl Tavern. Otros amigos y yo habíamos estado remando con pértiga y se nos había hecho tarde; una tormenta de verano picó el Cherwell e hizo brillar las hojas y las fritilarias de cabeza de serpiente. «No crecen en ningún otro sitio, sólo en este prado que anegan las crecidas del río», me habían dicho, y me arrodillé a mirar las hojas moteadas de púrpura y los estambres de color naranja. Entramos al pub armando ruido y Julian alzó sus ojos azul grisáceo desde una mesa junto a la ventana. Tenía delante un libro y la mano en una pinta de Guinness a medio beber. Frunció el ceño al ver a toda aquella gente pidiendo bebidas, y luego sus ojos se posaron en mí, estudiándome; yo eché una ojeada a mis piernas desnudas manchadas de barro, al pelo mojado que me colgaba en mechones sobre los hombros, y le devolví la mirada, «como un animalillo asustado», me dijo años después. Le di la espalda y me marché sin más; fui resbalando por los adoquines mojados de camino a casa. «No te escapes otra vez», me dijo al llegar a Norfolk, agachándose para no tropezar con una viga baja al salir al jardín de la casita del pescador. Fruncí el ceño y aparté la mirada. Volvió el fin de semana siguiente, y los demás me tomaron el pelo. Mi madre llamaba todos los domingos para asegurarse de que estaba bien, aunque lo hacía más por ella que por mí.

Durante nuestro último fin de semana en Norfolk, Julian me llevó en coche a Holkham Bay. Estuve callada durante todo el viaje, contemplando los setos y la luz en un cielo lleno de reflejos del mar. Un cernícalo planeó y descendió en picado; los maizales se estaban convirtiendo en paja. Aparcamos y llevé las chanclas en la mano por las dunas, disfrutando al sentir las asperezas entre los dedos de los pies; estiré los brazos, respirando la fragancia de las agujas de pino del bosquecillo que teníamos detrás. La playa se extendía ante nosotros hasta el infinito, bajo un cielo azul inmenso, con nubes altísimas de color blanco grisáceo. «Un cielo inglés», dijo Julian, y me cogió de la mano.

Empezamos a pasear en silencio y yo miré de reojo nuestros dedos entrelazados; rodeábamos con cuidado las medusas que el mar había arrojado a la orilla, rosadas y translúcidas.

Al volver nos alcanzaron las nubes de tormenta; la arena empezó a correr como un río contra nuestros tobillos y nos refugiamos bajo los árboles. Entonces Julian se volvió e inclinó su cara bronceada hacia mí; yo lo miré. «¿Quién eres?», dije, y alcé los labios hacia su boca.

Ése fue el principio.

Empecé a dar clases en Londres. Le preparaba recetas de comida persa y lo llevaba por las hileras de tiendas iraníes cerca del Olympia, cuevas encantadas donde sonaba la música con la que yo había crecido; comprábamos granadas, *gaz* e higos secos, y luego nos emborrachábamos con vino tinto y bailábamos al compás de sus cintas de los Mills Brothers.

Dejé el rodillo y fui a por un vaso de agua, haciendo entrechocar los cacharros en el fregadero; llené otro para Saeed antes de salir al jardín a estirarme un poco. Era media tarde y el cielo ya se estaba tiñendo de un gris violáceo; oí a los niños que volvían del colegio y a los que jugaban en el jardín de al lado.

Diez años antes, durante el otoño que siguió a aquel verano en Norfolk, Julian me llevó a conocer a su abuela a Lanesborough, que dominaba Hyde Park. Su abuela había sido una chica liberada y a la moda en los años veinte, una *flapper*, y todavía conservaba el mismo espíritu ochenta años después. Tenía mejillas arreboladas y ojos risueños, venas marcadas en el dorso de las manos, que temblaban cuando levantaba la taza de té; había dos bastones de roble macizo apoyados en su silla. Me encantaba oírla hablar, pero de pronto me sentí muy lejos de todo aquello: de ella, de Julian, de la decoración verde menta y rosa flamenco, del juego de té de plata y de las doncellas con delantales blancos. Julian debió de notarlo en mis ojos; al fin y al cabo, lo había notado cuando nos conocimos. Sonreí y fui al cuarto de baño. «A empolvarte la nariz», dijo la abuela de Julian con un guiño; apoyé la frente en los fríos azulejos de mármol.

Cuando volví, Julian me esperaba sentado en un sofá.

–No te escapes otra vez –me tendió la mano.

–No. Tú sabes que tu familia es distinta a la mía –dije–. Es como si siempre hubieran estado aquí y supieran que todo es así, como ha sido siempre.

Él frunció el ceño y yo cerré los ojos, concentrándome en explicárselo.

–Mis padres tuvieron que empezar de cero: no había rutinas, no había una gran familia, no había tradiciones ni formas de hacer las cosas que te hicieran sentir que pertenecías a algo que siempre ha existido. No había costumbres espontáneas. Mi padre tenía sus costumbres inglesas y mi madre sus costumbres iraníes, y todo estaba mezclado. A veces era maravilloso, pero otras veces resultaba horrible: alguna persona era desagradable o grosera porque no entendía lo que ella decía o quería decir, ni su frustración.

Él me rodeó los hombros con el brazo.

–Creo que sé lo que quieres decir. Es lo que te hace diferente. Nunca supones o das nada por sentado. Escuchas lo que digo, e incluso cuando me cuesta encontrar las palabras adivinas lo que siento, a veces mejor que yo mismo –se echó a reír–. Creo que es porque creciste siendo, de alguna manera, los ojos y los oídos de tu madre. Eso te ha hecho atenta y sensible.

Esa misma tarde, al volver de Lanesborough, nos acostamos juntos por primera vez, mi primera vez.

–Ésa es tu parte extranjera –dijo Julian–. Reservándose.

Meneé la cabeza. Si hubiera oído las historias que contaba mi madre, sus negras aprensiones... «En Irán repudian a las mujeres sólo por la sospecha de deshonor. Valórate siempre, Sara.»

Mirando al jardín pensé en ella y en Ali, y en las palabras de mi padre: «aprendió el poema por él».

–¿Tuviste novios antes de conocer a papá? –le pregunté una vez a mi madre, cuando era pequeña.

–No, claro que no. Irán no es así.

Me dio la espalda.

–¿Por qué no? –insistí.

–Simplemente no se hacía, Sara. La gente se casaba. No había novios.

–Pero ¿qué pasaría si tuvieras novio?

–No lo sé –sus ojos llamearon–. Te castigarían.

Terminamos la pared al anochecer. El color rojo anaranjado resplandecía, y Saeed me miró sonriendo. Me lavé las manos, preparé té y tostadas y me senté a su lado mientras él dibujaba el contorno de una rosa.

–Cuéntame algo de Irán, de Torbat y tu casa en las afueras de Mashhad –le pedí–. ¿Es como Mazareh?

Él dejó el dibujo, llamó a Creswell y le dio unas palmaditas en la pata.

–Nunca he estado en Mazareh –contestó–. Mi madre decía que era sucio y frío. Nuestra casa no está muy lejos de Mashhad. Sales de la autopista y coges un camino de tierra. La finca está en una ladera, un poco más arriba de un grupo de manzanos donde damos patadas a las hojas en otoño –sonrió abiertamente–. Tienes que subir un sendero empinado para llegar. Hay una habitación muy grande con chimenea y veranda, donde dormimos si hace calor. Algunos fines de semana iba allí con mi madre, solos los dos. Encendíamos el fuego y nos sentábamos en la veranda a oscuras. Ella me contaba historias sobre los árboles. Decía que a la luz de la luna se convertían en espíritus con ramas blancas como las alas de los ángeles.

–Me gustaría ir alguna vez –dije, deseando que mi madre me hubiera contado más cosas así de su casa y de su familia.

–A mí también –dio un hondo suspiro y se pasó la manga de la camisa por la cara–. «Mírame a los ojos», me decía mi madre si me asustaba un ruido en los árboles. Lo dijo también cuando se estaba muriendo: «Mírame a los ojos» –su mirada erró por la habitación y yo le cogí la mano–. Los miro en sueños. Ella sigue ahí.

–Siempre estará ahí –contesté, dándome cuenta de que mi madre también seguía ahí. A lo mejor así son las cosas, pensé. Y mi hijo, chupándose el pulgar, sin un solo parpadeo. ¿Cómo nos habíamos mirado, cómo nos habíamos apoyado el uno al otro en la oscuridad? Me alegro mucho de que estés aquí, Saeed –vimos caer la noche al otro lado de la ventana–. Vamos a descansar mientras se seca la pintura.

La casa estaba tan helada que me metí debajo del edredón. Intenté llamar a Julian, pero saltó su contestador. Imaginé la red de calles bajo el edificio de su oficina en Manhattan, la prisa de la gente, los ascensores aéreos, la Quinta Avenida llena de animación y luces de Navidad. Me quedé dormida y soñé que patinaba en la pista de Central Park con los pulmones llenos de oxígeno, mientras los rayos del sol brillaban entre los árboles y me entibiaban la piel, una vuelta y otra y otra. Luego volé entre las ramas hacia un cielo rojo sangre.

Cuando me desperté era de noche. Había dormido horas. Me desperecé, rodé fuera de la cama y bajé la escalera de puntillas, haciendo el menor ruido posible. La televisión parpadeaba en silencio en la sala, a oscuras. Oí tras la puerta de la cocina el siseo de la pintura en spray; olía a caramelos. Llamé con suavidad.

–Entra.

La voz de Saeed estaba llena de expectación.

Miré a mi alrededor desde el umbral. Las formas que había pintado bailaban y giraban en ocre oscuro, canela tenue y oro bruñido. La luz tormentosa brillaba en la mesa. Era maravilloso, como una pintura rupestre o algo robado de un templo inca o maya.

–Persépolis –dijo Saeed, que estaba de pie en una silla añadiendo las últimas estrellas a una pequeña constelación que había pintado cerca del ángulo del techo.

Creswell me empujó las pantorrillas con el hocico y entramos los dos. Gruñó y luego le lanzó un ladrido alto y seco a Saeed, que resplandecía de pintura fresca.

Esa noche nos sentamos juntos a comer pan y queso. Me serví un vaso de vino y pensé en la noche de mi padre junto al mar del Norte, en mi madre en Mazareh, en Julian volando a casa al amanecer. Miré la pared y su baile de formas, que seguía en el centro de todo; Saeed bostezó y llevó su plato al fregadero.

–¿Tienes sueño? –pregunté, y él asintió con los ojos medio cerrados–. Gracias por este día.

Lo abracé y escuché sus pasos subiendo la escalera hacia el dormitorio.

En el frío de la mañana, Ali llevó a Maryam y a Farnoosh por un patio sin barrer y lleno de hierbajos oscuros hasta un edificio bajo de ladrillo donde vivían las profesoras solteras, vecinas de otros pueblos. Una de ellas se había puesto enferma, y Ali esperó

fuera mientras Maryam y Farnoosh abrían la puerta, que no estaba cerrada, y recorrían un pasillo oscuro y estrecho. A un lado, unos escalones llevaban a una pesada cortina que a su vez daba a una pequeña habitación. Había un hornillo de acampada en el suelo, delante de una ventana amplia, opaca de polvo y apenas cubierta por una delgada tela de algodón que dejaba pasar la luz.

En un rincón, sobre un montón de alfombras, vieron a una mujer acostada de lado bajo una sábana pulcramente zurcida. Hacía demasiado calor en la habitación y Maryam se tapó la boca con el velo, como Fátima le había enseñado a hacer años atrás en los fétidos barrios pobres de Mashhad, en la periferia del bazar. Farnoosh se arrodilló junto a la mujer y le secó la cara con el borde de la sábana.

–¿Qué le pasa? –preguntó Maryam.

–Hace una semana que tiene dolores de estómago, pero no quería preocupar a nadie. Para ser profesora, has sido muy tonta –Farnoosh meneó la cabeza mirando a la pálida mujer.

–¿Cuántos años tienes? –le preguntó Maryam.

–Treinta y tres.

La mujer la miró con ojos cansados.

–¿Quieres que te traiga algo?

–Un poco de té, por favor.

Maryam se volvió. La mujer tenía la misma edad que Sara, pero Maryam sabía que su hija nunca estaría tan exhausta, por muchos años que pasaran. Había una pequeña tetera en un rincón, así que se arrodilló para encender el hornillo.

–Puedo traer agua.

La voz sonó debajo de una mesa a su lado, sobresaltándola. Levantó la tela y encontró a un chiquillo más pequeño que Saeed, de unos diez años, con manchas de lágrimas en torno a los grandes ojos castaños.

–Hola. ¿Cómo te llamas? –le preguntó.

–Bijan Ku'cheek –murmuró el niño.

–Hola, joven Bijan –dijo otra vez Maryam, tendiéndole la mano–. Encantada de conocerte. Soy Maryam Mazar.

Él salió a gatas y se volvió a mirarla en el centro de la habitación, una sola vez, antes de agacharse a coger la tetera, empujar la cortina e ir al caño de agua que había en el exterior del edificio. Maryam oyó su voz débil y aflautada hablando con Ali debajo de la ventana mientras ella le tendía a Farnoosh un estetoscopio. Pensó en lo inútil que se había sentido durante tanto tiempo, sin hacer otra cosa que cuidar el jardín, cocinar y esperar. El niño volvió con los brazos en tensión, sujetando la tetera llena.

–Bueno, ¿y quién eres? –preguntó cuando Bijan puso la tetera en el hornillo.

–Mi hijo –dijo la mujer enferma.

–Tenemos una pizarra para nosotros en la habitación de al lado –dijo Bijan–. Sé escribir mi nombre en inglés.

–Qué listo –Maryam le pellizcó suavemente la mejilla–. Ven, vamos a hacerle un té a tu madre para que se ponga mejor.

Lo miró moverse en cuclillas, sacar de debajo de la mesa hojas de té, tazas y pasteles sazonados con cardamomo.

–Para los invitados –dijo con una sonrisa, y Maryam se metió uno en la boca.

–¿Dónde está tu padre?

–Se fue cuando me quedé embarazada –dijo la mujer–. Nos las hemos arreglado muy bien sin él, ¿verdad, Bijan?

–Yo cuido a mi mamá –dijo él, poniéndose de pie con cuidado y llevándole la taza despacio–. ¿Se pondrá buena pronto? –le preguntó a Farnoosh.

–Sí –asintió ella–. No es grave. Deberías ir al colegio, yo me quedaré aquí esta mañana. Por favor, acompaña fuera a Maryam Mazar y dile a Ali Kolahin que todo va bien.

–¿Estás segura? –preguntó Maryam.

Farnoosh pestañeó para confirmarlo y los echó agitando los brazos.

–Esta habitación es demasiado pequeña para todos. Salid, por favor.

Bijan cogió a Maryam de la mano.

–Esta señora va a dar la clase de mi madre –declaró cuando se reunieron con Ali bajo un cielo helado y blanco.

–¿Ah, sí? Entonces, vamos –le sonrió a Maryam–. A lo mejor podrías contarnos una historia o un cuento –cada uno cogió una de las manos de Bijan, y echaron a andar con el niño entre los dos.

–Ya cuidamos a un niño una vez –dijo Maryam, recordando al chiquillo que había recogido gritando del suelo hacía tantos años. Ali asintió y Maryam pensó en Saeed y en todo lo que había ocurrido mientras la arena soplaba desde las llanuras y se le metía en la boca y en los ojos. Miró moverse los tres pares de pies escalones arriba y luego entró en un aula donde había unos treinta niños.

Ali carraspeó en el umbral y todos alzaron la cabeza para mirarlo. Estaban sentados en el suelo con las piernas cruzadas, los niños delante y las niñas detrás.

–Hoy tenéis una invitada. Maryam Mazar va a contarnos un cuento.

Ella miró alrededor recordando la historia de Zohreh que contaba Ehzat, la luz de la lumbre y el olor de las comidas de Fátima, la voz de Edward. Sara se sentaba en el regazo de su padre en las noches de otoño y él le leía su cuento favorito.

–Sí, pero con una condición –Maryam sonrió–. Que me dejéis sentarme en el centro; en esta clase no tiene que haber ni delante ni detrás.

–Como tú quieras –dijo Ali.

Maryam pasó con cuidado entre los chiquillos y se sentó en el suelo con Bijan a su lado. Miró las caras vueltas hacia ella, los ojos expectantes.

–Por favor, cuéntanos tu cuento –dijo Bijan, tirándole de la mano.

Por encima de las cabezas de los niños Maryam miró a Ali, que seguía en el umbral.

Él asintió animándola, emocionado al verla allí por fin, como siempre había deseado. Ella oyó en su cabeza la voz de Edward; en cierto modo le dio la bienvenida. Y empezó:

–Se llama *Hansel y Gretel*. Era el cuento favorito de mi hija cuando tenía vuestra edad.

Ali miró por la ventana mientras escuchaba; entre el pequeño grupo de aquella habitación y las montañas no había nada salvo las llanuras pardas y vacías. Cuando cerró los ojos casi pudo imaginar a Maryam otra vez junto a la lumbre de Fátima, pero se dio cuenta de lo poco que sabía del mundo al que pertenecía su cuento. Al parecer ella no quería asomarse a esa otra vida con él, como si pudiera resbalar y caerse. Se preguntó si había sido así con su marido en Inglaterra: todo separado, pasado, presente, aquí, allí. Era una manera de sobrevivir. Al hablar de aquella vida, cuando se sentaban a tomar un té con Noruz, algo en Maryam parecía quedarse en blanco, carente del brío que tenía cuando la conoció, como si no estuviera del todo viva. No tenía ni idea de lo silenciosa que esa parte vehemente de Maryam había aprendido a ser.

Ali se volvió para verla allí, en el aula, contándoles el cuento a los niños, que se reían encantados de la desaparición de la bruja mala, quemada en el horno gracias a lo lista que era Gretel.

–Y entonces una paloma voló a través del bosque guiando a los niños lejos de la casa de chocolate y de regreso a su hogar, donde los esperaba su padre –Maryam recordó que en ese momento Edward cerraba el libro con un gesto elegante–. Y vivieron felices para siempre –miró las sonrisas satisfechas que la rodeaban.

Ali unió las manos.

–Vamos a dar las gracias a Maryam Mazar. Esperamos que vuelva otra vez.

Los niños y las niñas se pusieron de pie y aplaudieron, y Bijan tiró de Maryam para levantarla. Ella lo abrazó, echando de menos a Saeed y anhelando decirle que lo sentía. Deseó haberle contado cuentos, como Mara habría esperado que hiciera. Los niños salieron corriendo al patio de recreo.

–Gracias –le dijo Maryam a Ali en medio del jaleo.

–Por favor, conviértelo en una costumbre –contestó él.

Esa tarde, Maryam se sentó junto a la estufa; un brillante cuadrado de luz blanca entraba, sesgado, por la ventana. Escuchó a Noruz ajetreándose en la cocina. Miró la página en blanco que tenía en el regazo y pensó en su hija, en diferentes cumpleaños, en los ojos grandes y esperanzados de Sara y en la última vez que la había visto, tendida en el puente, mientras la gente miraba por las ventanillas de los coches y la sirena de la ambulancia luchaba por abrirse paso. Intentó imaginarse a Sara en ese momento, en su casa, mirando por la ventana, con el pelo recogido en una coleta y un montón de ejercicios por corregir delante. Cogió el bolígrafo.

Mi querida hija,

¿Cómo escribirte? Mientras ando por las llanuras y las montañas donde crecí, estás siempre en mi corazón

y en mi cabeza. He estado pensando en la primera vez que te tuve en brazos, ensangrentada y preciosa, lo más maravilloso del mundo, y en el daño que te he hecho.

Maryam miró lo que había escrito en ese prudente inglés tan opuesto a lo que sentía, a la oleada de farsi que debería derramarse por la página.

Ojalá tuviera palabras para decirte lo que siento sobre muchas cosas, lo agradecida que estoy por haberte visto crecer y convertirte en la mujer que eres. No espero ni te pido que me perdones, Sara. Estoy más allá del perdón.

Dejó el bolígrafo y puso el papel en el suelo. «Más allá del perdón», pensó, cerrando los ojos y viendo desvanecerse tras los párpados un negativo en blanco y negro de la habitación. Así he vivido mi vida. Imaginó a su padre volviéndose hacia ella, su silueta en la cambiante oscuridad, el olor a humo de cigarrillo de su ropa.

—Era poco más que una niña —susurró—. ¿No merecía piedad?

Sintió que se empapaba hasta los tuétanos de la vida como siempre había sido: esa expresión en la cara de su madre y en los ojos asustados de Saeed. Si lo que sentía fuera un sonido, rompería el cristal; era una vibración bajo la piel, siempre ahí desde aquel día en los barracones. En su imaginación, los pasos de los soldados se convirtieron en los de Saeed y Sara corriendo hacia el puente. Sus jadeos sustituyeron la risa de un niño; en sueños veía sus ojos en blanco, como los de los animales aterrorizados. Apretó la nuca contra la pared.

—Me enseñaste bien a ser implacable, padre —se llevó las manos a las sienes—. Noruz —llamó con la garganta reseca.

Noruz salió corriendo de la cocina.

—¿Qué tienes?

Maryam la miró, con la cara tensa y llena de manchas rojas.

—Noruz, ¿qué me ha pasado?

Tenía los puños crispados en el regazo. Volvió la mirada hacia la brillante luz del día y Noruz desató la cortina de algodón, blanca con amapolas rojas, para que el sol no le diera en los ojos.

—¿Qué quieres decir? —se arrodilló y cogió la mano de Maryam.

—A veces me atormenta el pasado —Maryam bajó la cabeza.

—Chitón —susurró Noruz, mirando a Maryam a los ojos—. Déjame contarte lo que me enseñó una vez el doctor Ahlavi. Tiene que ver con el patio de tierra que hay fuera. Es una historia sobre el mundo y el tiempo. Me la contó un día que yo estaba triste.

Maryam cerró los ojos y escuchó a Noruz.

—Ya sabes que el azafrán crece en el patio todas las primaveras. Salen brotes verdes de la tierra, así porque sí. Un día aparecen las flores de color púrpura como la noche, como las noches cuando éramos jóvenes. Y dentro de los pétalos crece el azafrán color sangre. Y luego las plantas mueren, y la mierda de los pollos vuelve a ensuciar la tierra. Así son

las cosas: azafrán, mierda; azafrán, mierda –Maryam sonrió al oír esa palabra en labios de Noruz–. Yo estaba triste y el doctor Ahlavi me dijo que recordara que el azafrán sale de la suciedad.

Maryam pensó en él y miró el abanico de arrugas junto al rabillo de los ojos húmedos de Noruz.

–Es el padre que me habría gustado tener –había intentado protegerla. Ladeó la cabeza e intentó ahuyentar a su propio padre de su mente–. Dilo otra vez, Noruz.

–¿Qué? ¿Azafrán, mierda, azafrán, mierda?

Maryam frunció el ceño, tratando de no echarse a reír. Tenía los ojos secos y enrojecidos. Se sonrojó cuando Noruz se rindió a su propia sonrisa, tapándose la boca con el chador. Fue un alivio. Las carcajadas de ambas resonaron en la habitación y un perro ladró en respuesta desde el patio.

–A callar –Noruz se llevó un dedo a los labios–. Hassan va a pensar que nos hemos fumado su opio.

Se echaron a reír otra vez hasta que las lágrimas les corrieron por las mejillas.

–Oh, Noruz –Maryam se apoyó en la pared–. Voy a pedirle a Sara que venga, que te conozca, que conozca este sitio.

–Sí, claro que sí –asintió Noruz–. Tu padre se murió deseando haberte pedido que vinieras. Créeme –arqueó las cejas–. Quizá puedas aprender de él algo bueno –Maryam respiró hondo–. Ahora voy a traer un poco de té.

Noruz se levantó, sacándose un pañuelo de la manga. Se sonó la nariz sin dejar de reír por lo bajo, y Maryam volvió a coger la carta.

Sé que no tengo derecho, Sara, pero si algo me queda que darte o pedirte en esta vida, es que vengas a verme aquí, donde he pasado algunas de mis horas más felices. Mi querida Sara, tú eres la flor de mis días. Si vienes, tal vez podamos entendernos mejor y, con el tiempo, puede que eso signifique algo. Voy a quedarme aquí, esperándote. Dile a tu padre que se cuide y hazle saber a Saeed que lo quiero y me arrepiento. Rezo para que un día los dos podáis perdonarme.

Soltó el bolígrafo. Llevaría a Sara a la tumba de su padre en el Haram, pensó. Que el pasado y su fruto se reunieran. Puede que eso trajera una especie de paz.

Noruz reapareció.

–¿Has terminado? –Maryam asintió–. Hassan la echará al correo –echó una ojeada a la página que Maryam tenía en el regazo–. ¿Le has explicado cómo se llega aquí? –Maryam miró la carta y negó con la cabeza–. Pues tómate un té y escribe un poco más. No es un viaje fácil. Lo sabes mejor que yo.

–¿Te molestaría que me quedara aquí más tiempo? –preguntó Maryam.

–Eres la invitada de Hassan, y amiga mía. Esta tierra lleva el nombre de tu familia. Siempre eres bienvenida –Noruz se metió en la boca un terrón de azúcar–. Podrías ayudar a enseñar inglés a los niños.

–Eso me gustaría –Maryam sonrió.

–Así se hará. Hablaré con Hassan para que lo arregle. Todo irá bien. Ahora termina tu carta.

Maryam empezó otra página. La encabezó «Viaje a Mazareh», y escribió una lista de consejos e instrucciones para que Sara llegase hasta allí.

El fin de semana que Julian regresó a casa, me levanté temprano para hacer croissants. Saeed dormía en la habitación de invitados. En el piso de abajo, sus dibujos seguían bailando por el cálido azafrán en aquel día frío. Era sábado, todo estaba tranquilo; Creswell se dio la vuelta en su cesta mientras yo espolvoreaba la mesa con harina y cortaba trozos de chocolate negro y amargo. Iba a oler bien. Me dio la idea de coger hiedra para adornar la mesa, y me puse el abrigo de Julian encima del camisón.

Fuera subía de la tierra un helor invernal. En una mañana como aquélla, el rocío formaría un manto blanco al fondo del jardín de mis padres. No podía creer que no fuera a ver más a mi madre, que no hubiera más música de tombok ni bailes de ojos almendrados. Arranqué largas ristras de hiedra de la valla; olían a savia. Una vez dentro las coloqué en un jarrón alto de color turquesa y lo puse en la mesa. Luego me senté en una silla y apoyé la cabeza en las manos. No oí llegar el taxi, ni el chasquido de la puerta.

–Sara.

Fue su voz lo primero que me despertó, un susurro en mi oído; sentí que me levantaban el pelo, un aliento cálido en la nuca. Parpadeé y levanté la cara.

–Hola –le rodeé el cuello con los brazos y él se inclinó para besarme–. Te he echado de menos –nos mecimos abrazados; entonces crujió el descansillo del piso de arriba y Julian se enderezó, sobresaltado, con las manos en mis hombros. Sonreí y me llevé un dedo a los labios–. No pasa nada. Saeed está aquí –Julian asintió con la cabeza, confuso, acusando el desfase horario del viaje, pero amable–. Te gustará. Se ha portado maravillosamente. Ya te contaré –me puse de pie y él me abrazó otra vez, con la cara contra mi cuello. Entonces vio la pared y se echó a reír–. La verdad es que esa idea genial ha sido de Saeed –dije antes de que me besara otra vez.

Oímos los pasos de Saeed al pie de la escalera y nos separamos; yo me volví para poner la tetera al fuego y Julian se sentó. Saeed apareció en el umbral frotándose la nariz; llevaba una de las camisetas de Julian, que le llegaba hasta las rodillas.

–Buenos días –dije, sonriendo de oreja a oreja.

Julian palmeó la silla que había a su lado y Saeed se encaramó a ella, todavía medio dormido pero más despierto de lo que dejaba traslucir. Miró sobre su hombro la cascada de color y pestañeó mirándome a mí; luego se concentró en la ventana.

Saqué los croissants del horno. Mientras comíamos Julian habló de Nueva York en Navidad, de la aglomeración y los adornos brillantes de Tiffany's y Bloomingdale's, de los villancicos y las casas iluminadas desde el césped a la chimenea. Saeed abría los ojos como platos; todo aquello estaba muy lejos de la tierra roja y las hojas caídas entre los manzanos de Torbat.

Julian fue el que encontró la carta. Cuando terminamos de desayunar quiso dormir un rato; yo me metí debajo del edredón con él. Le gustaba dejar la ventana abierta de par en par y la persiana ondeaba como una vela. Levanté la nariz hacia la fría brisa, llena de océanos y eras, susurrando con las corrientes y estelas del cielo que tiraban de las furiosas olas verdes de la costa de Whitby, de las profundidades azules del mar Caspio. Entrada la mañana, oí caer el correo al otro lado de la puerta. Llevaba días acumulándose en la mesita de la entrada. Me desperté con agujetas y me estiré para bajar a la cocina a ver a Saeed y leer el cuento que había olvidado. Julian bajó tímidamente detrás de mí, sin afeitarse, poniendo ojos de «vuelve a la cama» por encima de la cabeza de Saeed.

–Después, ciempiés –dije, y él cogió el correo y empezó a deslizar el abrecartas en los sobres.

–Una para ti –me acarició la pantorrilla.

Miré el sobre blanco, arrugado y cerrado, con la letra de mi madre a bolígrafo azul emborronado.

–Luego –miré por la ventana–. Vamos a dar un paseo –puse la carta de pie en la repisa–. Sé que estás cansado, pero te sentará bien bajar al río a tomar el aire, ¿no te parece?

–Vale.

Me sentó en sus rodillas y me besó a pesar de la presencia de Saeed.

Le rodeé los hombros con el brazo y apoyé la cabeza en la suya.

–Quiero hablar contigo. Han pasado muchas cosas.

–¿Qué ha pasado, Saeed? Aparte de este milagro –señaló con un gesto la pared.

Saeed lo miró.

–Todo ha estado un poco patas arriba –dijo, empleando la expresión de mi padre, nueva para él. Julian y yo nos echamos a reír y Saeed sonrió también.

–¿Cómo puedo contribuir? –preguntó Julian.

Saeed fue al rincón donde habíamos amontonado los botes de spray y los trapos. Volvió, se sentó al lado de Julian, le cogió la mano y la puso encima de un trapo. Agitó el bote y le pintó la mano.

–Encima de la puerta –indicó, colocando la silla debajo.

Julian, con una sonrisa, subió y dejó su huella en la pared.

–¿Y vosotros dos? –preguntó, pero Saeed ya estaba pintando mi mano y la suya. Dejamos nuestras huellas junto a la de Julian en forma de abanico, dejando sitio para el amuleto de Fátima. Julian me bajó en brazos de la silla a pesar de la pintura dorada, y nuestros cuerpos se estrecharon con apremio–. Bueno, el paseo en media hora, Saeed –dijo, y me llevó escaleras arriba, al cuarto de baño–. Creo que te vendría bien una ducha –me apartó el pelo de la cara con una caricia.

Abrimos el agua caliente y nos desperezamos debajo. Le puse los brazos alrededor del cuello y él me alzó en el aire, arqueándose hacia la cascada y la cálida paz. Nuestras

bocas, nuestros dedos en la piel del otro. Después nos vestimos como adolescentes culpables, bajamos corriendo y salimos todos hacia el río. Saeed iba delante, con Creswell tirando de la correa.

Julian me rodeó los hombros con el brazo y le conté de un tirón todo lo que había pasado: mi padre y Whitby; la visita al doctor Ahlavi; el poema y Ali. Cruzamos Broadway, entre el gentío, y entonces, casi sin darme cuenta, me encontré en el puente por primera vez desde aquel día. Parte de mí quería volver, pero Julian me llevó a donde había ocurrido. Me arrodillé en la acera y la toqué, abriendo los dedos de la mano, frotando y buscando una mancha de sangre que había desaparecido hacía tiempo. Julian me levantó y me abrazó. Saeed ya había llegado a la otra orilla. Nos hizo una seña con la mano, un solo movimiento con el brazo, y lo seguimos por el camino de tierra que bordeaba el río.

Cuando regresamos a casa, la carta seguía esperando en la repisa de la ventana. Saeed y Julian encendieron la chimenea en la habitación de al lado y yo me senté a la mesa de la cocina dándole vueltas al sobre y mirando la pared color azafrán. Mentalmente le estaba dando vueltas a otra carta, apoyada en otra repisa, un invierno de muchos años atrás, meses después de que Fátima se fuera. Era la carta que nos comunicaba su muerte, apoyada en la ventana, esperándonos. Aquel día llegaba tarde al colegio, y mi madre sonrió mientras me ajustaba la corbata y me alisaba el pelo.

—Podemos leerla esta noche.

Era un ritual que me encantaba: sentarme en el sofá a su lado, las dos con una taza de chocolate, mientras ella dibujaba cada palabra con el dedo y la leía en voz alta, primero en farsi, luego en inglés.

—Déjame abrirla —dije esa noche, y me esmeré para no romper el sello con la imagen del Ayatollah. Se la di y nos inclinamos para leer juntas la primera línea. Me quedé esperando; la miré cuando la oí inspirar bruscamente. Hizo un ruido que nunca había oído antes ni he oído después, como algo que muere, un grito, un gemido, un jadeo. Se llevó las manos a la cara y tiró el chocolate que estaba en el brazo del sofá, salpicando la alfombra y las cortinas—. Ay, mamá —susurré al ver que se doblaba en dos y apoyaba la cabeza en las rodillas. Me apartó y se dejó caer al suelo; yo me quedé sentada en el borde del sofá y lloré sin saber por qué, esperando a que mi padre llegara horas después. Me fui sintiendo cada vez más cansada y ella se quedó callada en el suelo. Al final me arrodillé y le acaricié el pelo, extendido por la trama de flores rojo oscuro de la alfombra de Mashhad.

Oí a Julian y a Saeed en la sala y cogí el abrecartas. Las hojas de papel fino como la seda cayeron en la mesa. Las desdoblé.

—Julian —llamé mientras me esforzaba por leer sus palabras: peticiones, instrucciones, esperanzas.

Él apareció y le tendí las páginas.

—Tengo que ir a ver a mi madre —dije mientras se sentaba a mi lado.

–¿Qué dice?

–Demasiadas cosas. Todo. Dice que me está esperando.

–Pero si acabas de empezar a recuperarte, Sara. Y yo acabo de volver –protestó.

–Lo sé, pero creo que no tengo elección. Tengo que ir y traerla a casa.

Esa noche nos sentamos a cenar bastante callados.

–Supongo que puedo pedirle a mi madre que venga mientras estás fuera –sugirió Julian–. Podría enseñarle a Saeed una o dos cosas –los dos intercambiaron una sonrisa burlona; estaban aprendiendo a llevarse bien.

–No quiero pensar en eso.

Me sentía como si me estuvieran cortando las amarras.

Más tarde, en la sala, nos quedamos mirando las ascuas despedir chispas que subían por la chimenea.

–¿Leemos un poco más del cuento del doctor Ahlavi? –le pregunté a Saeed, bebiendo un sorbo de vino tinto. Él asintió y fue a buscarlo.

Pronunció despacio y con cuidado mientras nosotros escuchábamos: «La tierra donde Gossemarbart había nacido estaba gobernada por un khan despiadado, que cada año pedía el diezmo de la cosecha a los campesinos. Pero el año en que nació hubo una sequía terrible y su padre no tenía nada que dar...». Sólo era el principio.

No acabamos *Gossemarbart* ni ese fin de semana ni el siguiente. Mi padre había decidido alquilar una casita en Robin Hood's Bay, cerca de Whitby, así que Julian llamó por teléfono a su madre y ella vino desde Bath, rebosante de método y eficiencia y ocultando a duras penas su regocijo por los problemas de mis padres. Aun así, era buena idea tenerla allí. Quitó el polvo y limpió donde yo me había pasado los días anteriores quitando el polvo y limpiando en previsión de su llegada. Julian se apresuró a volver al trabajo, alejándose de sus cejas arqueadas y su colorete rosado; y yo hice las maletas, sintiendo que no había tomado ninguna decisión, que simplemente tenía que ir; me pregunté si mi madre había sentido lo mismo.

Su carta me explicaba cómo conseguir el visado en una pequeña oficina junto a la embajada de Irán, cerca de Hyde Park. Me decía cómo tenía que rellenar los formularios, los nombres y los números que debía poner. Fui allí un lunes. Entré por una puerta anónima, subí unas escaleras oscuras y a los quince días me devolvieron el pasaporte. Saeed me acompañó en el metro a comprar los billetes en Iran Air, enfrente del Ritz. Había adornos de Navidad por todas partes; sólo faltaban unas semanas. Me atendió un hombre calvo y amable, que me aseguró que el viaje era seguro. Intenté no pensar en la madre de Julian, en sus rápidos comentarios por lo bajo. Mi vuelo salía el domingo siguiente; regresaba diez días después. «Supongo que cuanto antes te vayas, antes volverás», había dicho Julian aquella mañana.

Saeed y yo recorrimos Bond Street, que tenía los escaparates llenos de espumillón y acebo. Nos cogimos del brazo entre la muchedumbre.

–¿Quieres que te traiga algo de allí? –le pregunté.

Él negó con la cabeza y luego cambió de opinión:

–¿Un poco de tierra color azafrán?

Nos quedamos parados bajo el cielo gris de Londres, entre sus torres y sus parques, mientras el río bajaba serpenteando hacia el mar y la brisa arrancaba las hojas otoñales, que revoloteaban y desaparecían.

## 4

# Mazareh

El tiempo no va a decirnos nada, pero ya te avisé,  
Tan sólo el tiempo sabe qué precio hay que pagar;  
Si lo supiera yo, no me lo guardaría.

W. H. Auden

Sara tenía náuseas y se había agachado junto a la carretera que une Mashhad y Mazareh; el taxi estaba parado detrás, en la tierra baldía. Cedió a las arcadas, sujetándose el velo negro en la cabeza; polvo y arenilla soplaban desde la carretera. Se dejó caer al suelo, esperando a que se secara el pegajoso sudor de la espalda y el cuello. Un burro arrastraba un carro por el carril derecho con los ojos desorbitados y espuma en la boca, mientras sonaban las bocinas y los camiones, coches y camionetas daban volantazos para adelantarlo. Sara se puso de pie e intentó respirar despacio, oliendo el humo de azufre de una fábrica junto a la que habían pasado antes. Miró hacia atrás, al cielo color nicotina sobre Mashhad, y luego hacia delante, donde esperaba el horizonte de montañas que había sobrevolado el día anterior; el taxi tocó la bocina. Se secó la boca con la manga y subió a él.

Lo que la había alterado era el policía de la gasolinera, su golpe brusco en la ventanilla, su mirada escudriñándola. Tenía la cara picada de viruela y brillante de grasa.

—Quiere ver sus papeles —explicó el taxista, y ella se los dio con unos billetes doblados dentro, como le habían dicho.

El policía la obligó a salir del coche y darse la vuelta, mirándola desde tan cerca que podía olerlo. Bebió un trago de agua mientras el taxi volvía a arrancar, recordando la carta de su madre, su lista de instrucciones: la ropa que debía ponerse, la actitud que debía adoptar, con quién debía hablar, nombres, direcciones. «Mi sobrina, Shirin, se ocupará de ti cuando llegues a Mashhad. Te conseguirá un taxi seguro y los papeles que necesitas para viajar a Mazareh. Trae ropa de abrigo y zapatos resistentes. De noche puede hacer muchísimo frío.» Sara se agarró al tirador de la portezuela y apretó los dientes mientras el coche se desviaba bruscamente para evitar otro agujero en la carretera. Unas cuentas de oración y una imagen del Ayatollah Jomeini traquetearon en el salpicadero.

Tras el vuelo desde Teherán se había quedado un par de días con Shirin en Mashhad.

Recordó la fría mañana de color turquesa al salir del avión, un viejo jet Aeroflot.

–*Salaam* –oyó a través de la pista mientras una mujer menuda se afanaba hacia ella, toda vestida de negro, con gafas de sol redondas y un ramo de gladiolos color melocotón dando tumbos en los brazos–. Sara Mazar, eres la hija de tu madre –proclamó con una sonrisa.

–¿Shirin? –preguntó Sara, con la voz ronca por la noche de viaje; la mujer la cogió del brazo y la llevó a la terminal.

–Mi marido, Hameed, está por aquí.

Miró a su alrededor chasqueando la lengua hasta que lo descubrió. Se trataba de un hombre robusto de cara roja que esperaba junto a la recogida de equipajes, una sola y chirriante cinta transportadora en un vestíbulo de llegadas de mármol, inundado de luz solar. Se estrecharon la mano mientras Shirin parloteaba, preguntándole a Sara sobre el viaje, si estaba contenta, triste, hambrienta, cansada.

–Ya basta, mujer –Hameed pellizcó la mejilla de su esposa–. Claro que tiene hambre y está cansada y necesita un baño y no le hacen falta ninguno de tus chismes sin sentido –guiñó el ojo y Shirin se mordió el labio mientras Sara los seguía al aparcamiento, donde hojas de color albaricoque revoloteaban hasta el suelo–. ¿Te gusta Madonna? –preguntó Hameed, volviéndose en el asiento del conductor de su plateado cuatro por cuatro, el único en todo el aparcamiento. Sara se encogió de hombros, así que cruzaron el extrarradio de Mashhad al compás de *Like a Prayer*.

El taxista alargó la mano para encender la radio, cuyos cables se arrastraban a sus pies, y esta vez fue música persa lo que crepitó a través de los altavoces, recordándole el jardín de Richmond, el olor de los arbustos de grosellas espinosas en otoño, el zumbido de su lector de casetes. Levantó con suavidad del salpicadero las cuentas de oración del conductor, que asintió con brusquedad, y dejó que se deslizaran, frías, entre sus dedos. Apoyó la cabeza en la ventanilla y pensó en el amanecer sobre Teherán mientras esperaba el vuelo de conexión a Mashhad. El oficial de aduanas la miró desde el otro lado de una valla blanca que le arrancó una sonrisa, y rápidamente se miró las manos recordando las instrucciones de sus madre: «Sé recatada, Sara». Una vez dejó atrás los codazos y empujones de la gente que se reunía de nuevo se quedó de pie en la puerta de la terminal, sin saber qué hacer. Caminó hasta un torcido puesto de fruta que estaba cerca de la salida, cargado de sandías envueltas en papel celofán. A su lado había un viejo dormido, con las piernas llenas de llagas como pequeñas bocas abiertas. Las familias que buscaban un taxi la empujaron a un lado y al final entendió lo que había que hacer para conseguir uno. Se dejó caer en el desgastado asiento delantero y el conductor cargó su equipaje en el maletero. Tenía tres horas hasta la salida de su vuelo, y cuando el taxista le preguntó adónde quería ir, ella le dijo el único nombre que pudo recordar: «Alborz», las montañas, y el taxi arrancó.

Pasaron junto a edificios altos y esbeltos, pintados con murales de los ayatollahs y los mártires guerreros, veinte pisos de altura engalanados con rosas y versos del Corán. La

ciudad subía junto a la carretera por la ladera de la montaña, entre edificios bajos, grises y con los postigos cerrados. A ambos lados había canales por donde bajaban arroyos helados; el aire olía a polvo, metal y nieve. Por fin el taxi se detuvo en un aparcamiento vacío y Sara salió.

–Quince minutos –le dijo por señas al taxista, y se dirigió a un banco desde el que se dominaba la ciudad. La luz ya estaba cobrando el suave tinte pardo del amanecer. Sara miró los esqueletos desnudos de los árboles y las hojas pisoteadas mientras poco a poco se encendían cuadrados blancos y amarillos en las fachadas de las casas.

Un rato después, de regreso al aeropuerto, vio despertar las calles: los tenderos barrían las aceras delante de escaparates brillantemente iluminados, llenos de hileras de hierbas aromáticas y fruta apilada. Miró a una chica con vaqueros y velo negro salir bostezando de una panadería, con láminas de pan de pita bajo el brazo.

Sólo hacía un par de días.

Volvió a secarse la boca en el taxi que la llevaba a Mazareh; todavía sentía el sabor a bilis. Vio acercarse las montañas donde esperaba su madre. Desde el avión había imaginado paredes lisas en la tierra pedregosa y seca, en la que incluso las serpenteantes cicatrices de los lechos fluviales parecían vacías porque el agua era tan oscura como la tierra. Pero ahora vio que las estribaciones eran abombadas y se erguían con suavidad, en ocres y sienas apagados, desde las llanuras polvorientas.

El día anterior, cuando el sol descendía por el cielo de la tarde, se había sentado en los escalones de la parte trasera de la casa de Shirin. Había despertado de la siesta mientras el resto de la familia seguía durmiendo. «Después de Ramadán será fiesta», había escrito su madre. Sara había deambulado sin rumbo fijo por las frescas y silenciosas habitaciones de mármol y también, mentalmente, entre ambos mundos, imaginando a Creswell en un rincón y echando de menos el calor de Julian en la cama. Largas sombras se extendían al pie de las cortinas medio descorridas de la sala; encima de una cómoda de nogal vio una fotografía de su abuelo. La miraba de frente, con aquellas órbitas y pómulos cincelados y oscuros. Ella le devolvió la mirada, y luego le dio la espalda.

Cruzó la cocina y bajó los escalones hasta la puerta trasera, rodeando una caja de clementinas que había en el suelo. Cogió una, salió y se sentó en los peldaños junto a la piscina medio vacía, llena de hojas muertas. Hundió la uña en la cáscara, oyó abrirse la puerta y vio aparecer a Hameed con dos vasos de té. Oyó de nuevo la conversación en su memoria mientras el taxi salía de la autopista y tomaba una carretera vacía y llena de baches que se extendía como una raya de tiza hasta el horizonte.

–Bueno, Sara, ¿qué opinas de nosotros? –preguntó Hameed.

–No lo sé –contestó ella–. Me siento casi como una niña, todo es nuevo para mí.

Él se rió por lo bajo, mirando al suelo.

–Eso no es malo. Pero tienes que prepararte para Mazareh. No es como aquí. Sólo hay barro, chozas de paja y un sendero sucio que apesta a animales, ovejas y vacas. El

aseo es un agujero en el suelo. Mi mujer no entiende cómo Maryam se queda allí tanto tiempo.

Sara se encogió de hombros.

–Es su pasado.

Las palabras del doctor Ahlavi resonaron en su mente.

–Bueno, mañana estarás allí. A lo mejor consigues traerla de vuelta.

–Eso espero.

Se quedaron sentados mirando volar a los gorriones; no se oían más que sus trinos y los ecos grabados de la llamada a la oración.

–Debes de tener frío.

Hameed entró a por una manta de piel de borrego. Volvió con Shirin, que una vez descansada y sin maquillaje parecía más joven; llevaba una bandeja grande de shish kebab de cordero para la cena, y Hameed trajo rodando una barbacoa que estaba junto a la piscina.

Shirin se sentó en el escalón y cogió la mano de Sara.

–¡Te pareces tanto a tu madre cuando era más joven! –dijo. Sara le preguntó cómo podía acordarse, y Shirin miró a otro lado–. Yo era muy pequeña cuando Maryam se fue. En realidad sólo la conozco de fotografías y de las historias que me contaban mi madre, Fátima y Mara.

–¿Qué historias? –preguntó Sara; la suave brisa encendió el carbón.

–Historias tristes, supongo, sobre el precio de buscar otro mundo, de estar insatisfecho con los deseos de tu familia.

–Quizás encontró un buen mundo –contestó Sara–. Estoy aquí gracias a eso.

–Lo sé –Shirin le apretó la mano–. Sólo son historias que la gente cuenta para matar el tiempo. Mañana lo verás por ti misma.

–Maryam y Ali –dijo Sara.

–¿Lo sabes?

–Sé que parece haber un misterio, pero nada más.

En ese momento Sara pensó en su padre, en la carta de su padre que le llevaba a su madre a Mazareh. Había llegado de Whitby la víspera de su viaje. Anhelaba llevar a su madre de vuelta con su padre.

–Me gustaría oír tu historia, si es posible, para matar el tiempo –dijo.

Hameed sacudió la cabeza.

–Cuidado, Shirin, esa historia no es tuya.

–Esposo mío –contestó ella–, esta chica ha venido desde Londres y mañana estará en medio de ninguna parte. Debería saber lo que puede esperar.

Él les volvió la espalda y Shirin se acomodó, con la manta de piel de borrego sobre los hombros.

–Bueno, la historia es que Ali trabajaba para nuestro abuelo, un hombre de posición y prestigio, general del ejército del Shah. ¿Eso lo sabías? –Sara asintió, pensando que no

era la primera vez que Shirin contaba esta historia—. Cuando Ali era un niño, nuestro abuelo lo trajo a Mashhad desde el pueblo para hacer recados, para que aprendiera a ser útil en la casa, ese tipo de cosas. Para un niño de pueblo era una buena oportunidad. Dicen que tenía talento y que aprendía deprisa, y que nuestro abuelo se apoyaba cada vez más en él; escribía sus cartas, asistía a sus reuniones. Se convirtió en una especie de joven confidente, acaso el sustituto de un hijo hasta que nuestro abuelo tuvo uno —hizo una pausa—. Aunque ahora mi tío Shariar está muerto —meneó la cabeza mirando al suelo—. En fin —continuó—, Ali trabajaba duro y creció entre las paredes de la casa familiar. Se ganó el respeto y la confianza de nuestro abuelo. Aprendió inglés escuchando la radio, ¿puedes creerlo?, y también enseñó a Maryam. Leían juntos, y poco a poco se hicieron amigos. Dicen que él era guapo —Shirin miró a Sara y sonrió; una sonrisa femenina—. Pero, al final, mi abuelo se llevó un disgusto. Hubo una noche de disturbios y los dos desaparecieron juntos. Nadie sabía dónde habían estado, qué había pasado. Los rumores no eran buenos para el honor de la familia. Al fin y al cabo, a pesar de toda su educación, Ali era un criado, un campesino. Fueron hombres así los que mataron a mi tío.

Sara miró las cenizas del carbón volar sobre la piscina.

—¿Ali era un revolucionario? —preguntó, sorprendida.

—Ali no es nada —contestó Shirin—. Su vida no es nada.

Sara frunció el ceño ante el juicio de Shirin, desconcertada por el desprecio con que hablaba de un hombre al que no conocía.

—Cuando mi madre contaba esta historia —continuó Shirin— decía que mi abuelo, furioso, no pudo perdonarle a Maryam su rebeldía. Tenía que proteger el nombre de la familia. Intentó casarla con alguien de su propia clase pero ella se negó; al final la mandó a Teherán y luego a Inglaterra, lejos de su vista. Y envió a Ali de regreso al pueblo del que había salido, sin un solo libro —miró a Sara—. En aquella época no era un castigo desmesurado, sino clemente. Por lo menos estaban vivos.

—Bueno, supongo que mi madre tenía que vivir su propia vida.

Sara se volvió para mirar a Shirin, que levantó las cejas.

—Pero es que no es sólo «su» vida —contestó—. También es la vida de su familia aquí, y de su familia en Inglaterra. El caso es que le rompió el corazón a su padre y que ahora también te está haciendo daño a ti con esa vida suya, ¿no?

El taxi se abrió camino entre las colinas; por la ventanilla entraba una brisa fría que olía a nieve, y el cielo de finales de la tarde empezó a oscurecerse.

—Llegaremos pronto —dijo el conductor. Tosió e hizo un gesto señalando el velo de Sara, que había resbalado hacia atrás por su pelo.

Ella se lo puso en su sitio, anudándoselo con más fuerza bajo la barbilla. Su madre estaba cerca. Siguió pasando las cuentas de oración entre los dedos. Una vez, al final de su primer curso en Oxford, había vuelto a casa conduciendo entre las brumas que subían del río, anhelando las vistas desde Richmond Hill y la Navidad con su familia.

–Pensé que a lo mejor no volvías a casa –dijo su madre, esperándola en la puerta con las mejillas arrojadas de frío.

–¿Adónde creías que iba a ir? –preguntó Sara, mientras Edward meneaba la cabeza.

–Al otro confín del mundo.

Maryam se echó a reír y la abrazó con demasiada fuerza.

Y ahora la había traído aquí.

El taxista señaló una nube de polvo gris que crecía en la distancia.

–Mire, han venido a recibirla.

Sara miró la nube acercarse, cada vez más nítida.

Cuatro viejas motos rusas surgieron de los baches de la carretera; en cada una iban dos jóvenes con ropa gruesa. Rodearon el taxi mientras éste avanzaba por los baches y los surcos y miraron dentro, enjutos y sin afeitar. Se colocaron dos delante y dos detrás, y escoltaron a Sara hasta el pueblo.

Casi una hora después llegaron a un viejo letrero arañado: «Mazareh». Sara miró entre sus dedos. Las lágrimas calladas casi no la dejaban ver. Estaba en el lugar que siempre había querido conocer, incluso cuando era pequeña y se ponía los velos de su madre en la casa vacía. Los motociclistas dieron gritos de alegría, sacaron pistolas de los bolsillos traseros y dispararon al cielo, por encima de los muros de barro que se erguían frente a ellos. Habían anunciado su llegada.

Maryam oyó las pistolas vaciándose al aire. Estaba sentada en el escalón de la bandera de la escuela, con un libro en las rodillas y una niña a cada lado. Todos levantaron la cabeza al oír rebotar los disparos entre las paredes de barro, y el dedo de Maryam se detuvo sobre la línea que estaban leyendo. A media distancia un rayo de luz reverberó en las montañas y ella escuchó su propia respiración mientras el patio se vaciaba y un montón de pequeños pies corrían tamborileando hacia la plaza, hacia Sara.

–*Khonoom* Mazar, es su hija.

Maryam miró la cara de la niña. Sus palabras flotaban, blancas, en el aire.

–Ve, Maryam –gritó Ali saliendo de la escuela, y las dos niñas tiraron de ella para levantarla.

Ella miró a Ali por encima del hombro. El libro había caído al suelo.

–Estoy aquí –dijo él, y se inclinó para recoger el libro mientras las niñas intentaban correr tirando de Maryam a través del hueco en el muro y todo el corto trayecto hasta la plaza.

Sara miró al sol por la ventanilla. Los rayos eran bajos y la nube de polvo de las motocicletas los teñía de color rosado. Se abrieron puertas como bocas en la lisa curva de paredes y salió gente oscura como la tierra; poco a poco se desvanecía el ruido de los disparos. Los niños se daban empujones alrededor del coche, y ella se secó la cara con la manga.

–Un largo viaje –dijo el taxista, aclarándose la garganta, y ella asintió y le tendió las

cuentas de oración—. Por favor, quédese las. Tengo otras.

Sara las sostuvo en la palma de la mano, verde lima como los primeros brotes primaverales en el aceríneo de su jardín. Miró por la ventanilla las caras de los niños, que retrocedieron cuando abrió la portezuela.

—*Salaam*, Sara Mazar —susurraron a un compás familiar, justo como la salmodia de sus cursos más jóvenes antes de empezar la clase: «Buenos días, señora Johnson». Se habían reunido también otros vecinos del pueblo; mujeres de ojos oscuros se dijeron algo detrás de las manos y empezaron a dar lentas palmadas. Luego se apartaron.

Sara y Maryam se encontraron cara a cara en medio del polvo.

—Bienvenida, Sara —dijo Maryam. Su voz estaba teñida de esperanza y de pena.

Sara miró los grandes ojos bajo el velo negro, la piel curtida por la intemperie.

«¿Por qué?», era todo lo que quería gritar, alegar, suplicar.

Maryam dio unos pasos hacia delante; su chador se arrastró por la tierra fría.

—Bienvenida —repitió, en voz muy baja, y alargó la mano para coger la de su hija—. Debes de estar cansada.

Había una fatiga gris en el rostro de Sara que nunca había visto antes.

Se inclinaron la una hacia la otra hasta que sus frentes se tocaron, con lágrimas en los ojos. Luego una niña tiró del codo de Maryam, apartándola.

—Todos quieren conocerte —explicó Maryam.

La mano de Sara cayó a su costado cuando su madre se dio la vuelta y se arrodilló para presentarle a los niños; sabía los nombres de todos. Sara estrechó la mano de cada uno al menos una vez, arriba y abajo, blandas y cálidas, sucias de tierra. Por un momento cerró los ojos, secos y pesados por el viaje y el arrullo de las voces desconocidas. Se sentía lejos; todavía tenía en la mano las cuentas de oración, y en la mente otra chispa de verde lima: las plumas de la cola de un canario que se había escapado y había ido a posarse en lo alto de un pino que miraba al mar. Agradeció el fragmento de recuerdo: Holkham Bay, tendida con Julian en las dunas. Los había entristecido aquel pequeño pájaro perdido, esperando en la brisa marina.

—Sara Mazar, Sara Mazar —resonó una voz, y miró a través de la plaza. Una anciana menuda corría hacia ellos desde una puerta azul cobalto, con una gran sonrisa que llenaba su cara de arrugas.

—Ésta es Noruz.

Maryam se puso de pie, cogiendo otra vez la mano de Sara.

Las dos se miraron, buscando algo, mientras Noruz se abría paso hacia ellas y se estiraba para besar a Sara en ambas mejillas.

—Se está haciendo de noche. Por favor, ven a mi casa ahora —rogó Noruz en farsi.

—Mis maletas —recordó Sara, volviéndose.

—Las traerá Hassan, el marido de Noruz —dijo Maryam. Señaló al hombre que cruzaba la plaza y Sara le tendió la mano, pero Hassan se estremeció, la esquivó y fue a hablar

con el taxista—. Ha estado rezando —intentó explicar Maryam—. Piensa que tocarte lo volvería impuro.

Sara miró de Maryam a Noruz. Se sentía como si Hassan la hubiera abofeteado o visto desnuda. Maryam solía vendarse los pechos, le dijo a Sara en una ocasión, ocultándolos para parecer una niña.

—Lo siento —dijo Maryam—. Es simplemente su costumbre.

—No pasa nada —dijo Sara con voz exhausta—. ¿Podría quedarme sola aquí fuera un ratito, sólo para orientarme? Ha sido un viaje muy largo.

—Por supuesto —dijo Maryam—. Haremos un té. Es la puerta azul. El joven Bijan te hará compañía.

El chiquillo había estado esperando en las sombras junto a la clínica vecina, y entonces se acercó con los dedos en la boca. Los sacó y extendió hacia Sara la mano abierta; estaba húmeda y caliente.

—Lista Gretel —dijo, arrancándole a Sara una sonrisa que sólo su madre entendió.

—Les conté nuestro cuento en la escuela —explicó Maryam, y Sara asintió, recordando las noches de su infancia delante del fuego—. Entra pronto. Noruz es una cocinera maravillosa.

Sara las vio desaparecer por la puerta azul cobalto; luego se acercó al escalón de cemento de la clínica y se sentó. Agitó la mano mientras el taxi se alejaba dando tumbos y los niños y sus familias se metían en sus casas. Bijan se sentó a su lado sin decir nada, dibujando formas con el dedo en el suelo de tierra; mirándolo, Sara empezó a tranquilizarse. El niño se metió la mano en el bolsillo, sacó un caramelo y se lo tendió. Sara lo cogió con una sonrisa; sabía a cardamomo. Se sentía más cansada de lo que habría sido capaz de expresar; sólo quería dormir.

Dentro, Maryam colocó la maleta de Sara junto a sus bolsas en la habitación que compartía con Noruz. Las tres dormirían juntas. Dobló una toalla para Sara, recordando el armario para orear la ropa en el descansillo de la casa de Richmond, lleno de sábanas suaves y prendas recién lavadas. Se sentó en el suelo, acompañada por su reflejo en la ventana oscura. Así que había ocurrido. Había traído a Sara a Mazareh; y ahora Sara conocería a Ali.

—¿Podríamos haber leído esto en nuestras hojas de té, Fátima? —susurró—. Es como si la corriente devolviera a la orilla todas las cosas perdidas y volvieran a estar enteras otra vez —miró la maleta de Sara y vio la letra de Edward en un sobre: «Maryam Dean». Era su papel de cartas color marfil, el que guardaba en el cajón de abajo de su escritorio de roble, y su tinta azul pálido. Cogió el sobre y se lo llevó a la cara: olió su otro hogar y recordó la luz de la lámpara en el estudio de Edward y el ruido áspero de su pluma estilográfica. Levantaba la cabeza de su trabajo, parpadeando, cuando ella le llevaba cacao caliente por las noches. «Hasta que la muerte nos separe.» Dejó la carta en la maleta de Sara. Todavía no tenía derecho a abrirla. Sara se la daría, como Edward le

habría pedido. Maryam volvió a salir y se acercó al escalón de la clínica, donde Sara seguía sentada. De las casas vecinas surgía un resplandor que mantenía la noche a raya.

–Tu madre te estará esperando, Bijan –llamó; él dejó de dibujar en el suelo y se levantó.

–Buenas noches, entonces.

Le tendió la mano a Sara y luego cruzó tranquilamente la plaza camino a su habitación, en el extremo del pueblo.

Maryam se sentó junto a Sara en el escalón. Al fin estaban solas. Ambas miraron el garabato de Bijan en el suelo: el perfil de una casa.

–Me alegro muchísimo de que estés aquí –Maryam extendió la mano y Sara puso la suya en la palma de su madre–. No sé si puedes perdonarme.

Sara meneó la cabeza, sin saber la respuesta.

–No sé qué pensar.

–Haría cualquier cosa por arreglarlo.

–Lo sé –Sara la miró a los ojos–. En realidad, lo único que quiero saber es por qué.

–Sí –Maryam inclinó la cabeza–. Podemos hablar. Pero primero dime cómo está Saeed.

–Está con Julian y con su madre, que los tiene a los dos limpios y ordenados.

Como tantas otras veces, ambas sonrieron al pensar en la enorme y mandona suegra de Sara con sus reflejos rosados en el pelo. Pero las sonrisas no tardaron en desvanecerse.

–¿Y Edward? –preguntó Maryam.

Sara apartó la mirada.

–Ha estado intentando ponerse en contacto contigo, y esperando que lo llamaras – sintió una tristeza de plomo, un cansancio en el vientre, donde debería haber latido la vida–. Te ha escrito una carta. Está en mi maleta –se volvió hacia su madre; tenía ganas de sacudirla, pero sentía los brazos pesados y entumecidos–. Ha cerrado la casa y se ha ido a Whitby. Sabe lo de Ali –esperó–. Me lo contó Shirin, y el doctor Ahlavi, y Saeed. Todo encajaba. Bueno, ¿y dónde está... el tal Ali?

Maryam miró el mentón alzado de su hija y reconoció el desafío como una versión mucho más suave del suyo propio, tanto tiempo atrás.

–Quizá lo conozcas mañana.

–¿No lo niegas?

–Ya no sé qué pensar –dijo Maryam–. ¿Debería negar una amistad a mi edad?

–Pero es por él por lo que estamos las dos aquí, ¿no? ¿Por eso te has quedado tanto tiempo?

–En cierto modo. Ali es todo lo que queda de mi pasado. Todos los demás han muerto y desaparecido, incluso Mara. Ali es la única persona que me conoció entonces, que puede ayudarme a recordar.

–¿Y qué pasa con papá? ¿Y conmigo? ¿Y con Saeed?

–No lo sé –contestó Maryam en voz baja–. Por favor, no te enfades.

–¿No tengo derecho a enfadarme? –Sara tenía la cabeza entre las manos y la voz crispada.

–Sí, sí, claro que sí, y tenemos tiempo para hablar, pero por favor, no seas como yo, o como mi padre. Mírame –Sara levantó la cara–. La ira no tiene vuelta atrás. No se puede deshacer una bofetada. Algunos insultos no se pueden retirar. Se cuelan dentro de ti, por mucho que lo laments, por mucho que desees o reces, hasta que ocurre algo terrible, como el día en el puente. No quiero que sufras así.

–Pero tú nos has hecho sufrir. ¿Por qué has hecho algo así?

Maryam se tocó el labio, la cicatriz del anillo de su padre.

–Porque, en cierto sentido, me lo hicieron a mí.

–Pero ¿qué te pasó? ¿Por qué ha ocurrido esto?

–Sara, eso seguirá viviendo y morirá conmigo.

–¿Por qué?

–Porque no quiero que lo oigas.

–¿Ni siquiera si me ayuda a entender este embrollo?

–No lo sé –Maryam bajó la cabeza.

–He venido hasta aquí.

–Lo sé. Pero ahora no, por favor –tragar le hacía daño–. Lo siento.

Sara se sintió agotada de trepar con los huesos maltrechos hacia una comprensión que parecía tan lejos de su alcance. No quería pelearse con su madre, y esperó a que la sangre dejara de latirle en las sienes antes de coger la mano de Maryam.

–Bueno, hace frío. Vamos dentro.

Cruzaron juntas la plaza y entraron en la silenciosa vivienda, apartando la cortina que daba a la habitación donde iban a dormir. Sara miró a su alrededor, asimilando los detalles. Su hogar durante los próximos días. Se lavó la mugre de la cara en un lavabo donde el agua salía como dardos de hielo; después, Maryam la llevó a la habitación principal para que cenara.

Sara sonrió, cortés pero cansada, cuando las caras se volvieron para saludarla. Vio que Farnoosh comía en silencio y un poco apartada; vio cómo le sonrió a Maryam, un poco nerviosa, y luego a ella. Noruz dio una palmadita en la mano de Sara.

–Bienvenida –dijo mientras la ayudaba a llenar el plato y se reanudaban las conversaciones.

–Mañana podemos visitar la escuela, si quieres –sugirió Maryam.

–El doctor Ahlavi dijo que Ali da clases en ella –contestó Sara.

–Sí.

–Bien –Sara ya no sabía qué pensar–. ¿Y llamaremos a papá?

–Sí –Maryam se miró las manos y sintió que sus mundos se desdibujaban y fundían, como debía de haber deseado cuando le pidió a Sara que viniese a Mazareh–. Es mejor

llamar por la tarde, por el desfase horario. A lo mejor tenemos que hacer cola. Sólo hay un teléfono.

–De acuerdo –asintió Sara, jugueteando con la comida de su plato. Ahora será media tarde en Londres, pensó, hora del té con tostadas; Saeed columpiaría las piernas sentado a la mesa de la cocina. Volvió a mirar a Maryam—. Tengo la impresión de que ya no te conozco.

–Quiero enseñarte tantas cosas aquí... –contestó Maryam con voz entrecortada—. Hay un manantial aproximadamente a una milla, en las estribaciones de las montañas. Solía ir allí con Fátima cuando era pequeña. Podemos ver a la mujer de piedra y el viejo santuario.

Sara escuchaba, tratando de imaginarse a su madre en aquellos lugares.

–Bueno, pero ahora necesito dormir, si no es una descortesía. Estoy cansadísima.

Maryam vio las sombras bajo los ojos de su hija.

–Lo entenderán.

Noruz sonrió cuando ambas se pusieron de pie y Sara murmuró sus disculpas. Volvieron a la pequeña habitación al otro lado del patio y de la cortina roja, donde Sara se quitó los vaqueros y se metió bajo las burdas mantas con el resto de la ropa puesta. Estaba demasiado cansada y tenía demasiado frío como para desnudarse por completo. Le dio a Maryam la carta, se dejó caer otra vez contra la almohada, dura como la madera, y cerró los ojos. Pensó en los grandes espacios y las sombras al otro lado de la ventana y las paredes, donde no había nada durante horas y millas excepto la susurrante oscuridad.

Maryam se quedó escuchando hasta que la respiración de Sara se volvió más profunda. Habían pasado muchos años desde la última vez que la había observado dormir, con esas pestañas oscuras sobre la piel pálida. Apoyó la espalda en la pared y sopesó la carta en la mano. Hacía mucho que Edward no le había escrito: desde las cartas de amor de su juventud. Abrió el sobre con el dedo, despacio, y desdobló las gruesas hojas de papel vitela. Empezó a leer, oyendo en su mente la voz de Edward.

Mi querida Mari,

Espero que estés bien cuando recibas esta carta. La escribo mirando al mar desde la ventana de la sala. Sara ya te habrá hablado de mi refugio en Robin Hood's Bay. Es media mañana y estoy sentado delante de un mar del Norte muy revuelto y un cielo lleno de luz de tormenta. También me hacen compañía tus fotos. Espero que no te importe que las cogiera de tu habitación, para que me ayudasen a pensar. También cogí el pisapapeles, el de la rosa roja encerrada. Era un trasto tan feo, tan muerto. El otro día fui hasta el final del maldón de Whitby, recordándote con tu abrigo rojo de hace tantos años, y lo arrojé a las olas, tan lejos como pude. Lamento habértelo regalado.

He estado paseando por los páramos casi todos los días, haciendo lo posible por recordar nuestros buenos tiempos, los momentos de paz. Creo que, con el tiempo, entre nosotros llegó a haber un dulce entendimiento. Yo lo consideraba felicidad: esa breve sonrisa cuando hacías punto, cuando plantabas o cogías flores, cuando atizabas tus hogueras o lavabas los platos. Hemos vivido una vida juntos, Mari, y tuvimos a nuestra hijita. Cuidala mucho y mándala de vuelta a casa cuando esté lista.

Sé que tú no vas a volver pronto, y por eso te escribo. Supongo que siempre he sabido, desde los primeros días, que tendrías que completar este viaje tuyo, aunque esperaba que hubiese alguna otra manera.

He estado pensando en las pesadillas que tenías poco después de casarnos. Gritabas. Yo no estaba seguro de si decías un nombre o sólo era un grito, pero Sara te dirá que hemos deducido que hay alguien real y que has vuelto con él. No voy a escribir su nombre. Aun así no puedo odiarlo del todo, sea quien sea. Hemos compartido el verano y el otoño de nuestras vidas, y tengo el presentimiento de que el invierno te traerá de regreso a mi lado, a las paredes que convertimos en nuestro hogar. Pero, por favor, no creas que soy magnánimo. Me temo que esta conformidad mía es una debilidad, una forma inglesa de guardar los sentimientos con tanta eficiencia como guardaré nuestras cosas y alquilaré la casa que hemos compartido durante treinta años. El espejo de tu tocador se rompió una tarde terrible. Ya he puesto uno nuevo. También quemé las fotografías de nuestra boda; no todas, sólo las suficientes para ver hasta dónde me llevaba el veneno de la pérdida. Por eso estoy aquí con el mar otra vez.

Creo que lo meteré todo en un guardamuebles y alquilaré la casa después de Navidad. Aquí, de noche, me sorprende imaginando las otras vidas que pisarán los rincones donde hemos vivido durante tres décadas. ¿Será una familia, se llenará el vestíbulo de zapatos, botas y bicicletas? ¿O serán viejos, como nosotros hemos llegado a ser, subirán la escalera deteniéndose en cada peldaño y se rodearán de mesas enceradas, de libros a la luz de la lámpara? Ésta es la vida que hemos vivido. Te volveré a escribir. Por favor, hazme saber cómo estás, dime que estás bien.

Sólo tuyo,  
Edward

Maryam se tumbó en la cama, con las hojas arrugadas contra el pecho. Pensó en la última vez que estuvieron juntos, cuando Edward la llevó en el coche a Heathrow. Los dos iban callados. Ella se había reclinado en el lujoso asiento de piel, mirando pasar los grises suburbios de Londres mientras los ruidos de los motores de los aviones invadían el aire. Se volvió a mirar el perfil de Edward; se inclinó y le dio un beso en la mejilla cuando se pararon en un atasco. Él volvió la cara hacia ella con los ojos llenos de lágrimas; luego apartó la mirada, aparcó el coche y llevó sus maletas al mostrador de facturación. Se abrazaron delante del control de pasaportes, y él la besó en la frente.

—Has sido lo más hermoso de mi vida.

Ella no fue capaz de hablar mientras él le soltaba las manos y se alejaba. Deseaba haberle dicho: «Y tú has sido el más paciente y dulce de los maridos. Una parte de mí no esperaba volver a sentirse segura jamás».

Sara se despertó temprano, con el estómago revuelto y el cuello rígido. Oyó la respiración de su madre y los silbidos suaves de Noruz. Desde donde estaba acostaba podía tirar del borde de la delgada cortina y mirar fuera a un cielo aborregado, un amanecer de color lila y gris. El olor agrio del día de viaje y la noche oscura hicieron que sintiera náuseas, como el día anterior. Aumentaron cuando se incorporó. Pegajosa y mareada, se puso los vaqueros y salió a trompicones. Noruz se volvió en el colchón al oírla pasar y la miró a través de las finas rendijas de sus ojos entrecerrados.

Sara cruzó corriendo el patio en calcetines, con la mano en la boca, camino del aseo. Se arrodilló junto al agujero en el suelo y vomitó, con los ojos cerrados y las manos frías como el hielo. Quería que Julian estuviera a su lado. Esperó a que su respiración se normalizara, con las uñas llenas de tierra. Después se sentó fuera, en el escalón; prefería

la brisa fría a la atmósfera viciada de queroseno. Se puso una manta sobre los hombros y escuchó el comienzo del día.

Al cabo de un rato salió Noruz, chupándose las encías y olisqueando el aire. Llamó a Sara por señas para que entrase a la habitación principal, donde le indicó que se sentara en la alfombra. Trajo de la cocina té, pan y miel, y observó los pequeños y prudentes bocados de Sara.

Un poco después llegó Farnoosh, que se sentó en un rincón sin decir nada. Se mecía suavemente, masticando despacio, con la mirada perdida a media distancia.

Algo en ella entristeció a Sara: le recordaba a una de esas chicas tímidas y atribuladas de su colegio, que se quedaban aparte y no se mezclaban con nadie. Nunca estaba segura de si lo que necesitaban era un abrazo o que las dejaran solas. Farnoosh la miró por el rabillo del ojo; luego se recogió el chador y cruzó la plaza para empezar la jornada en la clínica.

Maryam dio unas cuantas vueltas por el cuarto donde habían dormido; se arrodilló para doblar la manta de Sara, que estaba hecha una pelota arrugada en el suelo. Pensó en la carta de Edward. Era como siempre había sido, le daba el espacio que necesitaba. Enterró la cara en la manta y sintió que las calles de Londres resbalaban, zozobraban, se ahogaban bajo las llanuras silenciosas, bajo sus montañas, que no esperaban nada. ¿Quería una parte de ella volver a tener por respiración el jadeo de su antigua vida? No lo sabía. Le pediría a Sara que leyese la carta, pensó. Podría hacer que se entendieran un poco. Cruzó el patio y encontró a su hija sentada en el suelo de la habitación principal, con un pañuelo atado a la cabeza, como los gitanos. Maryam pensó que, recién levantada, parecía muy joven.

–¿Has dormido bien?

–Más o menos –contestó Sara.

–¿Noruz te ha cuidado bien?

–Sí –Sara se volvió y partió un poco más de pan.

–Anoche leí la carta de tu padre. He pensado que a lo mejor querías leerla tú.

Maryam le tendió el sobre y Sara lo cogió.

Como su madre, lo sopesó en la mano e intentó imaginarse a su padre escribiendo, con los hombros encorvados y la bruma marina al otro lado de la ventana.

–¿Puedo llevármela fuera? –preguntó.

Maryam asintió; Sara se puso de pie y le dio las gracias a Noruz antes de salir al patio. Cuando se fue, Noruz se sentó al lado de Maryam y ambas sorbieron sus vasos de té.

–Sara parece mejor esta mañana –dijo Noruz, poniendo queso y mermelada de membrillo en una lámina de pita. Masticó despacio.

–Sí –contestó Maryam–. Todavía está cansada, pero le brillan las mejillas.

–Hace una hora vomitó en el aseo. Lo he olido en su aliento.

–Oh, Noruz, espero que no esté enferma.

–Pero tiene buen apetito –Noruz se encogió de hombros–. Quizá esté comiendo por dos –Maryam miró por la ventana mientras Noruz arqueaba las cejas y se metía un terrón de azúcar en la boca–. El tiempo dirá. Llévala al viejo santuario.

–Tú y tus cuentos de comadres.

Maryam meneó la cabeza. Pensó en Sara y en el edificio oscuro al pie de las colinas, con una cúpula de color castaño como un ojo sin párpado.

Sara estaba sentada en el escalón, encogida por el frío, leyendo las palabras de su padre: «Sé que tú no vas a volver». Apoyó la cabeza en las manos y miró al suelo. Los dos parecían darse por vencidos, alejarse el uno del otro. Dobló las hojas y las metió de nuevo en el sobre, sin saber qué hacer, cuando oyó pasos junto a la pared exterior de la vivienda. La puerta azul cobalto se abrió rascando el suelo y apareció Bijan, con el abrigo colgando de los hombros. Le recordó a Saeed.

–Mamá –dijo, casi en un gemido, con los puños apretados a los costados. La miró a los ojos pero ella no lo entendía, hablaba demasiado deprisa, así que lo llevó a la habitación principal. Bijan habló más alto cuando Maryam y Noruz levantaron la cabeza, y tiró de la mano de Maryam.

–Su madre ha estado enferma y ahora no se despierta –explicó Maryam.

Noruz también se puso de pie, apoyándose en la pared.

–Ve con él a la clínica a buscar a Farnoosh. Ella sabrá qué hacer. Yo avisaré a Ali.

Sara parecía perdida.

–¿Qué puedo hacer? –preguntó, mientras la carta de Edward caía al suelo.

–Ven conmigo –contestó Maryam, y las dos cruzaron la plaza con Bijan.

Cuando Maryam llamó a la puerta de la clínica y Farnoosh se apresuró a recoger su maletín, Bijan empezó a sollozar y se aferró a Maryam. No tardaron en llegar al patio lleno de hierbajos oscuros, donde la noche había helado las hojas.

–Espera aquí con Sara –le dijo Maryam a Bijan–. Volvemos enseguida.

Sara miró a su madre y a Farnoosh desaparecer a paso firme y rápido por un oscuro pasillo. Se sentó en un murete de barro con el niño. Mientras esperaban, un chucho callejero se estiró y salió de las sombras.

–*Fez'oul* –susurró Bijan cuando el perro trotó hacia ellos, rodeado de moscas–. Hoy no tengo comida para ti, amigo mío –se agachó para acariciar los ásperos flancos y la marcada cordillera de las costillas antes de dejarlo marchar, con el rabo entre las piernas, por el camino que se alejaba de Mazareh. Se secó la cara con la manga y se apoyó otra vez en Sara con un suspiro cansado.

Ella lo rodeó con los brazos y volvió a pensar en Saeed, con la piel moteada de oro por la pintura en spray, a la luz de las velas. Comparado con su recuerdo, el pueblo parecía completamente desolado a la cruda luz matinal: las casas de barro, el hedor de los animales, el frío que calaba los huesos. No es extraño que la gente se ponga enferma, pensó, acariciando con el dorso de la mano la cara manchada de lágrimas de Bijan. Se

preguntó qué vida le esperaba aquí, en medio de ninguna parte. ¿Y qué vida esperaba a su madre? Seguro que terminaba regresando a casa. Levantó la cabeza y vio acercarse a un hombre de pelo blanco.

Bijan se dejó caer resbalando del murete y corrió hacia él, llorando otra vez, tendiéndole las manos. El hombre lo cogió en brazos y siguió andando hacia ella. Era el joven de la fotografía del doctor Ahlavi, mucho más viejo, pero con la misma silueta e idénticos ojos oscuros. «No puedo odiarlo del todo, sea quien sea.» Sara recordó las palabras de su padre y, a la vez, se dio cuenta de que ya no tenía su carta. También oyó el eco de la voz de su madre: «Ali es todo lo que queda de mi pasado». Se sonrojó. Parecía una traición, pero no había dónde esconderse. Él le tendió la mano y ella se puso de pie y lo miró a los ojos.

–Bienvenida, Sara Mazar. Soy Ali Kolahin.

Hablaba un inglés muy esmerado.

–Sí. Hola –contestó Sara mientras Bijan se deslizaba al suelo y alargaba la mano para coger la de Sara sin soltar la de Ali. Bijan tiró de los dedos de Sara y ella le sonrió, distraída; en ese momento, en esa sonrisa, Ali vio a Maryam frente a él tal y como nunca la había visto, en la flor de la vida. Pasó como una sombra, mientras Sara volvía a mirarlo y Bijan tiraba de la mano de Ali para que se arrodillara a hablar con él.

–Dime qué ha pasado.

Mientras hablaban Sara observó la cara de Ali, las arrugas en torno a los ojos y la cicatriz irregular en la mandíbula. Allí estaba el desconocido que su madre había ocultado durante toda su vida. Se sintió triste y estafada, como si todos los recuerdos de su infancia pudieran ser productos de su imaginación, medias verdades o mentiras.

Ali escuchó atentamente a Bijan y luego se puso otra vez de pie.

–Iré a ver. Espera aquí.

Los dejó junto al murete, se dirigió a la casa y llamó en la oscuridad.

Salió Maryam, entrecerrando los ojos para protegerse del sol que se deslizaba sobre los tejados planos y le daba en la cara.

–Ha muerto esta noche –dijo–. Creíamos que estaba mejor –se sentía abatida, todo había sido en vano; miró a Bijan, sentado junto a Sara, y éste le devolvió la mirada–. Has visto a mi hija –frunció el ceño mirando a Ali, ansiosa y esperanzada a la vez por aquella reunión.

–Sí. Me recuerda a ti.

Él le tocó el brazo.

Sara los vio juntos, vio la mano de Ali en el brazo de su madre, y sintió una oleada de amargura. Apretó sin darse cuenta la mano del niño, pero la soltó al oírlo gemir y miró su cara llorosa vuelta hacia ella, inquisitiva y acusadora al mismo tiempo. Era la misma expresión que Saeed tenía en el puente, el mismo pánico. Se puso de pie y caminó hacia su madre, que el cuerpo de Ali ocultaba a medias. Sara pensó en su padre y en la carta

que había perdido. Lo imaginó otra vez encorvado sobre las páginas, intentando entender a Maryam, explicar su vida juntos y dejar que se marchara.

–No –susurró Sara para sus adentros–. No, mamá –alzó la voz cuando estuvo cerca de Ali y Maryam–. Papá no se merece esto.

Bijan la adelantó corriendo y se aferró a la pierna de Ali.

–¿Qué creéis que estáis haciendo? –preguntó Sara con un siseo. Se había detenido frente a ellos, con los puños apretados a los costados. Maryam vio rabia y lágrimas en los ojos de su hija–. ¿A qué estáis jugando? –preguntó, mirando del uno al otro–. ¿A las malditas familias felices en medio de ninguna parte?

–No digas eso –suplicó Maryam–. No es eso. No lo entiendes. Te equivocas.

Intentaba calmarla, defenderse y explicarse, todo a la vez y demasiado tarde.

Sara agachó la cabeza. No podía pensar con claridad; sólo recordaba el dolor del vientre cuando se despertó en el hospital tras perder a su hijo. Luego recordó todas las mañanas que se había despertado, de pequeña, mientras su madre estaba en Irán, y las tazas de té que le llevaba a su padre al estudio, donde él se sentaba con la cabeza apoyada en las manos. «Mamá volverá pronto a casa», gorjeaba.

–¿Cómo te atreves? –susurró Sara–. ¿Cómo te atreves a intentar decirme lo que está bien y lo que está mal? No tienes ni idea del daño que has hecho. Mírate. ¿Es que nuestro hogar en Inglaterra no significa nada?

–Claro que sí.

Maryam dio un paso e intentó coger la mano de Sara.

Sara la apartó.

–No me toques. ¿Qué esperabas, que todos nos saludáramos con los brazos abiertos?

Su rabia desbordó y levantó la mano. Por un momento quiso pegarle a su madre tan fuerte como ella le había pegado a Saeed, hacer que se derrumbara como su padre cuando lo había encontrado retorcido de dolor en el desván. Pero Ali le sujetó la muñeca y la bajó con firmeza hasta su costado, mientras Maryam alargaba la mano hacia el brazo de Ali.

Sara los miró, sintiendo una oleada de vergüenza. Liberó la mano de una sacudida y les dio la espalda. El pueblo giró ante sus ojos y ella se puso en cuclillas, con la cabeza entre las manos. Bijan se sentó a su lado y Sara lo miró por entre los dedos. Parte de ella se sentía también como una niña pequeña, arrastrada hasta ese lugar desconocido donde nada era como debía ser.

Maryam sacudió la cabeza.

–Lo siento muchísimo, Sara. Te lo explicaré –le temblaba la voz.

–Calla –dijo Ali–. Las dos tenéis que hablar, pero no ahora. Ahora tenemos que cuidar a Bijan. Maryam, por favor, entra en la casa.

Maryam se frotó la cara con la manga y se inclinó para tocar el hombro de Sara y darle un beso en la coronilla antes de entrar.

–Lamento tu angustia –le dijo Ali a Sara. Se arrodilló delante de ella, con Bijan a su

lado—. Pero esta mañana tenemos un triste asunto que resolver en casa de Bijan. Tienes que dejar que Maryam se ocupe de eso, y luego las dos podréis hacer lo que queráis.

Sara no lo miró, de modo que Ali se levantó y siguió a Maryam, con el chiquillo pisándole los talones. Sara pasó los dedos por la tierra seca y arenosa. Se sentía débil y avergonzada de su ataque de rabia, que empezaba a disiparse.

—Oh, papá —le habló a la imagen mental de su padre—. No sé qué hacer. En su mente, él se encogió de hombros; no tenía consejos que darle. Entonces ella se puso de pie, sacudiéndose las manos, y miró a su alrededor.

Los habitantes del pueblo estaban empezando la jornada, y algunos la miraron mientras cruzaban la plaza. Sara le devolvió la inclinación de cabeza a un anciano marchito que pasó sentado a lomos de un burro gris y lento. Sabía que debía de parecerles extraña, con su piel pálida y su curiosa mezcla de ropa. No estaba segura de si debía devolverles la mirada o apartarla. El roce del pañuelo le irritaba la piel y la tela amortiguaba los sonidos. Decidió seguir a Ali y a Bijan al interior de la casa.

Maryam y Farnoosh ya habían tendido el cuerpo recto en el colchón y le habían peinado el corto pelo negro. El tacto de la piel muerta era frío y ceroso; Farnoosh cruzó las manos de la mujer sobre el pecho, murmurando que le había fallado.

—No —Maryam sacudió la cabeza—. Has hecho todo lo que has podido —pensó en todos los que habían muerto sin despedirse de ella, en todos los que había amado y a los que no había tenido oportunidad de llorar.

Se apartaron cuando entró Bijan, que se arrodilló junto al cuerpo de su madre, mirándola a la cara. Sara se quedó en el umbral sin decir nada.

—Mírame, mamá —susurró el niño; levantó una de las manos de su madre, que cayó pesadamente a un costado. Tocó los ojos cerrados, levantó uno de los párpados—. Mírame, mamá —repitió con voz rota cuando sólo vio el blanco de sus ojos.

—Basta —Ali sacó a Bijan de la habitación.

Maryam los miró salir y vio a su hija de pie en la puerta.

—Lo siento. Esperaré fuera —dijo Sara, con los ojos llenos de lágrimas. Se dio la vuelta para irse mientras Farnoosh cubría con una sábana la cara de la muerta.

Maryam siguió a Sara por el pasillo y salió a la brillante luz invernal. Sobre las cimas de las montañas se arremolinaban densas nubes de tormenta, acercándose al pueblo. Maryam se reunió con Sara y ambas se apoyaron contra el muro medio desmoronado.

—Esa mujer tenía tu edad —dijo Maryam—, pero parecía más vieja de lo que tú parecerás nunca; estaba gastada. Aquí hay muy pocos medicamentos, pero no tendría que haber muerto.

—¿Qué va a ser del niño? —preguntó Sara.

—No lo sé. No tiene padre, pero alguien lo adoptará. La mayoría de las familias son lo bastante numerosas como para que uno más no importe —Maryam pensó en Saeed, en sus ojos verdes. Lo había agarrado de ambos brazos para sacudirlo, una o dos veces, y la cara de él había perdido la expresión, la vida; era como si no estuviese allí. No quería

recordar aquello, el daño que le había hecho—. ¿Vamos? Farnoosh puede ocuparse de lo que queda por hacer.

Atravesaron juntas el pueblo.

—Ojalá no hubiera perdido los estribos —dijo Sara en voz baja.

—Tienes derecho.

—No sé qué pensar de todo esto.

Sara recordó la cara de Ali y lo cariñoso que había sido con Bijan mientras caminaba al lado de su madre. Ambas miraban al suelo, donde había un revoltijo de huellas de animales, y pensaban en la muerte y en la pena de su hijo.

—Podemos hablar tranquilamente esta tarde —dijo Maryam—. Si quieres, podemos ir al santuario y al manantial. No están lejos. Podemos llevar un termo y abrigarnos bien —cogió a Sara del brazo con suavidad, y su hija no se apartó. Maryam miró de reojo sus ojos inyectados en sangre, la palidez del agotamiento en su rostro—. Noruz me ha dicho que esta mañana vomitaste. ¿Te sientes mal? —preguntó.

Llegaron a la puerta azul.

—No —contestó Sara—. Sólo un poco perdida.

—Me alegro tanto de que estés aquí, de que hayas venido... a pesar de todo.

—*A causa* de todo —replicó Sara, y se inclinó hasta que sus frentes se tocaron por un momento—. No quiero perderte, mamá.

Maryam cerró los ojos.

—Te lo explicaré, te lo prometo.

Para alivio de Sara, cuando entraron en la habitación principal Noruz señaló la carta de Edward, apoyada en la repisa de la ventana; Maryam se la guardó en la manga. Se sentaron juntas y hablaron de lo ocurrido.

—Ali Kolahin será un buen padre para el niño —dijo Noruz, sorbiendo té entre dientes—. Pero primero hay que enterrar a su madre antes de que la tierra se hiele —dio unas palmadas en la mano de Sara—. Si llega una nevada fuerte, te quedarás aquí hasta la primavera.

—Me aseguraré de que vuelvas a casa —dijo Maryam.

Un poco más tarde, Maryam y Sara emprendieron el camino a las montañas con un termo de té con cardamomo, mientras caían pequeños copos de nieve. Andaban despacio, con los gruesos abrigos afganos que Noruz se había empeñado en que se pusieran sobre los chaquetones europeos de borreguillo y las bufandas.

—¿Qué van a hacer con la mujer que ha muerto? —preguntó Sara.

—Era de otro pueblo —Maryam respiró con más fuerza cuando empezaron a subir—. Su familia vendrá a recogerla. La tradición es lavar y bendecir el cuerpo, envolverlo en una sábana limpia y enterrarlo.

Sara miró las piedras que pisaban, puntiagudas esquirlas de pizarra que resbalaban mientras trepaban por la empinada ladera, en cuyas grietas y resquebrajaduras sólo crecían cardos.

–Es un lugar solitario para ser enterrado.

–Es su hogar –Maryam se volvió para mirar el pueblo, que empezaba a desaparecer tras la curva de la montaña, bajo las nubes de nieve que se estaban acumulando hasta formar otra tierra montañosa sobre sus cabezas–. Creo que sería un buen sitio para morir, para que te entierren. Es más tranquilo que Londres.

Llegaron a lo alto de la pendiente y se detuvieron. Un valle de roca rosada bajaba suavemente a sus pies, como la palma de una mano abierta entre las montañas. El manantial, verde oscuro, estaba en el centro, en parte resguardado del sol por abedules de tronco blanco como el hueso y ramas carmesí que se alzaban hacia el cielo. El viento empujaba y rizaba el agua.

–Mairy y yo nos tiramos rodando por aquí una vez.

Maryam sonrió; alargó el paso cuando empezó a bajar por el resbaladizo pedregal.

Sara se puso en cuclillas y contempló el paisaje. Era hermoso, intemporal. Cerró los ojos; sintió el frío en la piel, olió el picante aroma a tierra de las rocas.

Por un momento imaginó a su padre bajando de las nubes en el desgastado sofá del desván, con un vaso de vino tinto en la mano, y sonrió con nostalgia y tristeza sabiéndolo tan lejos. Su madre llegó al manantial y la saludó con la mano; Sara se puso de pie para seguirla, mientras el velo de nieve caía con más densidad, espolvoreando los peñascos y las ramas. El estanque resplandecía, oscuro; sólo se oía el sonido del agua cayendo desde las rocas que había a sus pies.

–¿Quieres un poco de té? –preguntó Maryam cuando Sara llegó a su lado. Se sentaron juntas, cada una con una taza de plástico en la mano, en una raíz que sobresalía del suelo y se aferraba al borde del estanque–. A veces veníamos aquí con Fátima en verano, a merendar.

Maryam recordó el chapoteo del agua en las corvas, frío incluso en agosto, y se vio salpicando a Fátima cuando ésta intentaba que volvieran a casa: «Ven aquí, niña, eres un diablillo».

–¿Sabes? Aquí eres diferente –dijo Sara–. No da la impresión de que te vaya a llevar el viento. En Londres, a veces, parece que estuvieras a punto de echar a volar.

Maryam miró la nieve rizar el agua.

–Siempre observando cómo se hacen las cosas, cómo encajar –dijo–. Nunca escapamos. Todo lo que quería cuando era niña, cuando era joven, era escapar de la etiqueta y la tradición, de las bodas concertadas y todo eso. Y lo único que encontré fue otro mundo donde tuve que descubrir nuevas tradiciones y costumbres, adivinar qué aspecto debía tener. ¿No es estúpido?

Sara sacudió la cabeza.

–No. ¿Me vas a decir ahora qué está pasando?

Maryam miró las nubes, cada vez más oscuras.

–No estoy segura de por dónde empezar. Quiero que sepas que me alegro mucho de haber ido a Inglaterra, de la vida que he tenido, y de ti.

–Lo sé –Sara frunció el ceño–. Pero eso no es una respuesta. Necesito entender lo que pasó en el puente. No sabes cómo echo de menos a mi hijo, todos los futuros que imaginé para él. Y papá cree que no vas a volver. Ni siquiera soporta quedarse más tiempo en la casa. No sé lo que significa nada de todo esto, ni si hay más secretos. Hace que el pasado parezca una mentira; como si nada hubiera sido como yo creía.

–No digas eso.

–¿Por qué no? Dame una razón.

El hielo orlaba la orilla del estanque, ramitas heladas y esqueletos de hojas atrapados bajo la superficie.

–Sí, de acuerdo –Maryam se estremeció–. Vamos a andar un poco. Hace frío, y el santuario no está lejos.

Mientras volvían al pueblo por un camino distinto empezó a nevar con más intensidad; los copos se posaban en sus pestañas y les picoteaban las mejillas. El sendero se llenó de niebla; las grandes alas de las nubes se cerraron sobre el día. Maryam caminaba inclinada contra el viento, sin perder de vista la lisa cúpula del santuario, y Sara volvía la cabeza para mirar las huellas de sus pasos. Pensó cuánto le habría gustado a Saeed que nevara, hacer muñecos de nieve en el parque, disfrutar de unas navidades blancas.

–Ésos son los muros de la antigua fortaleza.

Maryam señaló los restos de ladrillos de arcilla desmoronados a un lado del santuario. Tras ellos estaba la mujer de piedra. El viento suspiró mientras se acercaban a su figura picada y amarillenta de liquen. Había estado allí desde siempre. Maryam pasó los dedos por el cuerpo y los agujeros como había hecho de niña.

–¿Por qué está aquí? –preguntó Sara, apoyando la palma de la mano en la superficie helada de la roca lisa y mirando las órbitas cinceladas de los ojos, ciegos al mundo. Sintió que el frío le atravesaba la ropa y le calaba los huesos.

–La gente solía dejarle ofrendas, un sacrificio para pedir buena suerte, salud, paz. Cuando mi padre era niño el pueblo estaba aquí arriba; tenían que protegerse de las tribus que los atacaban desde la frontera. Con el tiempo, cuando la región se volvió más tranquila, se trasladó al valle –Maryam vio los escalofríos de Sara, cómo le castañeteaban los dientes–. Ven, vamos a resguardarnos del viento –miró al cielo, pero sólo vio copos trémulos que le escocieron en los ojos.

Rodearon el edificio, de una sola planta. La puerta daba a las llanuras; la pintura verde estaba desconchada y dejaba ver la madera lisa y gastada debajo. Empujaron fuerte con los hombros para entreabrirla y se deslizaron dentro; se cerró tras ellas con un portazo. En el interior, el aire estaba frío y tranquilo. Flotaba una luz tenue que se filtraba por las grietas de la cúpula y de las paredes; el aire de la montaña suspiraba a través de ellas como si respirase. Sara sintió un movimiento, un revoloteo, y se tapó la cara.

–Sólo son telas al viento.

La voz de Maryam venía de otro rincón y Sara la siguió, pisando con cuidado. Era un

pequeño espacio, de apenas unos metros, lleno de sombras cambiantes de color verde oscuro.

–¿Sigue viniendo gente a rezar aquí? –preguntó Sara.

–No, en realidad no. ¿Ves esas colgaduras?

En torno a ellas ondeaban bandas de tela verde colgadas del techo junto con otros hatillos hechos de telas y trapos de algodón atados y anudados. Sara tocó uno; era como una pequeña honda con algo dentro en forma de huevo.

–Es una superstición –dijo Maryam–. Las chicas del pueblo hacen esas cunitas de tela y las cuelgan aquí. Se supone que así son más fértiles.

Cuando los ojos de Sara empezaron a acostumbrarse a la titilante penumbra vio las cunas colgando de todas partes, en todo el contorno del santuario, desde el suelo hasta donde alcanzaban las manos.

–Pero este sitio es oscuro y horrible –dijo, rodeándose con los brazos. Estaba tan desolado como la agitación del Tánmesis, como hundirse en él sorbiendo aire helado en vez de las turbias corrientes del río–. Parece una tumba. ¿Por qué me has traído aquí?

–Sólo son pedazos de tela, viejos ritos –Maryam alargó la mano, pero Sara se apartó.

–Es demasiado, mamá. Yo he perdido a mi hijo.

Retrocedió hasta la pared y se dejó caer al suelo. Debería estar con su familia, con Julian, en cualquier sitio menos en ese lugar oscuro y abandonado.

Maryam se arrodilló a su lado.

–Perdóname, Sara, no quería trastornarte.

Se inclinó para acariciar la mejilla de su hija, pero Sara le sujetó la mano.

–No dejas de decir que lo sientes y que me lo explicarás, pero no sé si lo dices de verdad. ¿Sabes lo que estás haciendo? Mi vida no es tuya para jugar con ella; ni la de papá, ni la de Saeed –miró el resplandor de los ojos de Maryam.

–No –Maryam liberó la mano con suavidad y ambas esperaron mientras sus respiraciones se calmaban. Maryam miró la cúpula, las rendijas de luz–. ¿Sabes? Este sitio siempre me ha dado miedo a mí también –dijo–. Recuerdo que las chicas del pueblo solían llamarme en las noches de verano, cuando dormía en el tejado, para que viniera aquí con ellas a escondidas: «Maryam, Maryam» –su voz cantarina resonó por la estancia–. Pero nunca vine. Entonces no quería un hijo, ni un marido. Pero mi padre no me dio esa libertad. Tenía que hacer lo que él decía: casarme o irme. Estaba profundamente avergonzado de mí.

–¿Por qué? –preguntó Sara, abrazándose las rodillas para entrar en calor.

Maryam meneó la cabeza. Nunca había hablado con nadie de aquellos días, ni siquiera con el doctor Ahlavi cuando iba a verlo en Londres. De alguna manera, habían acordado hacer como si todo aquello no hubiera sucedido.

–Bueno –empezó–, creía que yo me había acostado con Ali.

–¿Y lo habías hecho? –Sara recordó la historia de Shirin sobre la noche de los disturbios.

–No. Pero mi padre no me creyó, así que tuve que irme.

–¿Te escapaste?

–No, me echaron a la calle como si fuera esa basura.

Maryam señaló los trapos del suelo, estremeciéndose cuando una ráfaga de viento entró por debajo de la puerta.

–Pero él te mandaba todas esas joyas cada año. Las cajas que hay en el desván.

–No sé por qué lo hacía. Nunca me llamó. Nunca me escribió –las cunas de trapo se columpiaron, y Maryam pensó en la última vez que lo había visto–. Ya no me quería como hija, eso dijo. Lo había decepcionado por completo.

–¿Y qué le pasó a Ali? –preguntó Sara.

–Lo castigaron, lo apalearon.

Maryam se sintió enferma al decirlo. Recordó las palabras de Fátima contándole que había encontrado a Ali acurrucado en el suelo como un animal herido. Sentía que parte de sí misma había sido enterrada entonces en el fondo de sus propios huesos y seguía temblando allí; esperando, asustada, deseando gritar. Miró otra vez la cúpula. En sus pesadillas no podía volver la cabeza ni pedir ayuda; despertaba con el sabor de la sangre en la boca.

–¿Fue tu padre?

–Los hombres de mi padre.

La voz de Maryam sonó lejana; alargó las manos y las pasó por el suelo, por el polvo y la suciedad.

–¿Qué haces? –preguntó Sara.

–Puede haber ratas escondidas.

Las había en sus sueños, en los cortes, en las heridas. Se miró las manos. Estaban heladas y azules, así que se metió los dedos en la boca para calentarlos.

Sara las cogió entre las suyas, notando un sudor pegajoso, o quizá lágrimas, en la cara de su madre.

–No pasa nada –dijo, intentando calmarla.

–Fueron días terribles, Sara. Éramos tan jóvenes... –quería llorar, pero le salió una carcajada–. Mi padre tendría que habernos protegido, como tú dices que yo tendría que haber protegido a Saeed. Pero nos trató como si fuésemos escoria. Hizo que me sintiera como una puta.

–¿Por qué? ¿Cómo? –preguntó Sara, pero de algún modo, en sus entrañas, ya sabía parte de la respuesta. Era un poco así como Fátima la hizo sentirse todos esos años atrás, chasqueando la lengua en señal de desaprobación cuando la vio correr por el jardín con las piernas al aire, como si el cuerpo de una jovencita fuera algo vergonzoso.

Maryam apenas podía soportar el recuerdo de lo que le había ocurrido aquel día en los barracones, cómo le habían separado las piernas, cómo había aprendido a ocultarlo en las profundidades de su mente.

–Las joyas –dijo, luchando por no contarle a Sara la verdad–. Me pagaba para que

siguiera lejos.

–Tal vez. No puedes estar segura.

Siguieron sentadas en silencio y Maryam se rascó el cuello, como solía hacer su madre en la casa de Mashhad. Sara volvió a sujetarle las manos.

–Entonces, después de lo que pasó, cuando te fuiste a Inglaterra y conociste a papá, ¿seguiste en contacto con Ali? ¿Estabas enamorada de él?

Maryam sintió el calor de las manos de Sara.

–No, no seguí en contacto con él –contestó, frunciéndose el ceño a sí misma en la oscuridad–. Lo dejé atrás, en el pasado. Era joven. Hice nuevos amigos en Teherán, y después me fui a Londres. Tenía que establecerme en algún sitio, y sabía que no podía ser aquí. Tu padre era muy amable. Aun así, siempre supe que Ali estaba aquí. Pensaba a menudo en él, en cómo pasaría los días. Así que aunque nunca estuvimos en contacto, supongo que lo he tenido en la cabeza todo el tiempo.

Sara se quedó callada un momento.

–¿Y le ocultaste todo esto a papá? –preguntó al fin–. ¿Aunque trató por todos los medios de apoyarte y comprenderte?

Se sentía más confusa que furiosa. No era una infidelidad, pero su madre había tenido una vida secreta.

–A veces resulta difícil saber cómo empezar a hablar del pasado. Tu padre y yo teníamos una vida en común, y se hacía una idea de mí de la que se había enamorado. Yo no quería estropearla, volver a decepcionar a alguien, hacer que él se sintiera solamente una segunda alternativa.

–¿Pero no te das cuenta de cómo has destrozado esa vida, mamá? Y papá siempre ha sabido que le ocultabas algo. Ha vivido con ese secreto tanto como tú.

–No quería hacerle daño.

–Pero se lo has hecho. Todas esas veces, cuando perdías los nervios... cuando me cortaste el pelo, ¿te acuerdas? Y cuando le pegaste a Saeed. Y ahora abandonas a papá sin un motivo claro. Te quiero, mamá, pero una parte de ti ha sido muy cruel.

Maryam se soltó de las manos de Sara y se tapó la cara. Recordó un documental sobre agujeros negros: cómo podía implosionar una estrella y formar un diminuto punto de destrucción en el universo. Estrellas, soles y planetas estallarían en pedazos y caerían en su campo gravitatorio. De alguna manera, el día en el barracón había creado un agujero negro en su mente, y por mucho que intentase alejarse de él, seguía haciendo estragos.

–Ojalá pudiera regresar en el tiempo –Maryam miró a su hija.

–¿Qué quieres decir? –Sara le devolvió la mirada.

–Oh, deshacer todas las cosas malas.

–Pero ¿por qué ocurrió lo del puente? ¿Por qué le pegaste a Saeed?

–Lo siento tanto... –las lágrimas rodaban por la cara de Maryam–. Tú seguirías estando embarazada...

–Lo sé, y te odié durante cierto tiempo. Pero ahora sólo quiero saber por qué.

–Sí, claro –Maryam buscó una respuesta en la oscuridad, frotándose nerviosamente las manos–. ¿Recuerdas cómo te sentiste al llegar aquí?

–Sí –contestó Sara–. Lo siento si reaccioné de forma exagerada.

–No lo sientas –dijo Maryam–. Te sentías perdida, desorientada, asustada. A veces resulta difícil saber dónde estás. Cuando llegué a Londres, todo era muy diferente a lo que conocía. A veces, acostada en la cama por la noche, me mordía la mano para asegurarme de que era real. Creo que en cierto modo también intentaba despertarme aquí otra vez, antes de que todo empezara a ir mal. A veces vas dando tantos traspies entre dos mundos que parece que se te van a romper los huesos. Harías cualquier cosa para que el suelo se quedara quieto; incluso abofetear a un niño que te recuerda un mundo que parece perdido para siempre.

–¿Así que por eso viniste aquí? ¿Para comprobar que ese mundo no se había perdido?

–Supongo que sí. No quería hacer más daño.

–¿Y Ali quiere que te quedes?

–Si te digo la verdad, Sara, no sé qué hacer.

–Papá no quería tu compasión. Se merece algo mejor.

–Lo sé –Maryam escuchó el viento batir contra la cúpula. No sabía cuánto tiempo llevaban allí–. Creo que se está haciendo tarde –dijo–. Deberíamos regresar.

–Pero sigo queriendo saber más sobre Ali.

–Seguiremos hablando cuando no haga tanto frío –Maryam habló con voz cansada.

Se ayudaron mutuamente a levantarse y fueron a abrir la puerta. Descubrieron que la nevada se había convertido en ventisca, un manto vertiginoso y blanco que cubría el camino; no podían ver más allá de unos pocos metros.

–Tendremos que esperar aquí hasta que pase –Maryam alzó la voz para hacerse oír por encima del viento, que las empujó de nuevo al interior. La puerta se cerró de golpe y recuperaron el aliento–. Si empeora, Noruz sabe dónde estamos.

Se acurrucaron juntas en el suelo, Sara con la cabeza apoyada en las manos. Durante un rato, trató de pensar en otra cosa. En Julian, en Saeed; luego en Mara y en una Navidad en la que ella tenía más o menos la edad de Saeed. Fue unos pocos años después de la Revolución; Mara había ido a visitarlos con su marido, Ahmed, antes de que naciera Saeed o cualquiera de sus demás hijos. Habían llegado en Nochebuena, tarde; había hiedra y acebo en la puerta de la casa. Sara se había despertado al oírlos llegar y había bajado la escalera descalza y en camisón.

Se sentó a la mesa de la cocina comiendo pastelillos de frutos secos y escuchando el crescendo de farsi mientras Ahmed abría el armario de las bebidas de su padre, los tintineos de las botellas de vodka, ginebra y whisky que titilaban a la luz de la lámpara. Edward se había reído de la escena años después: los peligros de viajar desde un país donde el alcohol está prohibido. Cuando hubieron bebido bastante, Ahmed cogió un cuchillo de cocina del cajón y la emprendió contra los tacones de sus zapatos hasta que levantó las tapas y blandió rollos de billetes que había sacado clandestinamente de Irán.

Todos aplaudieron como si hubiera hecho un truco de magia; él sudaba mientras atacaba a los demás zapatos que llevaba en la maleta. Su madre se había reído como Sara no la había visto reír nunca, con la boca abierta y la cabeza echada hacia atrás, mientras Ahmed blandía en el aire un tacón roto tras otro. Por la mañana había una masacre de zapatos en el suelo de la cocina.

Se inclinó hacia su madre en la oscuridad y le preguntó si lo recordaba.

–Claro. Jugamos a Go’goosh y a Elvis y bailamos por la sala.

Su aliento formaba nubecillas. Estaba cayendo la noche y Sara miró la cúpula; algunos copos de nieves revoloteaban desde las grietas a la débil luz. Tragó intentando controlar el pánico que empezaba a sentir.

–¿Qué crees que siente Ali sobre la vida que has llevado? –preguntó–. ¿Él se ha casado?

Maryam negó con la cabeza.

–No, pero creo que ha tenido una buena vida. Ve crecer y vivir a su alrededor a los niños a los que da clase. Hay continuidad y memoria; una sensación más intensa de vidas compartidas. Creo que he tenido que pasarme la vida entera lejos de aquí para reconocerlo.

–Pero en Inglaterra, en tu casa, has compartido tu vida –Sara se estremeció de frío.

–Sí, lo sé.

–Y Ali, ¿lo sabe?

Maryam asintió en la oscuridad. Mi casa, pensó, y recordó un sábado por la tarde en una primavera; Edward le había pedido que se vieran en lo alto de Richmond Hill, junto a la balaustrada que mira hacia los prados. Fue antes de que se casaran; los narcisos crecían en el camino. Ella se sentó con su abrigo rojo, observando a la gente que pasaba y sintiendo la brisa en el pelo, intentando ser simplemente ella misma. Él apareció y la llevó por las calles tranquilas hasta una verja de hierro, y entonces le tapó los ojos con la mano, sobresaltándola tanto que estuvo a punto de gritar.

«Es una sorpresa», dijo, guiándola por el sendero. «No abras los ojos.» Maryam lo oyó probar llaves en una cerradura; luego se abrió una puerta y empezaron a andar por un suelo de madera que crujía; olía a pintura y la luz brillaba al otro lado de sus párpados cerrados. «Ahora puedes mirar», ella abrió los ojos, pestañeando, y se encontró en una habitación amplia y vacía, llena de ventanas a lo largo de una pared que daban a un jardín de rosas, y a Edward delante de ella con una rodilla en el suelo. «Maryam, ¿quieres casarte conmigo y venir a vivir aquí?», preguntó. Ella se sintió como si no estuviera del todo presente; se dio la vuelta y se alejó de él, caminando despacio por las demás habitaciones, dejando atrás puertas de roble macizo y ventanas emplomadas. Cuando volvió, él seguía arrodillado. «¿Quieres casarte conmigo, Maryam?» «Sí», dijo ella, como en un sueño, bajando la cabeza a la brillante luz del sol, pensando en Ali, con los ojos llenos de lágrimas. Edward se puso de pie y la besó, y ella sonrió a pesar de todo.

–Tú sabes que he intentado querer a tu padre, Sara, tanto como he podido.

–Supongo que sí –susurró Sara.

Empezaba a sentirse entumecida de frío; no le quedaban energías para convencerla, argumentar o discutir. Ya no sabía si seguía teniendo escalofríos. Sólo quería dormir y que al despertar hiciera calor. Sus ojos no dejaban de buscar puntos de luz en la oscuridad, y miró de nuevo hacia las sombras cambiantes de la cúpula.

–Creo que un pájaro se ha quedado atrapado ahí arriba, mamá.

Maryam siguió su mirada.

–Hay un viejo cuento de comadres sobre este lugar: dice que si unas alas baten sobre tu cabeza, es que estás embarazada –intentó ver la cara de Sara, el resplandor de su piel–. Noruz cree que puedes estarlo, por los vómitos.

Sara oyó la prudencia y el temor en la voz de su madre. Ella misma se había prohibido hacerse esa pregunta.

–Es demasiado pronto para saberlo.

Tenía miedo de hacerse ilusiones, acurrucada en el suelo en aquella helada oscuridad.

–Intenta mantenerte despierta –susurró Maryam.

–Vendrá alguien, ¿verdad? –preguntó Sara, pensando en Julian y en cuánto deseaba volver a verlo.

–Claro que sí.

Maryam trató de aparentar más seguridad de la que sentía.

Se sumieron en un sueño pesado, abrazadas, mientras la mujer de piedra gritaba fuera y la nieve continuaba cayendo. Se acumuló contra las paredes y la puerta, cubrió la cúpula de blanco.

Mucho más tarde, Maryam despertó al oír un golpe sordo. No veía nada. Oyó la voz de Ali llamando por encima del viento e intentó mover las piernas, rígidas de frío. Empujó suavemente a Sara, que despertó de los aterradores sueños en los que se hundía bajo aguas heladas; se levantó el pestillo y la puerta se abrió. Fuera era noche cerrada; no hacía tanto viento, pero la nieve seguía cayendo con fuerza.

Ali llevaba a Bijan sobre los hombros. Encendió una linterna, iluminando sus caras pálidas.

–Están aquí –se arrodilló junto a Maryam, Bijan se deslizó al suelo y Farnoosh apareció detrás de ellos–. ¿Estáis las dos bien?

Maryam asintió y Sara parpadeó para despertarse, sin entender del todo los susurros.

Ali se quitó la mochila que llevaba a la espalda, sacó una manta gruesa y las rodeó con ella.

–Farnoosh ha traído un termo de Noruz y un poco de comida. Hemos venido tan pronto como pudimos, y no ha habido manera de convencer a Bijan para que se quedara en el pueblo –cogió las manos de Maryam para calentarlas, y luego las de Sara. Ella miró cómo les echaba el aliento; el retorno de la circulación quemaba. Se soltó, todavía helada

hasta los huesos, y se metió las manos bajo las axilas. Ali arqueó las cejas—. Tenéis que comer y entrar en calor —dijo—. Cuando recuperéis las fuerzas podemos irnos. La tormenta está pasando —sacó de la mochila algunas ramitas y leños y despejó un espacio en el suelo—. Vamos a quitar estos trapos antes de que ardan en llamas.

Se taparon la cara mientras Ali daba la vuelta al santuario arrancando trapos y cunas y levantando remolinos de polvo. Detrás había un mosaico de azulejos azules y blancos, y una mugrienta ventana con la repisa cubierta de nieve. Sara sintió que le sacaban la cabeza fuera del agua. La luz del fuego no tardó en bailar sobre las paredes; las arañas se escabulleron por las rendijas. El humo subía hacia la cúpula y salía por las grietas, como si fuera una chimenea. Sara tendió las manos hacia las llamas y miró atentamente a Ali; Bijan estaba sentado en las rodillas de Farnoosh, en un rincón.

—Habéis vivido toda una aventura —dijo Ali, dándole un trozo de pan.

—Creo que podríamos habernos congelado.

—Menos mal que os quedasteis aquí. No conocéis el terreno, y la nieve lo ha cubierto todo. Podríais haberos perdido fácilmente, y no habría sido fácil sobrevivir a la noche. Farnoosh ha traído vendas por si una de vosotras estaba herida.

—Gracias. Sara le dedicó una sonrisa.

—Mañana cerraremos la escuela —siguió Ali— y los niños harán leones de nieve en la plaza, lo bastante grandes como para subir a sus lomos.

Se quedó callado. Sus palabras le recordaron a Sara los leones de la columna de Nelson, un año en que fue a hacer las compras de Navidad con sus padres. Una delgada capa de nieve había blanqueado las melenas de bronce, y su padre la levantó en el aire para sentarla en una de las patas. Había una foto en alguna parte. Le preguntó a Maryam si se acordaba.

—Sí —contestó ella. Envuelta en la manta, recordaba el huerto pedregoso que solía cruzar con Ali, las historias que él le contaba, sacadas de los libros de su padre—. Pero no es tan maravillosa como las imágenes que tenemos en la imaginación.

Sara los vio sonreír a la vez y frunció el ceño.

—¿Te gustaría haber visto Londres, el resto del mundo? —le preguntó a Ali, casi como un desafío.

—Tu madre me preguntó lo mismo una vez.

—¿Y qué dijiste?

—Que era una niña mimada e ingenua que no sabía nada de mi vida y sus alternativas.

—¿Y cuáles eran tus alternativas? —preguntó Sara—. ¿Qué elegirías ahora?

Ali oyó la rabia a punto de estallar otra vez, la vio en sus ojos y en sus mejillas sonrojadas. Miró al fuego.

—No es una pregunta fácil —contestó.

Sara se frotó la frente y pensó que Ali había salido a buscarlas en mitad de la noche. Intentó hablar con más delicadeza.

—Supongo que quiero saber lo que te ha importado en la vida —dijo—, y cómo le puedes

haber importado tanto a mi madre, incluso estando tan lejos y habiendo pasado tanto tiempo. Y quiero saber lo que tú quieres de ella ahora. Yo quiero llevarla de vuelta con mi padre, al lugar donde crecí. ¿Qué quieres tú?

Ali juntó las palmas de las manos y miró a Sara a los ojos.

–Estás haciendo más de una pregunta –contestó–. En parte preguntas qué control tengo sobre tu madre, como si yo fuera su guardián. Pero no lo soy, ni quiero serlo. Maryam tiene que ser ella misma, y estoy seguro de que también tú lo deseas. Yo no la he traído aquí, y tú no puedes llevarla a casa. Es ella la que tiene que decidir ir o venir cuando ella quiera, según su conciencia. Si dejamos nuestras necesidades a un lado, lo importante es que Maryam sepa lo que quiere cuando no la empujan el miedo, la culpa o la obligación. Es lo que siempre quiso de niña; debería tener esa libertad como mujer, ¿no te parece?

No era la respuesta que Sara esperaba y miró al suelo, pensativa.

–Y también preguntas sobre mí y sobre mi vida, y por qué significo algo para tu madre, y qué postura voy a adoptar ahora. Bueno, creo que mi vida habla por sí misma. La he pasado en la escuela de Mazareh, donde, como ves, me he hecho viejo. Paso los días con niños como Bijan, que sólo tienen unos cuantos años por delante para aprender a leer un poco, a escribir un poco. Luego suelen convertirse en granjeros o pastores, y viven cerca. Algunos se van a la ciudad, y les va bastante bien. Puede que otros mueran de una sobredosis de heroína debajo de un banco de algún parque, o vayan a luchar a una guerra santa, una *jihad*; estos días nos sobran *jihads*. Si Dios quiere, algunos tendrán sus propios hijos, y la vida seguirá. Durante unos breves años, intento prestarles un poco de atención.

Sara lo miró para demostrar que estaba escuchándolo, y los ojos de Maryam fueron de la cara de su hija a la de Ali, sabiendo que su vida estaba en algún lugar entre ambos.

Él continuó.

–Creo que también quieres saber lo que tu madre significa para mí. Bueno, Maryam y yo fuimos jóvenes juntos, y tal vez pensamos que siempre seríamos jóvenes y que siempre estaríamos juntos; aunque nunca lo dijimos y, a decir verdad, aquello sólo podía ser un sueño. Al fin y al cabo, yo era un criado de su padre. Aun así, durante unos pocos años, tejimos nuestro propio mundo en la cocina de Fátima. Fueron nuestros días dorados; no sabíamos cuánto teníamos que perder –miró a Maryam, su sonrisa y las arrugas en torno a sus ojos–. Y luego aquello desapareció, y quizá los dos pensamos que lo habíamos perdido para siempre. Pero décadas después, aquí está Maryam, y le estaré agradecido por todo el tiempo que decida quedarse. Pero no la retendré aquí en contra de sus deseos. Sé que tiene una familia al otro lado del mundo.

–¿Y eso no te molesta? –preguntó Sara.

–No. Tal vez en otra época podría haberme molestado, pero no ahora. Estoy encantado de conocerte, Sara –dijo con énfasis–. Y ahora, ¿puedo hacerte yo una pregunta? –Sara asintió con lágrimas en los ojos. Ali era un buen hombre, y por algún

motivo la hacía sentirse muy triste—. Entonces dime, ¿qué es Irán para ti, que has crecido tan lejos?

Sara lo miró, miró a su madre y pensó en el mundo de su infancia: tan lleno de flores de adormidera y música como de conferencias a larga distancia y de violentas imágenes de la Revolución reproducidas en su sala de estar. Una miriada de momentos, de cartas leídas sobre tazas de chocolate en las noches de otoño, del brillo de la luz del sol y la plenitud de la voz de su madre, esa plenitud que Sara sólo oía cuando hablaba en farsi.

—Es difícil saber por dónde empezar —dijo—. Nunca me he sentido inglesa, pero sé que Irán no es mi hogar. Aquí tengo parientes que no conozco, que acaso nunca llegue a conocer, que están muertos y enterrados. Pero existen en mi mente: las conversaciones que podríamos haber tenido, todo lo que podría haber aprendido de ellos. Irán es como algo que no está hecho del todo para mí. Es una idea en mi cabeza que tal vez nunca comprenda, pero que siempre formará parte de mí. Lucharía por esa idea, aunque a veces la he odiado: por los ojos vacíos de mi madre, por las veces que yo sabía que estaba donde no podía seguirla. La mayoría de las veces he sentido amor por esa idea, como durante esas noches de verano en las que bailábamos en el patio al son de la música persa.

Sara apoyó la cabeza en las manos.

Maryam sonrió al recordar los bailes con Mara y abrazó a su hija. Empezó a tararear en voz baja la melodía favorita de Mara, una canción de cuna. Las palabras resonaban en su imaginación: «Duérmete, mi niña, bajo las flores del manzano. Duérmete, mi amor, a la sombra del ciruelo. Duérmete, mi niña, mi flor, cierra los ojos». Todos escucharon mientras fuera amainaba el viento.

Maryam se interrumpió.

—¿Bailas, Farnoosh? —preguntó en farsi, y Farnoosh sacudió la cabeza con una sonrisa tímida—. ¿Y tú, Bijan?

El niño la miró, luego miró al fuego.

—Mi brazo baila —contestó, y Sara alzó la cabeza y lo vio mover el hombro, el codo y la muñeca de un brazo como una serpiente a la luz del fuego.

—¿Y el otro? —preguntó Ali, echándose a reír.

Los dos brazos del niño bailaron a ambos lados de su carita seria.

—Ven a bailar para ahuyentar las penas, Sara —dijo Maryam, levantándose del suelo, pero su hija negó con la cabeza.

—No tengo ganas de bailar —contestó en voz baja. Le dolía todo.

—Farnoosh, por favor, baila conmigo —la animó Maryam; igual que había animado a Mairy, hacía todos esos años, a rodar con ella colina abajo.

Bijan cogió la mano de Maryam y Farnoosh también se levantó; los tres se acercaron con pasos lentos a la luz del fuego, tarareando mientras Ali daba palmadas con suavidad en las sombras. Sus pies se arrastraron por el suelo, barriendo la suciedad.

El velo de Maryam resbaló hacia atrás y el pelo le cayó sobre la cara; tenía los brazos

abiertos y Bijan se movía lentamente ante ella, como en un cortejo fúnebre. Maryam miró a Ali y sintió que los fantasmas de Fátima y de sus hermanas estaban cerca. Bijan tiró del brazo de Sara, que se puso de pie a regañadientes; Farnoosh la cogió de una mano y Maryam de la otra. Bailaron juntas en círculos por el santuario, alrededor del fuego. Sara cerró los ojos. Se sentía como si estuviera cayendo a través del tiempo y el espacio en aquel extraño santuario al pie de las montañas, lejos de todo lo que conocía. Vio sonreír a su madre a través de las lágrimas.

Cuando volvieron a sentarse, Farnoosh se arrodilló al lado de Sara.

–No estés triste –dijo, y le cogió la mano–. La vida no es tan mala –Sara miró al suelo–. Dime, ¿cómo fue crecer en Inglaterra? –insistió Farnoosh.

Sara se secó los ojos y sonrió.

–Un poquitín de locos –contestó encogiéndose de hombros.

–¿Podías hacer lo que quisieras?

–Sí, dentro de unos límites razonables.

–Los periódicos de aquí dicen que Inglaterra tiene el índice más alto del mundo de embarazos y abortos de adolescentes. ¿Es cierto?

–No lo sé –Sara frunció el ceño con amabilidad. Ante aquella ristra de preguntas se sentía otra vez como una profesora–. Quizá en algunos sitios. Todo el mundo es diferente.

–Pero ¿puedes llevar la ropa que quieras?

–Más o menos... ¿por qué no vienes a vernos algún día? –Maryam y Ali se miraban mientras las jóvenes hablaban–. Sólo necesitas un visado. Intentaré ayudarte a conseguirlo.

–Puedo ir a Londres –le dijo Farnoosh a Maryam, con una sonrisa de oreja a oreja.

–Eso espero –contestó Maryam, sabiendo lo difícil y caro que sería, pero sin querer echar un jarro de agua fría sobre las ilusiones de Farnoosh.

–Pero dínos, Maryam –preguntó Ali–, ¿qué ha sido Inglaterra para ti?

Maryam miró a su hija, después al fuego.

–Es donde he visto crecer a mi hija, y donde encontré seguridad cuando aquí no quedó sitio para mí –acarició el pelo de Bijan, que tenía la cabeza apoyada en su regazo–. Supongo que es un lugar donde, aunque no llevo el velo apretado sobre las orejas, tengo que concentrarme mucho para entender lo que los demás dicen y piensan, incluso después de tanto tiempo. Al envejecer, he echado cada vez más de menos a alguien con quien compartir mis recuerdos de este lugar, de las hojas de té que leía con mis hermanas –sonrió, tanto para sí misma como a Sara y a Ali–. Ser amada por personas que nunca conocerán Mazareh puede provocar una extraña soledad. Pero estoy agradecida por todo lo que Inglaterra me ha dado. No hay terremotos y nadie ha vacilado nunca a la hora de estrecharme la mano.

Ali apretó los dedos contra el suelo mientras escuchaba.

–¿Y papá? –preguntó Sara.

–Sabes que quiero a tu padre tanto como pueden quererse dos personas de dos mundos diferentes.

Miraron extinguirse las llamas.

–¿He contestado a tus preguntas? –le preguntó Ali a Sara–. ¿Quieres hacerme alguna más?

Ella sacudió la cabeza.

–No. Simplemente me alegro mucho de que vinieras a buscarnos.

Él le tendió la mano.

–Bueno, ahora deberíamos volver.

Ayudó a Sara a levantarse.

–Ali, perdóname si he sido brusca o grosera –dijo ella.

–No deberías pedir perdón por decir lo que piensas –contestó él.

Sara se agachó para coger una cunita de trapo que había caído al otro lado del fuego; luego se enderezó y miró otra vez a Ali.

–El caso... –dijo– bueno, sé que no es culpa tuya que mi madre esté aquí; que volver fue una decisión suya.

Se metió la cuna dentro del abrigo.

Ali la miró: la hija que podía haber tenido.

–Con esas palabras nos liberas a todos, Sara Mazar, incluso a ti misma; cada uno será lo que desee ser.

Sara frunció el ceño, no tan convencida, mientras él se volvía para ayudar a Maryam a levantarse; luego salió y cogió puñados de nieve para apagar las brasas. El vapor subió siseando hacia la cúpula; al fin, la puerta del santuario se cerró tras ellos. Regresaron con cuidado a la luz de la luna; veían el pueblo al pie de las colinas, rodeado de llanuras de un blanco resplandeciente.

Sara y Maryam durmieron profundamente durante el resto de la noche y hasta bien entrada la mañana. Las despertaron los agudos gritos de un niño al otro lado de las paredes de la casa; se apresuraron a vestirse y salir. Noruz y Hassan ya estaban en la puerta, y un camión con cadenas en los neumáticos esperaba en la plaza con el motor en marcha.

–Son los parientes de la mujer que ha muerto –susurró Noruz–. Han venido del pueblo vecino. Ali los ha llevado a recoger el cuerpo.

Los gritos eran de Bijan Ku'cheek, que se aferraba a un agujero en el muro mientras una mujer corpulenta intentaba tirar de él hacia el camión. Mientras tanto, dos hombres cruzaban la plaza tambaleándose por el peso del cadáver, envuelto en una mortaja.

Maryam se acercó corriendo a Bijan.

–Déjalo, déjalo, por favor –gritó; cuando la mujer se volvió hacia ella, Bijan se soltó y corrió a esconderse tras las piernas de Maryam.

Ella se arrodilló para abrazarlo y él enterró la cara en su abrigo. Ali seguía a los dos

hombres. Subieron el cuerpo a la parte trasera del camión, y Sara apartó la mirada de los miembros contorsionados junto a los trozos de madera y de metal.

–Bijan no quiere irse –Maryam miró a Ali–. ¿Tiene que hacerlo?

–Es un bastardo –murmuró uno de los hombres–. Pero puede trabajar tan duro como cualquier otro niño.

Dio un paso hacia Maryam y Bijan, pero Ali se interpuso en su camino.

–Hoy no, amigo mío –dijo Ali–. Deja a Bijan aquí. Estará a salvo y tiene que terminar sus estudios. Es lo que su madre habría deseado.

Se plantó con firmeza en el sitio mientras el hombre daba una vuelta a su alrededor.

–He oído las viejas historias sobre ti, Ali Kolahin –escupió–. Y sobre ti, Maryam Mazar, la paria.

Sara miró la cara de su madre, sus sombras grises, pero Maryam, simplemente, meneó la cabeza. No iba a aceptar más humillaciones, no de aquel hombre, no delante de su hija. Dio unos pasos y se detuvo al lado de Ali, con Bijan todavía aferrado a ella; Hassan también se adelantó.

–Hoy Mazareh no va a estar de tu parte –dijo Ali–. Vete.

El hombre dio otra vuelta alrededor de ellos, jurando por lo bajo, y luego subió al camión con los demás. Las ruedas arrancaron una ráfaga de nieve en polvo y el camión se alejó dando sacudidas por los baches y el hielo. Tan pronto como desapareció de su vista, Bijan corrió hacia Ali, que lo cogió y lo levantó en el aire. Luego lo abrazó y miró a Maryam, que todavía tenía la cara arrojada. Sara sabía que su madre nunca había mirado a su padre como estaba mirando a Ali en ese momento, con una sonrisa exultante y llena de fuerza. Sintió que, en su mente, su padre daba media vuelta y se alejaba con la cabeza gacha.

Volvieron a la casa a desayunar y Noruz parloteó para llenar el silencio que se había hecho entre ellos después de la confrontación y las horas oscuras de la noche anterior. Dijo que la tormenta había cortado la línea telefónica.

–¿Entonces no podemos llamar a Julian y a papá? –preguntó Sara.

Maryam negó con la cabeza.

–Creo que de todas formas prefiero escribir a tu padre.

–Hassan dice que se avecina más nieve –continuó Noruz, pasando queso y pan tibio–. Dice que las cimas de las montañas están cargadas.

–¿Podríamos coger Ali y yo la camioneta de Hassan para llevar a Sara mañana a Mashhad? –sugirió Maryam.

Sara alzó la cabeza.

–¿Vas a volver conmigo?

–¿A Mashhad? Claro. Me gustaría que fuésemos al Haram a ver la tumba de tu abuelo.

Esa noche cenaron temprano, mientras un viento helado soplaba sobre las llanuras.

Bijan cruzó la plaza, enlodada tras los acontecimientos del día, sin despegarse de los talones de Ali. Tras la puerta azul, el patio estaba oscuro, salvo por el brillante cuadrado de luz que proyectaba la ventana de la habitación principal. Era la última noche de Sara en Mazareh.

Dentro, la estufa estaba al máximo, y Farnoosh y Noruz sirvieron tazones de caldo humeante, mirando a Bijan con ojos amables cuando se sentó con las piernas cruzadas en el suelo y empezó a darle vueltas al gorro de lana negra entre las manos. Comieron en silencio mientras la televisión parpadeaba en un rincón. Sara vio la Casa Blanca y sus céspedes verde lima. Frunció el ceño ante lo que le pareció un mundo artificial; el mundo al que tenía que volver.

Maryam, sentada junto a Noruz, observó las caras de los demás. Estaban a salvo, pensó: Noruz con su familia y sus historias de azafrán y mierda, Farnoosh cuidándolos a todos. Se aseguraría de que un día Farnoosh abriera las alas y volara hasta las teterías y los puentes de Isfahan, quizá más lejos. Ali la miraba por encima del mantel blanco y las manos hambrientas que cogían pan y queso. Había visto su espíritu volver a cobrar vida aquella mañana y le habría gustado columpiarla en el aire igual que a Bijan.

Sara también trató de grabárselos a todos en la memoria: las fuertes manos de granjero en torno al delgado mango de una cuchara, la cresta roja de una cicatriz bajo la luz. Vio entrelazarse las miradas de Ali y de su madre, y comprendió que siempre debía de haber sido así entre ellos, desde el principio, mucho antes de que ella naciera.

Cuando los platos empezaron a vaciarse, Noruz se volvió hacia Ali.

—Como es la última noche de Sara Mazar —dijo—, y tenemos un nuevo miembro en la familia —le sonrió a Bijan—, espero que no sea demasiado pedir que nos cuentes un cuento de las llanuras y las montañas. Me encantaría oír otra vez *La historia de Gossemarbart*.

—¿La historia del doctor Ahlavi? —preguntó Sara, y Noruz asintió. Sara le contó a Maryam en susurros que el doctor le había regalado a Saeed el descolorido álbum con el cuadernillo escondido dentro, y Maryam contestó que ella tampoco había oído nunca la historia.

—Será un placer para mí —dijo Ali.

Noruz le dio las gracias con una sonrisa, Hassan fue a preparar el *hookah* y Farnoosh volvió a llenar los vasos de té en el samovar. Al fin todos se sentaron en silencio y Ali empezó. Sara reconoció el principio de la historia y recordó la voz de Saeed y su tranquila concentración al pasar las páginas. Mientras Ali hablaba, imaginó a Saeed leyendo, con Julian a su lado.

—Érase una vez —dijo Ali—, hace mucho tiempo, una niña nacida en las laderas color azafrán de Gossemarbart, así que la montaña le dio su nombre. Su madre y su padre la querían mucho, porque tenían varios hijos y habían deseado la bendición de una hija. Pero... —Ali hizo una pausa y alzó el dedo en el aire— la tierra donde Gossemarbart había nacido estaba gobernada por un khan despiadado y poderoso, que cada año pedía el

diezmo de la cosecha a los campesinos. El año en que nació Gossemarbart hubo una sequía terrible y su padre, que era pastor, perdió una por una todas sus ovejas, así que cuando llegaron los hombres del khan para recoger el diezmo, no tenía nada que dar. El khan se puso furioso, y una noche fue a llamar a la puerta del pastor.

Ali dio tres fuertes palmadas y Bijan sonrió y se acercó más a él.

–El khan se quedó de pie en la habitación iluminada por una vela y no quería oír las protestas del pobre hombre. «¿Qué me darás a cambio?», preguntó. Su mirada se posó en la esposa del pastor, que tenía los ojos negros como la noche y de cuyo velo escapaban suaves rizos. «¿Tienes una hija capaz de llegar a ser tan hermosa como esta mujer?»

»“Sólo es una niña”, sollozó la madre. “Llévame a mí.”

»El khan la contempló con desdén. “No quiero destrozar este hogar feliz. Pero volveré cuando la niña cumpla catorce años y la tomaré por esposa.” Y una vez dicho esto cerró la puerta y desapareció en la noche.

»Catorce años parecían mucho tiempo, así que la vida siguió más o menos como antes. Gossemarbart era tan hermosa como su madre, que le enseñó todo lo que pudo; pero, gracias a haber nacido en la montaña, Gossemarbart también tenía en los huesos la llama de un espíritu más salvaje, y nunca podían encerrarla mucho tiempo en casa. En los días calurosos de verano dejaba su velo atado a una rama y corría descalza por la hierba áspera, con el pelo castaño dorado flotando a su alrededor como una nube.

»Cada vez se aventuraba un poco más lejos, hasta que un día, poco antes de cumplir catorce años, llegó a una cueva profunda a la sombra de la montaña, y como tenía más brío que temor, dejó atrás el calor del sol y entró en la fría oscuridad. Oyó el suave chapoteo del agua subterránea y se adentró en las sombras en pos de su música hasta que llegó a una enorme caverna, iluminada por un único rayo de luz que entraba por una grieta en la ladera de la montaña. La luz se reflejaba en las estalactitas que rodeaban un estanque de color turquesa. Ella se arrodilló para beber y se lavó la cara en el agua.

»“Gossemarbart”, susurró el estanque; y cuando ella alzó la cabeza vio reflejada en las aguas a una mujer muy vieja, tan gris y demacrada como las rocas; le lloraban los ojos y le crecían largos pelos en la nariz y la barbilla.

»“¿Quién eres?”, preguntó Gossemarbart, rozando el agua con los dedos.

»“Soy la que llegarás a ser si el mundo se porta bien contigo y vives para siempre. Pídeme lo que quieras.”

»Gossemarbart volvió a tocar el agua y la cara de la mujer siguió mirándola, aunque cuando la niña volvió la cabeza, se encontró sola a orillas del estanque. Miró otra vez el agua y los ojos de la anciana.

»“Me gustaría saber lo que debo hacer si el mundo no se porta bien”, dijo, y la anciana le devolvió la sonrisa.

»“Vacía la cantimplora que llevas a la cintura y llénala en este manantial. Si alguna vez te hallas en peligro de muerte, vierte un poco en tus manos; yo vendré y te haré tan

fuerte como la roca de la montaña y tan libre como el aire. Pero ten cuidado, porque sólo podrás hacerlo una vez. Y sería mejor que no lo hicieras nunca.” Dicho esto, la cara de la vieja desapareció y Gossemarbart se quedó sola de nuevo.

»Hizo lo que la mujer le había indicado y volvió a su casa al anochecer. Intentó contarle a su madre lo que había pasado, pero ella descartó la historia calificándola de ensueño de jovencita. Aun así, en adelante Gossemarbart llevaba siempre la cantimplora, y por la noche la metía debajo de su cama.

»Pasó el tiempo y su cumpleaños se acercaba. Su padre, optimista, estaba seguro de que el khan se habría olvidado de aquella noche oscura y de su deuda, así que no hizo nada; hasta que la víspera del cumpleaños de Gossemarbart alguien dio tres fuertes golpes en la puerta.

El pequeño Bijan dio tres palmadas con las manos muy abiertas.

–Y allí estaba el khan –prosiguió Ali–, canoso y gris por la edad. «He venido a cobrar la deuda. Dame la mano de tu hija, Gossemarbart.»

»“¿Qué quiere decir este hombre?”, exclamó Gossemarbart poniéndose de pie. “¿Qué deuda?”, miró a su padre, que tenía la cabeza entre las manos, y a su madre, que tendía los brazos.

»“Llévame a mí”, suplicó su madre, como tantos años antes.

»“No, mi esposa será la joven y lozana Gossemarbart”, dijo el khan, y la agarró del pelo, pero no antes de que ella pudiera coger la cantimplora del suelo.

»El khan cabalgó con ella lejos de sus amadas montañas y de las llanuras donde había crecido, y la pérdida desconsoló a Gossemarbart. Desde la torre donde el khan la encerró miraba pasar las nubes, de color naranja y rojo al atardecer, y deseaba poder volar lejos con ellas; pero no creía estar aún en peligro de muerte.

»Cuanto más se acercaba el día de la boda, más crecía la determinación de Gossemarbart de ser libre. Miraba desde lo alto de la torre en busca de una forma de escapar, pero las paredes de roca eran lisas y parecían inmensas. Ella era fuerte, pero no quería perder pie y morir en los peñascos del fondo. Intentó razonar con el khan, pero éste no tenía tiempo para súplicas o persuasiones. “Si no te callas, te cortaré el pelo”, amenazó. Pero Gossemarbart no era vanidosa, así que su pelo no tardó en yacer a sus pies. Se llevó un mechón a la cara y recordó las montañas donde una vez había corrido en libertad con las burlonas brisas primaverales; pero seguía sin estar segura de correr peligro de muerte.

»Si bien el khan no quería escucharla, pensó, puede que leyera sus ruegos, así que empezó a escribir cartas en mitad de la noche hasta que él se cansó otra vez. “Si no dejas de escribir, te cortaré los dedos.” Pero como Gossemarbart estaba sedienta de libertad y añoraba tanto a su familia y las montañas, no dejó de escribir hasta que un guardia le sujetó la mano contra la pared y la cortó por la mitad. “Nunca más”, lloró cuando la arrojaron otra vez a la torre. La pena de Gossemarbart inundó el aire; deseaba ser tan

fuerte como las rocas, pero aún no estaba segura de correr peligro de muerte. Lloró durante toda la noche.

»Se acercaba más el día de la boda, y el khan decidió que estaba harto de oírla lamentarse. Le dijo a su guardia: “No voy a soportar estos tediosos llantos cuando sea mi esposa. Llévatela y córtale la lengua”. El guardia hizo lo que le ordenaba. De vuelta en la torre, Gossemarbart intentó llorar, rezar, pero lo único que salió de sus labios fue un sonido como el del viento en una cueva. Entonces supo que estaba en peligro de muerte; con manos temblorosas, cogió la cantimplora de agua y derramó unas gotas en lo que le quedaba de palma. Sus ojos cansados e hinchados vieron a la anciana que ella nunca sería mirándola: la mujer que podría haber llegado a ser si el mundo se hubiera portado bien con ella. “Por qué has esperado tanto?”, preguntó la vieja.

»“Porque tenía esperanza, quería decir Gossemarbart, pero sólo pudo gruñir como un animal.

»“¿Deseas ser libre?”, preguntó la vieja, y Gossemarbart asintió entre lágrimas. Sería tan fuerte como las piedras y tan libre como las nubes. “Entonces bébete el agua y pide el deseo.”

»Gossemarbart así lo hizo, y cuando el khan entró en la torre para reclamarla por esposa, una esposa rapada, muda y dócil, vio que había desaparecido.

»Gossemarbart volvió a sonreír. Su espíritu bailó con las estrellas. Y decidió que su cuerpo descansara en las estribaciones de la montaña que lleva su nombre, y allí sigue hasta hoy, una mujer de piedra que recibe el beso de los líquenes, el sol y la nieve, y vigila la tierra que ama. Los campesinos le llevan ofrendas, y ella concede los deseos de los que son bondadosos. Y en la soledad de la noche, la brisa de Gossemarbart sopla desde las nubes, por las llanuras y a través de los agujeros y huecos de la mujer de piedra. Canta y es un eco de su nombre, a veces dulce como una flauta, a veces furioso como un tambor, recordando a las familias que mantengan a sus seres queridos a salvo y en casa, que éstos hagan caso de lo que se les dice y que se guarden del golpe bárbaro y del lobo en la puerta.

La habitación estaba en completo silencio; Ali miró a Maryam. Sabía que el doctor Ahlavi había escrito el cuento para ella, por lo que había ocurrido hacía décadas.

–Gracias –dijo Maryam. Nadie rechistó–. A todos vosotros. Por vuestra amabilidad y vuestros cuidados, por esperarme.

Se quedaron sentados, callados, mientras el humo del *hookah* formaba volutas en el aire y se enroscaba alrededor de las vigas de madera.

Esa misma noche, Maryam y Ali, de pie en la nieve, recordaron al doctor Ahlavi mientras él, lejos, miraba su estrecho jardín de malas hierbas y pensaba en su tierra natal. En su mente oyó la llamada del muecín del Haram y vio las sombras adueñarse del bazar. Cerró los ojos para contemplar la sonrisa de su mujer cuando era joven y su piel tenía el calor de la vida.

Maryam y Ali esperaban solos en el patio mientras Sara ayudaba a Bijan Ku’cheek a

ponerse ropa de abrigo.

–¿Vienes conmigo hasta el límite del pueblo? –preguntó Ali, y dejaron atrás las viviendas iluminadas y sus propias huellas en la nieve. Miraron hacia la oscura llanura y Maryam recordó la noche de su llegada, cuando se sentó en sus maletas en mitad del polvo y oyó el fantasma de Fátima en la brisa.

–Espero seguir viendo tu rostro hasta el final de mis días, Maryam –dijo Ali, volviéndose para abrazarla.

–Yo también lo espero –contestó ella, y él la estrechó contra su pecho, lejos de la vista de todo el mundo, en la oscuridad.

Al día siguiente despertaron temprano y se prepararon para el viaje. Sara fue de una habitación a otra y se inclinó para dar a Noruz y a Bijan un beso de despedida. No sabía si volvería a verlos. Noruz se rió por lo bajo.

–Si tienes una hijita, ponle mi nombre.

Sara inclinó levemente la cabeza ante Hassan, que tenía los brazos cruzados con firmeza sobre el pecho. Él irguió los hombros y también le hizo una inclinación a Maryam.

Subieron a la camioneta, cerraron las puertas y Ali puso el motor en marcha.

–Esperaré vuestro regreso –dijo Noruz desde el umbral cuando se alejaban; Farnoosh salió corriendo de la clínica, agitando la mano en el aire, mientras empezaban a traquetear por la nieve.

Mazareh quedó atrás. Sara y Maryam se dieron la vuelta en los asientos hasta que desapareció en una bruma blanca que el viento empujaba por la llanura. Sara recordó haber conducido hasta su casa en Norfolk una tarde de invierno; los campos, de un pardo vidrioso, estaban anegados hasta donde alcanzaba a ver desde la carretera llena de curvas. Entonces había pensado que así, rizados por la lluvia, eran muy hermosos. Pero ahora, en su memoria, le parecieron pequeños y oscuros. Bajó la ventanilla y dejó entrar una ráfaga de frío y sonido, el silencio de las llanuras y el zumbido de la calefacción.

Maryam pensó en el patio detrás de la puerta azul brillante que se había convertido en su hogar. Mentalmente empezó a escribir la carta que le iba a enviar a Edward. Lo vio quitarse las gafas, extender las manos ante sí y escucharla.

Lo comprenderás. Haga lo que haga, esposo mío, siempre has sabido que había un mundo al que tenía que renunciar; no un pasado inaccesible, sino otro país donde gente de carne y hueso vive sus días. Al mirar mi anillo de boda, veo los años de nuestro matrimonio, años que no cambiaría, aunque sé que no han sido fáciles. Nuestro hogar no siempre parecía lo bastante resistente como para acoger tantas vidas y lugares distintos. Sabes que no lamento haber vuelto a Mazareh; quizá, como tú dices, era algo que siempre habría tenido que hacer. Te hará sonreír, espero, que me haya acostumbrado otra vez a desenrollar mi colchón en el suelo cada noche, y a respirar el aire helado de la montaña, que parece insuflarme nuevas fuerzas y propósitos. Me temo que ahora estaría más perdida que nunca en Londres, en las mesas pulidas con cuberterías de plata, en las conversaciones corteses sobre esto y aquello. Pero dices que has vuelto junto al mar, y una parte de mí espera que tú tampoco regreses a todas esas ceremonias. Hay cierto alivio, ¿no te parece?, en guardarlo todo y cerrar la casa; nos da libertad para respirar, para elegir de nuevo las vidas que

queremos vivir, aunque no sé si me quedaré aquí para siempre, durante todo el invierno de mis días. La semana que viene, el mes que viene están lo bastante lejos para que vea y decida, libre de las ataduras del futuro y sus temores. Por supuesto, miro a Sara y pienso en los hijos que puede tener, nuestros nietos, y deseo estar a su lado, verlos crecer, que tengan los abuelos que ella nunca tuvo. Pero no quiero estar cerca de ella para hacer más daño que bien. Así que por ahora, hoy, mañana, tan lejos como soy capaz de ver en este momento, voy a seguir despertándome en Mazareh y trabajando con Ali en la escuela, donde el horizonte es infinito y el patio de recreo no tiene muros, donde puedo ser de cierta utilidad a los campesinos que han dedicado sus vidas, durante generaciones, a la tierra de mi familia. Sara te hablará de Ali, y espero que comprendas que se trata de una amistad sana. Nos conocemos desde el principio, desde los primeros senderos pedregosos que nos hicieron como somos y por los que ahora descubro que tengo que aventurarme de nuevo. También sé, único esposo mío, que haga lo que haga –me quede o regrese, elija un hogar u otro, uno u otro país– le haré daño a alguien que amo, y ésa es la reparación que seguiré pagando durante el resto de mi vida. No se la desearía a nadie. Perdóname estos días. Estás en mis pensamientos, en mis oraciones. Maryam

La mañana pasó mientras atravesaban las llanuras.

–Pronto llegaremos a la autopista –dijo Ali.

Maryam cogió la mano de Sara.

–Entonces, ¿te alegras de haber venido? –preguntó, y Ali también se volvió para oír la respuesta.

–Lo ha cambiado todo –Sara miró por la ventana–. No me lo habría perdido por nada del mundo.

Siguieron camino en silencio mientras la tierra más allá de Mazareh, sus colinas curvadas, las montañas de Gossemarbart, Tomor y Shilehgoshad desaparecían en los retrovisores embarrados y el susurro de una mujer de piedra se perdía en la distancia. La autopista surgió rugiendo; su velocidad impaciente abría una herida en la tierra.

Llegaron a Mashhad al anochecer; habían dejado muy atrás la nieve y una nube de polución embebía lo que quedaba de luz diurna. Maryam sintió desplomarse sobre ella el peso de ese pueblo convertido en ciudad mientras conducían por los suburbios, llenos de coches polvorientos que avanzaban paso a paso, con los guardabarros pegados unos a otros, en la hora punta y la creciente oscuridad.

–¿Con cuánta frecuencia vienes aquí? –le preguntó Sara a Ali.

–Vengo tan poco como puedo: una vez al año para rezar en el Haram y comprar algunos libros. Ya no existe una comunidad. Incluso están construyendo un metro. Creo que cuando la gente tiene que viajar en la oscuridad, bajo los árboles y el cielo, para ir a su trabajo, se acaba un modo de vida.

–Lo sé.

Sara frunció el ceño y pensó en Londres, en la línea de Piccadilly a Heathrow, en los apretones de la gente que arrastraba los pies, en las caras cansadas; Knightsbridge, Hyde Park, Covent Garden, la ciudad que avanzaba mirando al suelo. Sacudió la cabeza; no quería pensar en ella todavía, deseaba que las llanuras abiertas de Mazareh siguieran presentes en su imaginación.

Maryam le indicó a Ali el camino a casa de Shirin a través de las elegantes zonas residenciales de las afueras, al final de una calle desierta.

–Aquí había colinas cuando era niña –le dijo a Sara–. Cuando subíamos a ellas, veíamos las montañas de la frontera. Soñaba con tumbarme en los campos de adormideras afganos. Ahora sólo se ve niebla industrial y obras de construcción: una nueva cúpula para el Haram que eclipsará el sol.

–Así son las cosas –dijo Ali, aparcando junto a la acera.

Sara bajó y miró la hilera de casas elegantes apartadas de la calle, con luces de seguridad, verjas de hierro y paredes de estuco blanco. Tocó el timbre de la verja.

–¿*Salaam*? –contestó la voz de Shirin a través del interfono.

–Soy Sara –contestó ella–. He traído a mi madre.

Hubo una breve pausa y luego un zumbido que abrió la verja; a lo largo de la casa se encendieron automáticamente unas luces y la vieja y abollada camioneta de Hassan aparcó detrás del cuatro por cuatro plateado de Hameed. Sara la siguió antes de que se cerrara la verja y Maryam bajó de la camioneta y se volvió hacia la casa; todavía llevaba su largo abrigo afgano, que olía a oveja. Se arregló el velo cuando apareció Shirin, inmaculada, que besó a Sara en ambas mejillas y luego a Maryam.

–Te hemos estado esperando demasiado tiempo –Shirin les dedicó su más encantadora sonrisa de bienvenida–. El samovar está preparado. Seguro que las dos queréis daros una ducha caliente.

–Ali también está aquí.

Maryam se volvió hacia la camioneta.

Shirin se quedó parada y la miró. Frunció el ceño y juntó las manos debajo de la barbilla.

–Me alegro mucho de que estés aquí, *Khonoom* Mazar. Eres bienvenida en mi casa, tía, pero por favor, dime qué debo hacer. Somos una buena familia. Ya conoces las historias. Lo siento, pero no puedo admitir a Ali bajo el mismo techo que mis hijos, que tú. Mi marido no lo permitirá. Por favor, no me lo pidas –bajo el rímel negro, sus ojos eran suplicantes.

Maryam miró el cielo y su luna amarilla.

–Así que el mundo no cambia.

Sara miró la cara de su madre y vio su cansada desesperación.

–¿Y dónde va a dormir? –le preguntó a Shirin–. Ha estado conduciendo todo el día. No se va a quedar en la camioneta. Es profesor, como yo. Es mayor que mi madre. ¿De qué tienes tanto miedo?

Shirin puso la mano con sus uñas cuidadosamente arregladas en el brazo de Sara.

–Perdóname –no la miró a los ojos–. Las costumbres tardan en morir, tanto aquí como en cualquier otro sitio. Las opiniones se forman por buenas razones y es difícil cambiarlas, por mucho tiempo que pase. Son los límites con los que tenemos que vivir –encogió los hombros, acusando el frío.

–Shirin –susurró Sara, furiosa–. No seas así. No juzgues a Ali y a mi madre por las viejas historias que contaban los muertos y desaparecidos. Míralos con tus propios ojos. ¿Te parecen marginados, criminales? Por favor, acógelos en tu casa unas pocas noches. Puede que no los vuelvas a ver nunca más.

Shirin cerró los ojos. ¿Qué habría hecho su madre? No los habría echado. Quería a su hermana, había llorado por ella. Miró otra vez a Sara.

–Por favor, comprende lo difícil que esto es para mí. No es mucho, pero hay una habitación en la parte trasera del garaje. Tiene una cama y un lavabo. Puede quedarse ahí. Tenemos comida suficiente.

–Supongo que tendremos que arreglárnoslas con eso –Sara se volvió hacia Maryam; las lágrimas le brillaban en los ojos–. Vamos –cogió a su madre del brazo–, llevemos dentro a Ali.

Shirin desapareció en el calor de su hogar y Maryam se volvió hacia la camioneta donde Ali seguía sentado, callado e inmóvil. Abrió la puerta.

–Perdóname por traerte aquí.

Él miró los ojos que había guardado en su memoria durante toda su vida y se enderezó, luchando contra un sentimiento de vergüenza que había creído enterrado hacía mucho tiempo. Ella lo cogió del brazo y se dirigieron a la parte trasera de la casa, seguidos por Sara; entraron al garaje, que también era un taller polvoriento, por una puerta lateral. Junto al catre de campaña y el lavabo había una estufa oxidada. Maryam se dejó caer en el borde del colchón.

–Lo siento, *joon-am* –apoyó la cabeza en las manos.

Ali miró la bombilla desnuda.

–Esto no es nada –dijo, con la cara tensa–. Es la ignorancia de otros. Piensa en las cosas que hemos visto, Maryam. En todo lo que hemos pasado y sobrevivido –se quedó de pie delante de ella en la desnuda habitación, con la cara cansada y arrugada a la cruda luz–. ¿Quién necesita lujos y esta prisión de habladurías cuando siempre tendremos Mazareh y las montañas? –se arrodilló y le cogió las manos.

Sara les dio la espalda y volvió a cruzar el garaje, que olía a aceite y gasolina. Fuera, miró la luna creciente. Sabía que Julian la estaba esperando, lejos de allí. Si su padre había dejado ir a su madre, ella debía hacer lo mismo. Entró en la casa para hacer frente a Shirin.

–Me volveré loca si me quedo aquí.

Las lágrimas corrían por la cara de Maryam.

–Sólo una noche, o poco más. Todo irá bien –Ali le pellizcó la mejilla con ternura y le alzó la cara hacia él–. Vamos, entra. Mañana no tardará en llegar.

La miró salir, se tumbó en la tosca manta y esperó el día.

La cena fue silenciosa. Shirin, cansada detrás de su sonrisa, habló casi todo el tiempo con Sara y le hizo preguntas sobre el viaje: si Mazareh era sucio, si hacía frío, si se había

sentido sola. Maryam comió poco, sintiendo su aliento entrar y salir del pecho. Cuando acabaron, la doncella le llevó a Ali un plato de comida y las mujeres pasaron a la sala: un espacio vacío, todo mármol y alfombras. Se miraron unas a otras por encima de las mesas de patas arqueadas y los tapetes dorados. Maryam se sentó en el borde de la silla, que tenía bordada una mujer vestida de azul en un columpio. Recordó que había sido de su tía Soraya mientras Shirin le pasaba un pequeño vaso de té color ámbar. Lo sostuvo entre las manos, apretándolo con tanta fuerza que casi se quemó las palmas, y miró las fotografías que había encima del aparador: caras como mariposas prendidas con alfileres. Su padre le devolvió la mirada.

–¿Estás bien, mamá? –preguntó Sara.

Los ojos de Maryam se posaron en la alfombra, una trama de seda con hojas de higuera enroscadas y una gacela en pleno salto, mientras las oscuras hojas de té flotaban y luego se hundían en el vaso que tenía en la mano. Habló despacio.

–Sabes que Ali significa mucho de lo que es bueno en mi vida, mucho de lo que el mundo ha tratado de quitarme y volver malo. ¿Lo entiendes, Sara?

Se miraron a los ojos.

–Veo lo difícil que sería para ti dejar solo otra vez a Ali.

En ese momento, Shirin tosió con delicadeza y se apartó un mechón de la cara. Se puso de pie y salió sin hacer ruido a buscar a la doncella para que se llevara la bandeja del té y apagara las luces.

–¿Todavía quieres venir conmigo al Haram mañana? –preguntó Maryam—. Quiero que mi padre te vea en su tumba. Y que vea a Ali. Eso traerá cierta paz.

–Claro que sí, pero ahora tienes que descansar.

Ayudó a su madre a levantarse. Maryam parecía más vieja y más frágil lejos de Mazareh, y Sara se preguntó si siempre había sido así. Cruzaron el vestíbulo de mármol y entraron en la habitación que Shirin había preparado en la planta baja; se acurrucaron en las camas gemelas, una junto a otra en la oscuridad, demasiado cansadas para lavarse o cambiarse de ropa. Sara miró a su madre mientras se quedaba dormida; la luz gris de formas y sombras imaginarias bailaba por la habitación. Allí tendida, fue como si viera pasar todas las edades de Maryam por su rostro recostado en la almohada: la niña, la joven, la mujer e incluso el cadáver que llegaría a ser, cuando le llegara la hora de descansar bajo la pizarra rosa y los abedules que rodeaban el estanque. Puso un dedo en la palma de la mano de su madre y la mano de Maryam se cerró agarrándolo, como la de una niña.

Al día siguiente Sara se despertó temprano, deseando estar en su propia casa. Shirin había llevado a los niños al colegio en el coche y luego había ido a visitar a una amiga, así que Sara se sirvió sin ayuda un poco de pan y té antes de salir fuera. Encontró a Maryam sentada con Ali en los peldaños que había junto a la piscina, bajo un cielo azul de invierno. El aire era frío y olía a hojas caídas.

–¿Habéis estado esperándome? –preguntó.

–Sólo contemplando la mañana –contestó su madre. Los gorriones volaban entre las ramas desnudas–. Ven, voy a buscarte un chador para el Haram.

Se puso de pie y regresaron a la casa. En la habitación donde habían dormido había un gran armario de nogal y Maryam abrió un cajón lleno de ropa pulcramente doblada que había dejado allí cuando se fue a Mazareh. Sacó un chador de seda color carbón grisáceo para Sara, que flotó oscuro como una sombra cuando lo sacudió para desplegarlo sobre el pelo y los hombros de Sara. Maryam sonrió y eligió para ella uno de algodón negro con cuentas brillantes.

–Eran de mi madre. Han estado toda una vida en el desván de Londres.

Se envolvió en el suyo; tallos rotos de lavanda cayeron al suelo, entre los pies de ambas. Maryam volvió a inclinarse sobre el cajón y sacó un chador con lunares de color amarillo pálido.

–No te acordarás de éste.

–Sí que me acuerdo –Sara lo cogió. Se lo llevó a la cara; era de chifón y olía a hogar–. ¿Puedo quedármelo? –preguntó–. Me recuerda a Fátima, y me gustaría enseñárselo a Saeed. Le conté que habíamos ido al Haram hace muchos años.

–Por supuesto.

Maryam puso la mano en el brazo de Sara.

Sara la miró a la brillante luz del sol que entraba a raudales por la ventana.

–Sé que no vas a volver –dijo.

Maryam sacudió la cabeza.

–No. Todavía no. Esta mañana le he escrito una carta a Edward, para que se la lleves.

Se sentaron juntas en el borde de la cama; sus caras se reflejaban una junto a otra en el espejo, con el pelo oculto bajo los velos de seda.

–¿Te parece bien cuidar de Saeed?

–Sí. Se lleva bien con Julian. Es el hermano pequeño que siempre he deseado.

–¿Te pidió que le llevaras algo?

–Un poco de tierra color azafrán, pero no creo que lo dijera en serio. Pintamos la cocina de color azafrán y él me habló de su casa en Torbat y de la tierra roja. Ya se me ocurrirá algo.

–Déjame ver.

Maryam hurgó en la bolsa que había traído de Mazareh. En un rincón, como esperaba, encontró la piedra en forma de cabeza de zorro y se la dio a Sara.

Sara la miró por todos lados: la silueta de las orejas puntiagudas, del hocico.

–Le va a gustar muchísimo. Le diré que la encontraste para él.

–Dile lo mucho que lo siento –contestó Maryam en voz baja.

Sara asintió y se inclinó para besar a su madre en la mejilla.

–Venga –dijo Maryam–. Vamos a ver a tu abuelo.

Se pusieron de pie y se miraron por última vez al espejo: idénticos ojos, más viejos y

más jóvenes, les devolvieron la mirada.

Ali las esperaba en el camino de entrada. Llevaba la misma ropa que el día anterior; la barba le había crecido tan oscura y densa como las arrugas que tenía en torno a los ojos. Subieron a la camioneta de Hassan, cruzaron la verja marcha atrás, salieron a la calle polvorienta y emprendieron el camino hacia el centro de Mashhad, donde todas las calles llevaban al Haram. Sara miraba los nombres al pasar: Kheyabun Shahid, Esfahani, Sanabad, Hashemi, mientras pensaba en la foto de su abuelo, en sus ojos medio ocultos por la gorra y sus sombras grises.

–¿Qué recuerdas de mi abuelo? –le preguntó a Ali.

Él clavó la mirada en el asfalto a través del parabrisas salpicado de barro. Avanzaban despacio por una amplia avenida llena de coches mugrientos, dejando atrás edificios con persianas oscuras. Ali recordaba que había intentado protegerse la cabeza con las manos mientras los cigarrillos le quemaban la espalda y olía su propia carne chamuscada, atado en la oscuridad; recordaba las patadas en el vientre, en la entrepierna; recordaba haber estado tendido allí hasta que Fátima lo encontró y Maryam desapareció, fuera de su alcance. Sara esperaba, oyendo solamente el traqueteo de la ventanilla y las bocinas de los demás coches, y Maryam se volvió a mirar el perfil de Ali.

–Era un hombre poderoso –dijo él, sin dejar de mirar al frente–. Se guiaba por la tradición y el deber. Valoraba el respeto y la obediencia por encima de cualquier otra cosa. Creo que, para él, ser amado era ser temido.

Maryam se miró las manos y volvió a ver las huellas de su padre junto al mar Caspio y cómo la alzó en el aire bajo el sol, en su recuerdo o en un sueño.

–A veces era amable –añadió.

Ali sacudió la cabeza.

–No, Maryam, perdóname, pero quitó y destruyó tanto como dio. Fue cruel y brutal; contigo, conmigo y con muchos más. Lo sabes. Está bien perdonarlo, pero no niegues sus crímenes y las cicatrices que llevas.

Sara miró la cara de su madre mientras avanzaban paso a paso por la calle abarrotada. Maryam parpadeó para ahuyentar la oscuridad. Pero se precipitó sobre ella y recordó el ruido de la saliva en la boca del médico del ejército, la mano que la perforaba por dentro. Allí sentada, en la camioneta, se quedó sin aliento.

–¿Me lo contaste todo en Mazareh? –preguntó Sara.

Ali habló con dulzura.

–El doctor Ahlavi me contó algo de lo que pasó en los barracones hace años, para que no pusiera todas mis esperanzas en tu regreso.

–¿Qué quieres decir? –preguntó Sara.

–Para, para, por favor –le suplicó Maryam a Ali–. Necesito tomar el aire.

Él frenó; Maryam pasó por encima de Sara, salió de la camioneta y caminó por la acera junto a un pequeño bazar donde vendían cuadros, alfombras y amuletos. Se

detuvo, se dio la vuelta y recordó el aspecto de la calle cuando era niña: mucho más estrecha, y con más carros que coches.

Sara llegó a su lado.

–¿Qué te pasa, mamá? –insistió mientras Ali aparcaba junto a la acera y otros coches pitaban. Salió para reunirse con ellas.

Maryam tocó la cara de su hija, siguió el trazo de las cejas, los ojos, las sienes.

–Está bien, porque tú estás aquí.

–¿Qué está bien? –Sara buscó en los ojos de su madre.

–Cuando te lo haya dicho no podré retirarlo.

–Lo sé. No pasa nada –dijo Sara–. ¿Qué puede ser tan terrible?

Maryam cogió a Ali de la mano cuando llegó a su lado.

–Mi padre –empezó, y se echó a temblar–. Nunca le he contado esto a nadie. Antes de mandarme lejos, ordenó que me examinaran.

Maryam respiró con más fuerza, como si hubiera subido a una elevada meseta y el aire fuera demasiado tenue. Recordó que el doctor Ahlavi le había quitado las sandalias y la había ayudado a desnudarse y a tenderse en la camilla.

–Fue un castigo, más que otra cosa. Quería saber si era virgen, si estaba «intacta». Sólo tenía dieciséis años –la voz de Maryam era un susurro–. Lo hizo un desconocido, un soldado; a la fuerza, en realidad –recordó al doctor Ahlavi suplicando a los soldados: «Por el amor del cielo, ¿no tenéis madres ni hermanas?».

Sara miró a su madre a los ojos y casi pudo ver a la muchacha que había sido una vez esforzándose por alcanzarla.

–Hicieron la prueba. Eso ya fue bastante malo. Pensé que se había acabado. El soldado con la bata blanca dijo que estaba «intacta», que podía irme a casa –Maryam cerró los ojos y recordó a la niña que fue. Las lágrimas rodaron por su cara–. Pero entonces me trataron como a una muñeca de trapo. Rasgaron toda mi ropa y la arrojaron al suelo. Recuerdo sus escupitajos, su olor a sudor, sus manos toscas. No creí que fuera posible tanto dolor –no lograba recordar cómo había vuelto a casa, sólo que unas sombras oscuras se habían deslizado en su mente y se habían quedado allí. Las manos del doctor Ahlavi temblaban cuando la envolvió en una manta–. Desde aquel día ya no fui virgen.

–Mamá.

Sara cogió las manos de su madre y de repente, en una avalancha, todo cobró sentido: los momentos de vacío en los ojos de Maryam, como si se hubiera perdido a sí misma; sus ataques de ira a lo largo de los años, crisis en las que había tanto miedo como rabia; su manera de cerrar de un portazo la puerta de la habitación turquesa para huir, en vano, de los fantasmas; sus agotadas disculpas al salir y buscar refugio en el jardín, en el consuelo de las hogueras y las rosas. Había estado encerrada en una prisión de secretos.

–Lo has ocultado todo este tiempo, incluso a papá; ¿por qué? –preguntó.

–Vergüenza –suspiró Maryam. Todo le dolía–. Era una niña mimada. En cierto modo,

mi padre me hizo suya aquel día.

Echó la cabeza hacia atrás, hacia el cielo blanco y vacío.

–Pero no tienes por qué avergonzarte –Sara también estaba llorando–. Es tu padre el que debería estar avergonzado, no tú. ¿Es que no lo entiendes?

–Y nunca has sido de nadie, ni nadie te ha hecho suya.

Ali sintió a Maryam dejar caer todo su peso contra él. Respiraba pesadamente.

–Lo más importante es que ahora los dos estáis aquí –susurró Maryam–. Si ese día terrible no hubiera existido, quizá ninguno de nosotros estaría aquí –apoyó la mano en la cara de su hija–. Quizá no habrías nacido, Sara. Quizá me habría casado con un hombre con zapatos marrones. Quizá Ali fuera tutor en casa de otra familia.

Se quedaron los tres juntos en la acera, entre los gritos del bazar y el ruido del tráfico.

Ali apoyó la mejilla en la de Maryam.

–Pero estamos aquí –dijo–. De lo malo sale lo bueno. Hagamos lo que hemos venido a hacer.

Las llevó de vuelta a la camioneta; Maryam apoyó la cabeza en su hombro durante el resto del viaje. Estaba exhausta.

Sara apoyó la suya contra la ventanilla sucia. Se daba cuenta de hasta qué punto su padre no había tenido nunca la menor oportunidad. En cierto sentido, su madre nunca le había permitido que se acercara a ella. Se secó la cara con la manga cuando aparcaron cerca del Haram y se arrebujó en el chador, sintiéndose a salvo entre los pliegues oscuros.

Mientras caminaban hacia la entrada de la mezquita, dejaron atrás lisiados, mendigos y vendedores ambulantes acucillados en el suelo, todos tendiendo la mano y pidiendo dinero, con las uñas negras y la ropa desgarrada, con ojos hambrientos en las caras sucias y perdidas. Maryam y Sara pasaron por un control de seguridad para mujeres, separado del de los hombres, y esperaron a Ali al otro lado, en lo alto de un amplio sendero que llevaba al patio principal.

–También tengo algunos buenos recuerdos de mi padre, ¿sabes? –Maryam buscó en la cara de Sara–. Siempre he querido creer que él no sabía lo atroz que sería aquel día.

Desde el minarete llegó la llamada a la oración, que reverberó en los patios de mármol y las cúpulas de mosaico. Bajaron por el sendero y Maryam se refugió en un pasado más agradable. Pensó en sus hermanas y en los calurosos veranos en los que venían al Haram con el chador encima del camisón. Se apresuraban a rezar bajo el cielo oscuro en la mezquita iluminada por los focos, con sus fuentes resplandecientes que salpicaban agua fresca en la piel. Y ahora Sara también estaba allí. Oyeron el murmullo solitario del comienzo de la oración, una única voz masculina a través del patio, donde hileras de hombres se inclinaron rezando bajo las curvas de color turquesa y dorado que formaban arcos sobre el pálido cielo.

Se dirigieron a la puerta principal; Maryam y Sara se separaron otra vez de Ali para entrar por la puerta destinada a las mujeres, con su ruido de charlas y cotilleos. Maryam

sonrió, y los susurros de Mairy y de Mara sonaron con más fuerza en su mente: «¿Qué pasaría si descubrieran que sólo llevamos el camisón debajo?». Sara miró la cara de su madre, otra vez tranquila en aquel mar de ropa negra. Ali se reunió con ellas y las llevó entre multitudes de gente enferma, en cuclillas o tendida en el suelo, esperando la curación. Sara se sintió perdida mientras buscaban un sitio donde arrodillarse en una de las cavernosas estancias, donde sólo se oían los murmullos de las familias que oraban. Al fin encontraron un trozo vacío de alfombra roja y se sentaron juntos.

Sara se quedó de rodillas mientras Maryam y Ali rezaban. Recordó su chador con lunares amarillo pálido y cómo se había sentido entonces, lo extraño que le parecieron el lugar y el llanto de su madre. Una niña menuda y de ojos negros caminó hacia ellos entre los grupos de fieles. Llevaba un velo amarillo en la cabeza y un muñeco de trapo en los brazos. Se sonrieron la una a la otra y Sara pensó en su padre cuando fue a verla al hospital, con el perrito de trapo de su infancia. Lo echaba de menos; a él, su casa, la familia que desde ahora sólo existiría en su memoria. Cuando volvió a mirar, la niña había desaparecido.

Mientras estaba allí arrodillada, Maryam sintió que el mundo giraba empujado por los suaves y violentos vientos de su mente. Pensó en los ojos de Edward, en su dulzura, en su hija, y en Ali a su lado: la casa de fragmentos que era su hogar.

–Tengo un recuerdo concreto de mi padre –le dijo a Sara cuando salieron y se sentaron junto a una fuente de brillantes azulejos color turquesa–. Le gustaba pasear por el jardín de madrugada. En verano regaban y barrían todas las noches. El aire olía a humedad, a tierra, a flores de jazmín y de madreSelva. Él se sentaba en un banco junto al estanque del patio. Estaba muy oscuro; apenas había un reflejo de luna en el agua. Yo sólo sabía que estaba allí por el resplandor de su cigarro. A veces me sentaba allí, entre las sombras, y esperaba el olor a tabaco.

–Suenas solitario –dijo Sara, justo cuando Ali se reunió con ellas.

–Vamos a donde está enterrado –dijo.

Se pusieron de pie y cruzaron juntos un patio tras otro hasta que llegaron a una verja negra de hierro forjado en el suelo, fría a la sombra de la mezquita, cerca de un recuadro de árboles desnudos.

–Está abajo, en las catacumbas. No se puede ir más allá –explicó Ali.

Maryam se arrodilló y miró a Sara desde el agrietado mármol gris. Le brillaron los ojos, tristes y esperanzados como los de un niño. Apoyó las manos delante de ella y se inclinó para rezar. Sara se quedó de pie al lado de Ali. No esperaba sentir un vacío, una soledad tan grandes bajo aquel cielo blanco mientras la gente pasaba de largo. Su madre arrodillada en el suelo. Cuando muriera el padre de Sara, lo enterraría sabiendo que la había querido, que la había protegido.

–Ven –susurró Ali, y la ayudó a arrodillarse junto a Maryam.

Y ella tocó la fría piedra con la frente y recordó su caída en Hammersmith Bridge. Parecía otra vida. Ya habían sufrido todos bastante. Pensó en Julian y en Saeed y rezó

por ellos, y por sus propios padre y madre, y también deseó que una nueva vida estuviera creciendo dentro de ella.

Maryam se sentía en paz; pensaba en todo lo que le diría a su padre si pudiera volver a verlo, vivo, en algún jardín inundado por la suave y amarilla luz del sol. Se sentarían el uno junto al otro en un banco, mirando las hojas caer de los árboles y la brasa de su cigarro.

«Te he echado de menos, Maryam», diría él. «Siento que haya pasado tanto tiempo, y que te hayas sentido triste y sola. Ven y cuéntame tus historias, dime lo lejos que has estado y todo lo que has visto.»

«Tengo una hija», empezaría ella. Allí arrodillada, volvió la cara, vio a Sara a su lado y sonrió.

## 5

### En casa

Nunca dejaremos de explorar,  
Y el final de todos nuestros viajes  
Será llegar al punto de partida  
Y ver el lugar por primera vez.

T. S. Eliot

Era Nochebuena y estaba en casa. A través de la ventana de la cocina vi a mi padre y a Saeed en el banco que había al fondo del jardín. Los árboles estaban desnudos, y Creswell se revolcaba entre las hojas muertas. Vi a Saeed enseñarle a su tío Edward la piedra en forma de cabeza de zorro. Mi padre había llegado de Robin Hood's Bay esa mañana e iba a quedarse una semana. Cuando me sonrió por encima de los arbustos de lavanda y romero me pareció un poco más delgado y gris que la última vez que lo había visto. Lo saludé con la mano y me aparté de la ventana para poner la tetera al fuego mientras Julian bajaba la escalera.

–¿Quieres una taza de té? –pregunté.

–Suenan bien –me rodeó con los brazos.

Estaba embarazada otra vez, y sentí una alegría prudente y frágil mientras nos apoyábamos el uno en el otro.

La cunita de trapo del santuario colgaba al lado del amuleto de Fátima, encima de la puerta. Era un hatillo de harapos verdes que de vez en cuando me empujaba a tocar, para asegurarme de que Mazareh no había sido únicamente un sueño nevado en la noche.

La última vez que vi a mi madre fue en el aeropuerto de Mashhad. Ali se quedó en la camioneta de Hassan y yo le estreché la mano. «Me alegro mucho de que nos hayamos conocido», dije. «¿La cuidarás?» Él asintió y me dijo adiós. «Sé fuerte, Sara Mazar. Esta vida es tuya, y tienes que hacerla tuya.» Mi madre y yo esperamos juntas en el vestíbulo de salidas. «Así que mañana estarás otra vez en Mazareh», dije, y ambas sonreímos; ahora compartíamos el lugar en nuestra memoria, las colinas suaves, el aire susurrante. Nos abrazamos cuando oímos el aviso de embarque de mi vuelo, y yo cerré los ojos contra su hombro. Luego nos separamos. «Tengo algo para ti», dijo ella, cogiendo del suelo una bolsa con un rollo de seda rosada dentro. «Es tu color. Lo compré en el bazar. Hazte algo bonito.» Lo apreté contra mi pecho. «Nunca olvidaré,

mamá. Nunca, lo prometo.» «Vete, Sara, sé libre», me besó los párpados. «Siempre serás mi hija.» Entonces me marché.

Me volví hacia Julian mientras el agua de la tetera rompía a hervir.

–Ojalá pudiéramos ir los dos.

–Un día, con nuestra familia.

Me apartó un rizo de la cara con una caricia.

Esa noche nos sentamos junto al fuego y mi padre miró las llamas a través de su vaso de vino.

–Podrías ir a verla tú solo –sugerí, pero él sacudió la cabeza.

–Mi familia está aquí. Quizá podríais venir todos a verme en Año Nuevo.

Había decidido quedarse en Robin Hood's Bay definitivamente, otra vez enamorado, en cierto modo, de los espacios abiertos, el brezo y las verdes olas del mar. Iba a alquilar la antigua casa de Richmond. Julian y yo habíamos pasado por delante en el coche al volver del aeropuerto y vimos el letrero «Se alquila» al final del sendero blanco y negro. Las ventanas estaban grises, sin vida. Le di la vuelta al jardín, sola, una vez; las hojas muertas abarrotaban los caminos y los parterres. Miré dentro del invernadero: en una maceta había vainas de adormidera secas; las diminutas semillas habían caído por los agujeros. Las metí en una bolsa de plástico y me las llevé. En el suelo había una caja de cartón con jacintos y crocus que empezaban a brotar. También me los llevé.

Cerré los ojos junto al fuego mientras el invierno respiraba fuera.

–¿Leemos un poco más de *Gossemarbart*? –le pregunté a Saeed, y él corrió escaleras arriba en busca del álbum del doctor Ahlavi.

Mi padre y yo nos sonreímos al oír los saltos que daba. Había cambiado. Todos habíamos cambiado. Algo perdido, algo encontrado. Saeed iba a empezar las clases en su nuevo colegio el siguiente trimestre y yo estaría de vuelta en el trabajo, al menos por un tiempo. En ese momento Saeed bajó deslizándose por la barandilla y se tiró al suelo delante de la chimenea, apoyando los codos en el rollo de seda rosada.

–¡Date prisa! –le gritó a Julian, que estaba todavía en la cocina.

Fui a por él; se estaba sirviendo una copa de coñac. Durante un momento nos quedamos de pie juntos, al lado de la oscura ventana; sólo se oía el suave zumbido de Londres en el silencio navideño. Cogí el tarro de *zaferan* de la repisa, abrí la tapa y aspiré el aroma.

–Me alegro tanto de que hayas vuelto –dijo Julian, y nos abrazamos entre las sombras y la luz de las velas.

Muy lejos de allí, la mujer de piedra suspiraba a lo largo de su tierra, flauta, tambor, canción, susurro, y Maryam caminaba sola por las estribaciones de las montañas, al otro lado de Mazareh. Miró al cielo, donde una corriente invisible rasgaba las nubes. Las estaciones no tardarían en cambiar y la hierba áspera volvería a crecer de nuevo a través de la nieve medio fundida. Entonces podría volver a atar y trenzar las hebras de paja del

desierto y pedir nuevos deseos, y habría otros cuentos que contar sobre los muertos y desaparecidos, y sobre las vidas que acababan de empezar.

## Agradecimientos

Mis más sentidas gracias a John por estar a mi lado durante todo el proceso; sin él no habría tenido ni el valor ni la voluntad necesarios para escribir este libro. Gracias también a Mark, mi hermano, por ser mi primer héroe, y a mi madre y a mi padre por todo lo que me han dado; especialmente por las historias de mi madre sobre su infancia en Mashhad y Assadieh. Estoy agradecida a toda mi familia y mis amigos en Irán por acogerme en sus casas y por compartir su mundo.

Debo mucho a mis editores, Richard Beswick y Pam Dorman, por creer en este libro y por ayudarme a escribirlo lo mejor que he podido. Gracias también a Toby Eady, mi agente, por hacerse cargo de mí, y a Jessica Woollard por sacar mi manuscrito de la pila.

También quisiera mencionar a Hanif Kureshi por ayudarme a emprender esta aventura; a Neil Malean por todas esas noches de jueves, mientras escalábamos nuestras respectivas montañas frase por frase; a Emma Gervasio por hacer magia libresca, y a Nicola Bunting por ayudarme a hacer el sitio necesario para empezar. Todo habría sido mucho más difícil sin la comprensión de mis compañeros de SustainAbility: ¡gracias por darme los viernes libres! Gracias también a todos aquellos cuyo consejo y apoyo me ha ayudado a lo largo del camino, especialmente a Bryony, y también a Ernestine, Tonya Blowers, Michele Hutchison, John Fuller, Lauren Branston, Andrew Vickers y la familia Nyman.

Me gustaría darle también las gracias a Tom Anderson, que me leyó por primera vez *Dover Beach* hace muchos años.

Yasmin Crowther

\* El mar está en calma esta noche./ Hay marea alta y la luna resplandece, nítida,/ sobre el estrecho; en la costa francesa, la luz/ brilla y desaparece; los acantilados de Inglaterra se alzan,/ trémulos e inmensos, desde la tranquila bahía.

\*Ven a la ventana, dulce es el aire de la noche.

\*Empieza, y cesa, y después vuelve a empezar.

\*El Mar de la Fe / también estuvo un día colmado, y rodeaba las costas de la tierra / como los pliegues de una faja de brillantes colores.

\*Pero ahora solamente oigo / su largo y melancólico rugido al retirarse...

\*\* Para refugiarse en el aliento / del viento nocturno.

\*Tinker, tailor, soldier, sailor, rich man, poor man, beggar man, thief. Una de las más antiguas y populares rimas infantiles inglesas. (N. de la T.)

\*Porque el mundo que parece extenderse / frente a nosotros como una tierra de ensueños...

Título original: *The Saffron kitchen*

Edición en formato digital: septiembre de 2010

© Yasmine Crowther, 2006

© De la traducción, Encarna Castejón, 2006

© Ediciones Siruela, S. A., 2006, 2010

c/ Almagro, 25, ppal. dcha. 28010 Madrid.

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-754-8

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

# Índice

Portadilla	3
1 Londres	10
2 El pasado de Maryam	25
3 Fantasmas	75
4 Mazareh	131
5 En casa	178
Agradecimientos	181
Notas	182
Créditos	190